

Bernard Chervet  
Christine Jean-Strochlic [Dir.]



# El sueño y la sesión



*Psicoanálisis*

APM  
BIBLIOTECA NUEVA

Bernard Chervet  
Christine Jean-Strochlic [Dirs.]

# El sueño y la sesión



*Psicoanálisis*

APM  
BIBLIOTECA NUEVA

# EL SUEÑO Y LA SESIÓN

Colección Psicoanálisis Editorial Biblioteca Nueva y Asociación Psicoanalítica de Madrid

Comité editorial: Manuela Utrilla, Martina Burdet, Begoña Gállego, Juan Hernández, María Herrero, Benigno Prado y Javier Ugarte

Bernard Chervet y Christine Jean-Strochlic (Dirs.)

# EL SUEÑO Y LA SESIÓN

Traducción de Maysi Veuthey

Asociación Psicoanalítica de Madrid  
BIBLIOTECA NUEVA



grupo editorial  
**siglo veintiuno**

**siglo xxi editores, s. a. de c. v.**

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,  
04310, MÉXICO, DF

[www.sigloxxieditores.com.mx](http://www.sigloxxieditores.com.mx)

**salto de página, s. l.**

ALMAGRO, 38,  
28010, MADRID, ESPAÑA

[www.saltodepagina.com](http://www.saltodepagina.com)

**editorial anthropos / nariño, s. l.**

DIPUTACIÓ, 266,  
08007, BARCELONA, ESPAÑA

[www.anthroposeditorial.com](http://www.anthroposeditorial.com)

**siglo xxi editores, s. a.**

GUATEMALA, 4824,  
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

**biblioteca nueva, s. l.**

ALMAGRO, 38,  
28010, MADRID, ESPAÑA

[www.bibliotecanueva.es](http://www.bibliotecanueva.es)

Título original: *Le rêve et la séance*

Cubierta: A. Imbert

© Presses Universitaires de France, 2013  
© Los autores, 2013  
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013  
Almagro, 38  
28010 Madrid  
[www.bibliotecanueva.es](http://www.bibliotecanueva.es)  
[editorial@bibliotecanueva.es](mailto:editorial@bibliotecanueva.es)

ISBN: 978-84-9940-924-5

Edición en formato digital: mayo 2013  
Conversión a formato digital: Disegraf Soluciones Gráficas, S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN.-LOS DESTINOS DE LOS RELATOS DE SUEÑOS EN LA SESIÓN, Christine Jean-Strochlic

PRÓLOGO.-LA LUZ DEL SUEÑO Y LA PALABRA DE INCIDENCIA, Bernard Chervet

EL SUEÑO EN EL DISCURSO PSICOANALÍTICO, jean Guillaumin

ENTRE EL REPOSO Y EL SUEÑO: EL LUGAR DEL AFECTO, Fran~oise Coblence

ENTRE NOCHE Y DÍA, EL CAZADOR DE SUEÑOS, Albert Louppe

A PROPÓSITO DE LA CLÍNICA DE FRANCOISE COBLENCE: RELATOS DE DOS SUEÑOS CONECTADOS, Emmanuelle Chervet

SOÑAR EL BLANCO, BORRAR, SOÑAR EL SUEÑO, Marina Papageorgiou

EL RELATO DEL SUEÑO EN SESIÓN COMO PROCESO DE SUBJETIVACIÓN DEL AFECTO, Laurent Danon-Boileau

EL DESTINO DE LAS SOMBRAS, Manuela Utrilla Robles

A PROPÓSITO DE LA INTERVENCIÓN DE MANUELA UTRILLA ROBLES, Claude Janin

EL NIÑO. RELATOS DE SUEÑOS Y DINÁMICA DE LA SESIÓN, Fran~ois Kamel

SOBRE EL DESTINO EN SESIÓN DE LOS RELATOS DE PESADILLAS, Sara Botella

EL SUEÑO EN EL ANÁLISIS, UN PASAJERO SEGURO DE SÍ MISMO, Augustin Jeanneau

A PRÓPOSITO DE LA APARICIÓN DE UN SUEÑO, Germaine de Bissy

LA SUPERVIVENCIA DE LO FEMENINO EN EL SUEÑO Y LA NARRACIÓN, Bianca Lechevalier

EL DIBUJO DE LOS NIÑOS... ¿COMO UN RELATO DEL SUEÑO?, Jacques Angelergues

# PRESENTACIÓN

# Los destinos de los relatos de sueños en la sesión

CHRISTINE JEAN-STROCHLIC

Más allá del sueño: el objetivo de este libro es reflexionar, juntos, sobre el destino de los relatos de sueños en la sesión, teniendo en cuenta las transformaciones inducidas por la presencia o la ausencia de ellos, intentando siempre mantenerse en el interior de la unidad fundamental de nuestra práctica, representada por la sesión.

Si para Sigmund Freud (1932), el sueño es «la tentativa de una realización de un deseo», esta obra se propone profundizar en el objetivo de los relatos de sueños en sesión. Este relato pretende extender el egoísmo del sueño a la situación analítica al mismo tiempo que lo rompe, transformando así la sesión en lugar de cumplimiento de la función onírica y, por lo mismo, en lugar del olvido del sueño.

Para empezar, Jean Guillaumin nos conduce del «relato del sueño» a la dinámica plural del discurso sobre el sueño, prefiriendo mencionar la dinámica del sueño en el discurso psicoanalítico como un sueño cuyo «recuerdo» se encuentra sólo en el a posteriori que representa la sesión. En el encuentro, todo se desarrolla en un discurso a dos del psicoanalista, portador del tercero organizador del lenguaje con la palabra del analizante. La brecha entre el relato y lo que no ha podido ser dicho en las palabras del paciente se convierte en la fuente de las transformaciones del discurso analítico sobre el sueño. Para él, la posición de la figuración onírica en los mismos límites de la identidad desempeña un papel entre el adentro y el afuera del aparato psíquico, a modo de «una ventana a la vez abierta y cerrada entre el interior y el exterior». La fuerza sensorial atractiva de las imágenes del sueño saca la investidura, que capta y fija en las figuras que forma. Jean Guillaumin insiste particularmente en la imagen del objeto transferencial durante el discurso sobre el sueño en tanto que eje mismo de la transferencia y de su vinculación con la contratransferencia. Considera el sueño como el producto de un proceso de duelo de los «objetos del día» que se opera en la duermevela onirógena, a los que se ha dado muerte en la regresión incestuosa del reposo profundo. Por último, el onirismo se convierte en el paradigma de la estructura edípica innata a la especie humana, manifiesta u oculta en el desarrollo del discurso analítico, considerada como un proceso de transformación.

François Coblenze se cuestiona el lugar del afecto, entre reposo y sueño, a través de un momento del análisis de Mathilde en el que se intercala un tiempo de reposo del analista retomado por la paciente y elaborado en la emergencia de sueños que dan lugar a relatos afectados en la sesión.

Germaine de Bissy habla de la posición materna de espera del analista que acepta la no figurabilidad y se convierte en una «madre de acogida» para contenidos

esparcidos e inconciliables que acabarán así por figurarse en los sueños.

Por su parte, Emmanuelle Chervet nos invita a reflexionar sobre los relatos de sueños emparejados, recordando el lazo de causalidad o de temporalidad que Sigmund Freud había hecho evidente. Siguiendo los trabajos de Didier Anzieu, desarrolla la idea de una sucesión que sigue un movimiento regresivo en la articulación y la condensación de «capas» históricas diferentes, y continúa con el pensamiento de Christian David y de Michel Fain, que definen, dentro de un sueño, la articulación de la división entre los precursores de los procesos primarios y secundarios.

Marina Papageorgiou propone la interpenetración de dos relatos en movimiento, uno de los cuales lo cuenta el analizante y el otro lo produce el analista, que se abandona al sueño. Apoyándose en el relato de los dos sueños que inauguran el trabajo analítico, ella los supone conjuntamente ligados a través del tema del blanco, donde el primero contiene al segundo, que remite al contenido latente del primero. Este mismo tema se vuelve a encontrar a lo largo de toda la cura, condensando la figurabilidad de la escena primitiva y los fantasmas de los orígenes, borrando al mismo tiempo los contenidos y los afectos que se relacionan para no dejar más que una pantalla blanca que remite al deseo del que duerme de encontrar un reposo sin sueños. En su comentario, Laurent Danon-Boileau insistirá en la expresión de los afectos que el sujeto no reconoce como suyos. La investidura del relato de los sueños permite la transformación económica de su proceso de representación en una interpretación que engendra la subjetivación del afecto: «De la interpretación consensual a la interpretación conflictiva».

En «El destino de las sombras», Manuela Utrilla Robles se pregunta sobre la especificidad del relato del sueño en sesión en relación con otros relatos. Entre sombras y sueños, sus destinos parecen ilimitados en una búsqueda de la eternidad del sueño y del soñante o de la creación de una nueva producción que permita que se cumpla el trabajo del duelo. Retomando los trabajos de Benno Rosenberg sobre el sadismo y el masoquismo primario, propone la contribución del relato del sueño en sesión a este equilibrio económico que mantiene la vida en la realización de la intrincación pulsional y se pregunta sobre el contenido manifiesto del sueño. Después, nos lleva hasta el que escucha en la sesión y plantea así la cuestión de la identificación, explorando el objeto que se oculta detrás de la sombra en el duelo de las investiduras narcisistas, de esos lazos en exceso.

«El tren de pensamientos» tomado por Claude Janin atraviesa los afectos que habitan el relato del sueño del paciente y alcanzan al psicoanalista permitiéndole pasar del relato a la interpretación, después, de la interpretación a un nuevo relato, etc., hasta la existencia de una co-construcción, resultado del trabajo del sueño del paciente, del trabajo asociativo de ese mismo paciente, del trabajo asociativo del analista y del trabajo de la interpretación. Esta construcción está ligada a un equilibrio dinámico que hay que encontrar, que sería la resultante de varias fuerzas: «El soñante troca su sueño por una interpretación.» En este espacio intermedio es importante la

dimensión de juego.

Bianca Lechevalier evoca la dimensión de lucha contra la muerte en el trabajo del sueño a través del estudio de la supervivencia de lo femenino en el sueño. Este trabajo de lo femenino, evocado en relatos de cuentos como Scherezade o Cuentos orientales de Marguerite Yourcenar, da fe «de la elaboración que domina los tiempos, hila y teje el tejido de la identidad, que se transforma». Entabla una lucha contra las pulsiones mortíferas. Relato del sueño y narración de cuento necesitan de la voz para transmitirse, y Bianca Lechevalier evoca el trabajo de narración del que cuenta y el trabajo del sueño a la búsqueda del sentido que lucha contra lo inhumano.

Augustin Jeanneau muestra la importancia de la manera de establecer el sueño como un «producto terminado» que da testimonio de la existencia de una solución en el lugar privilegiado que adquiere este relato. «El sueño deja el recuerdo de haber pasado con un ligero aire de victoria, desapareciendo sin haberlo dicho todo.» Este relato que habla del movimiento transferencial se presenta como el acontecimiento pasado de un cumplimiento fuera del tiempo y viene en ayuda del compañero en peligro. Narcisismo a dos.

François Kamel vuelve a abordar este tema en el niño, tema que articula con la dinámica de la sesión. A partir del recuerdo, en el analista, de una pesadilla propia en su infancia, recordada durante la sesión, aparecerá en el niño el relato de una pesadilla. François Kamel trabaja el relato de esta pesadilla contada por el niño, después escrita por el psicoanalista al dictado del niño. Después, el niño piensa en otra pesadilla y empieza a dibujarla. Cuando vuelve su madre, el niño opta por hacer el relato de las dos pesadillas de manera ininterrumpida a su madre, después, como en un juego, los escenifica con mímica. En total, se sucederán seis declinaciones de la misma pesadilla, dando testimonio del trabajo de mentalización-simbolización-figurabilidad ligado a la sesión analítica con el niño. Relato/ palabra (incomprensible). Relato/escritura. Relato/dibujo. Relato/ palabra (comprensible). Relato/juego. Relato/puesta en escena.

En los comentarios a este texto, Sara Botella desarrolla la pesadilla del niño y la del analista. De entrada, son posibles diferentes destinos potenciales de la pesadilla del niño y actuarán incluso antes de la formación de un relato. Insiste en el interés del estudio de la dinámica de dos psiquismos trabajando.

Proponiendo una interpretación globalizante que busca la inteligibilidad del sueño, menciona los dos psiquismos (paciente y analista) que convergen «hacia el mismo nivel basal de representancia del acontecimiento en curso» y aborda la reactualización de una experiencia infantil memorable en el analista como susceptible de asumir la inteligibilidad de una experiencia actual del niño. Se trataría, entonces, del «destino de la pesadilla del niño» y «el déjá vu de la pesadilla sería un verdadero acto de juicio de existencia».

Por último, terminaremos esta presentación con Jacques Angelergues, que nos

propone el dibujo de los niños «como un relato del sueño», en continuidad con el trabajo de René Diatkine.

# PRÓLOGO

# La luz del sueño y la palabra de incidencia

BERNARD CHERVET

El relato de los sueños está en el origen del psicoanálisis tal como lo define Freud en 1922, según tres apartados: una técnica de investigación, un método de tratamiento y un corpus teórico, la metapsicología.

Así pues, seguir el destino del relato de los sueños en la sesión debería lógicamente llevarnos a recorrer toda la evolución del psicoanálisis a partir de Freud, hasta tal punto está implicada la vida onírica, por medio del relato y de la interpretación del sueño, en toda su evolución. Esta última está determinada, efectivamente, por el trabajo del sueño en cuanto que éste no puede conseguir establecer y mantener un sistema narcisista más que muy temporalmente, pero que intenta imponerlo activamente modificando la vida de vigilia, instaurando un sistema narcisista diurno. Sin embargo, una exigencia de vuelta a la realidad y a la percepción externa, exigencia que está latente, sigue siendo eficiente incluso durante la noche. Se la interpela cada vez que el trabajo del sueño está en grave fracaso, en peligro, como en el caso de la pesadilla, de los terrores nocturnos y de los equivalentes sensoriales. De hecho, equilibra la otra tendencia con la que entra en conflicto, la necesidad de dormir. Un juego oscilatorio de vergüenza y de culpabilidad inconsciente [tes organiza de este modo la inversión de los funcionamientos diurnos y nocturnos'](#).

Los propios avances de la metapsicología oscilarán entre teorizaciones que continúan el trabajo del sueño al servicio de éste y otras que le harán sufrir una rectificación al tener en cuenta sus funciones y fines, sus ocultaciones y deformaciones referidas tanto a las mociones pulsionales y las experiencias vinculadas al trabajo de la psique como a las percepciones sensoriales y a las huellas resultado de la realidad externa. Toda teorización de las leyes de la psique contiene este doble aspecto, teoría infantil y teoría del duelo, favorables, la primera, únicamente al funcionamiento psíquico, la segunda también al conocimiento.

En las líneas que vienen a continuación, en primer lugar, se enfrentarán unas a otras, las modalidades del trabajo psíquico nocturno y diurno, después volveremos a las leyes del trabajo del sueño, sus fines y sus funciones, por último, nos centraremos en los modos de pensamiento específicos de la sesión, en particular en la palabra de incidencia. Por supuesto, a lo largo del texto se irán desgranando reflexiones sobre las psicologías colectivas de sesión, las modalidades de contratransferencia, los procesos de interpretación, en tanto que prolongaciones posibles de los relatos de sueños.

Similitudes, diferencias y transposiciones anímicas

La producción de un sueño, de un síntoma, el desarrollo de una sesión, el de una cura y la elaboración de la metapsicología se han enfocado a menudo ligadas por una lógica de analogía e incluso según un principio de equivalencia que podía llegar hasta la aplicación del modelo fractal. La razón de ello es la sobredeterminación, al está activa en todas las operaciones (Vorgang) de estos diferentes procesos (procefi); a la que hay que añadir el préstamo común de la vía regresiva y la promoción compartida, en la vía progresiva, de una producción regresiva infantil.

1 También por medio de estos aspectos procesuales comunes es cómo estas diversas actividades consiguen diferenciarse. Sin duda, el producto final, sensorialidad, acción, imagen, verbo, teoría, lógica, no carece de importancia. La capacidad variable de estas diferentes escenas para llevar oculto un material regresivo ayuda también a separarlos, a separar en particular el sueño de su relato. Existe, en efecto, un distanciamiento claro entre el sueño, el recuerdo del sueño en tanto que imagen y la palabra que produce con ella un relato, incluso la escritura que lo convierte en texto. Muy pronto, Freud pudo observar que la captación del sueño por medio de su relato oral o escrito se veía acompañado también de diferencias, las que conciernen a la subsiguiente asociatividad. A algunos relatos les sigue una intensa asociatividad, a otros rupturas de ésta, a otros, también, falta de asociatividad, lo más a menudo localizada en determinados materiales, a veces casi total (los «sueños típicos»).

Por otra parte, la palabra, en sesión, forzada por la regla fundamental, limita la regresión formal, que se traduce, entonces, no en imágenes como en el sueño, sino en un discurso asociativo particular, un lenguaje polisémico de doble sentido.

Por supuesto, también son inmediatamente accesibles similitudes entre la situación analítica y el trabajo del sueño: la posición tumbada, la inhibición de la motricidad, el recurso a la mentalización regresiva, el animismo, la protección frente a las percepciones externas, particularmente las que fuerzan la consideración de la realidad de la castración, el relajamiento del juicio, de las operaciones secundarias, de la atención, etc. Todos estos puntos son comunes a las dos configuraciones, aunque estén activos de diferente forma.

Por otra parte, como recuerda Freud, todos los seres humanos son iguales respecto a la necesidad, a la regresividad extintiva, y también todos comparten el «factor fisiológico» (1931) de los procesos psíquicos, pero el resultado de esta doble determinación, lo que la psique está en condiciones de producir, ofrece grandes diferencias de un escenario al otro, de un sujeto al otro. La imprevisibilidad del resultado que se produce, unido tanto a lo aleatorio de los contenidos percibidos, a la pluralidad de las transposiciones anímicas, a la infinita capacidad de encontrar representantes simbólicos, como también a la historia infantil de acontecimientos e identificaciones, a las particularidades, sensibilidades y caracteres de cada uno, a las capacidades intelectuales y a las diferentes dotes sublimatorias, procede del conflicto singularidad-género, individualidad-especie y contribuye a hacer único cada sueño, cada sesión, cada cura y cada destino postanálisis.

Otro aspecto se refiere también, de forma compartida, a los tres escenarios típicos, que son, el sueño, la cura, la teoría: la determinación de la ordenación de sus desarrollos.

[En 1922, Freud hace una observación en este sentido2.](#) Explica así la no exploración, hasta entonces, de determinados aspectos de la psique, que, sin embargo, había observado desde hacía tiempo; e insiste en el hecho de que no se trata de una falta de interés ni de un defecto de observación empírica, sino de una determinación del camino de elaboración. Los progresos del análisis están determinados del mismo modo que la producción de los sueños a la largo de una cura. Los aspectos regresivos de la psique no pueden dar lugar a una elaboración más que después de que otros, más accesibles, hayan sido objeto de ella y hayan marcado el camino. Hay, en efecto, que disponer de los medios apropiados para tal exploración y elaboración de lo regresivo para poder aventurarse a ello. Las contrainvestiduras se construyen según un determinado orden, el que durante mucho tiempo fue abordado desde el punto de vista de los estadios de la implantación de la erogenidad, de las zonas erógenas.

Esto proporciona a las aportaciones metapsicológicas de Freud un orden de sucesión no aleatorio. La teorización, del mismo modo que el sueño, sigue determinadas etapas que se van imponiendo, lo que permite evitar la producción prematura de conceptos basados en algún a priori o en alguna preferencia que, en ese caso, tienen para el autor el valor de teorías sexuales infantiles, de teorías de espera y de control. Freud supo aceptarlo, renunciando a toda síntesis, abandonando progresivamente toda búsqueda de coherencia forzada, que él consideraba como un acto de prematuridad y de cierre. En realidad, ninguna teorización escapa a estas adiciones y a estas alteraciones, teorías de espera regresivas, más o menos disimuladas en el proceso de teorización explícito.

En resumen, la evolución freudiana, tanto si se considera en su conjunto como puntualmente, se revela compuesta por la articulación de tres factores, los tres tomados en una determinación elaboradora: un recorrido regresivo hacia atrás, la producción de un trabajo regresivo y una elaboración de aposterioris progredientes más o menos acabados, más o menos regresivos.

Uno de los ejemplos que mejor prueban esta evolución es la digresión que hace Freud cuando aborda la histeria y los síntomas neuróticos, por la elaboración de la doctrina del sueño. Otro ejemplo se refiere al análisis de su olvido del nombre propio, Signorelli. Éste va a permitirnos algunos comentarios suplementarios respecto al tercer factor señalado anteriormente, la dinámica del aposteriori. La elaboración de lo regresivo, bajo la influencia de la atracción regresiva que había entrado en resonancia con un material que fue el objeto de un vínculo traumático desagradable, y que por ello se había dejado en latencia, va a acompañarse de una represión que activa una teoría sexual infantil de la castración asociada a este material. Signorelli se revela como portador de un determinado peligro, de una angustia. Hasta un segundo momento no se podrá construir una nueva teorización, que retoma, sin saberlo, la elaboración regresiva, rectificándola o incluyéndola de manera disimulada en un

conjunto más amplio. La elaboración en dos tiempos por la que Freud va a examinar y analizar con mucha sutileza y pertinencia su propio olvido del nombre Signorelli, ilustra perfectamente esta dinámica. En este caso concreto, los dos tiempos van a dar lugar a dos artículos diferentes, uno redactado en 1898, el otro en 1901. El primer artículo se centra en la elaboración del recorrido regresivo formal que va a seguir el término Signorelli dejado en latencia y asociado, por una teoría sexual, a la castración. Este recorrido conjuga el olvido del nombre propio con la producción de sustitutos comprometidos que le vendrán a Freud a la memoria consciente cuando intente recordar, encontrar el nombre que se le escapa. Freud, pues, nos invita a seguir en primer lugar su elaboración de la concatenación regresiva que lleva del pensamiento dejado en latencia a los diversos sustitutos-representantes pulsionales regresivos. Nos muestra cómo éstos tienen valor de rebus, considerando el pensamiento latente; rebus que pueden mezclar fragmentos de imágenes y de palabras. Después, en su segundo artículo, nos invita a recontextualizar con él su olvido. Entonces nos da una información especialmente vinculada a la dimensión traumática, la del suicidio de un antiguo paciente. Esta información es la que, por su poder traumático, por su vinculación a la regresión extintiva, se revela como iniciadora de la puesta en latencia y después del recorrido regresivo realizado bajo el impacto de la atrayente regresividad. Una contrarrespuesta a esta llamada regresiva participará en la producción de los sustitutos formales, de los compromisos regresivos. Las teorías del sueño y del síntoma pueden hasta este punto parecer idénticas. Sin embargo, el síntoma tiene lugar durante el intercambio con el compañero de viaje, mientras que el sueño tiene lugar en el seno del reposo. El despertar, la reinvestidura de las representaciones preconscientes dejadas en latencia y de la percepción son también diferentes. Para el nombre de Signorelli, Freud busca ayuda para restablecer la palabra que falta, para reprimir la moción captadora. Para el sueño, sólo el relato recurre a otro y la técnica de intervención de ese otro no es la misma. Para el olvido, la inhibición se restablece subsanando directamente la laguna de la memoria. Para el recuerdo del sueño y su relato, la tradición proporciona la clave, una interpretación progrediente que viene a reforzar el trabajo del sueño, la sobreinvestidura continúa el trabajo de deformación. En cuanto a la interpretación psicoanalítica, actuará de dos formas. Apunta también al trabajo del sueño, pero por una vía diferente. Busca la elaboración del material regresivo inconsciente, la de las mociones pulsionales de la atracción negativa. La sobreinvestidura se instalará en el centro de lo más regresivo, lo que tiene como consecuencia la ampliación del campo representativo disponible para el trabajo del sueño y la libración de esta atracción de los mecanismos del sueño. Por otra parte, la interpretación psicoanalítica apuntará también al otro polo, el de los deseos progredientes, que ella liberará de su puesta en latencia al sostener su verbalización, por tanto, reforzando también la sobreinvestidura en su nivel.

Vemos claramente la distancia entre el sueño y el síntoma, y la proximidad, sin embargo, entre el relato del sueño y el síntoma. Los procesos diurnos y nocturnos se amalgaman en su nivel, pero cada uno queda marcado por el contexto diferente en el que se ha originado.

Éstos movimientos de digresión, de inhibición y de teorización sustitutivos existen en el nivel grupal de todos los medios científicos. De este modo, tras un trabajo importante de Freud sobre el sueño, sobre su trabajo y su interpretación, la recontextualización del relato del sueño en el seno de la sesión y de la propia cura provocó un desplazamiento del interés de los analistas, que, entonces, dieron privilegio a la transferencia. La teoría de la transferencia se convierte, considerando la inhibición de la doctrina del sueño, en [un sustituto. El comentario-amonestación de Freud de 1932 va en este sentido](#)<sup>3</sup>. Esta inhibición se hace particularmente perceptible cuando la explicación que se da, para justificar ese privilegio acordado a la interpretación de la transferencia, es que la teoría del sueño es estrictamente solipsista y no toma en cuenta la presencia y la realidad concreta y tangible del analista. De hecho, la doctrina del sueño no puede abordarse sin una vida diurna que asocie el proceso secundario, la percepción, la investidura de los objetos y la puesta en latencia. Hay que pensarla en una dinámica oscilatoria objetualidad-narcisismo apoyada ella misma en la dimensión traumática. Únicamente la consideración de esta oscilación puede permitir que se elabore una concepción del sueño, de la sesión y de las modalidades del pensar diurno que mantenga sus diferencias, sus articulaciones, sus implicaciones respectivas y mutuas, sus superposiciones e influencias recíprocas.

[Por supuesto, este desplazamiento del interés, del sueño a la transferencia, se ocasionó por la esperanza legítima de captar mejor el reto y la realidad de la situación analítica con el fin de perfeccionar sus objetivos terapéuticos. También debe ser regularmente recuestionado el lugar del sueño, por medio de su relato, pero también de su no-relato, en esta configuración de conjunto que es la situación analítica-situación analizante. Este ha sido el caso en varias ocasiones. Así, entre otras, en 1959, un coloquio de la SPP reflexionaba sobre «La utilización del material onírico en terapéutica psicoanalítica en el adulto»](#)<sup>4</sup>. Los dos polos señalados precedentemente, el del trabajo del sueño y el de la transferencia sobre el objeto analista, ya eran perceptibles, ilustrando y prolongando el mencionado comentario de Freud de 1932-1933 de que el análisis de la transferencia tendía a suplantar al del sueño, entonces abandonado y relegado al olvido. Según el privilegio que se acuerde a cada uno de estos polos, la literatura psicoanalítica se ha distribuido desde hace largo tiempo en dos tipos de trabajos, los que se centran en la doctrina del sueño y las modalidades del [trabajo psíquico', los que se centran en la situación analítica, la transferencia, el objeto analista y la relación analítica'](#).

[Así pues, se dibujan dos líneas, una, a semejanza de los trabajos de 1959, basada en la aportación de los relatos de sueños<sup>8</sup>, la otra centrada en la relación analítica, como por ejemplo el artículo de Masud Khan titulado La psychologie du rêve et l'évolution de la situation analytique \[La psicología del sueño y la evolución de la situación analítica\]'](#).

Entre estos dos polos ha habido numerosos cruces. La mayoría de los autores han intentado tomar en cuenta el valor del sueño en las sesiones en tanto que memoración, en tanto que camino directo a la interpretación del inconsciente, en tanto que material que ofrece una apreciación particular de los procesos psíquicos

inconscientes, e integrar estos aspectos en una concepción del sueño como objeto de transacción en el seno de la relación de objeto analítico. El propio Freud abrió esta dirección al calificar algunos sueños que se habían producido durante el análisis de sueños de complacencia. Todas las teorías de la contratransferencia tienen también aquí su origen, en este doble movimiento que consiste en situar el sueño en la relación de objeto o en plantearse cómo el sueño la utiliza para sus propios fines. La consideración de la imposición del inconsciente en la contratransferencia depende de esta orientación.

Más recientemente, esta dinámica bipolar se ha revisitado de nuevo durante otro coloquio de la SPP cuyo tema fue «Interpretar la transferencia?»<sup>10</sup>

De hecho, la mayoría de estos trabajos se preguntan sobre la interacción entre el sueño y la sesión, el lugar del sueño en la sesión, la utilización del material onírico en sesión, la relación de analogía que existe entre el trabajo del sueño y el trabajo de la sesión, incluso entre la tónica específica del sistema reposo-sueño y la de un eventual sistema de sesión, el sistema libre asociaciónatención parejamente flotante. Con esta perspectiva, Michel Fain abordó un sistema de sesión que definió con el doblete relato de sueño proceso de pensamiento. El modelo de trabajo del sueño pudo, de este modo, aplicado al trabajo de la sesión, servir a estos pensadores del psicoanálisis para elaborar una metapsicología de la transferencia abordada desde el punto de vista más estrictamente procesual<sup>11</sup>, con la relación de objeto al servicio de la mencionada procesualidad. En estos trabajos, lo que se ha reconocido es la transferencia de la tónica del sistema reposo-sueño sobre la situación analítica.

Paralelamente, los partidarios de la relación analítica consideraron que, con este enfoque, sueño y sesión corrían el riesgo de confundirse. Desarrollaron trabajos sobre la transferencia centrados estrictamente en las investiduras de objeto.

Una tercera línea, que se apoya en la importancia, recordada por Lacan, del lenguaje en la sesión, se centró en este hecho y en la palabra exigida en la sesión para mantener una diferenciación, fundada en el factor lenguaje, entre la doctrina del sueño y la de la sesión. Se derivó un modelo específico de la sesión, ciertamente en relación con el modelo del trabajo del sueño, pero incluyendo también el lenguaje, la palabra y el recurso a lo preceptivo mantenido en la sesión (A.Creen, M.Fain, S.Vidermann, J.-L. Donet, etcétera). Basándose en estas diferenciaciones, estos autores insistieron en el hecho de que en sesión el sueño sólo era accesible en tanto que relato y que el analista no tenía como objeto el sueño como tal sino el relato de éste. Sin duda, el fenómeno del sueño escapa totalmente al psicoanalista. Freud lo recuerda claramente en 1922<sup>12</sup>. Resituado en la situación analítica, este relato puede parecer que pasa a ser un objeto de transacciones varias. Pero el lugar que tendrá en el seno de la sesión hay que considerarlo sobre todo como un material del propio sueño a tener en cuenta para la interpretación. Si el sueño puede ser utilizado en la dinámica transferencial, ésta también está presente en tanto que material del sueño, en tanto que pensamientos diurnos puestos en latencia y en tanto que restos diurnos. La relación de objeto, por tanto, está acompañada por una relación procesual que utiliza

y domina toda la relación analítica. La fuerza del narcisismo primario prevalece, de hecho, sobre el narcisismo secundario, nacido, éste, de la desexualización de las investiduras sexuales de objeto (1914), y puede ser utilizado como cobertura pantalla frente a los trastornos propios del narcisismo primario, procedente, éste, de la desexualización de las investiduras sexuales del cuerpo.

Por supuesto que los trabajos sobre las patologías del narcisismo, los estados límites y las patologías límites han ayudado a mostrar hasta qué punto el analista era mucho más que un objeto, incluso infantil, y que la investidura de objeto de la que es destinatario conlleva habitualmente otras modalidades de investidura diferentes a la objetal, concediendo, entonces, al analista ya no sólo una identidad objetal infantil y edípica, sino más bien una identidad de objeto narcisista, incluso de objeto antitraumático. La dimensión objetal desaparece en beneficio de las protestas narcisistas y de los imperativos antitraumáticos; sin descuidar, por supuesto, la capacidad de la psique de disimular los aspectos objetales edípicos bajo el aspecto de un discurso que antepone las incapacidades, las inferioridades, las angustias y los terrores. Las funciones de sustitución dan seguramente el primer paso.

Este desdibujamiento de la dimensión objetal no deja de participar en la importancia que los psicoanalistas han acordado a la contratransferencia, por el hecho de que, según este punto de vista, tales patologías los solicitan de manera más apremiante. En efecto, al desdibujamiento objetal lo acompaña, en el analista, una reivindicación, basada en una reminiscencia del mismo orden, a ser tenido en cuenta en tanto que sujeto y no sólo como sustitutivo procesual. Esta vivencia de exclusión que se siente en la sesión es, de hecho, la prolongación del «egoísmo» del sueño. El interés que reivindicaciones múltiples han prestado a la contratransferencia, ha permitido de nuevo una evolución de la técnica.

Así, a lo largo de los años se han ido planteando cada vez más claramente cuestiones relativas a la aportación de los sueños a los fines terapéuticos, al lugar de los sueños en el discurso de la sesión. Progresivamente se ha ido precisando la discriminación que con mayor o menor claridad se dibujaba desde el principio del psicoanálisis, en primer lugar entre sueño y relato de sueño, después entre este último y la libre asociación. Si estos dos regímenes de funcionamiento, relato-asociatividad, parece que mantienen una fuerte relación, se confirma, sin embargo, que tienen funciones opuestas. Por tanto, está totalmente justificado mantener sus diferencias. El relato parece que se refiere mucho más a una escena pasada, relato que tiene entonces el valor de contra-investir en la actual la escena anterior a la que se refiere. Por el contrario, la libre asociación puede, desde luego, evocar también escenas pasadas, pero se presenta en primer lugar y ante todo como una escena actual, una actualización. Su papel de contrainvestidura se revela mucho más lábil y el impacto de la regresividad sobre su dinámica mucho más claro. Así pues, se perfila una discriminación entre el fenómeno del sueño en sí, el relato del sueño, la asociatividad a partir del sueño, el relato de las realidades diurnas y sociales, la libertad narrativa de fantasía, de imaginación y de construcción, la rememoración de la historia infantil, la repetición del impacto de los funcionamientos parentales, la construcción por las

representaciones de mundos que protegen la percepción directa de la castración. Señalemos además, que, en esta discriminación, el lugar y el impacto del cuerpo, de las sensaciones y de los afectos, por tanto, del conjunto de lo sentido y experimentado, se manifiestan también variables y pueden beneficiarse de una discriminación similar.

Los relatos de sueños durante la sesión tienen, pues, a la vez un estatus particular en el discurso asociativo y, al mismo tiempo, pertenecen a este último. Ya hemos señalado que en tanto que relatos se diferencian de la palabra generada en *statu nascendi* y se asemejan a todas las escenas narrativas que se refieren a escenas ausentes. El relato de sueño se distingue, pues, por el hecho de que es relato de otra escena, de la otra escena disimulada.

Una vez precisadas todas estas diferenciaciones, debemos abordar el desplazamiento, por su relato de los materiales del sueño en el seno de la sesión, pero también la influencia sobre la sesión de la dinámica desobjetalizante propia del sistema reposo-sueño. De manera, desde luego, lapidaria, podemos decir que el sueño puede aportar un complemento de transferencia en el seno mismo de la relación analítica al mismo tiempo que pretende reducir ésta a un sistema del tipo reposo-sueño.

Esta discriminación de los diferentes elementos de la libre asociación, de su origen, de su referencia a realidades diversas y no forzosamente presentes, de la mayor o menor imposición de la actualización aquí y ahora, traduce perfectamente que estos elementos mismos son realidades diferentes, que están en una relación con procesos primarios y secundarios distintos. Esta discriminación da cuenta, de hecho, de las diversas relaciones con lo traumático. Este último punto explica que tales diferencias puedan ser objeto de una renegación por parte del analista. En efecto, la regla fundamental se prolonga en él por un modo particular de organización regresiva de su pensamiento, exige poner en latencia momentánea una parte de la sobreinvertidura y la deja, de este modo, en contacto, por medio de su inconsciente infantil, con la regresividad traumática más allá del principio del placer. Resulta fácil deducir de esto que todos los elementos de la palabra asociativa no son tampoco equivalentes cualitativamente para el analista. Su pensamiento, por estar regido según el modelo de la atención parejamente flotante, necesita, pues, una acción por su parte. No es ni espontáneo ni se debe confundir con una ensoñación de evitamiento. La atención llamada flotante del analista se supone que le permite la libre circulación de sus contenidos de pensamiento, un uso flexible de sus funciones psíquicas, un reconocimiento de las llamadas a la inversión del imperativo tercero, del cambio de valor de la procesualidad. La atención parejamente flotante del analista se caracteriza, pues, por un libre desplazamiento de su sobreinvertidura, por una mínima puesta en latencia, pero, sobre todo, por una sutil percepción de que esta puesta en latencia es buscada, intenta realizarse, intenta incluso dominar el conjunto de su funcionamiento psíquico.

Todo esto nos permite comprender mejor por qué el relato del sueño en sesión y

sus destinos requieren una reflexión sobre lo que es la libre asociación, ese tipo de palabra específica del analizante en sesión, y sobre la atención parejamente flotante, propia del analista, dos modalidades de funcionamiento inducidos y exigidos por la regla fundamental, hechos posible gracias al protocolo divánsillón.

Este protocolo es el punto de intersección, de entrelazamiento, el quiasmo de distintos sistemas y lógicas que hemos señalado a lo largo de las palabras anteriores. La intersubjetividad, la objetividad secundarizada, el principio del placer del animismo infantil polisémico, el sistema narcisista reposo-seuño desobjetalizante, la repetición que reactualiza la dessexualización instauradora del narcisismo, las compulsiones de fijación, de repetición, de construcción y de reducción, todo se proyecta sobre su superficie. De este quiasmo es de donde emergerá la tendencia a fundar otro sistema, el sistema libre asociación-atención parejamente flotante, sistema que puede descomponerse, en cada uno de los polos encarnados por cada uno de los dos protagonistas, en un doble conflicto, en relato-asociatividad regresiva y en atención rigurosa-escucha en equivalencia. El deseo de escribir durante la sesión encuentra también aquí su razón de ser, una reserva incierta, una vacilación. Los elementos de la libre asociación están, de hecho, idealmente investidos por el analista de igual forma, pero en realidad son el objeto de un conflicto entre una atención distribuida y mantenida por igual, y una ensoñación autoerótica surgida de una puesta en latencia continua.

Así pues, el sistema ideal relato de sueño libre asociación escucha en equivalencia atención delinea una situación tópica particular. Hay que comprenderla, situada en un juego de dobles límites conflictivos, entre la tópica específica del sueño y la tópica de la relación monosémica con el mundo de los objetos.

Recordemos también que la situación de la sesión, incluso antes de que estuviera claramente establecida, ha sido, sin embargo, determinante en cuanto punto de partida a partir del cual ha podido inferirse y deducirse la concepción del trabajo del sueño, y conceptualizarse y teorizarse la situación tópica del sistema sueño-reposo. El relato del sueño y la libre asociación han prolongado la atracción regresiva activada ya por el recuerdo del sueño y por el propio objeto sueño. La metapsicología también es un contra efecto de esta misma atracción.

Por supuesto que Freud se basó al mismo tiempo que en la elaboración de su doctrina del sueño, en los actos fallidos y en los síntomas, así como en los cuadros de la psicopatología, pero inmediatamente se dio cuenta de cual de estos escenarios era prototípico y ofrecía un camino directo.

Veremos más adelante que el sueño, por sí mismo, no produce ningún recuerdo de sueños, que no tiene razones intrínsecas para convertirse en relato. El recitador es una identidad determinada por lo que ha fracasado en el trabajo del sueño, lo que no ha conseguido en tanto que fin y función del sueño, mantener el reposo por medio de una realización alucinatoria de deseo bajo la condición de una renegación de las percepciones. El destino del sueño no es convertirse en un objeto de transacción

relacional; por el contrario, es en sí un compromiso, que puede prolongarse por medio de esta transacción. Así, la tendencia a «relacionalizar», a objetualizar el sueño por medio de esta transacción, participa de una frecuente resistencia a la toma en consideración del propio proceso intrapsíquico. Esta tendencia a relacionalizar se ve acompañada, generalmente, de una acusación más o menos implícita que se le hace a Freud de haber creado, a partir del sueño, una concepción del funcionamiento psíquico solipsista. Esta condena quiere situar al sueño fuera de un sistema reposo-sueño surgido de una desobjetualización que él ayuda a mantener. No se reconoce, entonces, que el fracaso del sueño utiliza precisamente la sesión y ayuda a fundar situaciones ritualizadas específicas para acoger recuerdos y relatos del sueño. La oniromancia y las claves del sueño nacieron de esta inflexión. El fracaso de este trabajo se prolonga, pues, tanto en la sesión como en la realidad diurna, transformando esta última, instaurando realidades de recurso y de sustitución, a imagen de la defensa que se hace necesaria por el fracaso del sueño.

La parte de realidad así encontrada-creada tenderá, entonces, a perder su identidad de realidad independiente del sujeto, de alteridad. Conviene recordar, nos dice Freud, que desde la noche de los tiempos, desde que los hombres sueñan, contar su sueño al despertarse es una situación de grupo socializado, organizado, ritualizado. A partir de esta propensión al relato, se ha institucionalizado una identidad, la del que escucha-interpreta los sueños. Y cuando la ciudadanía especializa las funciones así llamadas, responde al sentimiento íntimo de una necesidad de recurrir a una persona caritativa. Y al hacer esto, esa persona no se interesa por el fracaso del trabajo del sueño, sino por que por lo contrario, lo rechaza, incluso para hacer esto lo invierte en idealización. El sueño se declara, entonces, portador de un mensaje divino. La llamada al padre reproduciendo el peligro en el que se encuentra el imperativo procesual durante el fracaso del trabajo del sueño se reconoce allí, en esa llamada a lo divino, llamada que Freud sabrá retomar y utilizar al servicio de una interpretación que tiene, ésta, un objetivo terapéutico, la mejora del trabajo del sueño y la reinstauración de un imperativo procesual individual, a través de la elaboración de aquello que tiende a invertir a esto último.

Este imperativo procesual retomado por el psicoanálisis tendrá la función de forzar la elaboración lo que le falta al ser, más que mantener colectivamente las represiones. El psicoanálisis intenta aprovechar este fracaso para apropiarse de los elementos inconscientes, permitiendo al funcionamiento mental llevar mejor a cabo sus funciones, liberarse de las hipotecas que pesan sobre sus operaciones, arrancarlo de los ineludibles impedimentos de su funcionamiento que lo mantienen eyectado y producir una acentuación de deseo libre de la objetualidad diurna.

Esta llamada a encontrar-crear un mundo a imagen de las necesidades defensivas, necesidades alucinatorias, narcisistas y antitraumáticas, llamada inherente al trabajo del sueño, va a influir de manera radical en la realidad de la sesión. La relación analítica tendrá a partir de entonces una función muy alejada de la de promover una situación analizante. Intenta instalarse una psicología colectiva de la sesión, conjugando identificación histérica, identificación narcisista e identificación de

renegación. De este modo, las psicologías colectivas no se fundan sólo en el asesinato del padre, en la culpabilidad inconsciente que trabaja en una inversión frente a la cual se agrupan los hijos. Encuentra sus recursos principales en los tropiezos, las vacilaciones, en los avatares de ese agrupamiento, todos ellos ligados al narcisismo primario y, por tanto, al sistema reposo-sueño. Aquí, de nuevo, se trata de responder a los fracasos del trabajo de la vida mental, fracasos que dejan a los sujetos efrentados a los retornos de lo reprimido, de lo desexualizado, de lo hiriente y, por ellos, a la regresividad traumática.

Esta investigación de las diferencias y similitudes entres los diversos escenarios psíquicos y, en particular, entre el del sueño y el de la sesión, nos han llevado a insistir repetidamente sobre el fenómeno de la inscripción del sueño en un recuerdo de la vida despierta, en un relato de sesión, en un escrito con diversos destinos. Tenemos, pues, que examinar más minuciosamente esta insistencia, esta compulsión a la inscripción.

La inscripción del sueño, su recuerdo, su relato

[El relato del sueño lo utilizó en un primer momento Freud bajo su forma escrita. Incluso sistematizó ese tiempo de escritura en su propio autoanálisis. Así, cuando expone su método de interpretación del sueño a partir del célebre sueño La inyección de Irma, escribió: «tuve el sueño siguiente, que se fijó inmediatamente después de despertar»<sup>13</sup>.](#) El tiempo de inscripción, la necesidad y la decisión corolaria del fijar parece que se imponen al despertar.

Pero el sueño no tiene más por destino convertirse en recuerdo que ser comprendido, como él mismo afirmará. De hecho, las investigaciones de inscripción y de sentido que acompañan desde el momento de despertarse a su eventual recuerdo son las prolongaciones de un trastorno que ya ha tenido lugar durante el trabajo del sueño. Idealmente, el proceso del sueño no deja más huella al despertar que la sensación de haber dormido bien y la de una disponibilidad de la libido recuperada, regenerada. Su recuerdo sigue, pues, una primera necesidad de inscripción, de retención que no responde a una amnesia conservadora por cumplimiento del trabajo del sueño, sino a una tendencia negativa al borrado que se refiere a los materiales del sueño, las huellas y representaciones de cosa, pero, sobre todo, a las operaciones constitutivas de su proceso, a los procesos implicados en la realización de este modo particular de pensar que es el sueño. La propensión a inscribir el sueño por medio de un relato prolonga la que hace de él un recuerdo de despertar. Esta inscripción de retención puede ser una llamada, lo hemos mencionado anteriormente, a algún oído neutro, a cualquier escucha complaciente. Puede también buscar más adelante a alguien que refuerce la retención por medio de una aportación de transformación, por una interpretación que pretenda y aumente la deformación que ya se realizó en parte por el trabajo de sueño, al servicio, pues, de esta deformación-disimulo. Se trata entonces, en sentido estricto, de una interpretación de transferencia, que sostiene esta última. La oniromancia hace tiempo que tiene ese papel. La crearon, por supuesto, los avatares del trabajo de sueño. Es un destino posible, que también hereda el

psicoanálisis, destino que cumple la ingeniosa ocurrencia: «para guardar bien un secreto conviene confiárselo a varias personas»

Desde el momento en que el recuerdo del sueño se presenta a la conciencia en vigilia, tendrá lugar un conflicto entre el desarrollo del proceso de trazado y la represión de este recuerdo. De hecho, este proceso de trazado se revela como un rodeo hacia esta represión. Así, en la sesión, muchos sueños que se han relatado caerán en la amnesia tanto por parte del analizante como por la del analista. El relato participa entonces en la represión. La fijación mnésica a largo plazo de algunos sueños suscita, por lo demás, la cuestión de la función de esta fabricación de sueño-pantalla, de sueño-encubridor de sesión. Así, el relato y el apuntalamiento sobre la escucha de otro van a participar en mantener la amnesia que debía haber tenido lugar durante la noche. El sueño culmina en la [sesión. Esta es una de las consecuencias de que se realice en sesión un reparto distributivo de las funciones psíquicas, al corresponder por delegación a la atención del analista la función represora. El fracaso del trabajo procesual nocturno encontrará en la vida de vigilia una compensación, un paliativo ante otra persona, la cual se convierte en sustituto de procesos del sueño. Aquí encuentran su origen las relaciones de objeto procesuales](#)<sup>14</sup>.

r

Volvamos a la Traumdeutung. Después de que Freud fijara el contenido del sueño, por medio de la escritura solitaria o por la vía epistolar dirigida a la conciencia atenta de Fliess, su correspondiente transferencial, se hacen reconocibles otros varios tiempos sucesivos. En primer lugar, un tiempo preliminar de contextualización del sueño, después el tiempo del relato, después el de las asociaciones, por último el de la interpretación. La existencia de un tiempo suplementario se manifiesta en el momento en que se sitúa este trabajo de interpretación en el seno de una sesión y, por tanto, de una cura. Esta interpretación tendrá que volver a confrontarse con la contextualización primera, la que designa el conjunto de las condiciones en las que se desarrolla el análisis, o sea, tanto el marco muy privado del análisis, los acontecimientos que tienen incidencias sobre ese marco (incluyendo la vida del analista), los azares de la vida del paciente, como el marco más amplio de la situación coyuntural social general. La interpretación de un sueño, incluso sólo desde el punto de vista de un deseo inconsciente, se ve también acompañada de una interpretación que remite a los pensamientos diurnos puestos en latencia y la combinación de ambas se resuelve en un deseo progrediente. Todo sueño debe ser objeto de esta doble interpretación, una sola de ellas dos puede utilizarse para mantener al margen a la otra. Así, una interpretación de un pensamiento latente puede servir para reprimir una moción pulsional regresiva, del mismo modo que la interpretación de una de estas últimas puede participar en la renegación de un hecho diurno traumático en el origen de la puesta en latencia de determinados pensamientos. Volveremos sobre estos aspectos cuando abordemos el trabajo en vigilia de la sesión y el análisis de Freud de uno de sus síntomas, su olvido del nombre Signorelli.

Freud concede, pues, un lugar inaugural al relato del sueño, y éste precede e induce la asociatividad, el recorrido asociativo de descondensación y de

desplazamiento invertido. De esto se derivará una primera técnica, la consistente en fijar sistemáticamente el recuerdo del sueño al despertarse y en abrir el tiempo y el campo asociativos a partir del relato de esta inscripción. El método del Sueño despierto dirigido, RED en francés, nació de esta primera práctica freudiana. Después, Freud integrará este relato en el transcurso del tratamiento de sus pacientes. Progresivamente, flexibilizará su método dirigido en provecho de la libre asociación. El relato del sueño encuentra a partir de entonces un lugar variable en el seno de la libre asociación misma, se convierte en parte constituyente del discurso específico de la sesión. Relatos de sueño y discursos de sesión se encuentran a partir de entonces engastados y adosados el uno al otro, en complementariedad y prolongación mutuas. La libre asociación propondrá en adelante una retención por su uso del proceso secundario, la palabra del lenguaje, del mismo modo que el relato lingüístico del sueño luchaba ya contra la tendencia a la amnesia. Pero la libre asociación reabre también las desligaciones con las que la resistencia a la ligazón había tenido que vérselas durante el transcurso del trabajo del sueño. El libre de la expresión «libre asociación» crea una brecha en la tendencia a la ligazón de la asociatividad. Este libre entra en resonancia con la mencionada energía libre, no ligada, del proceso primario. Una palabra desligada emana de él. Este conflicto, inscrito en la expresión libre asociación, está también presente, de hecho, en la regla fundamental por el todo que ésta reclama, ese todo que encuentra una limitación en el decir, un rechazo puesto en práctica en el corazón de la vida psíquica.

Sin embargo, a pesar de estas repercusiones recíprocas, estas similitudes y puntos en común entre el relato del sueño y la libre asociación, el relato del sueño ha mantenido y sigue manteniendo con justo título, tanto para Freud como para los psicoanalistas que le han sucedido, un estatus particular; de ahí su doble identidad. Es un contenido asociativo por su integración en la libre asociación y tiene un valor específico en cuanto ventana del alma, en cuanto a apertura al inconsciente, camino directo para cualquier concepción de la vida psíquica. Por ello, no se lo puede considerar totalmente como una asociación equivalente a las otras, y el momento en el que se presenta en la sesión es siempre testimonio de una modificación y de una puesta en acto de la relación con el inconsciente. Todos los analistas conocen el caso particular en que el relato del sueño aparece en la sesión después de un largo desarrollo asociativo, volviéndose éste inteligible sólo después de que el relato del sueño haya tenido lugar, adquiriendo, de hecho, otra inteligibilidad desde el punto de vista del doblete pensamiento latente-deseo inconsciente. Entonces tiene que operarse una inversión en el pensamiento del analista, que debe tener en cuenta esta planificación como material asociativo del sueño, material temporal en acción, y las asociaciones que han precedido al relato del sueño en tanto que asociaciones de dicho sueño. De hecho, todo discurso de sesión remite más o menos explícitamente a la vida onírica, a un sueño potencialmente narrable en sesión, y, del mismo modo, a un sueño que se está preparando, al sueño de la noche siguiente, así como a su eventual relato durante la sesión del día siguiente.

[De nuevo es a partir de este acto narrativo y del de la palabra asociativa que lo prorroga como se ha podido diferenciar, en tanto que consecuencia y repetición, una](#)

concepción de la técnica que se apoya en la regla fundamental. Hemos visto anteriormente que estos actos estaban animados por una doble dinámica, de retención, de inscripción vinculante, y de abandono, de fluctuación desligada. En efecto, la atracción regresiva negativa por el «núcleo traumático» señalado por Freud en 1895 se ve acompañada por un contra efecto, una resistencia a la asociatividad que en un primer momento se le escaparía a Freud, identificado como está, por su método de forzamiento, con un imperativo de asociación y de rememoración. Cuando, después de la reivindicación «arisca» de la señora Emmy ven N15, consentirá en dejar hablar a sus pacientes, podrá concebir la existencia de una «resistencia a la asociación» (Estudios sobre la histeria, pág. 53) y después la de una resistencia a crear ligaduras (IR, pág. 244). En un segundo tiempo retomará, en nombre del método, esta resistencia haciendo de ella no ya una imposición personal sino un imperativo impersonal al principio del tratamiento. La regla fundamental podrá a partir de entonces ser formulada (Melle Elisabeth V. R.)<sup>16</sup> y encontrará su lugar en el umbral de la cura, su plaza inaugural e inauguradora. Sin duda, este segundo tiempo fue posible gracias a la observación de cómo la atracción por el núcleo traumático se acompaña de resistencias, de disimulos, de silencios, de atrincheramientos, de deformaciones, todo ello reflejos de la existencia de un trabajo de libre asociación que prolonga el trabajo del sueño. Freud supo, pues, despersonalizar y después hacer impersonal la exigencia de palabra que en un principio había encarnado en nombre de la autoridad médica. Supo apropiarse de la resistencia a asociar y de la resistencia procesual, perceptible en sesión tanto en el discurso como en los relatos de sueños, para extraer de ello una regla enunciable, exterior, tangible y continua, regla que venía así a apoyar aquella otra interna, más insegura y fluctuante, que se oponía a las tendencias negativizantes, activa en el mejor de los casos en la producción de una represión. La regla se hace, pues, portadora de mensajes hacia la regresividad extintiva y el imperativo procesual. Bajo su impacto, la sesión se verá caracterizada por el doblete funcional específico de la libre asociación y de la atención parejamente flotante. El soporte del método adquiere a partir de entonces su contenido conceptual. Seguirá una reflexión sobre la cura y podrá llevar progresivamente a una concepción de los tratamientos analíticos como toma de conciencia, como porvenir consciente, como mutación económica del ello en yo, como reconstitución del puzzle de la historia y de la amnesia infantil, pero sobre todo, como construcción de un modelo procesual que hasta entonces no alcanzaba su completa emergencia. Se perfila así una concepción de la cura en tanto que dinámica estructural del a posteriori, que se materializa a partir de actualizaciones que tienen, desde luego, también valor de inicio de mutaciones, pero parciales, así pues, de a posteriori puntuales más o menos elaborativos, más o menos regresivos.

"La metapsicología y su cuerpo teórico, apto para dar cuenta de los diversos funcionamientos psíquicos deducibles a partir de las producciones humanas, nacieron también de este rodeo por el sueño y sus relatos. Son a posteriori de la atracción regresiva implicada en el sueño y de la llamada del imperativo tercero. Así, el rodeo regresivo que constituyó, teniendo en cuenta el estudio de las neurosis, tanto el acto del relato del sueño como el de la implantación del método de interpretación del sueño y el de la elaboración de la metapsicología del trabajo del sueño, ha permitido

aclarar según una lógica de reverberación retroactiva el conjunto de la psicopatología y ha permitido que evolucionaran los medios que hay que poner en práctica para conseguir obtener el levantamiento de las distorsiones observables y la instauración de un funcionamiento psíquico en relación tanto con el mundo exterior como con sus fuentes, sus necesidades y sus exigencias endógenas.

Este rodeo regresivo que generó La interpretación del sueño ha dado lugar también a diversas tendencias en la teorización de la sesión, dos de ellas esquemáticamente opuestas. La primera consiste en aplicar la metapsicología del trabajo del sueño al trabajo de la sesión, incluso al trabajo psíquico en general. Los distintos escenarios psíquicos considerados según la hegemonía de este modelo corrían el riesgo, por consiguiente, de perder sus particularidades en favor de concepciones en este caso todas narcisistas, por tanto, autárquicas y solipsistas. La otra vía se refiere a un distanciamiento, que pretende radical, entre los funcionamientos nocturnos y diurnos. La preocupación legítima es, entonces, diferenciar los distintos escenarios. Pero la consideración, por parte de los partidarios de esta estricta distinción, de la presencia de la realidad de los objetos externos como fuentes de excitaciones perceptivas les lleva a considerar el impacto de las mismas como fuente directa o indirecta de lo psíquico. La primicia se le acuerda a los efectos, por la percepción y sus implantaciones, de los objetos externos y a las diversas cualidades perceptivas de éstos.

Las dos concepciones sitúan la noción de fuente bien del lado de la pulsión y del soma - el concepto límite-, bien del lado del objeto y de la relación, otro concepto límite. La represión originaria y la percepción se convierten en los dos límites. Es cierto que el propio Freud favoreció esta concepción de una doble fuente al afirmar de forma concisamente una casi equivalencia simétrica entre el impacto de las mociones pulsionales sobre el ello y de la realidad externa sobre el yo". Al hacer esto, lo que en ambos casos está distanciada es la complejidad de las articulaciones de las supuestas fuentes. Este aspecto desatendido volverá a la teoría psicoanalítica a través de lo que llamamos con frecuencia de manera un poco apresurada lo transitorio. Esta articulación necesita de hecho que se tomen en cuenta las dos dinámicas, opuestas en cuanto a su dirección (centrífuga, centrípeta), que son el uso anímico de lo percibido y la instauración por identificación de la psique. Transposición, animismo, identificación e instauración constituyen juntas la complejidad de las relaciones interior-exterior presentes en cada uno de los dos aspectos del psiquismo. Pero no se trata de dos límites independientes o simétricamente influyentes, equivalentes. Los efectos de la realidad exterior se producen por medio de una resonancia pulsional; del mismo modo que la apropiación y la gestión de las mociones pulsionales, no puede prescindir de soportes concretos, de materiales para investir, de inversiones inscritas en huellas relacionadas con la percepción 18. Esta es la doble dinámica que compone la coexcitación sexual. Volvemos también a encontrar aquí el modelo del doble límite tal como lo propuso A. Creen, abordado aquí de acuerdo con los juegos inconscientes de la transposición y de la identificación.

Para comprender estas articulaciones interno-externo, conviene, en efecto, tener

en consideración varios hechos. Las mociones pulsionales, para ser elaboradas y apropiarse de ellas, necesitan su transposición a objetos exteriores, pues las huellas mnésicas y las representaciones de palabras forman parte de este exterior. Hay que tener igualmente en cuenta los efectos de resonancia, de concordancia, de elección y de identificación implicados y constitutivos del animismo y de la coexcitación de la libido; pero también la existencia de modos de relación de objeto no objetales, regresivas desde el punto de vista procesual, de elecciones de objeto infantiles, narcisistas, perceptivas, antitraumáticas, etc., y la utilización del objeto en tanto que sustituto de operaciones procesuales. Sin duda, las respuestas de los objetos, es decir de sus propias procesualidades, tienen desde luego un impacto importante y pueden provocar e inducir trabas y facilitaciones en cuanto a la emergencia del funcionamiento psíquico. La psicopatología está aquí para probarnos que los orígenes de la morbosidad surgieron del encuentro de las fuentes pulsionales y de procesos, desde luego internos, pero en un primer momento virtuales y que debían apuntalarse en otros, buscados y encontrados en el exterior y con los que tienen que identificarse para resultar eficientes. La procesualidad del infans no puede instalarse sin el pasaje por una identificación con la procesualidad más elaborada de otro. Los juegos de transferencia repetirán esta necesidad que ya se manifestó, participando en la constitución de una historia, y que ha hecho indispensable el recurso a diversas soluciones y avatares. La transferencia sostiene esta necesidad y esta historicidad, y también esta búsqueda en el exterior de una procesualidad más acabada. La transferencia inaugural de todos los tratamientos psíquicos es la delegación del imperativo procesual al terapeuta, delegación transformada por una aspiración a perfeccionar el crecimiento que ha permanecido potencial. Las entrevistas preliminares tienen esta función. El uso que el profesional hace de esta delegación es lo que diferencia todas las psicoterapias de influencia de los tratamientos analíticos.

Las sesiones serán, por tanto, el lugar privilegiado del despliegue, de la actualización de las necesidades psíquicas internas, pero también de las condiciones históricas que participaron tanto en la emergencia funcional de los procesos psíquicos como en las soluciones paliativas diversas que la psique ha podido utilizar y hacer reales y continúa haciéndolo para atenuar los peligros a los que puede verse sometida, para asegurar su mantenimiento y para conseguir satisfacciones sustitutiva; lo que, en 1931, Freud llamó los factores «psicológico», «histórico» y «fantasmático»<sup>1</sup>. La repercusión de esta transferencia de despliegue y de reactualización se hará sobre el conjunto de la situación analítica, por tanto, sobre el analista, el lenguaje, el protocolo de la cura. Llegará incluso a ampararse del conjunto del mundo, haciendo de este último un mundo de sesión, un mundo regresivo al servicio de las funciones psíquicas regresivas, oníricas en el mejor de los casos. Las transferencias llamadas laterales se inscriben fácilmente en esto. Dan testimonio particularmente de este juego de modificación de la relación con el mundo. Si, en tanto que analistas, no siempre sabemos por quién se nos toma, sabemos que continuamente somos contratransferencialmente solicitados tomándonos por otro<sup>20</sup>. Entonces dominarán las relaciones de objeto regresivas. En sesión serán reconocibles las prototípicas relaciones de objeto infantiles, de valor edípico, pero también esas otras formas, esas otras distorsiones más o menos importantes que son las relaciones de objeto

narcisista, perceptiva, antitraumática, neoconstructiva. Todas las psicologías colectivas, las psicopatologías de masas, se actualizarán de esta manera, actuarán en sesión pero también se construirán en ella. A partir de entonces habrá que considerarlas en tanto que parte constitutiva de la relación analítica, es decir, de la dinámica transfero-contratransferencial. Ésta está dominada por las distintas modalidades de transposición, de elección, de cooptación, de identificación y de construcción. Se encuentran las clásicas identificaciones histéricas, favorables a un funcionamiento anímico en doble sentido y a las satisfacciones sustitutivas, infantiles y alucinatorias; las identificaciones en una mutualidad narcisista que instalan apoyos y refuerzos defensivos, seguridades recíprocas; las identificaciones en la renegación que buscan neutralizar las resonancias traumáticas entre la regresividad pulsional y la percepción, en particular, por supuesto, la de la castración.

Pueden, además, instaurarse en sesión otras psicologías colectivas basadas en un mecanismo diferente; no ya en compartir soluciones similares por medio de algún tipo de identificación directa con el funcionamiento del otro, sino en la búsqueda de una complementariedad que lleve a una identificación con lo que le falta al otro. El analista se ve identificado con los procesos faltantes de su paciente. Su contratransferencia, en este caso, la mueve el deseo de ser el que proporciona eso que le falta al otro.

Si el primer tipo de colectivo se organiza en torno a una respuesta común hacia lo que falta, en torno a una forma similar de tratar la relación con lo que falta, el segundo se construye sobre un reparto distributivo de la pareja faltante-proveedor. La relación analítica tiene entonces como objetivo construir entre dos, un solo ser sin carencias. Las primeras psicologías colectivas vislumbradas anteriormente se apoyan en la similitud, las segundas en la complementariedad. Ambas mantienen una renegación de la resolución individual como teleología de la vida mental, por tanto, como objetivo de la cura y como ética de la vida humana.

Hasta ahora, mis palabras se han dirigido a señalar las tendencias extensivas de las leyes regresivas del sueño, en la propia sesión, y también hacia partes más o menos importantes del mundo, más allá del de la sesión. Nos ilustran muy particularmente respecto a las reperscuriones de las leyes del sueño en la realidad de la sesión. Pero precisemos también que esta extensión del escenario del inconsciente no se hace ni por invasión y desbordamiento directo de las leyes del inconsciente sobre el mundo exterior ni por una reverberación indirecta sobre este último, sino más bien bajo la influencia de la atracción regresiva negativa ya señalada anteriormente. Esta última tiende a fijarse en todos los materiales psíquicos y en los objetos de la percepción. De ello resulta una captación regresiva. Ésta es, de hecho, un compromiso entre la atracción negativa con propensión al borrado y una retención que implica otra tendencia, un imperativo de investidura y de inscripción. La regresividad extintiva participa así en la modificación, distorsión, incluso más o menos en la eliminación, del polo de la secundariedad, el papel de este último en la prueba de realidad, en la prueba de juicio. La modificación del valor de las percepciones y de los materiales psíquicos se hace a partir de esta doble operación, tanto de erradicación más o menos

extensiva del proceso secundario, de los juicios de pertenencia, de existencia, de valor y de sentido, como de atracción y de captación regresiva de las huellas y de las inscripciones a favor, primeramente, de las lógicas primarias, después de las primitivas y traumáticas. La dinámica que hace posible el sueño, dinámica activa durante la vida diurna y que se siente por el deseo de irse a dormir, ya no está dominada por la puesta en espera y lo diferido, sino que utiliza inmediatamente el mundo de las percepciones diurnas, en el hic et nunc, en lugar de reservar su trabajo al mundo de las representaciones, del que puede disponer después de que haya tenido lugar una regresión tópica y que la censura nocturna haya tomado el relevo. Una vez realizadas la regresión formal y la figurabilidad, pueden tener lugar la mutación económica y el consiguiente avituallamiento de la libido con, en el mejor de los casos, esa prima de deseo disponible al despertarse, que se siente también durante algunas sesiones, incluso si los mecanismos en cuestión se revelan plurales. Así, la luz, siempre presente en los sueños, encuentra un eco en los efectos de «resplandor», de iluminación, de «insight», de fiat lux, frecuentemente sentidos en la sesión.

La transformación funcional diurna se refiere, pues, a la capacidad de contrainvestir el proceso primario, a mantener esta contrainvestidura por medio de lo que supone un sacrificio temporal, la puesta en latencia, el abandono en la latencia de contenidos de pensamiento. Este papel de contra le corresponde al proceso secundario y a la investidura que le es específica, la sobreinvertidura. Es, pues, esta última quien es objeto de un acto de «asesinato» y quien, menoscabada de este modo, libera la atracción regrediente, la que obliga a la instauración de funcionamientos regresivos con valor de compromiso entre la retención y la extinción. En el caso del sueño, este funcionamiento regresivo desemboca en un autoerotismo alucinatorio sito en el seno de un sistema narcisista. En el caso de la sesión, la percepción, incluso temperada y limitada por una repetición inscrita en la estabilidad del protocolo, participará con el lenguaje en esta reorganización de un modo de pensar y de relación regresivas específicos, el pensar de incidencia y la relación de objeto procesual infantil. Desarrollaremos estos aspectos más adelante. Antes nos espera otra tarea.

El modelo del sueño, su función, sus fines

En efecto, la comprensión de lo que pasa en la sesión, en la relación analítica, exige conocer bien las lógicas del inconsciente y muy particularmente las leyes del trabajo del sueño para poder discernir estos fenómenos de extensión regresiva y extintiva, estos efectos llamados de contagio, de contaminación, de alianza, de acuerdo mutuo, de complicidad, etc.

La línea de las obras de Freud que se refiere a los fenómenos grupales recorre toda su obra desde la Traumdeutung hasta Moisés y la religión monoteísta. Recordemos: Tótem y tabú, Para introducir el narcisismo, Psicología de las masas y análisis del yo, El futuro de una ilusión, Malestar en la civilización, Sobre una Weltanschauung (Conferencia núm. 35). Pero esta línea tiene ya sus premisas en La interpretación del sueño. El imponente capítulo VI ha sido, efectivamente, objeto de numerosas adiciones, en particular las 58 páginas consagradas a lo simbólico, a los símbolos.

Estos se le presentan a Freud como una auténtica «lengua fundamental», un inconsciente colectivo formado por arquetipos (Jung). De hecho, se trata de los medios que los grupos comparten desde siempre para responder anticipadamente a las necesidades que sustentan el trabajo del sueño, a la dimensión traumática que en todo momento amenaza con poner en peligro a este último. El consenso sirve de listo para utilizar.

Después, Freud no cesa de vincular la transferencia a los fenómenos de influencia y a las soluciones colectivas que los humanos fomentan contra el imperativo superyoico, imperativo de llevar la responsabilidad «culpable» de su trabajo psíquico, de ser los autores de sus crímenes y de sus realizaciones<sup>21</sup>, ambos comportando la operación de homicidio y segregando cada uno respectivamente un modo específico de culpabilidad inconsciente`. La vida onírica, por medio del relato del sueño, nos revelará algunas operaciones psíquicas implicadas, determinantes y retomadas por las psicologías colectivas. Los fenómenos «de masa» se encuentran, en efecto, en las actividades psíquicas más singulares desde el momento en que la contrainvestidura de lo traumático está en dificultades. Con «La cabeza de Medusa» (1922), Freud podrá proporcionar una figuración que traduce la analogía que existe entre las respuestas masivas de las investiduras narcisistas frente a la regresividad traumática y las reacciones colectivas de las masas para apoyar sus renegaciones. A la multiplicación individual responde el reagrupamiento de masa.

Tenemos, pues, que recordar los caracteres que definen el sueño tal como Freud los reconoció sucesivamente en tres etapas, y volver sobre ello, así como la función principal del trabajo del sueño, su función antitraumática y de regeneración libidinal en la que participan los mencionados tres fines del sueño. Después de esto podremos volver a la sesión y examinar las especificidades de las modalidades del pensamiento de sesión, la pareja impacto de la palabra-proceso de interpretación.

1 En 1900, Freud escribió la famosa expresión «el sueño es una realización de deseos», y la emplea como título del capítulo 111 de su Traumdeutung, La interpretación del sueño. Después, a lo largo de esta misma obra princeps, precisa que el sueño es también el guardián del reposo, y que la realización alucinatoria del deseo participa en este segundo objetivo que se refiere al reposo. Así pues, diferencia ya el objetivo y la función del trabajo del sueño, el primero informándonos por medio de su éxito del de la segunda.

En esta época, abordará también la cuestión de la-identidad de percepción como producción específica del trabajo del sueño, opuesta a la identidad de pensamiento realizada por el proceso secundario en vigilia. Afirmará que el sueño no es creador, sino que transforma materiales que ya están allí a su disposición, que los gestiona dependiendo de las necesidades del trabajo del sueño. Por ejemplo, hablará del mal uso de los nombres, de la confección de imágenes compuestas, de la neoformación de palabras a partir de palabras correctas y oídas, etc.

Pero se quedará en la pareja identidad de percepción-identidad de pensamiento, la

primera realizada gracias al régimen alucinatorio aplicado a una representación de cosa, la cual perderá entonces su cualidad de representación a favor de la de alucinación. La cualidad de representación se revela, pues, garantizada por la contrainvestigación secundaria, cuyo levantamiento permite la mutación regresiva hacia lo alucinatorio.

Haría falta tiempo para que Freud percibiera plenamente el alcance de este aspecto del trabajo del sueño. Después de 1920, vuelve en diversas ocasiones sobre esta tercera particularidad del sueño, su producción de un contenido manifiesto que disimula las desligazones, las fisuras, los cismas, las fracturas, los vacíos, las carencias representativas, las parcelaciones, las dispersiones. Se requiere la elaboración secundaria, y por medio de ella los procesos discursivos e intelectuales diurnos, para alcanzar este objetivo. El producto manifiesto final revela entonces, por parte del trabajo del sueño, una neo-constructividad, ya señalada por Freud en tanto que coerción para unificar, para elaborar en una unidad (IS, página 266) los elementos dispersos del sueño; no duda en comparar esta búsqueda de coherencia aparente «con los trucos de los prestidigitadores (que) nos engañan apoyándose en nuestra costumbre intelectual» (IS, pág. 550). Ya aparecen los términos de falsificaciones, de errores extraños, que anuncian los futuros trabajos sobre el fetichismo y la ilusión. Este esfuerzo de composición, de neoconstrucción, tiene por finalidad, incluso utilizando paradójicamente representaciones de destrucción y de carencia, mantener dormida una parte de los procesos psíquicos, pero sobre todo colmar, recubrir lugares de no pensamiento, remediar la neutralización de determinadas operaciones psíquicas, las específicamente interpeladas por la percepción de la castración y cuyo secuestro exige una llamada a la renegación. La castración existe, en efecto, no es sólo una amenaza ni un complejo, es aquello por lo que se reconoce una tendencia interna sentida.

El sueño puede asemejarse al delirio diurno por medio de esta función común en la que ambos están implicados y que consiste en tapar las brechas del trabajo psíquico, pero sobre todo, en responder a esta regresividad extintiva que aprovecha esta brecha y tiende a borrar de manera extensiva los materiales que componen el aparato psíquico. Sin embargo, entre sueño y delirio hay una diferencia importante. Este último intenta recubrir una brecha que existe en donde debería haber existido un tejido psíquico. Es una tentativa de autocuración por medio de la añadidura de una pieza, mientras que el sueño intenta responder por medio del trabajo que lo produce a la regresividad traumática común, la cual incluye y utiliza al servicio de su función antitraumática y de la regeneración libidinal del aparato psíquico que tiene a su cargo. En 1983, Freud está en posición de afirmar: «el sueño es una psicosis». La tercera definición del sueño se muestra entonces claramente, consiste en construir lo perceptivo.

A partir de un cuestionamiento sobre la producción de los sueños y de los síntomas en análisis, de hecho, sobre la existencia de los retornos de lo reprimido, existencia extraña puesto que desagradable, aunque generalmente intensificada a lo largo del análisis; y sobre la tendencia concomitante de los sueños a convertirse en

recuerdo y relato de sesión, Freud considerará que existe una coacción para producir estos materiales, que esta producción no es espontánea, ni movida sólo por el deseo de curación, sino que cumple una función, distinta a la de coponder el puzzle de la amnesia infantil, de hecho la de remediar y responder a la mencionada dimensión traumática más allá del principio del placer y garantizar así la reinstauración del principio del placer. Esta coacción se revela especialmente sensible en el sueño, pero también en la sesión. Participa en la productividad asociativa que puede, sin duda, parecer en un primer momento movida sólo por la regla fundamental. Pero la presencia de esta coacción en el trabajo del sueño prueba que tiene un origen mucho más endógeno, del cual, precisamente, surgió la regla fundamental. Estas producciones de la sesión y del sueño, además de su valor de reminiscencia, de extracción en el almacén de los accesos y de las huellas históricas, cumplen una función, la que consiste en saturar la percepción del interior, en proyectar, sobre la pantalla interna de la conciencia durante el reposo, sobre la pantalla de doble cara de la conciencia del analizante y del analista durante la sesión, una producción alucinatoria en identidad de percepción. Se imponen otros desarrollos. La mencionada identidad de percepción no es pues equivalente a la percepción. Se perfila una nueva categoría: lo perceptivo. Esto último se realiza gracias a lo alucinatorio y tiene la función de mantener la exclusión de otras percepciones, tanto internas como externas. Así, esta saturación por medio de lo perceptivo, es el tercer carácter del trabajo del sueño por medio del cual cumple su función antitraumática y regeneradora. En la sesión, la intensidad del discurso asociativo intenta desempeñar el mismo papel. Lo perceptivo encuentra aquí su extensión. Se define como realizado gracias a lo alucinatorio y como teniendo por función la de mantener una renegación de otra realidad perceptible, realidad interna designada en psicoanálisis con el término castración. Psicoanalíticamente hablando, esta última puede considerarse en tanto que realidad perceptible externa que entra específicamente en resonancia con una cualidad pulsional, la de la regresividad extintiva, la del retorno a un estado anterior hasta lo inorgánico. El tratamiento por el trabajo del sueño de esta regresividad extintiva traumática exige que sea mantenida temporalmente la renegación de la percepción diurna de la castración. La producción de un neo-mundo perceptible, enteramente hecho realidad por medio de las representaciones y capaz por medio de lo alucinatorio de saturar desde el interior la conciencia nocturna, participa de este modo en mantener esta renegación temporal y reversible. Esta función tendrá más fácilmente buenos resultados en el sueño y en sesión cuanto mayor semejanza tenga el producto elaborado con el mundo perceptible. Este neo-mundo tiene que poseer, por tanto, la cualidad de la verosimilitud, cuya consecuencia es que fácilmente puede ser tomado y considerado como «verdadero»<sup>23</sup>, incluso como la única verdad concerniente a la realidad. La ilusión y el delirio se construyen allí. Estos neo-mundos perceptivos prolongan así la renegación nocturna gracias al grado de convicción que heredan de lo alucinatorio. La renegación se mantiene en la vida diurna y puede, de temporal, reversible y propicia a las actividades psíquicas de la pasividad, convertirse en crónica, estable y nefasta para la vida psíquica y para la relación con el mundo objetal.

De este modo, el trabajo del sueño realiza un deseo inconsciente, sostiene la

inactividad de las actividades diferenciadoras del yo y proporciona desde el interior una percepción de un neomundo, un perceptivo construido a partir de representaciones y de la renegación de determinadas cualidades perceptibles pero no representables, renegación realizada gracias a la saturación de la percepción.

Estos tres objetivos del trabajo del sueño colaboran concertadamente en el tratamiento de la dimensión traumática, de la regresividad pulsional y en la regeneración libidinal. Para ello, hemos visto que era necesario un tiempo de desobjetualización reversible. Esta última puede explicarse mejor. Está constituida por una renegación de la percepción con desinvertidura de los objetos e inactividad del proceso secundario. Pero incluso instalado un sistema narcisista como éste, la regresividad tiende a proseguir sus atracciones negativas, a desorganizar el principio del placer y a reducir lo psíquico hasta una extinción que puede llegar incluso a lo inorgánico. La desobjetualización se extiende en una desnarcisización. Los funcionamientos operatorios, los de la neutralización de la excitación, se presentarán como etapas y niveles regresivos en este fluir de la desmentalización. Para ello, hemos visto anteriormente que, sin embargo, tiene que tener lugar otra operación, un homicidio del imperativo elaborativo y resolutivo, un asesinato de la eficiencia de este imperativo procesual, asesinato que, en el mejor de los casos, se vale de una puesta en latencia temporal y reversible, pero que puede llegar a ser estable y crónica, transformando la puesta en latencia en renegación.

El apego del analista a esta concepción del trabajo psíquico, a sus particularidades, a sus fines y funciones es lo que le permitirá, en su trabajo diario, afrontar el conflicto con las tendencias negativizantes a las que será sometido más o menos disimuladamente a lo largo de su trabajo y de las que nacerán muchas de sus tentaciones de compromiso, de acomodaciones y de renuncia, incluso de demisiones, de defecciones frente al análisis y sus objetivos.

La libre asociación, esa palabra de incidencia

Tras esta digresión por los fines y las funciones del trabajo del sueño, podemos volver al trabajo analítico y, por tanto, a los modelos de pensamiento específicos de la sesión y de la cura, a la libre asociación y a la atención parejamente flotante. El estudio de la libre asociación como modo de pensamiento por medio del cual el trabajo del sueño puede continuar nos reinstala en el corazón del manifiesto de la sesión. Así pues, se imponen algunos comentarios que nos permitirán desarrollar determinados aspectos, algunos ya mencionados anteriormente.

La libre asociación es el objeto cotidiano del psicoanalista. Para éste, ella es el lenguaje y el referente. Es lo que, a partir del paciente, viene a marcar, trazar, «bombardear» podría decir Francis Pasche, es decir, mortificar su superficie perceptiva; aquello a partir de lo cual escoge, desecha, deforma, fabrica sus construcciones y concepciones; el mantillo indispensable para sus fertilidades, también el que esteriliza sin cesar, sobre el que sus propios elementos psíquicos no dejarán de transponerse, de transferirse; lo que utilizará, por cooptación, al servicio de

su propio trabajo psíquico; por tanto, lo que colocará en una serie de doble sentido, el de lo infantil y de lo maduro, de la polisemia y de la monosemia, el de lo desexualizado y de lo sexual, de lo dessexualizado y de lo resexualizado, el del progrediente y del regrediente, de lo inscrito y de lo borrado, de lo existente y de lo forcluido, dobles sentidos todos subsumidos por la pareja fundamental de la dualidad pulsional, entensividad-extintividad. La libre asociación, en tanto que objeto de percepción del analista, se encontrará por tanto atrapada en los movimientos bivalentes de su psique. En tanto que objeto de percepción y de atención, será acogida en un contexto conflictivo, ambivalente; un conflicto entre un proceso ideal, exigido por la regla fundamental, el de la atención parejamente investida y otro designado por la libre asociación como objeto a evitar a causa de sus resonancias con el doblete objeto perdido - objeto de la pulsión, por tanto, como objeto fobógeno-. En tanto que portadora de las dinámicas regresivas del paciente, la libre asociación misma es un pensamiento bivalente, regrediente-progrediente a la vez. Es escuchada en sesión en sus dobles sentidos y colocada por el analista en la bivalencia de su propio funcionamiento psíquico.

La libre asociación se revela como aquello por lo que la transferencia se realizará, su vector, aquello por lo que ésta podrá ser percibida y deducida. Es un potencial a posteriori. Entre sueño y síntoma, ella es otra expresión del pensar, una de las modalidades producidas por la ideal configuración porcesual del pensamiento. Por consiguiente, parece que ella misma puede ser definida como una reminiscencia de contenidos inconsciente, por supuesto, pero sobre todo, de actos psíquicos portadores de su historicidad.

Es el referente del analista, hemos escrito también; por tanto, lo que le permite percibir a través de ella tanto las modificaciones del funcionamiento psíquico de su paciente como su propia contratransferencia enriquecida por los efectos de a posteriori personales. Ya hemos mencionado antes cómo este efecto de a posteriori necesita un tiempo de renegación de las percepciones traumáticas, una toma en consideración de la dimensión traumática por medio del abandono sacrificial en latencia de pensamientos diurnos y una oscilación de las actividades psíquicas regresivas y de las pro gredientes. Esta dimensión regresiva traumática endógena, enmascarada por las realidades de transposición declaradas traumáticas es inferible a partir del afecto trágico que nos habita, ese sentimiento de nuestra propia desaparición activo en nosotros mismos y en la que participamos muchas veces sin saberlo. Por este afecto es por lo que podemos experimentar lo mejor posible esta regresividad, es él quien la representa en la psique, es él el objeto de una frecuente renegación.

La libre asociación es, pues, aquello a partir de lo cual se perciben todos los elementos psíquicos subyacentes, los fácilmente deducibles, los inferidos, los especulados, por tanto, también toda la metapsicología.

La libre asociación, esa superficie manifiesta del analizado, perceptible al analista, presentará su diversidad semiológica, sus más sutiles variaciones, de un momento al

otro, pero también sus numerosos cambios dominados por las fijaciones, las repeticiones, las compulsiones de repetición, las restricciones, las producciones y autoproducciones de neo-percepciones, todo ello indispensable para en funcionamiento mental del paciente, inculco impuesto por este o aquel de sus objetos procesuales de infancia.

Es una de las facetas de este espacio transitorio cuya otra cara, denominada atención flotante, parejamente, es la doble pantalla de la conciencia del analista, su conciencia perceptiva y la superficie de proyección de su propio funcionamiento psíquico. Nuestra conciencia es el órgano de los sentidos de nuestra propia psiquis. Es lo que permite la endopercepción, la percepción de los fenómenos intrapsíquicos de todas las producciones construidas por nosotros mismos. La libre asociación, debido a esta compleja configuración y a su situación tópica habida cuenta del inconsciente, hará también posible la interpretación.

El espacio transitorio de la sesión es una organización formada por dos dobles conciencias que tienden a crear juntas quimeras, yo-no-yo, copensamientos, mestizos, mezcolanzas, coacciones, coestesis, «objetos analíticos», «terceros analíticos», ilusiones necesarias y momentáneas. Este espacio constituido por dos pre-Cs indefinidos, amalgamados, se abre sin embargo a las angustias singulares, las amenazas y las soluciones privadas. Favorece también los contagios de intimidad, las multitudes de dos hechas de estados amorosos y de vínculos de odio, los desconocimientos reforzados, los rechazos de ignorancia compartidos, las distorsiones de aprehensión, las renegaciones de existencia. Allí se producen, pues, todas las identificaciones, las puestas en común, lo repartido, las mezclas, los intercambios, las mutualidades, las comunidades.

Esta organización transitoria de la sesión es en el fondo asimétrica. La disimetría entre atención parejamente flotante y libre asociación es inherente a la obligación que, es cierto, les es común, pero que se aplica de manera diferente a cada uno de los protagonistas, coacción retomada para el tratamiento por la regla fundamental de la que depende de hecho toda la sustentación del método, sustentación opuesta a un cuarto término, la coacción ligada a la regresividad pulsional. La regla, por su disimetría, exige un reparto distributivo de las funciones psíquicas, de las modalidades del pensar. Reclama lo desligado, el levantamiento de la monosemia, la regresión a las ligaduras del animismo y pasar de un tema a otro por parte del paciente. Exige un estado de recepción y de atención particular por parte del analista. Ésta es la que provoca que el pensar de la sesión, tanto para el analizado como para el analista, sea específico de la situación analítica; que este pensar sea extaño<sup>24</sup> a todos los demás modo habituales del pensar debido a los cuales puede incluso parecer extravagante y convertirse en objeto de una evitación fóbica.

Señalemos que este espacio común, esta doble superficie de contacto no puede satisfacerse con la idea de una intesubjetividad a menos de darle a este término la dimensión de dos psiques que previamente se han repartido funciones distintas, poniéndolas a la una y la otra en una relación de disimetría, lo que no parece

[transmitir el término intersubjetividad. Hemos visto cómo la situación analítica es una disposición compleja y asimétrica de dos psiques. Cada protagonista tiene en ella un papel muy definido](#)<sup>25</sup>, que representan respectivamente las locuciones libre asociación y atención parejamente flotante. Ambas se articulan, debido a la sumisión a la regla fundamental, dirigidas por ese imperativo específico del análisis que hace de la libertad una coacción y de la atención un exceso. La regla fundamental hace de la libre asociación mucho más que una planicie lingüística, mucho más que un conglomerado, un amontonamiento, una arborescencia tumultuosa (S.Freud, El esbozo, 1982), caótico, abierto a todos los probables, a todos los posibles, a todos los imprevisibles. Sin duda tiene la forma de una red reticular (A. Creen), de una proliferación, pero ella es aquello por lo que lo más regresivo, lo más informe, lo más invertido en cuanto a toda virtualidad de existencia, lo más golpeado por la regresividad extintiva, podrá mantenerse aún ligado a la conciencia, por vías a menudo desconcertantes, misteriosas y extrañas, y a través de ella a la exterioridad progrediente. Este es el genio de Freud, haber dado a la cura la teleología misma de la materia viva, en forma de ética.

La libre asociación, debido a esta particularidad de existir sólo en la situación analítica marcada con el sello de la regla fundamental - no hay libre asociación silenciosa-, queda excluida tanto de lo que podemos imaginar en silencio, por tanto de nuestras ensoñaciones, como de nuestros discursos narrativos, explicativos, descriptivos, discursivos, que se supone que dan cuenta de la realidad perceptible interna y externa. Nuestra imaginación es una simbolización potencialmente ilimitada, pero lo imaginado y lo percibido sensorialmente sólo se hacen equivalentes gracias a la ilusión alucinatoria, la ilusión de la identidad de percepción. Todo lo verosímil que construimos, las fantasías que imaginamos y soñamos, lo perceptivo que producimos no contienen nunca todos los elementos de verdad, de realidad impuestos por la percepción sensorial tanto externa como interna. El factor fantasmático produce muchos elementos no perceptibles al exterior, salvo que se creen allí. La toma en consideración de la realidad nos obliga, pues, a un largo trabajo en dos tiempos. El primero es un tiempo antitraumático de desconocimiento, productor de un perceptivo luminoso, que combina identidad de percepción y renegación de todo lo que evoca la castración, el fuera de la luz. El segundo tiempo, de desilusión, es una prueba de realidad, que diferencia lo perceptivo construido de la percepción que hay que aceptar, la luminosidad y sus grados de no luz. Esta diferenciación exige las operaciones de juicio. El sentimiento de realidad efectiva que emana de cada tiempo no tiene la misma intensidad. La intensidad luminosa de lo perceptivo reposa en la convicción alucinatoria, mientras que el juicio de sentido aporta una luz portadora de mensajes de amenaza y de realidad de la castración. La luz ya no es la única realidad, ya no tiene valor de verdad, pero su hegemonía se reconoce como un efecto de deseo.

Otro comentario más: de la libre asociación, habla todo el mundo, analistas y pacientes. Una aprensión intuitiva acompaña a esta expresión y parece ser suficiente para conocer, o más bien para reconocer, lo que designa esta locución. Incluso el inmediato contraste debido a la articulación de los dos términos, la libertad y la

asociatividad, contraste evidente, no parece molestarnos en la utilización que hacemos de esta expresión. No es éste el caso de la otra expresión que hace pareja con ella, la atención flotante, parejamente, según la terminología estrictamente freudiana (1912; 1922). Ya se ha destacado este otro contraste entre atención y «flotante» y a menudo ha sido objeto tanto de bromas como de reflexiones.

La libre asociación es, pues, a la vez una referencia constante, ligada a la fenomenología de la sesión, una referencia obligatoria, ampliamente compartida, el objeto de la atención de todo analista en tanto que la cosa misma que se le presenta, su referente manifiesto que incluye el cuerpo presente del que emana y que la articula. En cambio, es más raramente objeto de reflexión en tanto que tal, aún estando presente en numerosos escritos psicoanalíticos, incluso implícita en todos2G. No podemos por menos que extrañarnos respecto a esto de nuestra evidencia.

Reunamos, antes de continuar, las tres verificaciones precedentes respecto a ella; la evidencia intuitiva del significado de esta expresión, el hecho de que suponga el referente percibido durante de la sesión por el analista, y la distancia que existe entre la concepción apoyada en la evidencia intuitiva y la realidad percibida, distancia conceptivo-perceptiva, teórico-clínica.

¿Por qué la realidad designada por el vocablo libre asociación parece obvio? ¿De dónde nos viene esta percepción intuitiva casi inmediata? El poder evocador de esta locución parece que encuentra sus razones de ser en alguna situación fundamental, común, compartida, incluso universal, alguna rememoración de una situación esperada por todos en la primera infancia. Esta locución está pues cargada de reminiscencias, al igual que la propia situación analítica es también una de ellas7. Es reencuentro, aspiración nostálgica realizada. Sitúa de este modo la reminiscencia en el principio del placer. Hay una comunión de querer satisfacer un deseo, una ilusión en la que se combina deseo y renegación, el deseo de que este modo de funcionamiento anímico asegure la realización alucinatoria de un deseo infantil, la aspiración a la libertad de poder asociarse a cualquier elemento, la libertad de toda asociación, de benefactores y de malefactores. Esta expresión contiene, pues, una aspiración a una libertad asociativa total en la que el juego de los desplazamientos, de las condensaciones, de las equivalencias, de las sustituciones pueda estar en su apogeo sin que se interroguen sus razones de ser, sus limitaciones, las necesidades, coacciones, imperativos en los que se basa. Este deseo encalla en las fragilidades asociativas, las heterogeneidades, las radicales diferencias de naturaleza. Este sentimiento de evidencia descuida los imponderables de las condiciones que la han hecho posible, la absoluta necesidad de estas condiciones. Privilegia únicamente los reencuentros con esas condiciones, su única presencia, en este caso la disponibilidad de un oído materno constantemente abierto al parloteo de su hijo. Pero estos reencuentros amenazan con verse también acompañados del recuerdo complementario de un oído no disponible, ocupado en otra cosa, en otra persona, de un oído que se construye con un mensaje limitador, «reflexiona antes de hablar», «muérdete la lengua antes de hablar», incluso «deja de decir tonterías», etc., todos ellos consejos educativos en los que se abastecerán y a partir de los cuales se

elaborarán todas las variantes de la regla fundamental.

La expresión libre asociación está, por tanto, sobre todo llena de esperanzas respecto a estos encuentros con la realización del deseo infantil de tener a disposición este oído, siempre disponible, complaciente. Esto mismo significa la expresión animista<sup>2</sup> que imagina la libre asociación, el coq á l'âne [saltar de un tema a otro]<sup>29</sup>: expresión que insiste en la reputación de estos dos animales de poder limitar el contingente del objeto con el que se van a asociar, de hacer que desaparezca toda determinación de la elección de objeto, toda limitación a la repetición pulsional y, por tanto, de hacer que desaparezca paradójicamente la interrupción contra la que opera la repetición, al mismo tiempo que la pone de ma nifiesto. Al insistir en la compulsión a la asociación<sup>30</sup>, lo que se va a eliminar es evidentemente la interrupción de la investidura, la regresividad extintiva, la inconstancia y la discontinuidad del empuje pulsional, por tanto, todo lo que haga que brote en nuestra conciencia la idea de temporalidad, de una discontinuidad cargada de incertidumbre, así como toda utilización antitraumática del mencionado objeto por fijación perceptiva. La ilusión que apoya esta locución es, pues, la de lo infinito y de la intemporalidad de las relaciones asociativas, de la existencia de un espacio-tiempo que retoma para sí mismo las leyes de un proceso primario liberado de sus razones de ser, de las coacciones que le acosan; así pues, un espacio de libertad pura, un puro principio del placer que ya no se viera alcanzado por la necesidad de existir. Por consiguiente, la libertad ya no tiene que adquirirse e instalarse, es dada. Sin duda, esta expectativa es ante todo un deseo, y un recuerdo de deseo. El inconsciente se encuentra, entonces, marcado por una certeza, Se convierte en un estado y no una función. Esta concepción de una asociatividad supuestamente libre, es, en realidad, una liberación por liquidación del reconocimiento de todas las discriminaciones que existen en la asociatividad, con algunas asociaciones que tienen más que otras la doble lógica edípica y sus consecuencias. Su valor «impactante» traduce el asesinato realizado y el incesto consumido. El analista no las siente del mismo modo que las que integran en su producción las funciones de censura y de evocación. Pero tienen que ser investidas, las unas y las otras, de la misma manera, sin ser consideradas como equivalentes en cuanto a su valor.

Este anhelo fundamental, esta ilusión de una simbolización pulsional liberada, la encontramos perfectamente expresada desde siempre por la literatura, los poetas enamorados. Por ejemplo, estas palabras con doble sentido, activo-pasivo, de Rabelais: «Dar palabras es un acto amoroso»<sup>31</sup>. Esta misma aspiración es la que tan bien expresa Goethe en los primeros versos de Fausto, los primeros versos de su dedicatoria". Los versos que siguen a los de la apertura articulan, sin embargo, reencuentros y pesar.

La reminiscencia que acompaña a la expresión libre asociación evoca un fundamento que incluye tanto leyes internas de la psique como las condiciones favorables para que éstas se desarrollen. En efecto, estas leyes internas del funcionamiento psíquico no pueden considerarse totalmente independientes (solipsismo) de las condiciones que hacen posible su eficiencia, ni creadas por un

único exterior que las perfila a su antojo (la tabla rasa). Las leyes psíquicas, en principio inconscientes y pontenciales, siguen un imperativo de emergencia, de puesta en eficiencia, imperativo que buscará, creará-encontrará las condiciones favorables para tal emergencia; al mismo tiempo que estas condiciones, cuando se proporcionan de manera adecuada desde el exterior, permiten mejor el desarrollo de la potencialidad. La libre asociación no es, pues, sólo la expresión de estas leyes, es, por su propia repetición, lo que garantiza el mantenimiento, el sostén de su eficiencia; pero aún más, es el medio, el motor de desarrollo de su instauración, de la construcción de lo que quedó en espera y que puede aún retomar un camino hacia el crecimiento. En esto podemos ver una analogía con el juego de la bobina, juego repetitivo y que utiliza la repetición. Este juego no es sólo la rememoración de una madre-bobina que se ausenta, sino la repetición de un acto psíquico que necesita de un acto motor para construirse, repetición presa entre la tentativa de garantizar el mantenimiento del vínculo-cuerda a la madre-bobina-representación y las aspiraciones a dejar que se borren en la partida del objeto tanto la representación como la ligadura de la investidura. El acto motor, acto ritmado, soporte de esta procesualidad en curso de instalarse combina un gesto del brazo, una articulación maxilar y la emisión de sonidos-palabras. Es patente la analogía con la libre asociación de la sesión. Este juego se muestra, entonces, como una forma incoativa, propia del niño, de la libre asociación del adulto. Es el prototipo de los modos de libre asociación más específico del trabajo con niños, el dibujo, el juego, la utilización de todo tipo de materiales soportes de transmisión.

Este conflicto entre una inscripción de un proceso y una extinción pulsional se hace muy perceptible cuando la repetición amenazada se duplica regresivamente con la compulsión y sigue así luchando contra la extinción de la investidura de la libido liberada de todo imperativo. La repetición trabaja para inscribir la parte narcisista de la investidura. El acto que se repite es la tentativa de realizar un acto psíquico, una desexualización narcisizante. La presencia subyacente de este acto instaurador se deja adivinar en la acción de asociar libremente, y la regla fundamental exige y sostiene su realización.

La atención parejamente flotante es, sin duda, el ambiente adecuado, específico de la situación analítica, para hacer posibles las funciones que instauran la libre asociación, y la función de ésta es perfeccionar el cumplimiento de los procesos psíquicos.

1 Volvamos a nuestra tercera observación, la inmensa distancia entre el modelo intuitivo con valor de reminiscencia y la percepción concreta de la realidad del discurso de la sesión de la mencionada asociación. Es una distancia teórico-clínica por la decepción que provoca, que nos obliga repetitivamente a volver a pensar, a modificar la formalización surgida del modelo que se presenta intuitivamente en un modo esquemático, siempre dispuestos como estamos, ya lo hemos señalado anteriormente, a seguir los agradables meandros de la ilusión.

Esta distancia ineluctable es la que nos obliga, siguiendo el consejo de Charcot, a

«volver sobre ello» de manera repetitiva, a rectificar nuestras concepciones sobre el sueño y las de los componentes de la sesión. Más aún cuando será el crisol de una decepción y de una fobia, fobia por la situación analítica misma; fobia vivida no sólo por el paciente, sino también por el analista. Ciertamente, esta dimensión fóbica es totalmente comprensible en los pacientes, puesto que su supuesta libertad impuesta luchará contra todas las dificultades funcionales de sus psiques, dificultades todas ellas exacerbadas en esta situación de la sesión. El todo de la regla fundamental interviene también en la elección de la sesión como realidad fóbica puesto que hace entrever el horizonte de una renuncia posible a toda retención, al ofrecerse el lenguaje hablado, en cambio, como solución de retención impuesta. La compulsión se amparará, pues, del lenguaje y de la palabra.

Poner en flotación la atención exige también del analista la puesta en latencia de su juicio de valor y del poder discriminatorio de este último. Esta situación, reforzada por la percepción de la distancia teórico-clínica, provocará también el sentimiento de cometer una falta contra el ser ideal, que tiende también a alejarlo de una realidad percibida por ello como ingrata. Freud señalaba ya en 1911, en una carta a Binswanger, el aspecto casi contra natura de la situación analítica para el propio analista: «En verdad, no hay nada para lo que el hombre, debido a su organización, sea menos apto que para el psicoanálisis.» (Carta del 28 de mayo de 1911) Esta frecuentación regresiva con el inconsciente, en el marco de una profesión, es, desde luego, lo que despierta la evitación fóbica así como la idealización de las funciones de salvador, cualesquiera que sean los medios utilizados para alcanzar este objetivo.

Así pues, la presencia repetida de la situación repetitiva en la que se pone el analista debido a la libre asociación de sus pacientes es lo que le hará sentir cotidianamente la distancia entre la realidad que percibe y la concepción, aprehensión que tiene de ella. Por supuesto, puede encontrar en esto todo el valor de un estado de ánimo, ya tan bien expresado, incluso llevado al rango de máxima filosófica tanto por Shakespeare como por Goethe. El uno y el otro señalan, en efecto, la distancia que existe entre la gris y seca teoría y la realidad, que ellos consideran reverdeciente<sup>33</sup>.

Uno y otro nos hacen sensibles a ese conflicto del que una salida posible, aparte de la fobia y de la idealización, es la teorización, la mejora de la conceptualización de la escena analítica. Pero la elección fóbica se apoyará con facilidad en la realidad de la sesión, en esa parte de realidad distanciada de la concepción idealizada que tiene de ella el analista, parte que entra directamente en resonancia con lo que, por definición, se nos escapa del inconsciente.

Estas reflexiones tienen tanto más valor para el analista en cuanto que su profesión es escuchar desde su sillón una libre asociación que emana de un cuerpo tumbado cerca de él en un diván, un cuerpo que habla, atravesado por diversas sensaciones y obligado por una regla concreta a articular por medio del lenguaje todo lo que pasa dentro de él, reivindicaciones, sufrimientos, angustias, invocaciones de las más diversas. Es este lenguaje, lenguaje sensible al cuerpo que lo emite, lo que será el objeto de la atención flotante del analista. La percepción que tiene del tratamiento de la castración por sus pacientes, de la distancia de sus soluciones y la referencial

supuestamente ideal, lo someterá a la percepción de esta castración por medio de todas las infracciones al ser ideal, y le hará particularmente apto para encontrar seductor el discurso corporal de sus pacientes.

La importancia que se le acuerda al lenguaje no debe hacernos olvidar, sin embargo, que las palabras pueden ser utilizadas de modo que intervengan en la eliminación de la carencia que, sin embargo, rezuman, cavando la brecha entre ellas y el significado del que se supone que dan cuenta. Desarticular el lenguaje, la sintaxis, es un intento para eliminar esa percepción de una falta. Más aún, las palabras pueden servir para encubrir un significado que falta. Mefistófeles, de nuevo, en Fausto 1, ya se lo hace ver al escolar: «!-Muy bien! Pero no hay que preocuparse mucho, porque donde faltan las ideas las palabras se hacen fácilmente creíbles, no les quitarían ni una coma.» Freud también fue sensible a este aspecto. Sin embargo, examinará bastante tardíamente la ocasión en la que las palabras no son sólo, a semejanza de los sueños, espuma, mentira - esto ya lo sabía hacía tiempo - sino que también pueden ser utilizadas en lo que se supone que manifiestan que falta. La palabra se incorpora entonces a una laguna del trabajo psíquico. En 1925, Freud aborda el mecanismo de defensa de la negación, y, por tanto, del uso del «no»; después, en 1927, abordará el fetichismo. Reconoce que el lenguaje se utiliza a veces para construir en la conciencia lo que, al mismo tiempo, reniega la psique. Concreta, después, que el lenguaje, cuando intenta decir la realidad de la carencia, se muestra y se ofrece a la conciencia como presencia. Las palabras enunciadas pueden entonces, por su naturaleza de presencia, utilizarse para renegar de la carencia. Esta renegación se produce gracias a la enunciación de un sustituto de lenguaje; y, entre la carencia renegada y el sustituto que sostiene la renegación hay un lazo de heterogeneidad. Existe un intelectualismo del lenguaje productor de un pseudolenguaje, incluso de un neolenguaje construido sobre una renegación. Esta última se acompaña muy habitualmente de la capacidad más o menos dominante de significar lo renegado por el lenguaje, incluso de reconstruir por medio del lenguaje un neomundo que cubra la laguna representativa y procesual ligada a la renegación de realidad. El uso de las palabras puede, de este modo, sufrir varias distorsiones. Pueden mantener por sí mismas un vínculo factual con la realidad percibida, desde el momento en que las representaciones de ésta no están elaboradas ni comprometidas en el tratamiento de la regresividad extintiva, recusada en este caso por la renegación. Pero también pueden establecer un lazo delirante con la realidad de una carencia, proponiéndose como si fueran esa realidad misma y, entonces, dejando de existir la carencia. Gracias a las palabras, es posible, entonces, entrar en un monismo fálico al haberse eliminado definitivamente la castración como realidad. El monofasismo ve así desaparecer la complejidad de un trabajo psíquico doblemente orientado, progrediente-redrediente, difásico, productor de un pensamiento en dos tiempos, caracterizado tanto por su prima de libertad como por la lógica del a posteriori determinado.

Así, la realidad escuchada en la sesión contiene siempre algo más de realidad que el propio verbo. En sesión sólo existe verdaderamente a partir del momento en que se la liga a la palabra proferida y a una escucha interpretante, por tanto, emitida y transmitida por medio de una acción motriz, de una enunciación. Esta realidad

inconsciente e incognoscible en sí y también no representable directamente, es traducida de las maneras más diversas y extrañas por la palabra enunciada y únicamente podrá ser deducida a partir de ésta. Si esto ya es cierto para lo perceptible representable, lo es aún más en lo que atañe a los componentes de la vida psíquica, inferibles ellos a partir de sus efectos; y aún más para lo que, aunque perceptible, no es representable y no puede, pues, hacerse representar por un proceso psíquico que utilice para su desarrollo representaciones originadas en otras percepciones, tangibles y, por tanto, heterogéneas respecto a la que exige al mencionado proceso. Así sucede con el problema de la castración y de su representación por uno de los componentes de la diferencia de sexos, la pareja de opuestos masculino-femenino.

1 Este poder de evocación, aunque también de neo-sustitución del lenguaje, esta capacidad que tiene de representar las diversas modalidades del pensamiento, es lo que le da todo su valor a la libre asociación. Por ello, Freud insistía tanto en el hecho de que la poca luz que podemos tener de las profundidades psíquicas sólo puede transmitirse por medio del lenguaje (Compendio de psicoanálisis, 1938). Consciente también de los juegos de luz y de los trampantojos de la psique, ejemplificó esta capacidad del lenguaje por medio del famoso juego de palabras alemán ya mencionado antes, juego que muestra la tendencia de la psique a no tomar como verdad ni a considerarlo así más que lo iluminado por los fuegos de una libido particular, libido procesual o sublimada de la sobreinvertidura. La luz y sus grados dependen, pues, de esta sobreinvertidura, de la cual ella misma es una cualidad. Freud le hace decir a un niño: «Cuando alguien habla, hay más luz». Sólo es verdad lo que se ve, se siente o se oye. Conocemos las teorías del mundo, particularmente de sus comienzos, contruidos a partir de estos axiomas.

Volvamos, antes de terminar nuestra exploración de los destinos de las leyes del sueño durante las sesiones, a la forma muy singular de lenguaje que allí se despliega, a lo que hemos denominado la palabra de incidencia. Ya hemos insistido anteriormente en el hecho de que la presión mantenida en principio activamente por Freud durante las sesiones ha ido progresivamente haciendo sitio a un requisito inaugural, la de la regla fundamental. Esta sí fue diversos destinos observables en sesión, siendo su puesta en atención en cada sesión el destino más idealmente eficiente para que ocurra la emergencia de incidentes asociativos interpretables. Estos últimos dan testimonio de la flexible y dinámica relación que se mantiene entre la regresividad extintiva y el imperativo de inscripción. Este estatus de la regla es lo que va a darle a la libre asociación su especificidad de ser una palabra de incidencia, que traduce un pensar de incidencia.

[Se imponen aquí unas palabras sobre la trayectoria de Freud respecto al asociacionismo y a la libre asociación. Freud, como de costumbre, no va a recusar los aspectos de verdad contenidos en las teorías del asociacionismo<sup>34</sup>.](#) Por supuesto, siguiendo a Aristóteles, considerará el pensamiento como una asociación de contenidos psíquicos. Pero ampliará la definición incluyendo los sentimientos, los afectos y las sensaciones endopsíquicas producidas por el funcionamiento psíquicos mismo. Reconocerá también la doble valencia, regrediente y progrediente. Sin

embargo, durante mucho tiempo conservará una dimensión idealista de estas teorías asociacionistas, según la cual los pensamientos apartados, reprimidos o rechazados, tenderían espontáneamente, movidos por una especie de finalismo a reasociarse con el conjunto de pensamientos conscientes, a hacerse conscientes. Se reconoce aquí su primera concepción del retorno de lo reprimido, pero también la cualidad que más tarde atribuirá a Eros: la de fundar conjuntos cada vez más amplios. Incluso se apoyará en experiencias de asociatividad propuestas por la escuela de Wundt. Sin embargo, el cambio radical que opera Freud respecto al el asociacionismo consiste en que percibe perfectamente que las asociaciones no pueden producirse más que a condición de que la crítica, el juicio, la evaluación se dejen en latencia, más o menos voluntariamente y, por tanto, que la organización de las asociaciones por medio de una representación-fin consciente voluntaria se abandone. Freud añade que con esta condición de abandono es como puede adivinarse otra lógica, incidente, a partir de las asociaciones, la de las representaciones-fin inconscientes. Freud no considera, pues, ni que la asociatividad se realice espontáneamente, ni que el levantamiento de las asociaciones conscientes lleve a un pensamiento desorganizado. Al contrario, para él, se manifiesta una determinación una sobredeterminación. La libre asociación sólo está, por tanto, libre, liberada, de una parte del proceso secundario, de las representaciones-fin conscientes. Sin embargo, esta libertad está totalmente coaccionada por las representaciones-fin inconscientes, éstas mismas ligadas a la conciencia por el imperativo impuesto al principio de cura, por la regla fundamental. Esto lo desarrollará Freud en 1900, en el capítulo VII de La interpretación del sueño.

a

A partir de 1885 y de 1900, observó y defendió la necesidad de la libre asociación como la forma característica del pensar de la sesión, propicio a la interpretación y al objetivo terapéutico de la cura; específica por su proximidad con el proceso primario, por tanto, susceptible de intervenir en la realización alucinatoria de deseos infantiles, pero impedido en ésta por la obligación de mantener la verbalización. Se perfila una doble falta, la de satisfacer alucinatoriamente un deseo y también la de asociarlo todo, por tanto, una falta en ser asociativamente ideal. El todo de la regla fundamental induce la investidura de este ideal y dibuja una falta en ser ideal. Todas las faltas que se sentirán en tanto que reminiscencias de la sesión entrarán en conexión con esta falta relacionada con ser asociativamente ideal. La libre asociación se encontrará así entre el afecto de decepción y el deseo infantil de ser ideal. Su proximidad con el síntoma se releva aquí.

La libre asociación se encuentra, pues, en esta doble posición intermedia entre el pensamiento del sueño, pensamiento en imágenes, y el pensamiento diurno, pensamiento verbal; pero también entre un pensamiento diurno acabado y el pensamiento infantil del síntoma. Ya hemos señalado también que toda secuencia asociativa se sitúa entre dos sueños; el de la noche precedente, que no ha dejado necesariamente recuerdo, y el que se prepara ya a realizarse la noche siguiente. Esta situación doblemente intermedia le confiere una relación igualmente estrecha tanto con el proceso primario como con el proceso secundario. Sólo se abandonan algunas

cualidades del proceso secundario, lo que permite esa regresión hacia el proceso primario. Así, el mantenimiento de un lazo con el verbo, y, por tanto, por medio de él con la sobreinvestidura propia del proceso secundario, forma parte de lo que define la libre asociación. Pero su especificidad se la confiere la obligación a una articulación con lenguaje, eso es lo que explica que sea una tensión de doble sentido entre las vías progredientes, que abren el verbo a una expresión y una comunicación dirigida a un tercero, y las regredientes, que transforman las palabras en figuraciones-rebus favorables a una realización alucinatoria de deseos, pero impidiendo y contrainvestiendo al mismo tiempo la regresión a la sensorialidad. La conversión corporal se limita a un afecto ligado al lenguaje. La regresión sin lenguaje se encuentra, de este modo, interceptada.

Ni afectividad a la que faltarían las palabras, ni onirismo visual, ni sensorialidad erógena que invocara otra escena concreta, corporal, la escena del erotismo; la libre asociación mantiene, sin embargo, un anclaje afectivo y erógeno por el hecho de que no existe si no es emitida por un cuerpo, si no es una acción, una voz, un ritmo, una musicalidad, una emoción hablada, incluso cantada. Estas últimas palabras trazan el esquema ideal de la libre asociación, esquema que le otorga a ésta todo su potencial de ilusión tal como hemos visto, pero también sus especificidades, que son el estar doblemente abierta a la atracción regresiva del inconsciente y al imperativo de resolución progrediente. Este conflicto se resuelve por medio de un trabajo productor de una palabra articulada, imprevisible, fortuita, hecha de incidentes de palabra. El doble sentido se resuelve en esta palabra de incidencia.

Este doble vínculo, con la tracción de lo reprimido, de los prototipos inconscientes, de las mociones pulsionales regresivas del ello y concomitantemente con el atractor resolutivo de la regla implícito en la investidura específica del lenguaje, la sobreinvestidura, hace de la libre asociación un modo de pensar muy singular, original, específico de la situación analítica, que encuentra, desde luego, prototipos en la infancia y en todos los pensamientos desligados, que le proporcionan una evidencia de familiaridad pero que, al mismo tiempo, la hacen profundamente diferente de estas últimas y de todas las demás modalidades conocidas. Sin duda, mantiene una estrecha relación con el pensamiento bajo los efectos del alcohol, o de cualquier otro disolvente del superyó, con el pensar del adormecimiento, con el pensar onírico, pero sólo ella tiene, como regla oficial, esta obligación de vinculación al lenguaje articulado en voz alta. Por supuesto que forma parte, como también la ensoñación, de las actividades psíquicas regresivas de la pasividad, cuyo prototipo es el sueño. Pero la doble coacción, regresiva, por las mociones pulsionales inconscientes, y progrediente, por el imperativo de la regla fundamental, es lo que le confiere esta singularidad, esta especificidad que la distingue de cualquier otra. Efectivamente, la regla fundamental, en latencia, invierte en parte el mensaje maternal educativo, el que exige mantener silencio y que propone una escala de valores entre el pensamiento silencioso y la verbalización: en boca cerrada no entran moscas. La regla, por el contrario, invita a la precocidad de la verbalización frente a la maduración silenciosa del pensamiento. Esta inversión es específica de la libre asociación. Contiene también un mensaje de contención, una objeción, habida cuenta

de la atracción regresiva más allá del principio del placer. La regla exige la puesta en funcionamiento de este principio del placer. Este aspecto es el que hace que la libre asociación se convierta en la acción de la sesión por excelencia, la acción de asociar libremente. Por tanto, el pensamiento silencioso se convierte en un pasaje al acto, en un *acting*, igual que los modos de pensamiento organizados y secundarizados.

Freud mantuvo mucho tiempo la esperanza de que la finalidad del tratamiento, por la presencia latente de la regla, fuera continuamente eficiente, que el objetivo terapéutico siguiera siendo una representación-fin activa sobre la libre asociación. En 1900, plantea incluso como principio de base la conservación en la mente por el paciente de tal representación-fin del tratamiento a lo largo de toda la cura. En 1920, asaltado por la duda respecto a la relación mantenida con la regla, insiste sobre la necesidad técnica para el analista de mostrarle al paciente que lo que éste repite en el presente pertenece al pasado. Habla entonces de la necesidad de mantener en el paciente una serena superioridad, una dominación respecto a la actualización de la cura. Considera, entonces, que el analista tendría continuamente esta dominación. Pero no está lejos de darse cuenta de que existen casos en los que la relación con la regla fundamental es incierta, que el eclipse de la regla forma parte de la clínica habitual, hasta, a veces, llegar a eliminarla. A menudo, entonces, la regla del análisis se sustituye por otra regla que se impone al paciente y que está históricamente determinada.

De este modo, se va perfilando progresivamente una cualidad particular de la libre asociación, la de hacer posible y acoger la incidencia, de hacerse palabra de incidencia. Ésta, la incidencia, es lo que confiere a la asociatividad de la sesión, doblemente sometida a la regresividad y a la regla de «decirlo todo», sus particularidades más específicas, lo que la diferencia radicalmente de todo otro estilo asociativo y la acerca al síntoma. Es esta potencialidad de incidencia lo que hará del saltar de un tema a otro una serie de signos próximos de lo que habría que considerar, en un pensamiento diurno no regresivo, una consecución de síntomas. Entonces se vuelven perceptibles los conflictos, los impedimentos, las fijaciones, las repeticiones, las compulsiones a crear estilos discursivos, narrativos, reflexivos, todos ellos organizados como resistencia contra la potencialidad de incidencia. Del mismo modo, será perceptible la tendencia a restringir, a coaccionar, incluso a desorganizar, a negativizar cualquier estilo asociativo, a imponer en lugar de la incidencia sustitutiva, el borrado, la extinción, lo no-psíquico, todos los contratiempos del encuadre, de *acting*, los contratiempos de accidentes, los somáticos.

En todos estos casos, únicamente la dimensión regresiva gana en importancia e imposición. Y si la asociación libre parece bastante fácilmente ser una forma de actividad psíquica regresiva, intermedia entre la prototípica del sueño y la supuestamente acabada del pensamiento diurno monosémico, cada vez más va a tener que volverse la atención hacia los efectos negativizantes de esta regresividad pulsional, pero también hacia el hecho de que la producción de contenidos verbales, de formas sustitutivas, tiende ya a no realizarse. La libre asociación se manifiesta entonces, debido a su contacto con esta dimensión regresiva, cada vez menos libre,

cada vez más reducida. La ilusión de las páginas precedentes deja lugar no a la desilusión surgida de un enlutamiento reversible, sino a la no-existencia de este tiempo de ilusión. Nos damos cuenta de hasta qué punto la libre asociación tal como la hemos abordado, esta palabra de incidencia, constituye un referente ideal, nutrido por un tenso trabajo entre los procesos primarios y el imperativo de resolución. Esta palabra es una referencia indispensable para el pensamiento del analista que está escuchando los más diversos estilos asociativos de sus pacientes, esta semiología tan alejada del modelo ideal. De ella depende su interpretación contextualizada.

Apreciamos aún mejor la brecha que existe entre una metáfora largo tiempo utilizada por Freud a propósito de la libre asociación y la realidad clínica. En sus escritos técnicos, Freud consideró que la libre asociación se realizaba según una autoobservación y una autoinvestigación mantenidas. La metáfora de la descripción del paisaje evolucionando ante los ojos del viajero que, cómodamente sentado en un tren, describe esta evolución a otra persona sentada detrás de él y que no puede verlo por sí misma dominará durante mucho tiempo el pensamiento de Freud. Por el contrario, la consideración completa de la regresividad pulsional y de los eclipses posibles del imperativo tercero, por tanto, de la eliminación más o menos temporal de la regla fundamental y de sus consecuencias, nos lleva a considerar que la libre asociación no es posible más que a condición de que el principio del placer esté suficientemente establecido. La libre asociación, en tanto que ilusión, pertenece totalmente al principio del placer. La capacidad de enlutar este pensamiento anímico, regresivo y pasivo, sigue siendo, desde luego, uno de los objetivos del análisis, pero progresivamente a lo largo de la obra de Freud y de sus continuadores, este objetivo no puede plantearse más que condicionado por la puesta en funcionamiento previa del principio del placer, y, por tanto, de la libertad asociativa. Se trata, ni más ni menos, que de la instauración de un inconsciente dinámico regido por el proceso primario. Estas palabras se refieren a la eficiencia del punto de vista tópico.

Clínicamente, la libre asociación se revela, pues, cada vez menos garantizada y cada vez más como una referencia teórica que permite una semiología de los discursos asociativos y la elaboración de la interpretación. El silencio del analizante no puede interpretarse ya únicamente como una realización alucinatoria de un deseo sobre un modo de sueño logrado; incluso si esta interpretación sigue siendo válida a larga vista, así como la que se refiere a la transferencia de un enganche directo a la percepción-analista. El propio polo alucinatorio hay ya que considerarlo marcado por una incertidumbre. De hecho, el silencio se revela de vez en cuando como la única solución de la que dispone el paciente, solución de bloqueo, de apoderamiento, de detención de la regresividad, de inmovilización, de congelación, de calmante. Al no tener a su disposición materiales y funciones psíquicas aptas para reinstaurar el principio del placer, para reinstaurar las incidencias asociativas, se ve obligado a encontrar una vía de precipitación, que puede ser la del silencio. Los pensamientos incidentales, las ideas, afectos, sensaciones, gestos, lógicas, las que se desmoronan por sí mismas, los Einfall faltan. La psique ya no está en condiciones de producirlos como solución, como resolución del conflicto regresividad-imperativo. El aspecto negativo implicado en el síntoma ocupa la escena, y falta la producción de un

sustituto. Este silencio, extendido con la palabra de incidencia en el relato del sueño, da cuenta del abismo común.

La ilusión primera de Freud y de los pioneros del psicoanálisis se encuentra desmantelada al mismo tiempo que parece que, más que nunca, hay que instaurarla, instalarla; del mismo modo, por otra parte, que la intemporalidad de los procesos primarios, la inherente al trabajo del sueño, favorable a la producción de una regeneración libidinal nocturna. El tratamiento de la dimensión regresiva traumática necesita la posibilidad para la psique de disponer y de autoabastecerse de los materiales imaginados o verbales, incluso perceptivos, de los materiales inscritos a partir de los cuales y gracias a los cuales las operaciones económicas esenciales podrán realizarse.

En suma, la libre asociación permite retomar y mejorar todos los actos psíquicos indispensables, constituyendo el funcionamiento psíquico. Depende de la pareja proceso primario-proceso secundario, implicados ambos a la vez en el tratamiento de la regresividad extintiva, traumática. Así, del mismo modo que el proceso primario no conoce ni negación, ni duda, ni grado en la certeza, la libre asociación en su modelo ideal no puede dedicarse más que a lo afirmativo; es acción. «Todo lo dicho está dicho», decía pertinentemente Lacan. En efecto, no hay desdicho en la sesión, sólo hay añadidos y distracciones a dichos disimulados con el riesgo de que existan no-dichos, en el sentido en que lo hemos abordado antes, es decir, no ligados a ningún decir, a ninguna potencialidad de decir. La regla fundamental no sería, entonces, oída porque no sería oíble. En su lugar, aparece una nueva función de la palabra, la de ser autoabastecedora de un baño acústico, sin tener ya mucha relación con la musicalidad de la libre asociación. No queda entonces gran cosa de la regla, pero queda aún ese imperativo de producir algo sonoro; antes de que se apague en el silencio.

# El sueño en el discurso psicoanalítico

JEAN GUILLAUMIN

Del «relato del sueño» a la dinámica plural del discurso sobre el sueño

El título que doy a estas páginas difiere ligeramente del del coloquio para el que las he redactado. He preferido hablar del sueño en el Discurso psicoanalítico más que del devenir del relato de los sueños en las sesiones por dos razones.

- 1.No se hace el relato de un sueño, eso supondría que el sueño, considerado como materia de memoria en un primer momento fuera después contado con una preocupación de fidelidad histórica en la restitución en un segundo tiempo, éste mismo seguido de otras circunstancias que modificarían el relato en función de la búsqueda realitaria de una verdad objetiva de la experiencia onírica vivida en un momento concreto del reposo, fuente del recuerdo de los restos del sueño evocado. El paciente cree hacer un relato que no es, de hecho, más que un fantasma de relación fiel, cualquiera que sea la fuerza que hayan tenido para él las imágenes oníricas. La idea de relato (recitare, o sea recitado, es decir, «invocado para que reaparezca») corresponde de hecho a una concepción objetivante inadecuada de las relaciones entre reminiscencia y huellas mnésicas.
- 2.El concepto de relato de sueño no toma en consideración, a primera vista, la situación del análisis, en la medida en que desatiende mencionar al principio el papel de los efectos del trabajo combinado de la transferencia y de la contratransferencia en la transformación del supuesto relato.

Si elijo aquí hablar mejor que del relato del sueño, del sueño en el «discurso» psicoanalítico, retomando un término al que A.Creen dio preferencia en su obra de 1973 (El discurso vivo) es porque, quizá como él, creo que las declaraciones que aparecen en el análisis organizan progresivamente en el eje diacrónico, en cada sesión y de sesión en sesión, una sucesión única - a través de su propia heterogeneidad - de formulaciones lingüísticas que modifican las huellas de las experiencias a las que se refieren. Esto es también válido, sin duda alguna, para el sueño, cuyo «recuerdo» no existe psíquicamente en el análisis más que de lo que se dice de él en el a posteriori. Tenemos que admitir que la muy particular epistemología del psicoanálisis insiste en renunciar constantemente a captar los fenómenos que oye evocar de modo distinto que en la representación que se elabora de ellos sin cesar, etapa por etapa, en una actualidad inventiva permanente. La realidad psíquica es el objeto central por el que se interesa el trabajo analítico: una realidad intermedia, que transmite el lenguaje y que sólo existe más a partir de las relaciones metafóricas con las que se teje y de sus posteriores vivencias cuestionadas.

1 Sin embargo, yo doy al concepto de discurso un sentido más complejo aún, que asocia a la visión de A.Creen la de otros dos autores, eminentemente sensibles tanto a la originalidad de la situación analítica como a su acaecer. Se trata de M.Fain, por una parte, y de M. de M'Uzan, por otra. El primero ha puesto de relieve algunas formas de la renegación y, en particular, la de la «renegación a dos» o de la renegación en común (probablemente presente en las imágenes universales de los «sueños banales»). Ha acordado, igualmente, gran importancia al concepto freudiano de «arquitecto del sueño», que apunta en dirección al lugar principal del sujeto, al corazón del Yo del sueño, como autor y creador de la compleja red de la experiencia onírica, sumergiéndose en el micelio infinito de las raíces del sueño. M. de M'Uzan ha señalado, en lo que él ha llamado la «quimera», el enmarañamiento de la transferencia y de la contratransferencia, que incluye las representaciones y los afectos del paciente y también del analista y que solicita un trabajo particular de la interpretación. Apoyado en diversas intuiciones y en mi propia clínica, creo, en cuanto a mí, que el discurso psicoanalítico sólo puede entenderse como un tejido a dos en busca de un tercero organizador, de un tejido común, en un primer momento situado en una especie de renegación que supone que el analista comparta al principio incondicionalmente las palabras del paciente. El analista se irá distanciando de éstas conforme a su desarrollo por sus intervenciones y sus interpretaciones, señalando los nudos y los puntos oscuros del tejido. Este compartir inicial interviene por efecto de la propia la organización del dispositivo analítico, que incluye una distribución espacial y una relación sensorial tales que faciliten una especie de confusión regresiva, en el encuadre silencioso, en el paciente en posición de analizante y el que se ha podido denominar su «doble», el analista (cfr. C. y S.Botella). La libre asociación en el paciente y el recurso por parte del analista a la atención parejamente flotante confirman esta especie de vivencia de mayor o menor indiferenciación identitaria y lingüística, consentida por el profesional. La quimera de M. de M'Uzan es, pues, el equivalente de un cuerpo con dos cabezas o de una cabeza con dos cuerpos, para retomar expresiones análogas a la de J.MacDougall, en busca de una diferenciación que falta. El discurso del paciente respecto al sueño habla de esos dos cuerpos por medio de esas dos bocas a la vez y solicita la alianza, la presencia del interlocutor al que se dirige y del que no podría prescindir.

1 Cuando el analista, que al principio se ha dejado embargar por las palabras del paciente, señala en determinados momentos los déficits o las contradicciones, comunica al analizante la confusión de pensamiento y de afecto que le ha causado la extrañeza o la inconsistencia de una formulación chocante. El paciente recibe este aviso que, repentinamente, deshace la solidaridad del analista y del analizante como una especie de pequeño traumatismo, un agujero en ese compartir del discurso analítico, el cual intenta colmar, a no ser que quede silencioso por efecto del choc, invocando pensamientos hasta entonces reprimidos (cfr. mi artículo de 1996 en Topique). Bajo esta relación, podemos muy bien decir que la intervención del analista pone en evidencia, en nombre de una llamada a la coherencia del lenguaje, instrumento social compartido por todos, que liga los afectos y los pensamientos preconscientes por medio de palabras, la existencia de una exigencia tercera, de valor organizador, que inopinadamente se habría desatendido. Aquí es donde el mensaje

recibido toma un sentido que equivale a un borrado intencional del tercero entre el analista y el paciente. No faltan autores psicoanalíticos que ya hayan reparado en este pasodoble entre indentificación primera y desindentificación focal en un segundo tiempo (cfr. por ejemplo P.Fédida a propósito del juego de la identificación y la desidentificación, y véanse también, más recientemente, los trabajos de L.Danon-Boileau en REP). Sin embargo, yo insisto en señalar que aquí se trata, a raíz de algún tipo de discurso psicoanalítico, de identificaciones que podemos llamar primarias o fusionales, sobre las que vienen a entretorse las identificaciones secundarias producidas por el señalamiento de la diferencia y la tentativa de reapropiación de la semejanza durante la desidentificación. Es probable que el zócalo de identificación primera, que comporta la renegación a dos de la que he hablado, corresponda a lo que, a veces, se ha denominado la transferencia de base, o incluso a veces, la pretransferencia (concepto que no me gusta en absoluto, J.Guillaumin, *Transfert, Contre-transfert*, 1998), incluso la transferencia narcisista o en espejo (Kohut) como soporte de las transferencias objetales (cfr. las dos corrientes de la transferencia en J.Godfrind-Haber).

Respecto a lo que concierne propiamente al discurso sobre el sueño, la remisión interpretativa operada por el analista señala la escisión, que se traduce en las palabras del paciente, entre lo que éste presenta como un relato con finalidad objetiva de su experiencia nocturna anterior y lo que no ha podido decir de él. El eventual retorno a la palabra del paciente de determinadas huellas mnésicas olvidadas o la aparición de asociaciones que se refieren a otros momentos del análisis o a otras escenas del sueño manifiesta su deseo inquieto de reunirse con el analista para compartir una verdad enteramente común que anularía las incompletitudes y fallos del primer relato, pretendidamente honesto y sin sombras. Este proceso de reparación no llegará a su fin más que a costa de nuevos enunciados, también éstos, y a su vez, portadores de nuevas incertidumbres que el analista podrá destacar o, a veces, intentar explorar avanzando alguna hipótesis sobre lo que de nuevo falta. Precisamente aquí, se encuentra la fuente de las transformaciones del discurso analítico sobre el sueño, que invoca el retorno de huellas perdidas o reprimidas de orígenes diversos en el paciente. De rebote en rebote, de salto en salto, las huellas mnésicas visuales se encuentran implicadas en una elaboración lingüística que las fija y a la vez transforma su sentido, incluso la propia estructura, a medida que se desarrolla la sesión. Señalemos de paso que este funcionamiento descalifica la famosa concepción lacaniana del inconsciente «organizado como un lenguaje»: la organización primera no se da y sólo se forma a posteriori por el propio lenguaje.

El discurso sobre el sueño, la figurabilidad y el lugar de la teoría de la alucinación

El problema que plantea en realidad, en estas condiciones, el tema de nuestro coloquio es esencialmente el del lugar particular que puede encontrar en el discurso analítico este «material» a pesar de todo «no del todo como los demás» que genera la experiencia onírica. Respecto a esto, y con el fin de situar bien las cosas, hay que señalar claramente que el sueño no se concibe sin la referencia a imágenes, incluso aunque sean de una consistencia muy primitiva, asociadas a determinados afectos.

Por otra parte, las imágenes de referencia del sueño propiamente dicho, recordadas al despertar en los restos del sueño - los «restos nocturnos», como los llamé hace tiempo-, deben concebirse como modalidades de un determinado tipo y de un determinado grado de las variaciones de las huellas perceptivas en lo que C. y S.Botella han denominado lo «alucinatorio». La densidad de las imágenes oníricas, su figurabilidad retomada en el «relato del sueño» ocupan simplemente en este aspecto un lugar particular, que corresponde al estado de vigilancia III señalado por M.Jouvet de las fases onirógenas del reposo, lo que comporta un determinado grado de creencia desordenada en relación a la experiencia sensorial de la vigilia. El desorden de la creencia se manifiesta a menudo en la turbación del soñante despierto que se esfuerza por insertar su recuerdo en la percepción que tiene ahora del mundo diurno. De ahí, la fragilidad de las huellas mnésicas del sueño cuando no se evocan insistentemente nada más despertarse.

Señaladas estas características, podemos preguntarnos de qué forma específica las asume, sin duda, el desarrollo del discurso analítico.

Aquí nos arriesgamos a encontrarnos ante una aporía. Acabo de insistir en la realidad psíquica de la que se ocupa el psicoanálisis, cuestionando sin cese las tentativas de objetivación clausurantes que opera el trabajo de representación. ¿Cómo evitar, sin embargo, detenerse temporalmente en alguna objetivación desde el momento en que se plantea la cuestión de la naturaleza y del sentido forzosamente originales en relación a otros materiales de la experiencia onírica de los que todos tenemos un conocimiento personal solitario?

Me propongo salir de la dificultad presentando, en los párrafos siguientes, tres modelos hipotéticos de la dinámica y de las finalidades del sueño, para cuestionar después estos modelos en función de lo que acaba de ser dicho del discurso psicoanalítico. Señalemos desde ahora respecto a esto que las hipótesis que avanzaré, aunque parezcan convincentes, no son más que metadisursos sobre el discurso onírico, del cual, en cierto modo, siguen participando contribuyendo a constituirlo retroactivamente. La teoría es en ciertos aspectos, especialmente cuando concierne al sueño, una ensoñación en común en busca de sentido (cfr. P.Aulagnier, Un intérprete en busca de sentido, y M.Fain, Le decir de l'intérprete). A fin de cuentas, ya se trataba de una búsqueda de objetivación «científica» para Freud cuando escribía La interpretación de los sueños, en busca del medio para generalizar y definir un fenómeno en cuya experiencia estaba, en su práctica, de hecho, personal y profundamente sumido - es decir, también contratransferencialmente-. Práctica que asoma en estos o aquellos pasajes del libro de los sueños, mostrando hasta qué punto es inacabable la tarea de objetivación del contenido de un trabajo semejante y cómo engloba e implica al propio autor, sin que pueda mantenerse totalmente a distancia, especialmente en los relatos de sueño más sorprendentes con los que ilustra su libro. Remito respecto a esto al «sueño turbador» - ¡inquietante extrañeza! - del niño que arde al principio del capítulo 7. Con este ejemplo, en el que en otro tiempo me detuve con frecuencia, es fácil mostrar que el relato de sueño que Freud presta a una de sus dieras que se supone que había ido a escucharlo de boca de un docto profesor y que

después lo habría transformado por ella en sueño personal, después contado a Freud, es muy probablemente la transformación habitual del lector de la Traumdeutung de un sueño personal del propio Freud. El niño muerto que arde junto a un viejo dormido que lo vela, mientras que el padre se despierta de repente por las llamas en la habitación contigua, habla muy probablemente de algo totalmente distinto a lo que pretende el autor. Se trata manifiestamente de un sueño de culpabilidad con múltiples significados, entre los que se distingue a la cabeza de este capítulo muy teórico un afecto oculto de Freud. El sueño «conmover» evoca la falta de vigilancia de un analista a la cabecera de un paciente, que no podría evitar transformar inconscientemente en un cuerpo muerto a riesgo de que la violencia de las pulsiones venga a consumir al niño, que representa, quizá, el propio libro de los sueños, amenazado por el afecto, primer hijo analítico teórico nacido del todopoderoso pensamiento de Freud en la época en que moría su propio padre. Este extraño ejemplo muestra las turbadoras oscilaciones de la experiencia vivida del sueño en el discurso analítico y del discurso con objetivos teóricos en la escritura del libro, pretendiendo transformar esta experiencia en objeto de ciencia.

Se deriva que, del mismo modo que Freud, nos exponemos en el inevitable esfuerzo de conceptualización al que obliga la búsqueda de una formulación comunicable, yo no podría escapar a una parte de arbitrariedad en las sugerencias teóricas que presentaré ahora. Libre es el lector de apropiarse de su sentido a través de su propia experiencia del sueño, introduciendo las cargas pulsionales que ligan las figuras teóricas que le son presentadas.

Algunas hipótesis teóricas para intentar representar el trabajo del sueño

La primera de mis hipótesis se refiere a la posición de la figuración onírica en los límites mismos de la identidad, donde me parece que tiene un papel singular entre el afuera y el adentro del aparato psíquico. 11 1 1

La segunda hipótesis está centrada en la interpretación del fenómeno mismo del sueño y de las leyes que Freud propuso reconocer en ella, consideradas como procesos de duelo en la duermevela onirógena de los objetos del día, abandonados fuera por la regresión en el reposo. 10 1

La tercera considera el desarrollo del discurso analítico como un proceso de transformación de las huellas oníricas, que obedece inevitablemente a una especie de ley propia de nuestra especie. Esta ley sería la de una búsqueda y de una reconstrucción, o de una deconstrucción progresiva de la estructura edípica manifiesta u oculta que habita, aunque sea por ausencia y en negativo, las experiencias regresivas, incluidas las más aberrantes y las más narcisistas, de las cuales el onirismo es un campo de expresión paradigmático.

Procuraré mostrar que estos enfoques teóricos, sobre los que ya he podido empezar a trabajar, no adquieren todo su sentido más que por el hecho de referirse, transformándola por medio de un lenguaje metapsicológico, a la experiencia vivida

inacabable del discurso analítico, tal como he dicho anteriormente. Estas tres hipótesis se completarán, quizá, con lo que podríamos llamar una cuarta hipótesis, que intentará conectarlas con las especulaciones metapsicológicas de Freud en 1920 y con la función que él atribuye a las pulsiones de vida y de muerte.

1. El primer modelo objetivante que me sugiere el trabajo del sueño en la cura es el de una ventana a la vez abierta y cerrada entre el adentro y el afuera. Esta ventana se recorta, más o menos encuadrada o, al contrario, mal dibujada, en los muros del Yo nocturno durante las fases onirógenas (20 minutos cada 90 minutos en el reposo, nos dicen los «científicos» titulados). Es decir en un estado precisamente intermedio o fronterizo de la vigilancia (estado III de vigilancia de M.Jouvet). Parece que todo se sucede como si algo sensorial e incluso sensomotor, separado por y para el reposo, se despertara a medias aliándose bajo una forma figurativa más o menos alucinatoria con - nos dice, por otra parte, el propio Freud - elementos de huellas memoriales que vuelven del «adentro», de lo reprimido profundo y de lo infantil, habitualmente desapercibidos por la consciencia diurna. Se produce aquí una combinación compleja y necesariamente polisémica de los distintos elementos rechazados previamente en la percepción y en la verificación motriz activa externa o en la toma de conciencia íntima por medio de la reminiscencia. Esta combinación está de alguna manera ligada por las huellas casi mediadoras de las experiencias recientes (restos de la víspera...). Huellas que ofrecen también un vínculo, un soporte y, sin duda, el medio de un camuflaje a un inactual excluido por el soñante de la búsqueda del reposo y de las excitaciones que lo turban.

La ventana hecha de estos tres tipos de materiales está en cierta medida unificada en su arquitectura, por otra parte transformable, como hemos dicho en el «discurso» analítico, por el recurso preferencial a la economía de la figurabilidad, tal como ha sido estudiada en un reciente congreso por C. y S.Botella y otros. De hecho, fue con ocasión de este congreso que sugerí la problemática del actual.

Me parece, en efecto, que, tal como lo vieron Freud y también Jung, la fuerza sensorial atractiva de las imágenes del sueño que tira hacia ella la investidura y la energía desligada por una duermevela nocturna tiene el poder de captarlas y fijarlas en las figuras que se forma. Pero esta imposición la adquiere la figurabilidad gracias a una condensación en lo sensorial a la vez del poder de representación de la imagen y de su poder de excitación sensomotriz, que apela a la actuación.

Estos dos factores se traban el uno con el otro, el primero retiene al segundo de pasar al acto, y el segundo obliga al primero a admitir, incorporándola, una dinámica de acción condenada a poder descargarse sólo de manera autoplástica por medio de transformaciones de la propia imagen. Así, el «afuera», sometido a la verificación «muscular» (Freud) de la sensomotricidad, y el «adentro»,

expresivo de la experiencia interna suspendida por el reposo, se reúnen en una experiencia que llamaremos con razón «intermedia» entre la economía de la vigilia exteroceptiva y exteromotriz y la economía del reposo profundo, sin duda, intero y propioceptiva, que bloquea y retiene la representación distanciada y significante de las huellas del pasado.

De ahí que el sueño nocturno pueda funcionar como una especie de reserva tanto de sentidos como de acción. Y que se acompañe de afectos con frecuencia intensos, o extrañamente alucinados, cargados de contradicción, de los que se puede obtener en el análisis, con ayuda de la verbalización (es decir, en una organización semántica de grados diferentes, cfr. el concepto pavloviano de «2.º sistema de señalización»), conductas psíquicas y formaciones representativas nuevas, en busca de dar una satisfacción a conexiones apropiadas para resolver las contradicciones de las que está cargado el sueño.

Destaquemos aquí que tienen una importancia particular la aparición y los avatares en el propio sueño de la imagen en el discurso sobre el sueño, del portador de la transferencia, del objeto transferencial, éste mismo situado en el dispositivo entre representatividad e irrepresentación. Esta aparición debe considerarse de cerca, y seguirse en su devenir. Esta imagen condensadora única en su género, que reúne dos identidades, la del analizante y la proyectiva de su doble, sirve como hilo conductor al devenir, a los borrados temporales y al retorno de la función fronteriza del sueño. Es el eje mismo de la transferencia y de su enlace con la contratransferencia: de ahí que esta aparición sea a veces difícil y tardía en el trabajo analítico. Se puede considerar que este eje representativo funciona como operador privilegiado a la vez proyectivo e introyectivo y como revelador del trabajo de los límites del Yo y de su transgresión, así como de su remodelación, figurada precisamente por la alucinación onírica del doble nocturno del analizante.

Vemos ahora cómo la objetivación teórica que corresponde a lo que yo he llamado mi primera hipótesis puede finalmente relacionarse y someterse al proceso de la puesta en discurso a dos que enmascara el concepto ingenuo del relato del sueño: ella misma es incesantemente susceptible de remodelarse y de remodelar activamente las relaciones de ese afuera y de ese adentro de que aquí se trata, y donde la representación inconsciente del analista ocupa, precisamente entre afuera y adentro, un lugar constantemente ambiguo a favor de la regresión tópica inducida por la situación analítica. Con este motivo, se percibe cuánto conciernen los movimientos del discurso onírico a la problemática, profundamente estudiada por A.Creen, de los estados justamente llamados casos límite por este autor.

## [2. Lo que llamo mi segunda hipótesis no está libre de relación con la primera!](#)

Este segundo enfoque del problema del sueño considera a este último como el producto de un proceso de duelo de los «objetos diurnos», operado en la

duermevela onirógena, objetos abandonados y a los que da muerte la retirada del durmiente en la regresión incestuosa del reposo profundo. El desinterés por el mundo exterior funciona aquí como un destructor del tercero-realidad a fin de gozar plenamente de los amores regresivos con la madre-reposo.

Esta situación incestuosa primaria es la que repentinamente es cuestionada por las fases onirógenas periódicas que, más vigilantes, hacen volver, de una manera en principio un poco persecutoria, la conciencia de la realidad exterior, después la de la realidad interna de las huellas de memoria infantil o más recientes (restos diurnos). Este es el aspecto traumático del sueño en general, tan bien visto por A.Garma.

El sueño interviene, por tanto, como una especie de monumento conmemorativo de la realidad asesinada, que se encuentra allí representada y transformada a la vez, de tal manera que el «muerto» fetichizado, totemizado y objeto de una puesta en escena teatral funeraria, obtiene una satisfacción suficiente comparada con la culpabilidad secreta del soñante asesino. De modo que el muerto acepta de alguna manera esta reparación y que su fantasma se aleje de nuevo para autorizar retomar el reposo profundo.

1 La fuerza de esta hipótesis, muy cercana a los puntos de vista de Freud respecto al asesino del padre, sigue sorprendiéndome y concuerda, como ya he dicho, bastante bien con la precedente. Y esto en la medida en que lo que he llamado la aparición de la ventana del sueño permite contener, otorgándole un tiempo de elaboración para el duelo, la ambivalencia del retorno de lo real externo anteriormente excluido de la conciencia del soñante. En mi opinión, éste, en efecto, se ve obligado a poner en marcha un tratamiento reductor destinado a protegerlo del efecto traumático de este retorno. En este sentido, mis dos hipótesis son complementarias e incluso necesarias la una para la otra.

En consecuencia, se aprecia perfectamente como vienen juntas a inscribirse en la problemática del discurso a dos del análisis. En particular, para la segunda, que es la que ahora nos ocupa, es en la medida en que la tercera posición que toma el profesional (M.Fain ya lo había visto) rompe o cuestiona ese compartir de afecto y representación del paciente por el analista, que el material designado en las palabras del paciente sobre el sueño podrá reorganizarse y resignificarse por medio de las aportaciones asociativas, que representan el papel de mediador de un tercero simbólico para la puesta a punto de una nueva lectura. Como si, en el fondo, la intervención lingüística del analista marcara su alianza con el real asesinado y denunciara la excesivamente fácil satisfacción ofrecida por el significado manifiesto presentado por la «arquitectura del sueño», aquí directamente denunciado como autor de una tentativa de asesinato fallido contra lo real, o el padre, quizá, de la horda de Tótem y tabú.

3. Mi tercera hipótesis converge también con las anteriores, pero abre una

perspectiva posiblemente más amplia aunque clínicamente más sutil de establecer, que, a su tiempo, habrá que someter también conjuntamente a la definición que he dado del discurso psicoanalítico. Mis primeros trabajos sobre el sueño (1971 y dos escritos de 1972) me llevaron a pensar, a partir de la clínica, que los relatos de sueños mostraban una tendencia destacable, no sólo, por supuesto, como lo señaló Freud en el «Complemento de la teoría del sueño» de 1917, a agotar en el eje diacrónico la energía implicada y/o suscitada por el recuerdo de la experiencia onírica, sino también a seguir respecto a esto una determinada pendiente representativa. Esta especie de orientación me pareció corresponder a lo que podríamos llamar un desarrollo directo, inverso o alterno, que contiene «recapitulación» más o menos oculta o manifiesta y, a veces, fragmentada y mezclada del «programa edípico». Por programa edípico entiendo la lógica intrínseca de las combinaciones fantasmáticas que autoriza restrictivamente la organización de nuestra especie según las modalidades alternas de la diferencia de sexos y de la sucesión de las generaciones. Esta lógica de origen genético es, pues, de naturaleza estructural e impone sus límites y sus postulados a toda la organización psíquica del ser humano. Es lo que la escuela estructuralista de Levi Strauss demostró perfectamente contra el culturalismo comparatista de Malinowski y de sus émulos, de lo que, como ya se sabe, Lacan creyó poder sacar partido de manera discutible transformándola en una instancia grandiosa, la imagen or- del padre, de la que se convirtió en una especie Sanizadora sustituyendo en su plaza al mismo Freud. Por su parte, este último, sólo a costa de un rudo combate contra su propio narcisismo, descubrió, en su época, la lógica edípica fundamento de la realidad psíquica.

e profeta,

Las limitaciones universales de esta realidad psíquica, estructuralmente edípica, se encuentran, a veces contra toda expectativa, en todas las secuencias oníricas evocadas verbalmente por los pacientes y retomadas bajo diversas formas en la consecución de la cura. Esta presencia referencial de la lógica edípica, manifiesta, disimulada o parcelada, puede fácilmente sacarse a la luz en el material de los pacientes llamados neuróticos a través de la neurosis de transferencia. Personalmente, yo he encontrado constantemente ejemplos de ello. Sin embargo, la localización de la referencia edípica es más difícil y terapéuticamente poco utilizable sin una larga preparación en los pacientes cuya organización es más narcisista, como en los estados límites y en los sujetos psicóticos. Verificar esta hipótesis sobre materiales diversos y aparentemente contradictorios exigiría ejemplos y discusiones clínicas que, a falta de espacio, no tienen lugar aquí. De todos modos, puedo avanzar basándome en mi propia experiencia que las transformaciones narcisistas de las figuras del Edipo no impiden el reconocimiento de la organización que las articula secretamente. Y que, por otra parte, se puede, sin demasiadas dudas, en el trabajo complejo y generalmente plurifocal que demanda la psicosis, señalar de alguna manera la presencia del Edipo por y a través del combate que el

paciente libra contra sí mismo, recortándolo y parcelándolo y distribuyendo proyectivamente, de alguna manera por medio de una «exportación» (cfr. P.-C. Racamier, 1992) de determinadas partes de su psique, los elementos en el entorno humano, usando, por efecto de identificación proyectiva y de proyección identificativa, todos los medios de la transferencia y de la contratransferencia de los demás.

Para los últimos casos mencionados, me atenderé solamente a algunos comentarios. El primero de estos comentarios se refiere a la distancia que tomo en el enunciado de estas proposiciones, al principio objetivantes, respecto a la hipótesis con intenciones científicas del fisiólogo Michel Jouvet. Éste, poco después de que yo señalara los principios de mis primeras hipótesis sobre esta dinámica programática edípica (en una memoria y en una conferencia, esta última publicada en el RFP en 1972), avanzaba, por su parte, independientemente, la hipótesis de que las fases onirógenas de reposo servían para confirmar y recapitular el programa genético de la especie, en particular en el hombre. Estos puntos de vista, que no se referían en absoluto al Edipo, sino solamente a una concepción general de la génesis del individuo en función de su espectro genético, podrían parecer que coinciden con los míos, si no fuera porque en ellos interviene una perspectiva puramente de desarrollo y, en cierto modo, material de la actividad onirógena. En lo que a mí respecta, si bien esta actividad periódica me sirve de referencia temporal para evocar el sentido vivido del momento en que surge el proceso onirógeno en relación al reposo profundo y a la plena vigilancia, rechazo, ya lo he dicho, la idea de una producción solipsista del relato del sueño, cuya automaticidad desecharía, entonces, la concepción que he mantenido del lugar del sueño en el discurso psicoanalítico.

Para mí, repito, se trata sólo del encuentro en este discurso a dos del psicoanalista portador del tercer organizador del lenguaje con la palabra del analizante, que habilita, dándole sentido, el desarrollo en función del Edipo del trabajo de memoria del paciente a través del recuerdo del sueño y en sus rebotes en sí mismo y en el analista. El «programa» edípico que pretendo presente y en trabajo en el doble discurso en el que se opera el análisis se genera, de alguna manera, por su propia necesidad estructural interna, que no podría implantarse en un puro mecanismo de desarrollo que remitiera a la experiencia inicial misma del sueño. Esta es, en efecto, también lo he señalado, inaccesible en el modo objetivo a no ser a través de la construcción lingüística y generalmente representativa que se hace de ella. El Edipo del que hablamos siempre está por hacer, y no sólo por confirmar. En estas condiciones, es oportuno decir que el trabajo de apoyo por la sexualización, ligado a la disposición incluso de la distribución de los dos sexos y a la brecha generacional en la transmisión de la vida, tanto somática como psíquica, remite sin duda alguna a la relación, poco estudiada por Freud, de las pulsiones del Yo con las pulsiones del deseo que constituyen en nosotros su necesario instrumento. Este trabajo recurre a las leyes estructurales de una ineludible

lógica, aunque sólo sea para resistirse a ellas, y prosigue, de a posteriori en a posteriori, indefinidamente, a la búsqueda de un equilibrio económico incesantemente reclamado por el desequilibrio innato y específico de nuestras capacidades representativas y de la violencia de nuestras pulsiones.

Debido a esta situación y a esta necesidad específica de orden representativo, el discurso del recuerdo del sueño es altamente expresivo. Y esto, en la medida en que este recuerdo («verdaderos restos nocturnos» que vuelven) posee en el pensamiento y en la formulación lingüística una distancia en cierto modo extraña y un poco misteriosa que le da un estatus de credibilidad particularmente exigente de sentido para la conciencia clara y la comunicación. El sueño y su recuerdo, más que cualquier otro material, son aptos a causar brechas en la continuidad primaria del discurso de renegación a los dos en el que se organiza en principio el psicoanálisis.

Mi segundo comentario será para manifestar de nuevo que existen múltiples modos de referencia a esta estructura edípica necesaria de la que aquí se trata y que el análisis tiende a generar o a regenerar. Señalemos dos puntos:

La problemática edípica, claramente evocable en el devenir de las palabras sobre el sueño en lo que se considera como neurosis de transferencia, se demuestra, por su parte, bastante fácilmente, como yo mismo he hecho en mi memoria y en mi artículo de 1972, como el material clínico que proporciona aquí evidencias clarísimas, a pesar de las oscilaciones de la regresión y de la transferencia. Cito también, con la misma perspectiva, el famoso sueño de Descartes, que dio lugar a hermosos estudios en autores americanos y en otros francófonos como M.Bénassy. En ellos se mostró la transformación en Descartes de imágenes muy condensadas de aspecto pregenital en un material de pensamiento que se estructura en un modo triangular sometido a una lógica de no-contradicción y que desemboca en la emergencia diurna en el filósofo de descubrimientos conceptuales marcados por la preocupación por una rigurosa consideración de la expresión lógica de las leyes que encontramos en el sistema edípico. Y, sin embargo, Descartes no tenía más intérprete que sus relaciones epistolares literarias y su propia reflexión. ¿Le sirvieron los tan cerrados marcos del Discurso del método como dispositivos analíticos *avant la lettre*? En todo caso, en esta historia se encuentra una excelente confirmación de la evolución de una experiencia primaria trabajada por el edipo en dirección de una elaboración validable por la mirada tercera de los lectores y los discípulos.

El problema que trabajamos se vuelve, sin duda, más difícil desde el momento en que la incertidumbre crece respecto al tipo de funcionamiento psicopatológico del soñante considerado. Como se puede pasar revista, ingenuamente, a toda la taxonomía psicoanalítica, yo me contentaré con destacar el ejemplo de una organización psicótica. Sabemos que, en este caso, los sueños tampoco faltan, pero que el dispositivo de cuidados puede difícilmente reglarse según el

modelo analítico clásico. La psicosis desborda sus propios límites y delega en otro o le exporta, de alguna manera, una parte de la psique más o menos duraderamente, pero siempre intensamente, para escapar a este encuentro cooperativo entre dos interlocutores, a la vez separados y que solamente en parte los abarca, a la que recurre el psicoanálisis llamado clásico. Nos enfrentamos, pues, a algo como una dispersión de determinados elementos referenciales edípicos en el entorno en el que hay que buscarlos, con ayuda de una constante atención a las contratransferencias y de las transferencias repartidas en varias personas, que deben reconstruir juntas el discurso común edípico, ausente de la psique (Verwefung?) bajo la presión de lo que se puede llamar la «transferencia» psicótica. Aquí, también los sueños son valiosos, pero su reinscripción en el Edipo, en el que se apoya el psicótico, sigue siendo un asunto de fondo y de principio. Ante todo tiene por objeto preservar, en beneficio final del paciente, la integridad estructural del funcionamiento y la independencia subjetiva de las personas que lo atienden. Personalmente no conozco lo suficiente la psicosis y los cuidados que requiere para ofrecer aquí ejemplos clínicos. Pero animo a nuestros colegas a profundizar en la problemática que acabo de señalar.

Si reúno ahora las tres hipótesis que he planteado respecto a lo que se podría llamar las leyes del sueño, continuando con las que nos propuso Freud en 1900, tengo el siguiente esquema: El discurso a dos de organización plural sobre el sueño, cuyo modelo he enunciado al principio de esta exposición, constituye un instrumento especialmente valioso para el pensamiento psicoanalítico en las tres perspectivas consideradas. Esto es así en la medida misma en que el estatus de incertidumbre de la realidad de la experiencia nocturna evocada, su apertura y su flexibilidad alimentan la elaboración de la diferenciación psíquica y de la subjetivación en un grado excepcionalmente rico sobre un fondo de una realidad que posee una recurrencia nocturna natural constante, incluso cuando es inaparente. En el dispositivo y el pensamiento de Freud, esto significa en particular que el discurso psicoanalítico encuentra en el sueño una brillante confirmación de la necesaria universalidad estructural del destino - si no del buen uso - de la organización edípica predestinada, innata en la especie humana. Este punto de vista que sustentará la invención y el desarrollo total del psicoanálisis expresa la elección referencial que Freud, en función de su cultura personal, hizo de un mito griego, célebre hace tiempo gracias a Sófocles, el punto de amarre de su propio discurso en busca de una coherencia transmisible a sus discípulos. Por supuesto, la lectura freudiana de las «lógicas del inconsciente» (cfr. M.Neyraud) universaliza bajo el nombre de Edipo limitaciones de pensamiento que, en otra cultura, habrían podido llamarse de otra manera, apoyándose siempre en las mismas reglas innatas. Respecto a esto, las disputas que plantearon a Freud antropólogos y filósofos en nombre del relativismo histórico o sociológico están, como ya he dicho antes, desprovistas de interés. Las figuras de la sexualidad humana y las funciones de lo prohibido que hacen evidentes algunas sociedades alejadas de las nuestras simplemente desplazan las limitaciones lógicas que formulaba a su modo el enfoque griego, pero no las contradicen, a no ser al precio de una confusión entre las convenciones sociales y los imperativos generales

de nuestra especie, abocados a adoptar figuras diferentes según los lugares y los momentos de la historia sin, sin embargo, cambiar fundamentalmente de sentido. El gran antropólogo Lévi-Strauss que volvemos a encontrar aquí comprendió excelentemente este problema, y sus obras lo han aclarado con mucha luz (cfr. Antropología estructural, I y II, El pensamiento salvaje...).

Una cuarta hipótesis teórica: Pulsiones sexuales y pulsiones del yo

A las tres hipótesis sobre el discurso onírico que he presentado y sobre las que he hablado, convendría, a decir verdad, añadir ahora otra. Ésta, como las anteriores, hay que considerarla en el marco de la evolución epistémica que he indicado. Se trata, en efecto, igual que para todo enunciado teórico o clínico, de una tentativa, por definición aproximativa y provisional, que pretende dar una cierta coherencia, a partir de un punto de vista forzosamente subjetivo al principio, incluso aunque solicite el acuerdo de un lector o de un interlocutor real o potencial, a un conjunto de representaciones sugeridas por la experiencia concreta del autor y del profesional que soy. La cuarta hipótesis, que propongo añadir a las tres primeras, apunta también en dirección a una mejor comprensión, en el discurso onírico tercerizante a dos del que hablo en estas páginas, del trabajo de ligadura y de desligadura, de intrincación y de desintrincación de lo que Freud llamó las pulsiones del Yo, por una parte, y las pulsiones sexuales por otra, en él bastante equívocamente ajustadas las unas a las otras a través de las reflexiones que le consagró (1905, 1910, 1913, 1923, 1938...), como también he dicho en otra ocasión.

Vayamos ahora al cuerpo de esta hipótesis suplementaria que he llamado cuarta.

La experiencia onírica significada en el a posteriori por el desarrollo del «relato» con valor de discurso a dos que da paso a un tercero organizador puede adquirir el significado de un lugar y de un tiempo de encuentro específico entre las exigencias de la lógica edípica controlada por la brecha generacional y de los sexos, y la exigencia fundamental y primera de deseo de vida que engendra las necesidades de continuación, de autoconservación y de reproducción indefinidas que Freud llama «pulsiones del Yo». A su nivel, en el reposo, cada noventa minutos, incluso durante la vigilia para ciertos estados oniroides, las modalidades fantasmáticas estructurales asumirían la necesidad de vivir. En efecto, sólo estas modalidades pueden promoverla y sostenerla en nuestra especie, gracias a las representaciones simbolizantes relativas al sexo y a la generación, que no dejamos de hacer en nuestro inconsciente y que nos distinguen de otras especies animales. Por lo demás, la propia reiteración del proceso onirógeno, regulado genéticamente, sería una prueba, en este sentido, de la finalidad básica de las pulsiones del Yo, dirigidas precisamente a la reproducción perpetua del propio Yo (en suma, apuntando a la eternidad) a través del tiempo. Bajo esta perspectiva es como aparece con mayor fuerza la probable pertinencia de los puntos de vista que he sugerido anteriormente, hoy, respecto a la cuestión del papel que desempeñan las pulsiones en el pensamiento de Freud.

En estas condiciones, el problema esencial pasa a ser el de la alianza, tanto en el

sueño como fuera de él, de las pulsiones del Yo y de las pulsiones sexuales que obligan a las primeras a perseguir su objetivo pasando por la identificación con aquello de lo que está separado el sujeto deseoso, vía castración, y la problemática del duelo ligada a la imposibilidad de una confusión existencial, si no fantasmática e introyectiva entre las generaciones.

Se plantea entonces, en toda su fuerza, la cuestión de la pulsión de muerte freudiana. El problema esencial ya no es el de la intrincación o el de la desintrincación entre pulsión de vida globalmente entendida y pulsión de muerte, sino el de la constante amenaza de muerte que pesa sobre el fracaso de la intrincación, necesaria para nuestra especie entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales. La pulsión de muerte ya no es esa fuerza invencible de aspecto antropomórfico que destruye finalmente toda vida debido a una ley abstracta de deconstrucción entrópica. Tiene que contentarse con expresar, bajo un nombre romántico y grandioso, el hecho material de los límites naturales que encuentra genéticamente el modo de ligazón de las pulsiones sexuales y de las pulsiones del Yo, en el empleo que puede hacer de la sexuación y de la diferencia de las generaciones para suplir la imposibilidad de una autopropagación por medio de la identificación psíquica.

Por supuesto, hay que tomar en cuenta el destino de la violencia y de los movimientos de destrucción dirigidos hacia otro o hacia uno mismo. Por mi parte, no lo considero como una simple apropiación o una presencia en el ser vivo de una pulsión de muerte del tipo que Freud la contempla. Veo en él una especie de perversión de la necesidad misma de vida, que rechaza plegarse a las condiciones que impone la naturaleza a nuestra especie y que pretende dirigir a los dobles exteriores o devolver al Yo la violencia autolimitadora que reclama en el adentro la sumisión a la vía imaginaria e introyectiva, orientada a la apropiación psíquica, específicamente humana, de lo que se nos escapa y que nuestra naturaleza biológica exige de nosotros, a costa de la renuncia a un imposible dominio de la realidad. La destructividad dirigida al otro o a uno mismo sería, de este modo, sólo la medida del inevitable fracaso de un acuerdo perfecto con las aspiraciones de la vida. Se puede pensar que si ésta es tan grande en el ser humano y tan desordenada, se debe al formidable esfuerzo de simbolización metafórica, en ciertos aspectos imposibles de completar, que nos imponen las extraordinarias particularidades neoténicas de la especie. Este esfuerzo necesario, verdadera compulsión a representar lo que en exceso se niega a poder serlo, deja un inevitable resto engendrado permanentemente por la propia actividad del aparato psíquico. Del destino de este resto, reutilizado en nuevas representaciones, expulsado por intolerable hacia o en otro, o incluso mantenido o restablecido en el Yo para intentar preservar el objeto, están cargados los movimientos destructores surgidos del fracaso de la intrincación de las pulsiones de autoconservación y de las pulsiones sexuales, estas últimas nacidas de la diferenciación de los sexos y de las generaciones. Por tanto, el sueño es, sin duda, el campo cerrado en el que se desarrolla periódicamente el violento requerimiento de las aspiraciones insatisfechas y, conforme a mi segunda hipótesis, la perpetua tentativa de duelo de un real que se nos escapa y a la vez nos limita.

Hay que aceptar la idea de que el sueño es el paradigma o el microcosmos de la neotenia y, con ella, de la inquietante extrañeza de la existencia humana vivida en el adentro, pero huérfana del mundo exterior en el sujeto que busca una trascendencia que, por la regresión del sueño, lo elevaría sobre sí mismo y restablecería en él el Dios que podría haber esperado no dejar nunca de ser.

Vivimos, quizá, la experiencia del sueño, prevista por la gracia de la naturaleza para no tener que mirar de frente demasiado cruelmente, por efecto de este espejo, nuestra íntima reclamación de poder soñar la vida sin tener que representarla. Lo real sólo es accesible a través del trabajo de su doble.

# Entre el reposo y el sueño: El lugar del afecto

FRANCOISE COBLENCÉ

«El sueño es una fase, ¿para qué diablos puede servir?», escribe Valéry El primer hilo que seguiré aquí es el de la sucesión de dos fases, la del reposo, la del sueño, y el compartirlas entre mi paciente y yo. Seguir el destino de los relatos de los sueños en sesión me conducirá, más que a seguir el destino de sus contenidos, a intentar seguir el de los afectos de los que son portadores. O digamos que sus contenidos me retendrán sobre todo en la medida en que la ligazón con las representaciones haya podido poner fin a la represión de los afectos y permita la elaboración de separaciones hasta entonces renegadas por mi paciente.

Durante casi dos años de análisis, Mathilde no contó ningún sueño. Durante las entrevistas preliminares, refirió dos breves relatos en los que se podía encontrar un contenido edípico: en uno, dos mujeres se pelean; en el otro, le ofrecen un percolador de cuatro tazas, tan grande como el de un café, los cafés en los que su padre hacía interminables paradas. Mathilde tiene 25 años cuando la recibo por primera vez. Tiene una hermana cinco años mayor que ella, con la que mantiene una relación bastante agitada, igual que con su madre. Hasta los cinco años vivió en un país de América latina presa de una violentísima guerra. De repente, esta paciente mostró sus cartas: reflexiona mucho, desde hace tiempo lleva a cabo un «trabajo de autoanálisis» para apropiarse de los acontecimientos de su vida. Pero sabe que ese trabajo no basta para permitirle superar las dificultades presentes y pasadas, ni para comprender esta amnesia total que golpea sus cinco primeros años de vida. Este vacío y el sufrimiento que conlleva es lo que mueve su petición de análisis.

Durante este análisis, al principio sólo aparecían relatos de pesadillas, tan breves como violentas: le sucedía algo a su hijo, por culpa de su marido que no lo había vigilado. En el patio había un pozo, su hijo se había caído dentro, ella intentaba sacarlo y se despertaba aterrorizada. En otra pesadilla, su hijo se ahogaba. Más tarde me enteré de que había sido ella la que, una vez, había estado a punto de ahogarse. Aunque gran parte de su infancia la había vivido en un país a orillas del mar, ella no sabía nadar y tenía mucho miedo al agua. Cuando supo que estaba embarazada, se preguntó si tenía que seguir con el embarazo y fue a pasear a la orilla del Sena. Describe un paseo melancólico, su atracción por el agua, la idea de tirarse, o, más bien - porque no era algo violento - la de dejar que la arrastrara, a ella y a su hijo.

En su pánico por su hijo, en las pesadillas en las que interviene su hijo, tengo, al principio de la cura, la sensación de que lo que está representado es una parte de ella. ¿Pero qué es lo que le impide soñar a esta joven mujer viva e inteligente? ¿Qué resistencia a la transferencia se produce en esta mezcla de determinación y de reserva

con la que se presenta y se implica resueltamente en el análisis, diciendo, sin embargo, que lleva a cabo su análisis ella sola?

El material de las sesiones es, al principio, extremadamente factual. A todas mis intervenciones de transferencia, Mathilde opone renegaciones vigorosas. Sin embargo, se trata de intervenciones que entonces me parecen clásicas, vinculando, por ejemplo, silencios o ausencias de su parte con mis vacaciones. Cuenta sus dificultades con su marido: ella trabajó mientras este hombre estudiaba y, según su «contrato», ella, a su vez, debería haber podido estudiar ahora que él trabaja. Pero él le pide que participe en los gastos domésticos. Ella acepta, y lleva a la vez: análisis, estudios, trabajos múltiples. Todos mis intentos por señalar lo que me dice de sus clases e intentar relacionarlo con los conocimientos que ella podría tener de mi estatus de enseñante fracasan o, más bien, «se queda en aguas de borrajas». ¿Ceguera o renegación? No ve. En cambio, se desarrolla una transferencia lateral sobre uno de sus profesores. Está persuadida de que el profesor habla sólo para ella, que, durante las clases, hace alusiones destinadas únicamente a ella.

Durante todo este tiempo, no sueña, o, en todo caso, no aporta ningún sueño.

Su desconfianza, esa relación en espejo con su profesor me produce una cierta irritación. Sin embargo, ¿es esta propia irritación suficiente para explicar la torpeza que entonces me invade? Puesto que esta torpeza se transforma en brevísimos, aunque profundos, adormecimientos, prácticamente en cada sesión. Tengo la sensación de «hundirme», de zozobrar en el reposo, quizá como en esa agua que la atrae y le da miedo. Es un reposo sin sueño, que sólo dura unos segundos, del que emerjo bruscamente, muy incómoda pero al mismo tiempo descansada.

Entonces decido hablar de ella con una colega, y, al mismo tiempo, le cuento la historia de Mathilde. Sólo en ese momento me doy verdaderamente cuenta de la violencia extrema que ha vivido, y de mi violencia en la contratransferencia, violencia contrainvestida, como la suya. Tiene muchas lagunas en los recuerdos de su infancia, y yo me voy a dedicar a reconstruir con ella su historia. Entonces me cuenta que entre los seis meses y los cinco años no vivió con sus padres sino con su padrino y su madrina, y que bruscamente la arrancaron de ellos para volver a Europa con sus padres y su hermana. Sus padres lo perdieron todo, aunque por parte de la familia paterna habían sido ricos terratenientes. Sus primeros recuerdos se remontan a su llegada a Europa, en invierno, bajo la lluvia. No se acuerda de nada de lo de antes; sólo tiene una imagen suya, en un triciclo en un paseo al final del cual una mujer negra está planchando. La vida en el pueblecito donde vive después, con sus padres y su hermana, está marcada por la pobreza, la dureza del trabajo, la brutalidad y el alcoholismo del padre. Y sin embargo, ese padre es para ella una figura de identificación y de apoyo; a la madre la describe como una víctima (una monjita arrancada de su orden para casarla), incapaz de portegerlas, a su hermana y a ella.

[A los 16 años, se enfada con sus padres, se separa de ellos y viene a París, donde vive con una de sus tías, que la va a ayudar. Trabaja y gana lo suficiente para permitir](#)

que su padre rehaga su casa. Más que la víctima sumisa de su marido, me parece entonces como de una valentía obstinada. Me pregunto si no relata ningún sueño, o incluso que la función del sueño parezca defectuosa, debido al carácter traumático de las impresiones o de las experiencias vividas en la infancia'. Sobre este trauma y su represión (o su renegación) es sobre lo que se inscribirá su valentía.

Paralelamente al complejo despliegue de las identificaciones femeninas, Mathilde evoca lo que ella misma llama su «novela familiar». Me había dicho que su familia paterna era de origen marrano. Esta dimensión la tiene muy investida. Quiere «llevar a cabo una investigación» sobre el aspecto judío de su familia, el cual reivindica contra su educación católica, que detesta. Empieza también a preguntarse si sus padres son verdaderamente sus padres. Ha visto el grupo sanguíneo de su padre y cree que es incompatible con el suyo. Pero sus sospechas son sobre todo hacia su madre. Se pregunta si su padrino y su madrina no serán sus verdaderos padres, si no habría habido una sustitución de niños en la maternidad, con «todo el lío» que había allí. Después de estos relatos, está muy angustiada, y lucha contra sus angustias a través de los comportamientos; va a correr o a tomar una copa.

A lo largo de este período de construcción de su historia, yo dejo de dormir. Evidentemente, me pregunto lo que mi reposo ha traducido. ¿He hecho mía la violencia de lo que ella ha vivido y no me he protegido por medio del reposo? El reposo habría supuesto para mí a la vez una defensa, una regresión y un restablecimiento narcisista frente al rechazo por su madre que me hacía vivir por identificación proyectiva, y frente a su agresividad. En un sentido, el reposo nos separa, y me separa de ella como a ella la separaron de su madre y después de su madrina. Pero también me parece que el reposo nos reúne, como en una especie de vivencia más o menos bien diferenciada, o incluso, como si compartiéramos la función onírica, reposo para mí, pesadillas para ella, a falta de poder soñar, tanto ella como yo.

En cualquier caso, es a raíz de la siguiente sesión cuando definitivamente dejo de «zozobrar» en el reposo.

«Es, de verdad, un día de esos que detesto», dice Mathilde. «No tengo ganas de moverme. Tengo ganas de dormir. A menudo es así en invierno. He pensado telefonarla para decirle que estaba enferma, pero no. Tenía ganas de dormir todo el día. He puesto el despertador para venir a la sesión, si no, no me habría despertado nunca.» Sigue: «Tengo días como éste desde que era pequeña. Me enrollaba en un trozo de colcha y me dormía de golpe en un campo. Entre nosotros se dice que es cuando va a llover, pero es ridículo, es una tontería.»

Me parece que Mathilde se ha apropiado del reposo y del repliegue sobre el yo que éste representa. Pero cuál es el vínculo entre el reposo y el agua, en los que se puede, en los dos, hundirse, zozobrar, que se pueden remontar? Este vínculo viene con las palabras de Mathilde. Un día de tormenta, llega diez minutos tarde a su sesión: se había parado, fascinada, para ver las trombas de agua. Quizá lloviera así en

su país de nacimiento. La lluvia le da ganas de dormir. Es melancólica. A ella le gusta mirar caer la lluvia, incluso aunque todavía tenga miedo al agua. A lo largo de sus palabras sobre su necesidad irreprimible de dormir, hace una asociación con un hombre que ha visto en el metro y que ha sacado un cuchillo, el comienzo de una bronca que le ha dado miedo, después con las violencias de su madre: «¿Cuántas veces le he dicho que no gesticule con un cuchillo en la mano?!» A partir de entonces, empezará a evocar sus disputas con ella, y no sólo con su hermana. Esa madre se presenta como dura, brutal, intrusiva, nunca reconfortante ni fiable - lo que también soy yo para ella en la transferencia, y que al principio yo no pude metabolizar-. ¿Había que dormir para no llorar, para no sentir el odio de la madre? Pero Mathilde, en la realidad, le planta cara a su madre, como me planta cara a mí aunque suscite mi admiración.

Algunos meses más tarde, se presentará el primer verdadero sueño de la cura. Ella empieza la sesión mencionando su angustia cuando leyó «Llegar a ser psicoanalista» en la tapa azul de un libro que había comprado hace poco. Entiendo muy deprisa - quizá demasiado deprisa - que se trata de la reedición en quadrigé del número de la Revue française de Psychanalyse «Devenir psychanalyste». Entonces cuenta el siguiente sueño:

«Estoy en su casa, en su inmueble, pero hay grandes salones, como en el Hôtel de Ville, donde tiene lugar una lujosa recepción. Me encuentro una perla azul magnífica que alguien ha perdido. En lugar de entregarla en recepción, me la quedo. Yo estoy pendiente. Usted llega y me da un sobre blanco. Sin abrirlo, adivino que usted ha descubierto mi secreto, y que me pide que devuelva la perla.

¿Secreto?

Me he preguntado mucho qué podría ser la perla azul. No me gustan las perlas de color, sólo me gustan los diamantes transparentes. Yo creo que esas perlas azules se llaman rubíes.

¿Una perla azul que le quema los dedos y que le angustia, como el libro azul, Llegar a ser psicoanalista?

Entonces Mathilde replica: «Es verdad, no lo había pensado», y se queda en silencio durante todo el resto de la sesión.

En la sesión siguiente, dice que le ha interesado mucho, pero también que siente que le he hecho trampa: «Me ha quitado mi hermoso sueño.»

Pero ha tenido otro sueño, que relata así: «Usted va vestida de vagabundo, sin calcetines, acarreando bolsas de plástico. Yo la sigo, después la adelanto.»

[¿Qué entender por la formulación «Usted me ha quitado mi hermoso sueño»? Su manera directa de decirlo, la reivindicación que traduce no es para desagradarme.](#)

¿Soy yo un «ladrón de sueños», según la expresión de Claude Janin? ¿Me pregunto sobre mi intervención: ¿Me he precipitado demasiado deprisa a la dimensión transferencial, impidiendo al mismo tiempo que se desplegaran las condensaciones del sueño? ¿He detenido un movimiento al ratificar el rubí azul, al identificar, al nombrar demasiado deprisa su secreto y su culpabilidad? Si, por citar a Jacqueline Schaeffer, «el rubí tiene horror al rojo», ¿no es su rubí azul prueba del evitamiento de la sexualidad y de la pulsión?3

Pero, ¿puede que ella quiera sobre todo guardar para sí misma lo que el sueño manifiesta de su inconsciente, sin analizarlo o secundizarlo, sin explicitar su dimensión transferencial? Sin duda ella teme ser desposeída de la riqueza del sueño, de su condensación, de la especificidad del proceso primario, de un funcionamiento que zanja singularmente las racionalizaciones y las exposiciones de doctrinas filosóficas con las que puede hacer lo habitual de las sesiones. Yo también me digo que le han arrebatado mucho: su infancia, sus padres, sus padres adoptivos, en fin, todo de lo que ella puede quejarse. ¿No hay que darme nada, tengo que no recibir nada por mi parte, plantarme ahí con mis bolsas de plástico? Tengo el sentimiento, con este sueño en el que estoy vestida de vagabunda, y en el que ella pasa de la sobreestimación a la desvalorización, al rebajamiento, que su agresividad empieza a desplegarse en el sueño, en lugar de hacerme dormir. Puedo ser indentificada -y soportar serlo - con una madre que rechaza, intrusiva, que hay que mantener a distancia y adelantar. Pero las imágenes testimonian un trabajo del preconscious, hasta entonces más bien ausente de su funcionamiento en sesión; y su venganza onírica me tranquiliza en cuanto al carácter posiblemente efractante de mi interpretación.

En estas condiciones, ¿le corresponde sólo al sueño, y sólo a estos dos sueños, llevar la transferencia, mientras que ella está tramando su novela familiar? Porque a lo que remite el secreto es a esto, a la tradición marrana, a su culpabilidad por dudar de su madre, a la escena primitiva, a su necesidad de guardarlo todo. Un día llegará a su sesión «como una sonámbula». Le ha sucedido, dice, «una cosa de locos, terrible». Y mientras yo temo que le haya pasado algo a su hijo, ella me explida su pánico porque no conseguía abrir su puerta, y «todo» estaba en el interior. Ella asocia la puerta cerrada al cuarto de baño de su infancia, en el exterior de la casa, a su miedo a ir. Escuchaba pegada a la puerta para saber si había ruidos detrás.

Dicho esto, se inmovilizó una viva resistencia. Después de esta secuencia de los dos sueños, durante mucho tiempo no aportará ninguno más. Las sesiones retoman un curso bastante factual, marcadas por su frecuente rechazo de ligaduras con el encuadre que yo le propongo, testimonio de las defensas de carácter en acción, pero también - creo - de un movimiento de integración más silencioso. Llevamos entonces tres años de análisis; hay «progresos» en la realidad, ella me parece más flexible en su funcionamiento psíquico, pero esta impresión procede más de lo que ella me dice de sí misma que de su funcionamiento en sesión, donde se mantiene poco asociativa. Menciona mucho su relación con su hijo, habla de él con ternura, mostrando su orgullo de madre. Tiene éxito en sus estudios, hace una licenciatura en historia y

trabaja con un abogado.

Viene después un año difícil, marcado por una grave enfermedad de su hermana. Se ocupa de sus sobrinos, mantiene a toda la familia. Durante todo el año, faltará a sesiones, llegará tarde. Está agotada, intenta mantener la posición que considera apropiada para ocuparse de su familia, todo ello intentando conservar su espacio propio. Asisto de nuevo a su valentía, a sus combates, poco a poco, el peso de la realidad hace a menudo difícil el flotamiento psíquico. Sin embargo, acepta una interpretación de transferencia que no pasa por el sueño: aunque no para de correr, aunque está muy cansada, le hago darse cuenta de que me empuja a invitarla a pensar en ella y a guardarse un tiempo para ella, como habría querido que hubiera hecho su madre. Esta intervención la calma. Vuelve a asentarse en el análisis.

El verano siguiente, pasa un tiempo en casa de sus padres. Hace su «investigación», se dio cuenta de que el grupo sanguíneo de su padre es compatible con el suyo y que ella lo había confundido con el de un tío, muerto poco antes de que ella naciera, del que, por otra parte, apenas había oído hablar. Su relación con su madre fue mejor, evoca las canciones que aquella le cantaba en otros tiempos. Le hizo frente a su padre negándose a pagar las reparaciones del tejado de la casa, puesto que ahora tenían dinero. Su culpabilidad inconsciente me parece que disminuye.

Me comunica nuevos horarios de trabajo y me pide un cambio de horario para una sesión.

En la sesión siguiente, le confirmo la posibilidad.

Entonces, estoy completamente feliz. Hoy me siento bien. Tengo que ir al entierro de uno de mis profes. Va a haber mucha gente. Veré también a mi director de memoria. Tiene un tumor, está enfermo. He tenido un sueño extraño. Quizá era una pesadilla. Soñaba que era el entierro de mi madre. Yo lloraba y lloraba. Me sentía muy desgraciada. Incluso cuando me he despertado, todavía creía que era verdad. En el sueño, estaba en un lugar que no conozco, con muchas habitaciones. También estaba ese famoso profesor del que estaba enamorada. No sé por qué estaba allí ese tipo. i 1 1 1

¿Y la casa del sueño? 1 1

Era muy chic, estaba muy bien amueblada. Un estilo asiático con muchas cosas de bambú. Así también podía ser América. La decoración era colonial, muebles coloniales, habitaciones grandes, muchas ventanas. Pero yo estaba más bien centrada en mí y en mi desgracia. Lloraba tanto. ¡Anda!, por otra parte, eso me hace pensar en la manera como lloraba cuando llegué a París. No paraba de llorar, verdaderas crisis. Cuando lloraba, pensaba en la muerte de mis padres. Quizá fuera la separación: era la primera vez que me separaba de ellos.

Después de este sueño, Mathilde se acuerda de que este verano, su madrina le dio una foto suya de cuando tenía 3 años. En la foto, reconoce sus rasgos, su sonrisa

maliciosa. Está contenta porque no tenía nada suyo entre una foto con 3 meses y una con 6 años.

Este sueño del entierro de su madre, cuyo relato quizá lo haya activado la gratificación inmediata que le he dado al encontrarle otro horario, es el primero que aporta desde que le «quitó su hermoso sueño». No dudé mucho en buscarle otro horario; a decir verdad, ni había reflexionado mucho sobre ello. Su reacción («estoy completamente feliz») me sorprende. Ella no tiene costumbre de manifestar de ese modo la importancia de las sesiones: más bien banaliza sistemáticamente mis vacaciones o mis ausencias. Cualquiera que sea la identidad de la persona enterrada, o los desplazamientos de las representaciones, el sueño me parece importante debido a los afectos que se despliegan en él y hacen emerger, por primera vez, el tema de la separación. En La interpretación de los sueños, Freud escribe que «el afecto siempre tiene razón, al menos en cuanto a su cualidad»<sup>4</sup>. Señalo lo que dice de la separación de sus padres cuando se fue a París: «Era la primera vez que me separaba de ellos.» La primera separación, a los seis meses, queda fuera de campo.

En la sesión siguiente, menciona su dominio, su deseo de mostrarse razonable. Tiene sueño y si cierra los ojos, se dormiría. Pero lucha contra el «ensueño» y, sobre todo, contra los «sueños débiles» que ha tenido esta noche. No quiere pensar en ellos, pero, no obstante, acaba por evocarlos:

«El primero, vaya. El que me enerva es el segundo. En el primero, bajo una pendiente en bici y flirteo con un chico. No sé quién es. En el segundo, soy joven, pero soy un chico. Hago algo que hacía a menudo cuando era joven: me acaricio. Hago el amor, pero la chica es mi hijo. Lo peor, es que me despierto excitada. Tengo un orgasmo. Es terrible. Aunque sepa que es la naturaleza, que no tengo vida sexual en este momento, no quiero que eso me invada. Es terrible en el sueño a causa de mi hijo.»

Silencio. Hace asociaciones con su infancia. 'Los chicos que cazaban a las chicas con cualquier cosa, caramelos, por ejemplo. Un chico, dice, lo tiene todo en la mano.

Vuelve al primer sueño: ve perfectamente de qué pendiente se trata, cerca de un campo, ese en el que, cuando era niña, paró una carreta de heno que se embalaba, mientras que su madre gritaba sin hacer nada. Su padre estaba borracho, como de costumbre. En aquella época, estaba orgullosa de ella, pero ahora es un mal recuerdo. Allí se maltrata a las mujeres y a las bestias.

Después de esta sesión, vuelve a hablar de la turbación que le causaron estos sueños. Le dan vergüenza, aunque se diga a sí misma que sólo es un sueño. No puede entender; eso le impide pensar; está bloqueada; sola no lo consigue.

«Pero voy a seguir pensando en mi sueño. Acabaré por entender. Yo me encargaré.»

¿Encargarse como en la infancia y como los chicos?

Suspira: ¡Ay! estos psicólogos. Pero está claro. Hago mi análisis yo sola. Carmaba con este sueño. Tengo la impresión de que él es una chica y yo un chico, pero no sé en realidad de qué se trata. Es como si no fuéramos personas. Me acuerdo de los tejemanejes con los chicos, todas esas cosas malsanas. Me da vergüenza.»

Si bien sigue diciendo que ella hace su análisis sola, también dice que no lo consigue ella sola. ¿Pero conseguir qué? La vergüenza del sueño, ¿es la misma que en otro tiempo sentía con los chicos? La vergüenza no es el afecto del sueño, sino el que éste provoca. En el sueño, ella está excitada. ¿Qué turbación traduce, entonces, un contenido manifiesto tan crudo y tan violento? ¿De qué deseo podría ser la deformación de la representación de una madre incestuosa?, ¿del deseo de ser una hija incestuosa? La secuencia de estos dos sueños me parece que condensa gran parte de su problemática identitaria, que ella revive a través de su hijo: la vergüenza de sus engaños con los chicos, la vergüenza de ser una chica - y también de encontrar placer en ello - mientras que cree que les habría hecho falta un chico a su padre y a su madre. Tener un hijo ha sido, innegablemente, un triunfo para ella, pero reaviva la herida narcisista. Esa vergüenza me parece que está movilizada en la transferencia de manera compleja: entre la erotización de las relaciones con sus profesores y la violencia de los afectos (separación, reencuentros) con las mujeres. ¿Se trata, en estos sueños, de figurar su bisexualidad, su parte chica, su parte chico que se convierte en chica, y los desafíos de seducción de cada uno? Todas las combinaciones identitarias, en el seno de una transferencia en la que ella sería para mí a la vez chica y chico, y yo, hombre y mujer, se despliegan en ella. El exceso de excitación, ¿no traduce el exceso de representaciones y de afectos puestos en movimiento?

Por último, ¿qué relación habría entre la secuencia de estos dos sueños y el sueño precedente, el del entierro de su madre? La liberación de los afectos y de los recuerdos de infancia en el sueño del entierro, el reconocimiento de la separación, ¿no pueden haber jugado un papel motor para los otros dos?

Las sesiones que siguen retoman una parte de estas cuestiones. Vuelve a hablar de esta vergüenza, de la «mala vivencia» que ella creía arreglada. Menciona la mentalidad de su familia, el catolicismo, la manía de no hablar de lo que molesta, de ahogarlo todo. Por eso es por lo que no se separaron sus padres. Su hijo tiene un compañero cuyos padres se han separado porque el padre bebía. Ella ha sentido la pena de ese niño cuando viene a jugar con su hijo.

Le pregunto si sintió la misma pena cuando era pequeña. Se pone a llorar y habla de su padre. Él daba golpes, ella se escapaba. Pero con él, ella podía hablar, no es como con su madre. «Me alivia, dice, que mi hijo hable con su padre; que pueda hacer cosas con él.»

Para acabar, me gustaría mencionar un último sueño, relatado en una sesión de vuelta, después de una semana de vacaciones, diez minutos antes del final de la sesión. A ella le hubiera gustado hablarle de este sueño a su madrina si hubiera estado

aquí, para pedirle confirmaciones.

Este es el sueño: «Estoy en el mar. Me baño, no soy una niña, quizá esté ahí mi hijo. Nado, todo va bien. Después salgo del agua, hay una gran escalera de hierro para subir, algo así como en la ribera del Sena. Mi madrina está arriba con una cesta de picnic. Tengo miedo de caerme y le digo que podemos ir a otra parte.»

Hace asociaciones con una impresión de déjá-vu. Ahora ella ya no tiene miedo al agua, de hecho, va a la piscina. Pero en el sueño, su miedo le parece el de la separación. Tiene miedo de separarse de su madrina; esto no debió ser evidente para la madrina.

Yo le señalo que tampoco para ella debió ser evidente.

«Tengo un nudo en la garganta. Se me llenan de lágrimas los ojos. Debería escribirles, me lo han pedido. Pero, al mismo tiempo, con mi madrina no tengo necesidad de hablar, entre nosotras funciona sin palabras.

Así llegan, después de las vacaciones, el relato y los afectos ligados a la separación de su madrina. Dice que no tiene ganas de analizar «todas las separaciones», y entiendo también por qué siempre ha renegado sentir el mínimo afecto cuando mis vacaciones; pero habla mucho de su hijo, de sus ceremonias al irse a la cama, de la dificultad que tiene de separarse de ella. Hablando de su hijo es cómo consigue hablar de las separaciones que ella misma ha vivido. Finalmente dice que está contenta de que sus padres se la llevaran con ellos cuando volvieron a Europa, aunque, entonces, no comprendiera nada de lo que pasaba.

Volviendo a pensar en la modificación del horario de la sesión después de las vacaciones, en su evidencia para mí, me pregunto si no supone una reacción transferencial opuesta a mis adormeci mientos, pero del mismo orden: una parte de mí es solicitada por angustias de separación tan profundas que respondo a ellas por medio de las regresiones o de los actos. Pero entre tanto, la permanencia del encuadre, el trabajo del análisis, su duración, su trabajo elaborativo han hecho que Mathilde retomara la función onírica.

Antes de que contara en sesión su primer sueño, ¿Mathilde no soñaba, no se acordaba de sus sueños o, sencillamente, se contentaba con no evocarlos? Evidentemente es imposible decirlo. Además, tratándose de los relatos de sueños en la sesión - puesto que sólo se puede hablar de eso-, estamos necesariamente obligados a atribuir su emergencia y su destino a la entidad que forman los dos protagonistas de la cura. Entre ellos se reparte lo que Michel Fain ha llamado «el sistema reposo-sueño», y este reparto y la vacilación de las fronteras identitarias entre el analista y el paciente es lo que puede permitir que los sueños sucedan a las pesadillas. A pesar de la ausencia de representación o de imagen, podríamos hacer la hipótesis de que, aquí, el reposo del analista en sesión constituye una forma de lo que Michel de M'Uzan llama «quimera psicológica», y cuyo régimen de funcionamiento opuesto a la vida de

vigilia señalas. A la «recuperación» del reposo por la paciente le sucede la emergencia de los sueños, en todo caso su relato en la sesión. La expresión de los afectos acompaña en primer lugar a la evocación del reposo; después acompaña (¿o los hace posibles?) a los propios sueños, ligándose a las representaciones de éstos y permitiendo, en particular, la elaboración de la separación. A partir de entonces, ya no se trata sólo de evocar una posible insuficiencia de la función onírica y ya no es sólo el trauma lo que vuelve en la pesadilla: como escribe Freud en 1933, con las experiencias vividas de la infancia, vuelven los «deseos pulsionales impercederos» que les están vinculados y que proporcionan la energía para la formación del sueño. E

incluso si entre estas representaciones se encuentran las representaciones «más dolorosas», es en la cura y en la transferencia donde ellas podrán decirse a partir del momento en que el sueño permita encontrar los recuerdos y las experiencias vividas ligados a los afectos que, previamente, aquel expresó.

# Entre noche y día, el cazador de sueños

ALBERT LOUPPE

Leyendo el texto de Françoise Coblence, me ha venido a la cabeza la función del cazador de sueños de los indios hopis como metáfora del sueño en el análisis y mediador entre los pensamientos de la noche y los pensamientos del día. El cazador de sueños es un objeto que simboliza la gran tela del cielo tejida entre las estrellas. Es un valioso regalo de la gran madre Araña, uno de los poderes que ha creado el Universo. Filtrando los pedazos de mensajes del día que nos llegan en sueños, y atrapando al mismo tiempo las pesadillas y los malos sueños, protege el funcionamiento diurno y vela el reposo.

Freud, en 1932, destaca el desafecto de los analistas por el trabajo del sueño. «Es como si los analistas ya no tuvieran nada que decir sobre los sueños y que ya no tuvieran nada que añadir...» «Tengo la impresión, dice, de encontrarme treinta años atrás, en la época en la que no había ningún interés por cosas tan importantes como la diferencia entre el contenido latente manifiesto y el contenido latente, la necesidad, para interpretar el sueño, de disponer de las asociaciones del paciente.» No es ésta la posición de Françoise Coblence, pero, no obstante, es en esta reflexión en la que ella se implica, después del comentario, incluso del reproche de su paciente - «usted me ha quitado mi hermoso sueño» - en respuesta a una interpretación del primer sueño de la cura: «¿Me he precipitado demasiado deprisa a la dimensión transferencial, impidiendo al mismo tiempo que se desplegaran las condensaciones del sueño?»

A menudo la sesión se concibe sobre el modelo del sueño. Esta analogía supone que el encuadre, del cual el propio analista es el garante, es el guardián del análisis y de la transferencia y permite el trabajo del lenguaje en la cura, análogo del trabajo del sueño en el reposo. La constancia de la percepción, la restricción de la motricidad en la sesión y la relación suspensiva con la realidad van en el mismo sentido que esta comparación. Pero a la inversa, esta comparación borra la diferencia entre el sueño y la sesión, pudiendo llevar a los analistas a considerar el sueño como una parte del juego del escondite entre las diferentes instancias, el ello, el yo y el superyó, igual que en la vida despierta. Respecto a esto, Jean Laplanche destaca que muchos analistas han dejado de interesarse por las asociaciones libres y de diferenciar los sueños de las otras formaciones sintomáticas. El análisis, desde luego, no puede prescindir de la dimensión de la transferencia, pero a la inversa, dice, «no puede utilizar este pretexto para disolver completamente el sueño en su relato».

El comentario de Françoise Coblence respecto a la relación entre la transferencia y el sueño es, en este aspecto, esclarecedor: «Aunque ella no aceptaba ninguna interpretación de transferencia, el carácter intensamente transferencial de sus sueños

me impresiona.» ¿Qué podemos decir de esa intensidad de la transferencia, que se oculta a la interpretación, que se actualiza en la cura por medio de una transferencia pasional y se expone en pesadillas al principio de la cura? Si el reposo no puede contener el sueño y si la sesión no puede encuadrar la transferencia, ¿qué amenaza hace que los límites del sueño y de la sesión se vuelvan frágiles y dehiscentes? ¿Qué es lo que de este modo se solicita de día en las sesiones que sólo puede esperar a la noche para resolverse en una tentativa de sueño que fracasa en pesadillas?

### Conexión sueño y sesión

La cura de Mathilde se acomete bajo el doble sello de un discurso en sesión que no puede expresarse más que en lo factual y en la resistencia a la transferencia, por una parte, y de un reposo sin sueño durante dos años, por otra. Pero la ausencia de sueño al principio del análisis y el discurso factual son las cenizas bajo las que se incuba el fuego de la pasión. Del lado de los sueños de la paciente, pronto nos encontramos en la situación descrita por Freud de manera imaginada en el Compendio: el centinela nocturno, encargado de proteger el reposo de los habitantes de su burgo, se ve a veces obligado a activar la alarma y despertar a los aldeanos dormidos. En cuanto a la sesión, Mathilde desarrolla una transferencia lateral pasional y empuja a su analista a un reposo sin sueño. El exceso parece que hace huir al sueño y obligar a escaparse de la sesión. Los adormecimientos del analista durante el día, en la sesión, responden en eco a los despertares angustiados de Mathilde por la noche.

Si los dos protagonistas del diálogo analítico hacen esfuerzos para mantenerse en los límites de la sesión, un elemento de la demanda permite aclarar los desafíos de esta organización defensiva: Mathilde quiere hacer su análisis ella sola, dice. ¿Se trata, entonces, de hacer fracasar el propio vínculo analítico tanto como la investidura pulsional destructora del objeto? Una de las paradojas de la cura de Mathilde es, desde luego, no poder investir el objeto más que de un modo destructor para sobrevivir, pero investir este vínculo la destruye a ella misma y la empuja a huir. De alguna manera, investir el objeto para vivir es destruirse.

La situación tópica della organización narcisista propia de la pareja reposo / sueño se aclara con una nota de 1929 de Freud a propósito del esquema del capítulo VII de La interpretación de los sueños: «Si queremos ir más lejos en esta descripción esquemática, en la que los sistemas se han desplegado para ser presentados según una sucesión lineal, dice, debemos reconocer que el sistema situado justo detrás del preconscious es el que corresponde al consciente - o, en otros términos, al sistema percepción-consciencia-». La representación «replegada» del esquema freudiano, ampliado con el sueño en la sesión de análisis, pone el trabajo psíquico del sueño y el trabajo en sesión en posición tangencial con relación a la realidad y al sistema perceptivo, y permite representarse un modelo de funcionamiento psíquico parcialmente cerrado sobre sí mismo.

Este esquema está concebido como un modelo «funcionalmente» eficaz para la

lógica neurótica en la que apoyo y a posteriori, trabajo de figurabilidad y elaboración secundaria son de buena calidad. Pero también puede permitirnos abordar una cuestión destacada por Fran~oise Coblence respecto a las aporías de la función del sueño: «Me pregunto, dice, si el no relatar ningún sueño o, incluso, si que la función del sueño parezca defectuosa es debido al carácter traumático de las impresiones o de las experiencias vividas en la infancia». La referencia a las experiencias e impresiones plantea entonces la cuestión de los efectos de una realidad infantil precoz traumática y de su actualización.

En estos casos clínicos, la dificultad de simbolizar, de figurar y de representar estas experiencias o estas impresiones traumáticas hace del objeto transferencial el lugar de depósito de lo que no ha podido ser simbolizado y lo instauro como realidad a menudo amenazante e inquietante. El esquema funcional freudiano se invierte y la realidad se define entonces parcialmente como el resto de lo que escapa tangencialmente tanto a la red del trabajo del sueño como a la elaboración en sesión.

Una nueva paradoja surge en cuanto al funcionamiento psíquico: la falta de figuración y de simbolización exagera la vivencia inquietante del vínculo transferencial con un objeto vivido como realmente amenazante, obstaculizando a su vez la posibilidad de una «cubierta narcisista suficiente» en la sesión, fundamento de una transferencia de base positiva necesaria para la elaboración por medio del trabajo del lenguaje en la sesión durante el día y una elaboración a posteriori por medio del trabajo del sueño durante la noche.

A la similitud a la que remiten la investidura de lo fáctico en sesión durante el día y la ausencia de sueño por la noche, responde una desarticulación del funcionamiento de la noche y del funcionamiento del día. La desarticulación se apoya en la capacidad de la elaboración en sesión de los sueños de la noche, que juegan, a veces, el papel de simples «restos nocturnos», motores de la asociación libre, y la función elaborativa del sueño a partir de las asociaciones de la sesión, que juegan el papel de restos diurnos.

### De la pesadilla al sueño

Los primeros elementos de la vida onírica en la cura de Mathilde merecen que nos detengamos en ellos. ¿No son el equivalente de las pesadillas que aparecen en el niño psicótico o de las que emergen durante la terapia en los autores de comportamientos violentos de los que habla Claude Balier? La dimensión fáctica del discurso y la ausencia de sueño van en el sentido de una expulsión de la conflictividad psíquica. ¿No manifiestan las pesadillas el retorno del dolor, en la fuente de la exclusión de los contenidos psíquicos? Porque, es realmente de dolor y de terror de lo que habla Mathilde, frente a los contenidos de estas pesadillas cuyos relatos son, nos dice Fran~oise Coblence, tan breves como violentos.

Frente al dolor psíquico, el recurso a la escisión y a la proyección permite la expulsión del conflicto fuera del yo y, más radicalmente, fuera de la realidad

psíquica. El despliegue de las pesadillas, la emergencia de una transferencia lateral pasional y la inducción del reposo sin sueño en el analista pueden así ser entendidos como defensas puestas en acción contra el retorno de este dolor, efecto de un movimiento de reintroyección de un conflicto hasta entonces escindido, renegado y proyectado. El dolor acompaña, pues, al despliegue de una transferencia violenta, que no puede aún reconocerse como tal.

Si se le concede algo de crédito a los comentarios de Freud en el Compendio, según los cuales «los sueños de angustia son generalmente lo que han sufrido la deformación más débil», podemos acordar algún valor al contenido manifiesto de las pesadillas de Mathilde, donde se localiza la inquietante extrañeza del doble, que no consigue desmentir el poder de la desinversión y de la muerte. Esta problemática del doble está a la vez en acción por la noche - las pesadillas de accidente de su hijo, que remiten al pensamiento de hundirse con su hijo, parte de ella misma, nos dice Françoise Coblence-, e igualmente de día - la transferencia lateral cuando Mathilde dice a su analista que «sólo habla para ella»-. El dolor y la violencia reenvían realmente entonces a una problemática de separación originaria del objeto primario.

1 De la violencia de la pesadilla, de la brusquedad de los adormecimientos y de los despertares del analista donde se alojaba la violencia en la contratransferencia, emerge entonces en la cura lo que, quizá, venía a subtender el dolor y la violencia: la violencia extrema de la historia de Mathilde. Los adormecimientos, efectos de una identificación proyectiva de la paciente, nos dice Françoise Coblence, remitirían por consiguiente a movimientos de desinversión radical mutuos y precoces en la relación madre / hijo.

Estas pesadillas tienen igualmente una función elaborativa e integradora. El trabajo del sueño no puede llevarse a su término, pero supone una apertura significativa a una primera puesta en acción de la función onírica en la cura. El recuerdo de la pesadilla y su relato en la sesión son una primera intención en la transferencia a su analista, donde se trama la problemática de la dependencia: no hacer más su análisis ella sola y renunciar a la omnipotencia defensiva, a riesgo de hundirse.

## Del afecto

Cuando Mathilde puede acceder a sus afectos y evocarlos, la separación se vuelve organizadora de la cura, articulada, como destaca Françoise Coblence, con cuestiones sobre la identidad. A este movimiento lo acompaña la representación de un límite poroso entre un funcionamiento de noche del que surge la crudeza de las representaciones de muerte y de sexualidad, y un funcionamiento de día, en los momentos en los que emerge el afecto de separación: «Soñaba, dice, que era el entierro de mi madre. Me sentía muy desgraciada. Incluso cuando me he despertado, todavía creía que era verdad» Un día llega a la sesión «como sonámbula», al final de una situación de pánico porque no conseguía abrir su puerta. El despliegue de afectos en la cura revela ahora en el discurso de la paciente figuras de la desarticulación entre

reposo y vigilia.

Como destaca Fran~oise Coblence, lo que viene a apuntalar la emergencia de este trabajo de separación es la cuestión del tercero. Si en los sueños de angustia de Mathilde, lo que provoca el ahogamiento del niño y de su madre es el fracaso del tercero, el padre, Fran~ois Coblence se desprende de su influencia por medio del recurso a un tercero separador entre ella y Mathilde, para desviar el curso del análisis fuera del lecho de la tendencia simbiótica y hacer posible la elaboración del odio subyacente.

La función del tercero no se le ha escapado a los indios hopis: el poder de la Mujer-araña es, desde luego, el más fuerte, pues las estrellas son el cañamazo en el que ella teje su tela que atrapa los pensamientos y los mensajes del día, pero cuando llega la mañana, el Gran padre Sol destruye las energías negativas prisioneras de la tela con ayuda de sus rayos y el cazador está listo para reemprender su trabajo la noche siguiente.

# A propósito de la clínica de Françoise Coblence: Relatos de dos sueños conectados

EMMANUELLE CHERVET

A lo largo de este libro se han referido en varias ocasiones relatos de sueños conectados. Freud veía en ellos, en particular, una figuración por medio de un vínculo de causalidad o de temporalidad.

También puede abordarse esta sucesión como siguiendo un movimiento regrediente, el pasaje por las figuraciones del primer sueño, relativas a contenidos aún próximos del preconscious, que permiten secundariamente la puesta en contacto con contenidos más cercanos a lo traumático. O, aun, que los dos sueños fueran dos versiones del mismo contenido inconsciente, traducidos de acuerdo con dos «capas» históricas diferentes.

[D.Anzieu'](#) describió minuciosamente la articulación y la condensación de estas «capas» a propósito de un sueño de Freud; así, la articulación de diferentes niveles de regresión formal también es una traducción de la articulación de diferentes épocas históricas de la vida del paciente.

En la lógica del coloquio actual, donde se aborda el relato del sueño como un proceso particular de la sesión, incluyendo el mencionado sueño, las asociaciones aferentes del paciente y el recorrido del pensamiento del analista en el contexto asociativo del momento de la cura del que se trata, me parece posible extender su método a una consecución de sueños y a sus contextos de cura.

[M.Fain y C.David, en su informe sobre los «aspectos funcionales de la vida onírica»Z.](#) señalan otra articulación, que podemos considerar que precisa la primera. Se trata de la articulación en el seno del sueño que expresa la partición entre los precursores de los procesos primarios y secundarios. Para un mismo contenido inconsciente, el sueño ofrece una versión orientada a los restos diurnos, la invocación de la «realidad» de los padres, en la ligadura objetal, germen del proceso secundario que permite, por otra parte, el relato del sueño, su elaboración secundaria y otra versión, depositaria del movimiento regrediente, que intenta por medio de una simbolización dar salida a la tensión surgida del inconsciente, al propio deseo inconsciente inexpresable e independiente de la realidad exterior. En esto, la existencia del propio sueño es una realización conjunta de un deseo del yo, conseguir una formación de compromiso aceptable con el deseo inconsciente, y de un desahogo de la presión pulsional traumática del ello. La difracción de estos dos procesos en dos sueños correspondería, por tanto, a una dificultad, sobre todo al principio de la cura,

según Fain y David, de operar esta realización conjunta, dificultada, que es el objeto mismo de la cura.

En el relato de Françoise Coblence, este caso del reparto entre «dos» es muy evidente a partir de la primera brizna de vida onírica aportada por la paciente: «Dos mujeres se pelean», y a partir de la presentación por la analista de su propio modo de pensamiento de esta cura: división en dos «fases».

Yo propondría a continuación entender ese «dos» como estructural de esta cura, en el sentido de la petición de análisis de esta paciente cuya infancia conoció dos épocas separadas por un muro infranqueable: se queja de una amnesia organizada por un contenido preciso, su traslado, y de la ausencia de contacto con su primera historia, sentida actualmente como un vacío. Las dos mujeres del sueño inaugural, ¿serían también sus dos madres en ella, reflejadas en conato de una transferencia que, durante mucho [tiempo, no podrá organizarse debido a esta partición?](#) Françoise Coblence señala, en la primera parte de la cura, la inutilidad, la ausencia de repercusión de las intervenciones de transferencia. Se puede suponer que la amnesia traumática ligada al traslado se articula con la amnesia ligada a la neurosis infantil, así doblemente «perdida». Esto determinará el modo particular de organización de la neurosis de transferencia en dos tiempos.

De este modo se puede entender, en el primer período, la aparición de una transferencia lateral que contribuye a aislar de la pulsión el conato de la ligadura narcisista que se crea en el espacio de las sesiones, situando el deseo de realización edípica fuera de la sesión. Del mismo modo, en los primeros sueños, la proyección de los deseos asesinos de forma opaca sobre personajes actuales, en particular el hijo en una inversión de la lógica edípica, permite situar a éstos a distancia de las asociaciones que afectan al analista. En el mismo tiempo, los acontecimientos ligados al encuadre de las sesiones se viven como insignificantes, no investidos en tanto que representantes de algo de la vida interna. No se trata de una renegación, en el sentido de rechazo de un contenido que sería accesible al preconscious, cuando la paciente les niega un estatus interpretable. Estos modos de utilización de la realidad a menudo me han parecido ir parejos y proteger la instalación de una transferencia narcisista al principio de algunas curas: todo contenido ligado a la sexualidad infantil sólo puede ser objeto de una «presentación» aprovechando un aislamiento respecto a la persona del analista y una exteriorización respecto al encuadre de las sesiones.

No obstante, en las sesiones, \_se instala ese vínculo muy particular en el que la ausencia de evocaciones anímicas en el discurso de la paciente viene acompañado de una llamada muy poderosa a la regresión en la analista, que sobrepasa la regresión formal hasta el adormecimiento, establecimiento de contacto brutal con los contenidos amnésicos, que siguen siéndolo, pero establecimiento de contacto, puesto que la analista se despierta descansada. ¿Realizarían las actitudes de dominio de la paciente una hipnosis que la analista asigna a esta intensa identificación histérica? Me parece, en efecto, que se puede hablar de una identificación histérica cuyo contenido común, inconsciente, a la analista y a la paciente sería el deseo de dormir.

También me parece, efectivamente, que el corolario de la dimensión narcisista de la transferencia, tal como la describo aquí, reside en actitudes de dominio hacia la analista, en la necesidad de controlar y mantener a distancia en su funcionamiento mental lo que podría recordar de forma traumática elementos de la neurosis infantil; éste está, pues, «bajo influencia»... modo de comprensión un poco diferente a aquel por transferencia invertida. Se podría decir que el rechazo activo de la paciente a transferir sobre la persona de la analista obliga a ésta a hacerlo en cierta manera sobre la paciente: «Ella suscita mi admiración» El adormecimiento de la analista podría haber sido el compromiso posible entre esta influencia inmovilizadora y su deseo de mantenerse en contacto con lo vivo de su vida psíquica, prestándose a las vías que sugiere (en el sentido fuerte) la paciente: recuerdos de adormecimientos inopinados, deseo de una madre que acuna..., que, más tarde, podrá restituirla al modo interpretativo después de haberlas elaborado por su propia cuenta.

1 La analista, pues, se ayuda de la transferencia sobre un tercero para reinvestir su funcionamiento secundario, interesándose por los elementos entonces disponibles de la historia de la paciente, y se formula los aspectos conflictivos de ésta en su virulencia, le atribuye una dramatización que da cuenta de su dimensión traumática y toma conciencia de la defensa de carácter que ella llama «valentía obstinada», lo que la aparta de la influencia ejercida por la paciente.

En cuanto a esta defensa de carácter, podemos señalar, sin embargo, que comporta una dimensión conflictiva que permitirá su superación: el relato de la paciente de su segundo traslado, activo (se enfada con sus padres), y de su relación actual con su madre permite imaginar un sentido a esa ira contra los padres devaluados de la segunda infancia, teniendo en cuenta secretamente los de la primera infancia, conato de vínculo entre las dos épocas. Quizá su lucha, con un cierto éxito en la realidad, lo sea en nombre de ese tesoro primero. Podemos considerar la evaluación de Freud, en «Análisis terminable e interminable», de la etiología traumática como el mejor pronóstico, que hace pensar en una conflictividad basada en una neurosis infantil que tuvo lugar.

Siempre al abrigo de una transferencia narcisista, la paciente se acerca prudentemente a su «madrina» a través de la formulación intermedia de una novela familiar que pone en escena a los «marranos» de la historia común, cultural. La expresión de sus «ganancias de dormir», que pone fin a los adormecimientos de la analista, se vincula a un conjunto de recuerdos que marcan el principio de desidentificación con respecto a la «valentía obstinada»; ¿serán estos recuerdos, «desde que era pequeña», los primeros que conciernen a la vez a su primera infancia y a su infancia en Francia, los que instalan una continuidad en su historia?

1 Aparecerán entonces dos sueños, separados temporalmente por un tiempo de resistencia o de latencia elaborativa, que pondrán en escena directamente una transferencia materna edípica: el sueño de la perla y el sueño de la muerte de la madre. El primero, primer sueño de la cura, emplea por primera vez a la persona del analista.

Este sueño de la perla, sobrevenido cuando la paciente reinstala su función onírica, me ha parecido marcado en sus figuraciones por los recuerdos de la segunda infancia, sólo entonces accesibles, y organizados todavía por medio de la formación de carácter «valentía obstinada». La perla, figuración de la idealidad, en femenino, sin embargo, tiene un valor totémico y se asocia, a través de un préstamo perceptivo, al libro, al deseo que animó su análisis, la «finalidad» del análisis, pero bajo el modo prematuramente secundarizado de «convertirse en analista», que deja en latencia el deseo de encontrar los recuerdos de la primera infancia, el verdadero tesoro escondido. Sin embargo, a través de este escenario se escucha, dirigida directamente a partir de ahora, una reivindicación que evoca la neurosis infantil, y permitirá a la analista responder por medio de una interpretación de transferencia.

Ésta intenta en principio una intervención destinada a permitir a la paciente hablar más de ello, que confirma la interrupción en la imagen de la perla, la imposibilidad entonces de continuar con un movimiento regrediente, a pesar de la aparición inopinada del «rojo».

Su interpretación, en resonancia con el ambiente evocado, retoma entonces la dimensión de conquista de los objetos culturales asignada a la limitación de la regresión que fija el objeto precioso, quizá sea ésta también una de las razones de su cuestionamiento retrospectivo. Pero la manera como acoge la paciente esta intervención persecutoria, otro elemento constitutivo de este sueño, refleja bien que en esa época está reñida con la madre, que se concreta entonces como intrusiva y sin valor, inmediatamente tratada de vagabunda. En el recuerdo de la carreta, que aporta más tarde, se tratará efectivamente de haberla superado, a todo precio, y, con ello, de haber desacreditado un femenino despreciado e impotente, lo que la formación de carácter realiza cotidianamente. Sin embargo, es posible imaginar que esta confrontación con la madre de la segunda infancia representa uno de los aspectos de la neurosis infantil más antigua, y que la paciente aísla así imágenes idealizadas de su madrina, a la que intenta reencontrar.

A este relato del sueño y de este enfrentamiento, le sigue un largo período de silencio onírico y de exacerbación de la defensa activa de carácter, con sus éxitos en la realidad, después el drama ligado al adormecimiento de su marido. Sin embargo, a lo largo de las sesiones factuales, se opera, sin duda, una latencia en la que imagino que el aspecto elaborativo reside en el tejido de un vínculo transferencial que poco a poco deja de confirmar el imago materno de la segunda infancia, y lo acerca implícitamente a los recuerdos de una madre más ensoñadora, más flexible... más femenina. Manuela Utrilla Robles había avanzado también lo que ella había interpretado como un acercamiento a la lengua materna.

En el decurso de esta lenta evolución, F.Coblence señala la presentación del relato de un episodio de inquietante extrañeza, salida brutal de una «situación» de escena primitiva que no puede representarse y se proyecta en la realidad cotidiana en un modo alucinatorio, manifestando la destrucción del enganche al registro secundario y la infiltración de la transferencia por elementos pulsionales.

1 Harán falta dos años para que se instalen intermediarios, que se construyan accesos a la regresión que no sean ahogamientos. Del mismo modo que ha hecho falta mucho tiempo para que ella tomara consciencia de su deseo de dormir, hará falta tiempo para que esté en condiciones de aceptar reconocer su deseo de que su madre la autorice a momentos regresivos, a una pasividad. La interpretación de la defensa de carácter que hace Françoise Coblence se hará por medio de la toma en consideración de la cuestión de la posesión de un espacio interior, «conservado para ella», por la que el analista se desplaza del imago de madre intrusiva y permite poner en latencia la cuestión de la represalia materna a su deseo de reapropiación de lo que está detrás de la puerta del baño. Ella tendrá la posibilidad de abordar su «secreto» a su ritmo.

Este acercamiento de afectos tiernos hacia la madre permitirá, un tiempo después, la expresión de los deseos de muerte de manera distinta que en el sadomasoquismo cotidiano defensivo vivido con la madre real. La paciente puede, entonces, al mismo tiempo expresar su felicidad del regalo de su analista y aportarle un sueño de muerte de persona amada, sueño típico en el que se vuelve a representar el Edipo, en su pureza, y cargado de afecto. Entonces ella alcanza, creo, la más feliz neurosis infantil, vivida antes de los cinco años, y su asociación después del sueño evoca su reencuentro de un objeto de sus tres años. También comenta la felicidad «casi perfecta» originada por ese sueño, verdadera formación de compromiso conseguido que permite una tristeza situada, injertada entre el deseo y el goce que apenas esconde. Quizá también, recuerdo de lo que sintió con el anuncio de la desaparición de su hermana, desaparición que, afortunadamente, no fue confirmada por la realidad.

Esta felicidad, la de la realización del disfraz del voto edípico que lo hace accesible, es también aquella cuya búsqueda animaba la demanda de análisis: la perla azul está en su posesión, bajo la forma de esa pesadumbre triunfante

El tema de la separación puede entonces evocarse en el plano manifiesto, en esta base preconsciente en la que el duelo se ha instalado como un reverso del asesino, proceso mismo de la instalación de la tópica postedípica.

Aquí se podrían mencionar las formulaciones de Jean Guillaumin referentes a la relación estructural de la procesualidad del sueño y de la organización edípica de la psique, conjugando los deberes del asesino hacia el muerto y la escenificación edípica.

Inmediatamente después, la paciente aporta sueños que abordan su sexualidad infantil, turbadores, y aquí de nuevo en secuencias de dos. El primero escenifica la satisfacción de una niña pequeña instalada en su identidad sexual, gozando de su bisexualidad; puede, a la vez, bajar una pendiente y seducir a un chico, en un feliz compromiso que evoca la preadolescencia... El segundo sueño da acceso a otro nivel, incestuoso, que es incapaz de representar por completo en la escena del sueño puesto que éste se prolonga de la puesta en acto del orjasma.

1 Las asociaciones de la paciente precisan dos aspectos, la virulencia de su deseo por

los chicos y la incapacidad de su padre que deja vía libre a los aspectos destructores de este deseo. Desde el principio del análisis, las pesadillas transferirían esta problemática sobre su hijo. En este sueño, la fantasmática sexual puede empezar a representarse, a costa de una excitación que fractura la máscara de lo alucinatorio, dejando a la paciente con el orgasmo y ya no con la angustia sino con el sentimiento de vergüenza, después de curiosidad, «pensaré en ello».

La analista, apoyándose en la nueva transferencia materna, puede ayudarla en este trámite de no ceder a la tentación del «yo sola», y nos aporta un último sueño de agua. No se trata ya de la lluvia, ese flujo que mana sin provenir de ningún orificio, como un movimiento de pensamiento regresivo que no podría figurarse por las zonas erógenas, sino una escena organizada en la que se representan las riberas, la escalera, el objeto materno reencontrado, y donde podrá expresarse un miedo contenido.

# Soñar el blanco, borrar, soñar el sueño

MARINA PAPAGEORGIU

Alba me cuenta siempre su sueño por la mañana Alba  
duerme para ella, Alba sueña para mí.

Lessing. Du rêve «A qui raconte-t-on ses rêves», *Psychanalyse* 2, pág. 32

S.FERENCZI

Al citar este epigrama, S.Ferenczi recuerda que el sueño se cuenta a su destinatario, designado en el propio contenido latente del sueño. En su autoanálisis, Freud descubre la esencia transferencial del sueño debido a que dirige sus relatos oníricos a un destinatario en tanto que tercero entre él mismo y la escena del sueño. Durante la cura analítica, la clave de los sueños se encuentra en la interpenetración de dos relatos en movimiento, uno de los cuales lo cuenta el analizante y el otro lo produce el analista que se abandona al sueño, lector y escriba del texto del soñante, modificando su escritura por el enunciado de su interpretación.

«Desde mi infancia, no siento el dolor», me dice Saathya, instalada frente a mí, antes de describir una serie de dolores o de sensaciones desagradables que no puede localizar y mucho menos nombrar, y que son el centro de su historia infantil. El recurso a sus padres y a los médicos que escrutan su cuerpo no hacen más que aumentar su desasosiego y su confusión. Deseosa de alejarse de su familia, que vive en el extranjero, pide un análisis para comprender la dificultad de «habitar» su cuerpo y la de identificar sus sentimientos y sus pensamientos. No sabe si éstos emanan del interior y le pertenecen en exclusiva o si proceden del exterior y debe «llevarlos como una segunda piel, incómoda pero que le da consistencia». No consigue tampoco hacer elecciones, tanto si se trata de un traje, de una profesión o de una relación amorosa. En cambio, le gustaría parecerse a los casos clínicos escstios por la psicoanalista que me la ha enviado, una «verdadera hada» que transforma a sus pacientes en seres felices. Ésta será identificada posteriormente en la transferencia como una madre espiritual para mí y una abuela para Saathya, que unas veces inicia a sus hijas en los secretos de la varita mágica y otras se niega a transmitirles sus dones.

Dos imágenes contrastan en mis primeras ensoñaciones contratransferenciales frente a esta joven agradable e inteligente, de una belleza mestiza embriagadora que se esfuerza por arrinconar, y que ensombrece su feminidad con ropas masculinas depuradas y sobrias, siempre oscuras, con un toque de blanco. En este corsé, y a pesar de su piel muy mate, Saathya me evoca, en principio, a Blancanieves: piel blanca, cabello de ébano y boca brillante. Después, me hace pensar en el Hombre invisible, personaje inaprensible y sin corporeidad propia, que se cubre con vendajes blancos

para adquirir una consistencia y una delimitación espacial.

Estas dos asociaciones, que remiten la primera a las identificaciones edípicas y preedípicas maternas y la segunda a la figura del tercero ausente, serán reencontradas tanto en el funcionamiento psíquico como en la trama de los sueños de Saanthya, durante su análisis de tres y, después, de cuatro sesiones por semana.

Durante la última entrevista preliminar, aporta dos sueños.

En el primero, Saanthya se ve en un apartamento parisino, antiguo pero agradable, en el que se siente bien y puede instalarse. Es «de un blanco hermoso», dice, «el parquet es de madera cálida original». Se parece, en efecto, al apartamento que una de sus amigas le prestó hasta que encontrara un alojamiento. De pronto, un líquido cáustico, un ácido blanco o transparente atraviesa el suelo y gotea hasta el vecino de abajo. Ella piensa que habrá causado daños en la casa del vecino, y el sueño se detiene aquí.

Cuando cuenta su sueño, mira furtivamente las paredes de mi despacho, y más particularmente el suelo alrededor de su butaca, como para verificar que en este sitio concreto no hay daños.

Después encadena el segundo sueño, que califica de «desagradable y angustioso»: está en un paisaje de arena fina y clara. El suelo se mueve, hay un ligero viento o, más bien, arenas movedizas. Ve emerger osamentas blancas de animales prehistóricos, de mamuts, de dinosaurios o de cocodrilos, animales del desierto. Esto le evoca Egipto y los recuerdos del colegio, después la india, la jungla y los orígenes de su padre. No sabe gran cosa de la cultura india, de hecho, no sabe si debe decir hindú o indio, para hablar de su padre, que tiene la piel tostada pero que se fue de la India cuando era pequeño, cuando el abuelo paterno decidió llevarse a toda la familia a Europa. Saathya dice que está impresionada por este sueño y angustiada por la sensación de «perder pie, de perder su sujeción, de desgajarse del suelo».

Después, mirando el diván que está enfrente de ella y a mi lado, me pregunta: «¿Qué es este sueño?»

Ío le digo que en el sueño ella reencuentra la pérdida del suelo de los orígenes paternos, mientras por sí misma se dispone a dejar la posición sentada enfrente de mí para tumbarse.

.Admite que teme ya no ver muy a menudo encontrarse a solas con sus pensamientos, «cortada» de mi contacto. Teme, en efecto, que, una vez tumbada, yo ya no quiera hablarla y ella tiene ganas de plantearme un montón de cuestiones. Después establece una asociación con el personaje del abuelo, pivote de la historia familiar, y que cuando estaba vivo encarnaba la cohesión y la solidez de los lazos familiares. Con origen en una familia acomodada y cultivada, de la casta de los Brahmanes, prefirió emigrar y «rehacer el mundo» en Europa antes que seguir una carrera política en la India, como preconizaban sus padres. Ingeniero de formación, fundó una gran y

próspera empresa industrial. Erudito y piadoso, hombre de razón y temperado, estaba investido con importantes funciones en el seno de la comunidad hindú, que le rindió un homenaje muy solemne cuando falleció. En esa época, Saathya tenía 18 años, y su padre le reprochó violentamente que no hubiera podido acudir rápidamente al lugar de los funerales, porque ella estaba en el extranjero con su enamorado. Las hirientes palabras del padre resuenan en la historia familiar tejida entorno a un matrimonio transgresor de los padres de Saathya. Primogénito de diez hermanos, su padre se casó con una mujer de origen siciliano, católica y de una familia muy modesta, contrariamente a sus hermanos que se ciñeron a las estrictas reglas tradicionales relativas a las elecciones matrimoniales. Esta transgresión paterna la relata en un recuerdo encubridor que opone el padre de Saathya a su propia madre. Cuando le anunció su intención de casarse con una mujer que no era de la casta, y ya embarazada de Saathya, la abuela paterna le reprochó que destrozara mil años de tradición familiar. Loco de cólera, el padre cogió una estatuita de Ganesh hecha de piedras preciosas y la destrozó en mil pedazos.

Si de estos dos sueños inaugurales del viaje analítico, sueños originales, sueños de los orígenes, el primero no da lugar a un trabajo asociativo propiamente dicho, sin embargo, constituye, creo, un contenedor indispensable para la emergencia del segundo sueño, que podría ser considerado como el contenido latente del primero. Al traducir una angustia de fractura narcisista, el primer sueño representa el espacio analítico en tanto que análogo del espacio del cuerpo - espacio del sueño-. La ruptura de la pared de arriba abajo atraviesa las categorías e introduce de golpe un tercero «invisible», atacado. Suscitando su hostilidad, su irrupción en la escena analítica parece concomitante con la pérdida del anclaje senso-perceptivo sobre la persona del analista, la pérdida de la mirada. Saathya tiene que representarse la estanqueidad de sus propios límites ante el peligro de ver emerger afectos «cáusticos», ligados también a su deseo de penetrar secretos y que amenazaría con destrozarse la relación analítica y con disolver el encuadre, como un vitriolo. El sueño me parece que augura una transferencia negativa compuesta de las necesidades de apoyatura narcisista y de las mociones destructoras respecto a un objeto percibido como poco fiable y poco continente.

1 El relato del segundo sueño da lugar a la narración de una historia familiar y escenifica una relación espacio-temporal de la relación analítica. Puede indicar tanto la calidad del funcionamiento asociativo como la capacidad de organizar en relato las proyecciones, a raíz de una experiencia de pérdida o de ruptura con sus propias fuentes pulsionales.

1 Al contrario' del primer sueño, el movimiento se hace aquí de abajo arriba, en una dimensión histórica regrediente de descubrimiento de los restos, o de transformación de las huellas en «penosos pensamientos latentes», como dice Freud. Restos diurnos o restos sepultados, secretos del pasado, a veces residuos totémicos exhumados, a veces residuos identificativos de la organización infantil que emergen a favor de la regresión en la dinámica transferencial. Haciendo uso de su curiosidad en una pulsionalidad sádica oral, Saathya busca un sitio en el linaje paterno. En una

transferencia paterna, ella expresa el deseo de ser un hijo primogénito que, dando prueba de abnegación y de piedad filial, llegará a obtener un doble perdón: por una parte, para reparar lo que siente como desfallecimiento del superyó paterno, por otra parte, para redimirse de su propia culpabilidad edípica y la angustia de castración.

Pero el sueño de las osamentas parece sobre todo enfrentar a Saathya a una problemática de duelo y, por ello, plantea la cuestión del tratamiento psíquico de los afectos y de las emociones. Ese duelo blanco, de la blancura del sudario, de textura fría (como una pared) e inorgánica (tal las osamentas), podría indicar un duelo antiguo y/o no habitado psíquicamente, más explícitamente ligado al padre y al universo paterno, pues el blanco, en la cultura india, está asociado a la pureza y al duelo, pero concerniendo también al psiquismo materno. La representabilidad de esta pérdida conjuntamente con los fantasmas ligados a los orígenes (los vestigios prehistóricos) examinan la relación con la memoria (y con lo reprimido) pero también con la destructividad.

El tema del blanco es el elemento común que «liga» los dos sueños, una vez como continente, otra como contenido, contrainvistiendo el negro que se asocia al color de la piel del padre, a su «alma oriental», como dice Saathya, pero también al atuendo de luto de las mujeres de Sicilia, figuras de la filiación materna.

El líquido blanco o transparente, orina, esperma o leche, podría indicar la doble función de excitación y de secreción de las zonas erógenas, así como un elemento de unión o de mezcla de una pareja, una pareja de padres o una pareja madre-hijo. El enfrentamiento a la excitación de la escena primitiva (el blanco que rompe la madera cálida, oscura como el padre) comprende también la transformación del hermoso blanco, tranquilizador, continente, incluso inerte, en blanco ácido, como la metamorfosis fantasmática de una madre virginal, nutriente en madre seductora, corrosiva.

A raíz de una sesión a la que falta por estar de viaje con su enamorado, ella expresa su temor de no encontrarme ya cuando vuelva. Reacciona a mi interpretación que se refiere a su culpabilidad de verme desaparecer mientras que es ella la que se ausenta, diciendo: «No siento nada ante sus palabras aunque entiendo su sentido. Hay un blanco en mi cabeza.»

Este blanco vuelve varias veces a lo largo de la cura, tras intervenciones por mi parte o para detener el despliegue asociativo, de manera inesperada. Las imágenes y los pensamientos se borran de su cabeza cuando se siente dolorosa y tensa o, al contrario, vacilante, flexible, desprovista de estructura, sin «armazón», especialmente cuando se acercan las vacaciones, comparándose a veces con una planta que necesita del tutor para mantenerse derecha. Cierra el movimiento abierto por el blanco con una pregunta: «¿Qué tengo? ¿Qué piensa usted?»

Esa necesidad de concreción, como si Saathya buscara materializar los contenidos psíquicos que le provocan irritación, como si algo viniera a interrumpir nuestra

ensoñación, será posteriormente comprendido como estando en relación con el funcionamiento de sus padres. Su madre, coqueta y depresiva, no soportaba estar en contacto con el cuerpo y la pulsionalidad de su hija. Cuando Saathya quería comunicarle su agitación ligada a los juegos y a las actividades deportivas, la madre le ordenaba que dejara de moverse o descalificaba sus impulsos diciéndole: «Eso no existe, está en tu cabeza» o «Pero, tú estás loca, hija.» Al contrario que la madre, el padre es descrito como hedonista, de buen comer, seductor, que valora las satisfacciones concretas e inmediatas, pero reniega de los afectos dolorosos. Para él, tristeza y pena no existen, «están en la cabeza». Si la madre impide los movimientos del cuerpo y pone trabas al autoerotismo, el padre impaciente, excitante y un poco tercerizante, empuja a Saathya a andar, a hablar y a crecer deprisa, sin entretenerse con ensoñaciones sentimentales que harían de ella «una chica de aire».

Así, los padres se reúnen en su necesidad de contradecirse de sus afectos de manera opuesta y complementaria. Placer y displacer, deseo y dolor deben ser abolidos del psiquismo, después de un esfuerzo cuyo objetivo sea borrar de la cabeza la representación de su vínculo. Descalificado o desinvertido por sus padres, para Saathya el pensamiento permanece, por el contrario, muy investido. En su amor por los libros y la escritura, que la acercan al universo del abuelo paterno, ella busca algo más que respuestas a los enigmas de la vida. Busca escapar de una pareja parental «mixta, vivida a la vez como incompatible y pasional y frente a la cual ella no consigue sentirse unificada». Mitad india, mitad europea, mitad negra, mitad blanca, mitad chico, mitad chica, siempre se siente cortada en dos partes que se excluyen mutuamente.

La evocación repetitiva de dos recuerdos de infancia nos permitirá comprender el blanco en su valor negativizante de los fantasmas ligados a la sexualidad y a la escena primitiva. En el primero, Saathya describe la ausencia de despreocupación y ligereza que le impedía jugar con sus hermanos y hermanas. El juego pronto se transformaba en disputa y en aburrimiento. El segundo recuerdo reaviva los sentimientos de cólera y de vergüenza que ella se esforzaba en «borrar de su rostro y arrancar de su vientre» cada vez que esperaba a su padre en el exterior del Templo, lugar de asamblea de los hombres. Contrariamente a sus otras hermanas, que manifestaban disgusto y hostilidad frente a su padre, Saathya se imponía el silencio aunque sufriera por sentirse excluida de un lugar de «calor, reunión y protección».

Aporta un sueño en el que ve en el escaparate de una librería dos grupos de polluelos, uno con el plumón negro, el otro con el plumón blanco, en un espacio vacío, opaco, desnudo de libros.

Sin comentar el contenido del sueño, menciona durante toda la sesión una hipótesis médica según la cual sus síntomas dolorosos serían debidos a una enfermedad benigna de carácter genético, transmitida por el padre.

«Entonces sería india por la enfermedad y griega por el medicamento que la cura», me dice Saathya asociando la etimología griega del nombre del medicamento

con aspectos de feminidad, después con el «insoportable» perfume de su madre, Opium, «remedio antidolor, filtro o veneno somnífero y alucinógeno». A pesar de la tonalidad negativa de la transferencia materna, Saathya dice que está contenta de considerarse vinculada a las dos identidades, aunque se había quedado pasmada con la reacción violenta de sus padres, cada uno de los cuales se negaba a reconocer el carácter genético de «su enfermedad», y, por tanto, su pertenencia a los orígenes del padre.

Le digo que lo que le es insoportable es el hecho de que sus dos padres se unan en una renegación común de los orígenesella y, especialmente, su filiación paterna, como en su sueño, prefiere no pensar que los padres se mezclan para hacer hijos.

Reacciona inmediatamente diciendo: «Lo odio. Cuando se acercan, me dan ganas de destruirlos con una varita de láser, como en las películas de ciencia-ficción. En un segundo, se desintegran, se evaporan, sólo queda de ellos una nube de polvo blanco.»

El movimiento de la sesión nos permitirá comprender que esa necesidad de Saathya de borrar toda huella de la unión parental está en relación con su fantasma de que toda sustancia femenina que emane de la madre sea pensada como tóxica y nociva para el padre, fuente de deshonra. Esto iniciará la elaboración de su dificultad de pensar el «mestizaje» sexual y hereditario.

Dos años más tarde, y en un contexto en el que ella se pregunta si yo aceptaría que disminuyera sus sesiones para desarrollar sus ambiciones profesionales, Saathya trae dos sueños: en el primero, una ola rompiente amenaza con englutirla. Reconoce un sueño repetitivo de su adolescencia, pero esta vez un vidrio transparente se interpone entre ella y la lámina de fondo. Es una pared invisible que inmoviliza la ola y crea un límite que la protege.

En el segundo sueño, su padre tiene que ir a un lugar para encontrar a su verdadera madre, que no conoce: «Es una mujer dulce que se parece a usted», me dice. «Morena como usted y mi padre, pero blanca de piel como usted y mi madre. No es como las mujeres de La India, más bien diríamos una hindú griega.»

Después retoma el relato del sueño: «cuando encuentra a su madre, mi padre llora a lágrima viva, lágrimas de felicidad: es una revelación. Después, me veo leyendo un libro, quizá la Biblia escrita en un alfabeto desconocido, sánscrito o griego. En el momento en que mi padre se pone a llorar, veo cómo las letras se desvanecen..., se evaporan. A medida que desaparecen, el libro se vuelve blanco. Me digo que tengo que comérmelo para conservar su interior, para que eso no se pierda.»

Se despierta con ganas de comer carne roja, que desde hacía años ya no le apetecía. Quiere reencontrar el placer de morder y de masticar, del que se ha privado durante mucho tiempo, como un bebé que no tiene dientes.

Saathya, en principio, hace asociaciones con los problemas de dientes que sufre su novio. A pesar de su cultura y de sus orígenes nobles, este hombre no tiene el favor

de sus padres, que le tratan de viejo y sin dientes, dicho de otro modo, sin ambiciones. A veces, a ella misma le da asco su boca de «vieja bruja desdentada». Pero se siente enternecida cuando lo compara con un lactante sin dientes. Esta imagen le evoca de nuevo los recuerdos de un grave accidente de coche, que sucedió cuando ella tenía ocho años y del que habíamos hablado mucho. Herida en la mandíbula, durante mucho tiempo llevó grapas y no podía alimentarse más que con líquidos, que le daba su padre. Responsable de este accidente, fue el único que salió indemne, mientras que la madre y las dos hermanas de Saathya también quedaron heridas.

Menciona de nuevo su temor a quedar desfigurada después del accidente. Mientras sentía la sangre brotar de la boca, atravesó un momento de ceguera, paralizada por la sensación de que su rostro ya no tenía piel, que era un agujero. Recuperó la vista cuando una mujer la tocó y le dijo que su rostro no estaba destrozado. A su tacto, Saathya se sintió «recompuesta». Después se acuerda del rostro de su padre dándole de comer, que le parecía irreconocible, marcado por el dolor y las lágrimas. Evocándolo, se siente llena de piedad por este padre débil y frágil a sus ojos, como una mujer desmoronada. Compara ese «dejarse llevar» con el vacío interno de su madre, que ella se sentía obligada a contener. Tenía que velar por ella y compartir su aburrimiento, renunciando a los placeres por temor a quebrarla. La comparación cede su plaza a la cólera y Saathya tiene ganas de patear en el diván, para encauzar el desbordamiento del desamparo materno, «inmovilizar la ola marina» transferencial.

Después vuelve sobre el contenido manifiesto del sueño y evoca una conversación desagradable que había tenido la víspera con su padre: él la había hecho prometer que escribiría un libro sobre las parejas mixtas a partir de testimonios. Esto permitiría a su padre salir de la culpabilidad y reconciliarse con su historia a través de la historia de los otros. Saathya le dijo que era él quien tenía que realizar ese proyecto en lugar de ella, y que ella tenía ganas de avanzar en la vida, casarse y tener hijos. Su padre le reprochó su falta de respeto hacia él y el hecho de disgustarle. Convencida interiormente de las palabras que le había dirigido, Saathya, sin embargo, sintió de nuevo la angustia del blanco, que ella relaciona esta vez con la imposibilidad de compartir afectos con él.

Le digo: «En su sueño, usted no conoce el alfabeto, como su padre no conoce a su verdadera madre, su verdadera lengua. Las letras se evaporan en el momento en que éste, al sentirse reconocido por su madre, reconoce sus propias emociones.

«Mi padre perdió sus recuerdos a los ocho años», me dice ella, comparándolo con su propia edad en el momento del accidente. «Todo parece borrado, excepto el nombre de su pueblo natal situado a las puertas del desierto, abierto al vacío. El no nos ha transmitido nada más. Espera que yo le restituya su pasado, como se cuenta un cuento a los niños. Si imagino ligarme a un hombre, cambiar de nombre o tener hijos, todo se desestabiliza, como si corriera el peligro de provocar la muerte de mi padre.»

Intervengo de nuevo: «Si usted se despega de su padre para llevar su propia vida,

usted teme seccionarlo de nuevo de su tierra natal, como la madre de él le reprochó seccionarse de ella al casarse con su madre. Del mismo modo, usted teme destrozarme, como si fuera su madre, si se deja arrastrar por sus deseos y sus ambiciones, cuando en realidad usted quiere saborear sus sesiones y crecer para compartir conmigo los mismos conocimientos y los mismos placeres.»

Saathya dice que mis palabras la han conmovido. Me participa un pensamiento que ha tenido hace algunos días, cuando venía a la sesión, y que la llena de gozo: a medio camino entre su barrio y el mío, pues los dos barrios se sitúan en orillas opuestas, ha localizado tres cosas reunidas en la misma calle. Una librería cuyo escaparate está consagrado por completo a Freud y el psicoanálisis, una tienda especializada en cultura india y un carnicero «casher», reputado por la calidad de su carne roja. Me dice que se ha sentido tranquilizada y unificada con esta imagen que contiene sus orígenes paternos, mis «raíces» psicoanalíticas y mi afiliación, que me une al padre del psicoanálisis, así como lo que podemos tener en común, el placer de leer y de pensar, el gusto por la vida.

Como escribe J.-B. Pontalis, Freud realizó su deseo de penetrar el cuerpo de la madre cometiendo el incesto con el cuerpo de sus sueños, de los que escribió el Libro, convirtiéndose así en conquistador de la Terra Incónita.

Contrariamente a los dos sueños inaugurales de la cura, en los que ella era espectadora de los paisajes que rozaban la inquietante extrañeza, en sus últimos sueños (el primero de los cuales sirve igualmente de continente del segundo), Saathya habita sus relatos y elabora identificaciones vivas y más complejas, ligadas a la bisexualidad psíquica y a la escena primitiva. Menos fascinada y menos petrificada por la pareja parental, vuelve su mirada de las osamentas sepultadas en las entrañas de la tierra-madre para descifrar pero también poseer las Escrituras en un alfabeto desconocido, huellas deseables y temidas inscritas por el padre en el cuerpo materno. El borrado de las letras, cuando se encuentra la pareja madre-hijo, podría condensar el deseo de conocer los secretos de la sexualidad parental, generadora de culpabilidad, al mismo tiempo que lo que está prohibido ver y conocer.

1 A semejanza de las Tablas de la Ley rotas por Moisés, el borrado de las letras de la Biblia en el sueño rescribe la escena en la que el padre lleno de cólera rompe la estatuilla preciosa para conjurar una palabra materna que resuena como una maldición. El blanco sirve entonces de pantalla paraexcitante contra el rojo del deseo incestuoso y el peligro de estallido, indicando al mismo tiempo el deseo de Saathya de transformar la piedad paterna en piedad filial, de acuerdo con la bella descripción de Freud, en Moisés y el mono teísmo, y rehabilitar a su padre en una función superyoica de la que es mensajera la madre.

Más tarde, en la cura, evocará un fantasma ligado al accidente del que se siente culpable, pues ella quiso abrazar a su padre que conducía y estaba discutiendo con su madre. Se extraña de sentirse culpable cuando habría sido el propio padre quien le habría pedido que lo abrazara para tranquilizar su cólera. Con motivo de un escáner

de la cabeza que le hicieron, que ella asocia a un largo período de sonambulismo después del accidente, imaginó que ese aparato podía leer y mostrar sus pensamientos íntimos relacionados con los chicos, a semejanza de la «máquina de pensar» que le gustaría inventar a su padre para detectar los proyectos industriales de sus competidores. Para conjurar su miedo, Saathya tenía que inventar a su vez un «contra procedimiento de borrado de los signos, un filtro para neutralizar los pensamientos y dejar la pantalla en blanco», neutralizando así los perjuicios sobre un superyó paterno demasiado acomodaticio, pero que también hace neutro el efecto de una elección afectiva entre su padre y su madre. Este procedimiento, que pretende neutralizar los afectos y evitar mostrar sus elecciones, está constantemente activo en el funcionamiento mental de Saathya pese a un funcionamiento asociativo de buena calidad, incluso en el material onírico.

«¿Qué es este sueño? ¿Qué es este niño?»

Si Saathya intenta identificar e indentificarse en las «huellas místicas de la arqueología del padre» (J.Guillaumin), las osamentas prehistóricas representan también sus ganas de reanimar los objetos psíquicos de la madre, unas veces inertes e inaccesibles, otras venenosos y mortíferos. Más tarde me confesará que su madre también vivió un duelo y un desarraigo a la edad de ocho años. Frente a unos padres atraídos por la pasión y el odio de dos núcleos de desamparo infantil que deja poco sitio a la representación del objeto ausente, Saanthya se siente a la vez excluida y obligada a ser su guardián, el «guardián del Templo», dice, si no, ella los imagina devorándose, como dos roedores. Guardianas de los límites, tiene que luchar unas veces contra un dolor de desgaje interno y que ella designa como el «duelo de sus padres», y otras veces contra una angustia de efracción que la invade cuando siente un deseo sexual.

El blanco, que a la vez une y separa los dos primeros sueños y que se convierte en barrera de protección-barrera de contacto en el último, es también lo que une a la pareja parental, la cosa entre (trans-parente). Unas veces contrainvestiendo el rojo, otras al servicio de la desinversión, en el funcionamiento psíquico de Saathya, ese blanco tiene como objetivo negativizar los pensamientos proyectados en la pantalla del lecho parental, como la sábana inmaculada de la noche de bodas que ella imagina «ni encima ni debajo, sino entre los cuerpos entrelazados», como un himen que se regenera tras la herida para restablecer una clausura psíquica.

Pertenciente tanto al universo materno como al paterno, el blanco podría condensar la figurabilidad de la escena primitiva y los fantasmas de los orígenes, indicando, al mismo tiempo, el mecanismo que permite neutralizarlos, borrar el contenido y los afectos que se relacionan con ellos.

Saathya comentará posteriormente ese mecanismo por el que «ella prefiere no» (I would prefer not to), traduciendo ella misma las palabras de Bartelby en la novela de H.Melville. Estas palabras le parece que ilustran su deseo «de ser perfectamente lisa y zen, despojada de todo pensamiento y afecto. No tener necesidad ni deseo podría así

hacerla totalmente independiente, como es el caso de su padre, pero, al mismo tiempo, se da cuenta de que se trata de un estado próximo a la muerte, «próximo a su madre».

Alucinación negativa o pantalla del sueño (B.Lewini), remite al deseo del durmiente de encontrar un estado de inercia, un reposo sin sueños, y me parece que está vinculado a lo que A.Creen, refiriéndose a la formulación de Freud «El trabajo del sueño no piensa», designa como un «pensamiento no pensado, en apoyo a una «contrateoría» psíquica frente a las construcciones de las teorías sexuales infantiles»<sup>2</sup>.

Evocando su deseo de niña, algunos años después del comienzo de la cura, Saathya sueña con lo genérico de una película que correalizó con su padre, esperando que su madre la viera con buenos ojos, en una proyección previa al estreno. Sus primeras asociaciones expresan una rivalidad edípica así como el temor del mal de ojo echado por la envidia materna, después Saathya se pregunta: «¿Es que, antes de este miedo, mi madre ha sido alguna vez capaz de sentir algo de emoción?, ¿qué ha podido sentir de mí? ¿Es que nunca ha soñado conmigo?»

En La interpretación de los sueños, hijo del duelo del padre y del Edipo, Freud descubre la estructura ternaria del pensamiento del sueño, de acuerdo con el bello análisis de D. Anzieu<sup>3</sup>, pensamiento «escrito» que compara con la escritura jeroglífica, descifrada a partir de su relación con otras dos lenguas, las tres grabadas en la piedra Rosetta. Por medio del borrado y la reescritura de sus sueños, a semejanza de la kábala que deshace y rehace el ser actuando sobre las letras del alfabeto, Saathya llega a sentirse unificada transformando el vínculo (india y griega) en una identificación transferencial materna «mestizada» (¿hindú, griega, indoeuropea?), aunque acceda a una configuración triangular a medio camino entre su espacio psíquico y el del analista. Sin pertenecer ni al uno ni al otro, esa cosa entre, como el objeto transicional, el sueño, que probablemente no comparte en sí, hace posible compartir el mundo exterior.

Como las osamentas de los antepasados que se descomponen y se recomponen para fundar el armazón de las generaciones futuras, el relato de los sueños, como los mitos, están destinados a fragmentarse, a asociarse a otros restos, a formar nuevas tramas. «Armadura y membrana», como dice A. Green<sup>4</sup>, el sueño, como el libro consumado de Próspero, tiene que interrumpirse, evaporarse en los confines del espacio de la sesión para dejar sitio a la vida, en la que se regenerará. Ese tiempo de ausencia será a su vez soñado por el relato poético:

Como una llama en señal de conquista Mis sueños son en el mundo

Y cuando tú no estás

Sueño que duermo, sueño que sueño.



# El relato del sueño en sesión como proceso de subjetivación del afecto

LAURENT DANON-BOILEAU

De los afectos expresados que el sujeto no reconoce como suyos

A veces, la violencia que pone el sujeto en desgajarse de sus afectos es tal que finalmente no consigue recuperarlos más que observando cómo el analista puede sentirlos cuando él le participa sus producciones psíquicas. Esta violencia es, evidentemente, más extraña cuando nada en él denota una dificultad particular para pensar, cuando están presentes las asociaciones y los sueños y el discurso no tiene la lejana distancia de determinadas palabras estereotipadas en el intelectualismo o las palabras de lo cotidiano en el detalle. Para el analista, puede entonces producirse un sentimiento de ligera fascinación: a pesar de su riqueza y de su poder de evocación, el material parece en desherencia, desprovisto de autor. Al menos mientras que el que lo enuncia no se autorice a instituirse verdaderamente sujeto de ello. Ésta me parece ser, en ciertos aspectos, la tonalidad del discurso de Saathya.

La existencia de una notable empatía por parte de su analista es lo que progresivamente le permitirá descubrirse como soporte de lo que siente. Sin embargo, esta apropiación afectiva es el lugar de un conflicto de gran vivacidad. Por un lado, Saathya habla de sus sueños para que la escucha de su analista le permita reintegrar los afectos que le están asociados y que ella no consigue sentir como suyos. Pero por otro lado, si ella no consigue sentir estos afectos como suyos, es también porque, a sus ojos, reconocerse en el origen de lo que siente equivaldría a desposeer al objeto-analista de una función esencial: la de informarla sobre lo que siente. Para justificar la presencia del análisis, Saathya necesita esta distancia, esta resistencia a sentirse el soporte de sus afectos. Sentirse plenamente su autora sería aceptar la eventualidad de una partida del objeto («si yo sé lo que siento, tú ya no tienes razón de existir (exclusivamente) para mí; por ello, tú tienes que permanecer como la que me dice lo que yo siento, y yo, yo tengo que abstenerme de saber lo que siento») ésta es, en su complejidad inicial, la situación de Saathya. Sobre este fondo de limitación paradójica se organiza el principio del tratamiento.

De hecho, inmediatamente la analista percibe algo del malestar de la paciente, y de su cuerpo que sufre por sentir. En su ensoñación, este cuerpo se convierte en un cuerpo que han desgajado, un cuerpo reducido, enlutado, privado de algo (los afectos), como un hombre invisible envuelto en «vendajes blancos». Aquí la puesta en imagen, la figuración de la sensación directa que la analista experimenta del contacto con Saathya, de su manera de ser, del tono, que es el suyo desde las primeras sesiones, tiene el efecto de un inicio proléptico.

Después vienen los sueños. Porque Saathya está en condiciones de revelar numerosos y ricos sueños. Y, sin embargo, a pesar de la existencia probada del proceso onírico, nada denota una capacidad de dejar que se elabore el relato en sesión ni la existencia de una psique en condiciones de organizar y de ligar la excitación que se localiza en ella. Las representaciones inconscientes pueden dar lugar a la asociación con las representaciones de palabras. Y, sin embargo, al menos al principio del trabajo, estas representaciones son relativamente infecundas y económicamente poco disponibles. Se trata de una configuración afectiva particular. Sería erróneo identificarla con el registro de la psique borderline. Aquí no hay nada de aquello por lo que se conocen las producciones de la «memoria sin recuerdos» cuando, aprovechando la transferencia, deja emerger restos que se dirían arrancados del lugar de inscripción de las huellas perceptivas. El material de Saathya no tiene, por otra parte, las cualidades económicas de este tipo de producción: ningún brote de violencia, de odio, tampoco ninguna de las manifestaciones de descarga pulsional brutal que habitualmente los acompañan. Pero a la inversa, el material de Saathya tampoco se emparenta con el discurso operatorio. Contrariamente a los pacientes que se inscriben en este registro, ella no recurre a un pensamiento factual. Y, por último, ella nunca ignora por completo los afectos y los efectos de lo que enuncia. De hecho, es aquí donde reside la paradoja. Porque, incluso cuando Saathya dice que no siente dolor, inmediatamente después de esta declaración, expone una serie de situaciones que se le presentan a ella misma como dolorosas. De manera que la relación que mantiene con lo que siente parece ambigua. Casi podríamos aventurarnos a hablar de renegación: «Sé que existe el dolor, pero yo no lo siento» parece, en el fondo, que dice. Todo el interés de esta situación es, evidentemente, que tenemos la posibilidad de seguir cómo la investidura del relato de los sueños permite progresivamente a la paciente cambiar su contenido y, sobre todo, cambiar la economía de su proceso de representación.

Paradójicamente, desde la entrevista preliminar, Saathya deja que surjan las escenas emotivas: su discurso está habitado y no tiene nada de lejano. Pero todo sucede como si la consideración final de la emoción se dejara a cargo de quien presta oído. Como si le dijera a su analista: «Yo puedo pensar, puedo soñar, puedo asociar. Pero no consigo saber si lo que siento de estas producciones psíquicas es verdaderamente mío; y tampoco sé lo que de vuelta me provocan.» La investidura de la palabra es incuestionable, pero la carga del afecto (en el sentido que se habla en derecho de la carga de la prueba) se le deja a otro. La dimensión intersubjetiva de la transferencia conlleva así una conminación al que escucha de encargarse de la asunción del afecto. Es el otro quien debe saber qué siente. Prueba de ello es, por ejemplo, durante la primera entrevista, la manera como Saathya se dirige a la analista para preguntarle: «¿Qué es este sueño?». La ruptura del tono y esta pregunta extrañamente directa resultado de un movimiento auténticamente asociativo no puede por menos que resultarnos sorprendente. Para la paciente, no se trata, obviamente, de saber lo que querría decir eso que acaba de soñar. No se trata de una petición de interpretación, sino de una pregunta que se refiere a lo que convendría que la propia paciente pudiera sentir. «¿Qué quiere decirme, cómo debería afectarme este sueño? Esta interrogación es tanto más turbadora cuanto que antes de empezar el relato en sí,

Saanthya pudo juzgar lo que se aprestaba a enunciar como «desagradable y angustioso». En otros términos, a pesar de las palabras que le permiten caracterizarlo, Saanthya no siente completamente el afecto asociado al contenido de lo que ha soñado. Y desde este punto de vista, los términos «desagradable y angustioso» no suponen en absoluto la marca de una dominación. Son, por el contrario, palabras que, por una parte, hacen efecto de pantalla, de categorización exterior. No constituyen en absoluto la puesta en palabras de un sentimiento que manifestaría, por parte de Saathya, una verdadera capacidad de constituirse en soporte de sus propios afectos.

#### Desconocimiento del afecto y ruptura de los vínculos en la historia familiar

Seguramente, este malestar afectivo tiene que ver con la complejidad de la problemática de las raíces de las que es originaria la paciente. Si no se reconoce en lo que siente, es, entre otras razones, por no articular su historia personal con la que le han legado aquellos que la precedieron. La historia de los padres es dura a la vista de un pasivo de rechazos implícitos de tradiciones y de lazos culturales. Cuando ella viene al mundo, los que la engendran han consumado un gran número de rupturas que no han conseguido asimilar. Y el horizonte del análisis vuelve a interpretar esta ruptura y la pérdida de raíces que ésta implica. De hecho, la analista no se equivoca. En la proposición interpretativa que formula como resultado de la primera entrevista, ella relata explícitamente estas inquietudes respecto a la transferencia. Esto la lleva a señalar a la paciente que lo sentido en el sueño cuyo relato acaba de terminar es una manera de actualizar una pérdida de referencias que el paso de la posición cara a cara a la posición tumbada va a repetir. Esta especie de despersonalización cultural volverá. Y cada vez, de forma emblemática, ella conducirá a la paciente a una actuación de palabra que le hará plantearle a la analista una pregunta directa sobre su propio estado: «¿Qué me pasa? ¿Qué cree usted?» Momento de intensa angustia en el que Saathya no está tanto despersonalizada como es incapaz de encontrar la calidad afectiva de una situación en la que se ve enfrentada a una nueva edición de su trauma fundamental. A falta de poder confiar en referencias internas, todo sucede como si ella intentara un movimiento regresivo para obtener del objeto externo la caracterización de su sentimiento, igual que esos niños muy pequeños que, enfrentados a una situación imprevista, buscan en el rostro de su madre lo que deben pensar y sentir. Recordemos, de hecho, la propensión de la madre de Saathya a decir a su hija, cuando ésta compartía con ella su agitación, «eso no existe, está en tu cabeza»: quizá las preguntas de la paciente sobre la naturaleza de los afectos que la recorren tienen como función permitirle, por fin, dirigir al objeto transferencial una pregunta que nunca fue admitida por el objeto real. Es, a mi entender, esta dimensión de pérdida de referencias del afecto lo que constituye el hilo conductor del despliegue de la cura. Evidentemente, se conjuga con una problemática de la identidad y de los límites corporales.

#### De la interpretación consensuada a la interpretación conflictiva

La cuestión que se plantea entonces es la de la técnica: ¿cómo se ha hecho posible por medio de la interpretación la subjetivación del afecto? Aquí, como se ve

cuando se sigue el proceso interpretativo en detalle, todo se debe a la posición que el analista adopta con respecto al paciente en su formulación. Todo es cuestión de estilo, podemos decir. El estilo, en efecto, no es sólo asunto del registro, de matiz o de vocabulario. Se manifiesta también en cómo el analista organiza su palabra en el espacio de la cura. Es el efecto directo de la manera como define el lugar de su escucha. Respecto a esto, hay palabras interpretativas que organizan la conflictividad y se sitúan deliberadamente frente a la palabra del paciente. Hay otras que, por el contrario, parecen ser el resultado de un pensamiento común de los dos participantes del encuentro analítico. Si resulta fácil señalar intuitivamente estas diferencias, a menudo, es difícil referirlas a índices estables. Sin embargo, aquí una lectura del texto de las intervenciones de la analista manifiesta la existencia de un índice particular: en efecto, si, al principio del relato de la cura, las interpretaciones de la analista nos las cuenta ella en discurso indirecto, al final de la narración de las sesiones, estas mismas interpretaciones se nos ofrecen en discurso directo. ¿Accidente? ¿Azar? Por mi parte, no lo creo. Más bien creo que, en la escritura de un caso, ciertos aspectos del movimiento general del trabajo realizado se dejan aprehender gracias a este tipo de detalles. En este caso, me sentiría inclinada a creer que si los enunciados interpretativos se presentan en discurso indirecto al principio del relato, es porque el enunciado interpretativo y el afecto que lo acompaña los propone la analista como si fueran fruto tanto de su pensamiento como del de su paciente, como si se tratara de una palabra surgida de una voz indefinida. Después, cuando poco a poco la paciente consigue reconocerse como la autora de sus propios afectos, y cuando lo concreta perfilando su identidad, el discurso que se le dirige puede llegar a ella más claramente como la palabra de otro. Esto es lo que, en la escritura del caso, subraya el recurso a la inserción de las palabras de la interpretación en discurso directo, con dos puntos y una apertura de comillas. En la realidad de la sesión, obviamente, la diferencia entre discurso directo y discurso indirecto no tiene estatus como tal: en la comunicación oral, todo es discurso directo. Pero lo que me interesa aquí es que, en la relación de la sesión que ella propone, la analista no recurre al mismo estilo de palabra referida en todos los momentos de la cura. Mientras que las primeras interpretaciones se dan en estilo indirecto, las últimas, por el contrario, aparecen en discurso directo. Y me gustaría creer que esta diferencia en la manera de relatar sus propias palabras (el paso del discurso indirecto al discurso directo) denota en parte la evolución de la propia interpretación y del tono. Lo que, al principio, se proponía como una especie de prolongación de una palabra que el analizante también podía entender como procedente de él mismo, progresivamente se ofrece como una palabra situada frente a aquel al que se le dirige. La interpretación no es simplemente continuación, asociación con el pensamiento construido en común. Es una organización del conflicto. Esta diferencia en el estilo de la interpretación es una prueba indirecta de cómo, a lo largo del tiempo, la paciente ha conseguido descubrirse plenamente como autora de sus propios afectos. Pues sólo a partir de ese momento, la interpretación puede apuntar a la organización de los conflictos.

1 Así, en este caso, el detalle de la escritura de una relación de cura - el recurso al estilo indirecto o al estilo directo para inscribir el contenido de una interpretación - permite la puesta al día de uno de los aspectos esenciales del movimiento de la psique

en análisis: permite, en efecto, seguir el proceso de subjetivación del afecto.

# El destino de las sombras

MANUELA UTRILLA ROBLES

La gloria y el amor tras que corremos sombras de un sueño son que perseguimos:  
¡Despertar es morir!

Rimas y leyendas,

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Al escoger este poema para iniciar la difícil reflexión propuesta sobre el destino del sueño en sesión, me doy cuenta de que la tendencia para salir de esta dificultad sería escoger la «vía corta», según J.Chasseguet-Smirgel, porque la idea de destino nos lleva a la muerte. No es que hablar de la muerte no sea apasionante, más aún cuando el despliegue de significaciones podría deslumbrarnos, incluso cegarnos.

La muerte como detención de los ritmos vitales, desaparición del cuerpo. Cuerpo y alma, por tanto, también muerte del alma. Muerte como fin, privación de animación, disolución. Muerte como etapa, donde acaba una cosa, empieza la otra, para redescubrir, evolucionar, desarrollarse, muerte, por tanto, necesaria. Muerte como detención de las ideas, del pensamiento, desintrincación pulsional. La lista sería interminable para llegar a la pulsión de muerte.

1 Podemos entender fácilmente al poeta cuando dice que lo que perseguimos - gloria y amor - no es más que la sombra de un sueño, aunque la palabra sombra que utiliza Freud para la melancolía no esté tan «clara». Al igual que la noción de destino, la sombra tiene connotaciones evidentes con la muerte (la sombra de la muerte, el imperio de las sombras, etc.), pero también con la vida: la sombra procede de la luz, se articula con la esperanza (correr tras una sombra), y protege (de los efectos del sol). Quizá sea su significación en pintura de lo turbador y de lo inquietante lo que más me interese.

[El proverbio chino «Cien perros que ladran a una sombra la convierten en realidad» nos interroga. Podemos preguntarnos si existen para nosotros objetos que no sean sombras, pues lo que vemos de un objeto' \(real o abstracto\) no es más que un pálido reflejo de lo que podría ser. ¿Es que sólo cuando ladramos mucho podemos ver?](#)

[¡Ver! ¿Qué es ver?'](#) Más aún cuando nuestros sentidos no funcionan de forma aislada. Y hete aquí que de golpe comprendo por qué, cuando me puse a reflexionar sobre el título propuesto, sentí ganas de hablar de «Psicología de las masas».

[Mi criterio consciente era partir de la idea, muy conocida, por otra parte, de que lo](#)

que llamamos sueño no es más que la sombra de las imágenes que creemos haber visto, en masa, mezcladas con las palabras, irracionales, a menudo caóticas, que emergen del apsu<sup>3</sup>, de lo desconocido. ¿Hay cabecillas en esta masa desorganizada? Palabras que surgen en lugar de otras. Imágenes que recorren el camino hacia las palabras en este espacio no menos desconocido que es el preconsciente (que sigue siendo tan enigmático, a pesar del buen trabajo de A.Bauduin).

El preconsciente garantiza la unión de las representaciones de palabras con las representaciones de cosa. Así habla Freud de esta unión: «La unión entre la representación de palabra y la representación de cosa no se hace a través de todos los elementos que la constituyen, sino solamente a través de su imagen sonora»<sup>4</sup>. ¿Qué enigma puede esconder esto, a pesar de los estudios de C. y S. Bote Ila sobre la figurabilidad? La imagen sonora no es ni imagen ni sonido. Es el mestizaje que tanto gustaba a Freud. La imagen sonora es una aleación - plomo y oro - como la sesión psicoanalítica.

Uno de los talentos de Freud, porque podemos encontrar varios en él, era poder despojarse de la atracción de las palabras, de la fascinación de la imagen. Como decía P.Lacoste, «el edificio invisible del psicoanálisis se construyó sobre las ruinas del templo de la imagen».

El problema de despojarse es muy complejo. Aunque no sea cuestión de sugerir que el destino del relato del sueño en sesión sea el de producir un sobreinvertimiento de las imágenes que transmite, podemos preguntarnos si este relato tiene algo de específico en relación con otros relatos que se hacen en sesión e, incluso, si no tiene una función objetalizante que, de golpe, iluminaría las sombras para descubrir la luz del objeto y decirnos: no hay sombra de duda sobre este proceso.

«La transformación de los pensamientos en imágenes visuales proviene de la atracción que el recuerdo visual, que quiere recobrar vida, ejerce sobre los pensamientos cortados de la consciencia... La escena infantil no puede llegar a realizarse de nuevo. Tiene que contentarse con reaparecer bajo la forma de sueño»<sup>5</sup>.

E, incluso, en «Él Yo y el Ello»: «Guardémonos de olvidar, por razones de simplificación, el significado de los restos mnésicos ópticos - restos mnésicos de las cosas - o de negar el hecho de que los procesos de pensamientos pueden hacerse conscientes gracias a un retorno a los restos visuales, y que ésta es, para muchas personas, la vía favorita». Se trata, evidentemente, de una «vía corta» que elude el duro trabajo de la elaboración.

1 Y puesto que el pensamiento no tiene cualidad y tiene que pasar por el lenguaje para hacerse consciente, ¿por qué y cómo relatamos un sueño en sesión? El deseo de contar un sueño no es algo aislado, como las imágenes del sueño. Tiene que existir un auditor potencial al que dirigirse. Como en el teatro, los actores representan lo que no debe ser visto, porque lo que se cuenta ha sucedido en otro lugar. Según Boileaub: «Cuando la voz de los personajes se inflama hasta el clamor, entonces vemos. Sin

embargo, cuando el recitador informa a los espectadores de los efectos trágicos causados por las escenas pasionales vistas en escena y cuya violencia ha traumatizado al oído, los espectadores oyen.» Así, la intensidad de la voz hace ver y las pasiones que se ven permiten oír.

Me pregunto si hay mejor manera de hablar de la neurosis de transferencia que yo he llamado, en otros trabajos, neurosis analítica. Una turbación, una inquietante extrañeza, creada por los dos protagonistas de la escena, donde no hay escenario. Hay que encontrarlo todo, hay que reconquistarlo todo. La reconquista.

Si lo que vemos 'y oímos sólo puede ser la sombra de los objetos llamados reales, estas sombras serían como un trampantojo, productos de una sobrestimación sexual', un desconocimiento que puede llevarnos al conocimiento durante el trabajo de reelaboración. Pero también aquí nos encontramos ante múltiples confusiones: confundir el sueño con el relato, el relato con la realidad. Por ejemplo, si oímos «me siento vacío» y deducimos que el narrador está verdaderamente vacío, se debe a que vemos las palabras como podemos ver una ciudad. Y más aún. Así es como Vladimir Fédorovski habla de San Petersburgo, una ciudad que es real: refleja tanto la luz como la sombra, a belleza y la grisura. «Lo invisible cristalizado en lo visible se desdobra constantemente, pasando sin cese de la realidad al espejismo, del resplandor a la oscuridad»<sup>8</sup>.

1 Sueños, sombras; relato de sueños, nubes; porque si «Desde el momento en que alguien habla, hay más luz»<sup>9</sup> es porque el exhibicionismo se esconde tras el voyeurismo y viceversa, y el destino de las pulsiones puede parecerse al juego del escondite.

Sombras, sueños, los destinos ¿(e relatos de sueños en sesión me parecen infinitos. Para cada paciente, el suyo, dependiendo del destino asignado por el psicoanalista en su búsqueda de su propia sexualidad infantil. Destino tomado en sus dos acepciones habituales: sea la muerte, el olvido; sea la estación de llegada que sólo sería un volver a empezar; o, incluso, como decía R. Diatkine, una «eterna capacidad de ensoñación»<sup>10</sup>

La represión, la transferencia, la reelaboración, la sublimación, la identificación, la compulsión de repetición, la negación, la escisión<sup>11</sup>, etc., serían otros tantos destinos de los relatos del sueño en sesión.

Pero más allá de todos estos destinos, podemos preguntarnos si, en la trayectoria que va del relato del sueño al análisis, que, a su vez, podrá suscitar un sueño en el paciente, no se trataría de un regreso a otros sueños, a la capacidad de soñar, para buscar:

1. bien la eternidad del sueño y, por ende, la eternidad del que sueña. Como decía Klabund (Alfred Henschke): «Todos los caminos nos conducen a nosotros mismos»<sup>12</sup>;

2. bien una nueva producción en la que sean posibles las renunciaciones.

Esta historia del regreso al lugar del que hemos partido me lo sugirió Freud cuando dice: «el mito es el paso que permite salir de la psicología de las masas». «El poeta que había dado este paso y, así, se había despegado, en su imaginación, de la masa, sabe, sin embargo..., encontrar el camino de vuelta a ella. Porque anticipa y relata a esta masa las hazañas de su héroe, frutos de su invención»<sup>13</sup>.

Metafóricamente hablando, del relato del sueño en la sesión transformaría al relator en poeta y sus narraciones, despegadas de la masa de otras imágenes, encontrarían el camino de vuelta? En este sentido, el relato del sueño en sesión, lleno de afectos que van hacia el otro, el psicoanalista, puede alimentar el pensamiento de este último y, por ello, eternizarse en una ida y vuelta, del relato a la interpretación y de la interpretación a un nuevo relato, enriqueciendo las reelaboraciones.

Claro que estos dos recorridos del relato del sueño, uno que va hacia el exterior (relato) y el otro que se orienta hacia el interior (hacia otros sueños), nos recuerdan también las descripciones que hizo B. Rosenberg sobre el sadismo primario y el masoquismo primario, uno orientado hacia el exterior, el otro hacia el interior «como la pulsión de muerte»"

Este masoquismo primario es el que opera la intrincación pulsional. En este caso, el relato del sueño en sesión podría contribuir al equilibrio económico necesario para el mantenimiento de la vida.

### El sueño fracasado"

El destino de un sueño puede orientarse en dos direcciones opuestas:

1. La caída del sueño en el inconsciente del yo dormido confiere a ese sueño el valor de una satisfacción alucinatoria de deseo cumplido y también de un goce, el contenido representativo procedente del inconsciente sucumbe a la atracción que ejerce este último.

2. El sueño malogra su trabajo de acondicionamiento de la pulsión activada la noche anterior y, frustrada, empuja el contenido representativo del sueño hacia la consciencia. Este empuje hacia arriba puede enfrentarse a la acción de la represión secundaria. A menudo, se establece un nuevo compromiso: el sueño, reelaborado, adopta la forma de un 16 que podrá ser objeto de un relato.

Los autores añaden que la metamorfosis de un sueño en recuerdo susceptible de ser objeto de un relato plantea problemas complejos, y yo añadiría que la escucha en sesión de este relato duplica los problemas.

Aunque la cantidad de reflexiones que suscitan estos pensamientos podría llevarnos lejos, hacia un destino brillante donde se podría utilizar toda la

metapsicología - lo que confirmaría la idea de Klabound de que «los destinos son sólo inteligencia»-, podemos seleccionar algunas ideas:

En primer lugar, cuando un paciente no cuenta un sueño no quiere decir que no lo haya tenido. Esta simple afirmación parece provocar multitud de polémicas. Cuántas veces oímos en nuestros encuentros: este paciente no tiene sueños. Y para despojarse de la angustia inmediata que esta afirmación provoca en el analista, se presentan una profusión de teorías que conducen a diagnósticos más bien severos.

«No sueña», a menudo me parece que quiere decir: «No me lo cuenta», muy cercano del «no me quiere, no me da lo que deseo», o «no me satisface», «me castra».

Estos dos movimientos, él no me da un sueño / yo no puedo analizar, me hacen pensar en las tres representaciones de la pareja sadismomasoquismo, cuyo «yo le he hecho» es primordial. Primer tiempo: yo le hago, segundo tiempo yo me hago, tercer tiempo: el me hace. Entonces es cuando no podemos preguntarnos «qué hemos hecho» para que el paciente no cuente un sueño. E incluso diría, «yo me hago violencia a mí mismo» al oponer diagnóstico a psicoanálisis.

Pero aún más, ¿querrá decir el relato de un sueño en sesión que sólo hablamos del sueño? En el esfuerzo por hacer «visibles» las sombras, dar coherencia, se despliegan muchos pensamientos. No olvidemos lo que nos aconsejaba Freud: «Presten atención más bien a las transformaciones, formaciones, deformaciones, a lo que se condensa y se desplaza, a la movilidad de los pensamientos y del humor.» Nos hablaba de «parejamente flotante», que no debe dar preferencia a ningún elemento «aunque sea del sueño».

Entonces, -por qué el contenido manifiesto ejerce esta seducción, incluso fascinación, en el psicoanalista? A.Creen nos lo recuerda cuando dice que el contenido manifiesto tiene efectos hipnóticos de fascinación y que el relato del sueño es como ese objeto brillante que utiliza el hipnotizador.

Esta cuestión me parece de gran importancia porque, tanto si se quiere como si no, el contenido manifiesto parece, a menudo, ser la fuente de nuestras teorizaciones. Cuestión extremadamente delicada. Cuando un paciente cuenta haber tenido dificultades con su padre que parecía querer alejarlo de su madre, el analista está, a menudo, encantado de encontrar un Edipo tan claro y no se plantea la cuestión de por qué, en este preciso instante, el paciente siente la necesidad de hablar de eso. Otras veces, cuando estamos atentos a la transferencia, podemos preguntarnos si estas reflexiones van dirigidas a nosotros. Y en este caso, de nuevo, podemos preguntarnos si esos contenidos manifiestos en la transferencia no serán el disfraz de un contenido más enigmático que se nos escapa.

[El destino del relato de un sueño en sesión, que no es el sueño que ha tenido esa noche, se asocia al destino de la escucha de la que D.Widlócher ha hecho una excelente metapsicología<sup>7</sup> y también, entre nosotros, últimamente, M.Cid Sanz, El](#)

## [arte del contrapunto18.](#)

Tomando el ejemplo de Freud, si pensamos en el sueño de la bella carnicera, podemos encontrar la compleja trama de su escucha.

[En un reciente trabajo19.](#) volví a estudiar en detalle este sueño (para trabajar una hipótesis: el paso de la primera a la segunda tónica y, sobre todo, el paso de la segunda a la primera) y en particular cómo Freud, a partir de su capacidad asociativa, comprende el vínculo entre deseo, insatisfacción e indentificación histérica. ¿Lo comprende o lo crea? Ésta es la cuestión.

Destino de la escucha en sesión o los meandros de las perlaboraciones

[Si, en la sesión, hay dos personas presentes y visitantes20](#) ausentes, ¿no se destina el relato del sueño a los dos protagonistas de la escena? ¿y por qué un paciente dado elige emplear palabras y contenidos manifiestos, decir determinadas cosas y no otras? ¿Hay un destino que predetermina lo que se va a decir?

[Hace ya unos años, un paciente me cuenta el siguiente sueño`:](#) «He soñado que estaba dormido y al despertarme, el destino se me llevaba» (Silencio...)

Yo le digo: «¿El destino?»

Él: «Próximamente voy a hacer un viaje a San Sebastián» (Silencio)

Continúa: «Tengo un vacío, no me acuerdo de nada más.»

Empieza a llorar. Cuando puede hablar, dice: «Debe ser la angustia; sin embargo, San Sebastián es tan bonita, y me esperan mis amigos. En San Sebastián, todo ha sido siempre maravilloso. ¿Por qué me angustio? Ah, ya me acuerdo, mi destino me esperaba con forma de muerte. En el sueño, la máscara de la muerte me llamaba, yo me debatía en las sombras, intentando separarlas como si fueran telas de araña» (Silencio). «Por eso me angustio! Al despertarme me dije: «afortunadamente se ha acabado el sueño, es su destino que el despertar lo mate. La muerte del sueño, ¿no es eso hermoso?»

Yo le escucho en una especie de ensoñación cercana a la alucinación, en la que veo a San Sebastián, al mártir, atravesado por las flechas. ¿En qué museo he visto yo ese San Sebastián en concreto, porque en casi todos los museos hay cuadros del mártir? Imposible acordarme.

El paciente continúa: «¿Por qué soñar con la muerte si últimamente me siento tan feliz?»

[Yo pienso: feliz de haberme herido o matado, ¡porque se analiza él solo! Pero me pregunto: puede que la máscara de la muerte también sea yo. En castellano, mas-cara, que quiere decir más cara \(había sesiones en las que se quejaba del precio\). Mira, me](#)

[digo con humor22](#), ¿soy más cara que quién (pensando en las prostitutas)?

Sigue: «¡Áh! Otra cosa: usted estaba en mi sueño, detrás de las sombras, usted me daba la mano para sacarme. O sea, usted es mi destino» (al igual que en francés, destino también significa el lugar al que se llega. Pero también des-tino, que viene de - tino - palabra polisémica que significa, dar en el blanco, el que juzga sensatamente, tantear. Perder el - tino - es estar confuso, atontado. Y des = deshacer).

Le digo: «des-tino o des-atino»

Se sorprende y se enfada, me responde refunfuñando: «A lo mejor usted no soporta mi felicidad y yo tendría que convertirme en un mártir para que usted estuviera satisfecha.»

Yo: «¿San Sebastián?

Casi salta, como cuando uno se despierta. Asocia: «Yo estaba buscando una palabra en mi sueño y resulta que me viene a la cabeza el nombre de mi padre, pero no era esa.»

De repente, yo encuentro el nombre del museo.

Y, como decía R.Diatkine, hay que volver a empezar todo. Lo que también me hace pensar en las palabras de M.Gribinsky: «Es una dificultad creada por la ausencia de sombra, todo es demasiado claro, la comprensión ha adoptado un aspecto científico -y es [estéril-: como una noche en blanco, cuando la mente y el cuerpo del insomniaco ya no son más que la lucidez que lo mantiene despierto y no transforma las cosas, y cuando su corazón ya no está agitado» 23](#) y más tarde «los pensamientos son como nubes».

Los insomniacos de la escucha no se agitan porque para agitarse haría falta renunciar al lenguaje, a las palabras exactas, a los objetos concretos, al placer narcisista del doble, a la realidad de la transferencia, a la atracción del autoerotismo. Renunciar y encontrarse.

Respecto a este retorno del relato del sueño hacia otros sueños en sesión podríamos pensar en el autoerotismo: el relato del sueño fetichizado procuraría un placer de órgano, el oído, y anularía al psicoanalista. Yo añadiría: con tal de que él lo quiera, pues, en algunos casos, sólo queremos estar «muertos» para no participar en escenas peligrosas, lo que hacen con toda facilidad los niños cuando juegan a estar muertos.

Al dar tanta importancia al que escucha en sesión, parecería que le asigno el papel del que decide el destino del relato, un poco como si nosotros dijéramos: el paciente cuenta lo que cree que interesa a su analista. O, con otras palabras: el paciente no es el dueño de su relato puesto que éste está «predeterminado» por la manera de pensar del otro. Por supuesto me vienen a la mente las descripciones de Freud en «Psicología

de las masas» sobre la influencia, el contagio, la sugestión, la hipnosis, el amor.

Todas convergen en la identificación, ese concepto nebuloso que, como el sueño, se puede condensar (nubes a punto de producir la lluvia), desplazarse (nubes que viajan), transformarse en su contrario (tormentas) o volverse contra sí mismas (relámpagos)

[En otro trabajo24](#), avancé la hipótesis de que el objeto del análisis se centraba en los efectos que los relatos del paciente producían en el psiquismo del analista. Es, pues, una posición contraria a la que acabo de mencionar al decir que es el analista quien provoca o no la producción de relatos de sueños en sesión. ¿Paradoja? Me acuerdo de una anécdota: R.Diatkine nos decía que los niños evolucionan cuando se lo permitimos y no les impedimos pensar. ¿Puede el otro pensar en presencia nuestra?

[Freud nos saca de estos atolladeros: la identificación, tanto del paciente como del analista, sería la pieza clave para captar esos movimientos de «encarnación» ZS donde a veces - de acuerdo con uno de los significados del concepto de encarnación - se mezclan y se unen nuestros pensamientos`.](#)

[D.Widlócher nos recuerda27](#) que la identificación no es una simple imitación: «Realiza un movimiento de apropiación (encarnación?)» «La identificación obedece a un objetivo inconsciente, realiza, bajo la forma de un cumplimiento alucinatorio, la creencia de ser otro».

[Pero es, sobre todo, al hablar de la identificación primaria cuando me viene la idea de una escucha que no sabría describir de otro modo que bajo la forma de historia: si el paciente del «sueño del destino» habla de un sueño, es porque, en la sesión anterior, yo he fracasado en mi escucha. Como «la sublimación del comienzo» za](#) en lugar de la sublimación al final, me parecía que el paciente me hablaba del duelo materno en las sesiones precedentes (las declaraciones manifiestas daban la imagen de una madre amenazante, que castraba constantemente al padre, así pues, una madre a la que se querría matar para reencontrar al padre). ¿Cuál era, entonces, el contenido latente? ¿Es que mi «identificación primaria» me inducía a pensar en su lugar? (como, de hecho, hacen muchos psicoanalistas que pisan que hay que ofrecer a los pacientes representaciones que ellos no tienen - ¡la ausencia! - a causa de su «enfermedad de irrepresentabilidad»). Una escucha «masoquista» (yo tendría que morir para que él reencontrara a su padre) ha servido, probablemente, de incidente perceptivo (él percibía que yo me callaba) y ha sido eso lo que ha podido desencadenar el sueño.

Ese sueño, como todos los sueños, parece una «sublimación»: poético, teatral, bello, lleno de asociaciones que ponen en liza los escenarios entre la vida y la muerte. Me podría haber dado por satisfecha, el co-pensamiento que se despliega me permite incluso reencontrar mi recuerdo: había un juego psíquico, como lo describe D.W.Winnicott, un juego «suficientemente bueno» como para que se pudiera sentir el placer en la realización de los deseos. Lleno de imágenes que, por su claridad,

habrían podido prestarse a interpretaciones: San Sebastián, las arañas, la máscara. Y pensamientos más sombríos: destino, muerte, sombras, angustias. Y también otros más enigmáticos: soñar un sueño, sueño asesinado por el despertar. Parálisis histérica: quedarse en blanco, no acordarse de nada.

Como lo evoco en forma de historia, podría imaginarme en lo que se habrían convertido las asociaciones si yo hubiera intervenido sobre una de sus producciones: «Yo soy una araña como su madre», añadiendo todo lo que me había dicho de su madre. O, también: «Usted cree que yo llevo una máscara para que no se me vea bien» (diga lo que diga, usted no podrá penetrarme). O, incluso, «San Sebastián soy yo, usted me castra como lo hacía su madre con su padre.» Todas estas intervenciones, por supuesto, en el aquí-y-ahora de la sesión. La historia podría continuar hasta el infinito (y mi placer de teorizar también)

En lugar de estar satisfecha, resulta que tengo la impresión, al hacer asociaciones con «un padre» analítico - R.Diatkine-, de que hay que empezarlo todo de nuevo. En primer lugar, preguntándome en voz alta sobre la palabra destino, y, a continuación, pensando en una prostituta después de haber tenido un arrebato de humor. El todo «destinado» a utilizar la polisemia de la palabra destino. Palabra turbadora e inquietante como uno de los significados de la sombra. Esto me hace pensar que la sombra puede representar la identificación melancólica a la que me invita este paciente en este «encadenamiento dramático»<sup>29</sup>. Invitación, y no proceso melancólico, pues hablar con palabras «fuertes» (destino, máscara, muerte, araña, angustia, etc.), palabras que dejan ver, es esconder la luz que podría haber detrás. Ya que, en suma, es peligroso: corremos el riesgo de matar la cosa, como dice M.Fain.

Cuando Freud, en «Duelo y melancolía», emplea la expresión «la sombra del objeto», hace referencia a la identificación con un objeto abandonado. Es, pues, ese objeto abandonado lo que se convierte en una sombra. Yo añadiría: ha perdido su luz. Aquí, abandono y muerte están muy próximos. El objeto abandonado se ha matado mentalmente. El lazo entre muerte y sombra está presente en el relato del sueño que he contado. El paciente se debatía contra las sombras, que mi escucha transforma en: se debate contra la sexualidad infantil, puesto que yo pienso en la prostitución después de un arrebato de humor, «el humor que sonríe bajo las lágrimas». No olvidemos que él soñaba.

Hasta aquí todo se parecería a la relación de «complementariedad» de la que habla D.Widlöcher, pero bruscamente, yo «desatino» (cercano a «digo cosas insensatas»), lo que para mí se vuelve clarísimo (escucha insomniaca): un goce, porque me ha permitido fusionarme con la imagen que me hizo ver el objeto.

Se trata de un matiz entre identificaciones secundarias y primarias.

En las dos formas de identificación secundaria (histérica y narcisista), «el objeto, en tanto que figura del fantasma, está marcado fundamentalmente con el sello de la diferencia con respecto al sujeto». Mientras que en la identificación primaria, «el

[objeto envía al sujeto su propia imagen. El sujeto disfruta fusionándose con la imagen que le hace ver el objeto» 30.](#) De lo que se trata, pues, es del doble. De hecho, Freud, en «La inquietante extrañeza», también establece una relación entre el doble y la sombra.

Pero estas reflexiones, yo quería que fueran como una historia en la que también se tratara del amor, el amor de la transferencia y de la contratransferencia que nos permite una identificación primaria de afecto melancólico, mantenida por algo evidente: al final del recorrido analítico nos vamos a separar (¿morir el uno para el otro?). Entonces, para eternizar la relación, ¿qué mejor que una identificación de incorporación del objeto?

Espejismos de ideas en las sesiones, que nos hacen dar vueltas, como en los enamorados apasionados que se van a separar. Como dijo Freud en «Lecciones de introducción al psicoanálisis», la libido se pega a los objetos y el sujeto percibe sólo una vaga sombra.

También se trata de investimento narcisista: «la gloria y el amor que queremos alcanzar son sombras que perseguimos». La escucha, por ese intercambio de ideas que es difícil saber de quien provienen, crea investimentos narcisistas particulares, de las que es difícil despegarse, despojarse.

Desprenderse

[«La reflexión psicoanalítica conduce a una concepción contradictoria y crítica de los caminos del conocimiento», decía R. Diatkine<sup>3</sup>!](#) En suma, ¿no podría ser el destino del relato del sueño en sesión el descubrimiento del objeto que se oculta tras la sombra? Y, para partir hacia ese descubrimiento, habría que hacer el duelo de las investiduras narcisistas. ¿Pero cómo desprenderse de estas investiduras narcisistas, de estos vínculos en exceso (demasiada excitación, demasiado afecto, demasiada idealización, gloria y amor)?

La respuesta nos la dará B. Rosenberg. «La investidura narcisista somete al yo a una paradoja: el yo se siente acorralado entre la imposibilidad de desinvertir el objeto y la imposibilidad de seguir invistiéndolo». El autor nos ha dejado un magnífico estudio de estos movimientos psíquicos: «desinvertir el objeto quiere decir desinvertirse de uno mismo, aceptar que el objeto se haya perdido, es perderse uno mismo. El melancólico siente la pérdida del objeto como una pérdida de sí mismo.»

Lo que ha captado todo mi interés es su hipótesis según la cual la investidura narcisista es una causa de la «no despegabilidad» del objeto. Son, pues, esas dificultades para despegarse las que instauran una predisposición melancólica necesaria para que pueda realizarse el despegue. Este trabajo de despegue, él lo llama «trabajo de melancolía», retomando los desarrollos que hace Freud en su famoso artículo.

El trabajo de melancolía comporta varias etapas, como ya lo describí en otros trabajos. La liquidación del investimento narcisista puede producirse en tres movimientos: introyección del objeto en el yo, identificación y desidealización. La introyección-identificación ocupa el lugar del investimento, y la desidealización es consecutiva a los ataques y desvalorizaciones propios de la melancolía.

Por otra parte, el odio sádico que se produce en los estados melancólicos puede garantizar la intrincación pulsional por la transformación del autosadismo en masoquismo.

En el caso de Freud, cuando nos habla de la Bella Carnicera, parece que la insatisfacción que siente él en cada hipótesis formulada puede relacionarse con ese sentimiento melancólico del que habla B. Rosenberg para despegarse de los investimentos narcisistas. Podemos entenderle, pues cuando hemos hecho una serie de teorizaciones para llegar a formular una hipótesis, es humano tener el sentimiento narcisista «de gloria y de amor que perseguimos». No dejarse impresionar por esta aparente idealización hace que estemos sometidos a las sombras de las dudas.

Freud decía, en un momento en que reflexionaba sobre este sueño, que todo lo que había pensado no era suficiente para llegar a una interpretación de ese sueño. Y además, cuando llega a conseguir «una claridad total del sentido del sueño», es cuando hace la asociación con el salmón ahumado. Y llega a decirnos que ese sueño es susceptible de una interpretación más matizada: en ese sueño, la paciente no habla de ella, sino de su amiga. Ella se identifica con ella.

[La historia continúa con las palabras de J. Schaeffer<sup>32</sup>](#): «la identificación en la comunidad inconsciente quiere un deseo insatisfecho.» Se trata de su hipótesis de la identificación-contra: «La identificación con el deseo de otro, rival envidiado y detestado... Desear ser el otro, es, al mismo tiempo, desear eliminarlo. »¿Garantizaría esta identificación la erotización de la insatisfacción, la sexualización de las sombras, la vida detrás de la muerte? ¿Despertarse es morir?

Henos aquí en el punto de partida; destinos del relato del sueño en sesión que se despliegan en forma de historia, una historia llena de interrogantes. La historia de fomentar, de crear una atmósfera para que el otro pueda pensar, ¿no es demasiado compleja esta historia para poder hablar de ella? ¿Hablar es dessexualizar o excitar?

[Si pasamos del ámbito del psicoanálisis al de la literatura, se podría provocar, por ejemplo, esto: «admiración punzante dolorosa»](#) o «una dulce catástrofe», Y la historia, nuestras historias, esos instantes en los que las sombras se desplazan hacia resplandores: «apariciones provisionales de infinito».

1 «Qué ligereza y qué fuerza para mantener un resplandor en suspense todo el tiempo que sea necesario antes de verlo fundirse en la historia. Eso sería forjar historias, es eso lo que habría que saber hacer, quedando a la escucha todo el tiempo necesario, esperando [la clarificación oculta en la lámina de ese resplandor, acogiendo](#)

los pasos y las medidas, la respiración, la forma, recorriendo senderos, respirando sus ritmos, hasta tener en las manos, en la voz, este instante abierto de par en par, y dulcificado en la línea curva de una historia, en la línea recta de una historia, deshilado»34.

# A propósito de la intervención de Manuela Utrilla Robles

CLAUDE JANIN

Puesto que el tema de este libro es la utilización del material del sueño en sesión, y puesto que Manuela Utrilla Robles nos da un ejemplo sorprendente del destino de un sueño próximo a lo que Pontalis llama tan acertadamente el «pensamiento soñante» del analista, querría, en primer lugar, señalar, siempre de acuerdo con Pontalis, que la «operación freudiana [consiste] en sustituir la escucha de un relato por la visión de imágenes. Después, en remitir este relato, forma de discurso subordinado a la lógica más o menos lineal de la narración, a un texto. Por último, y aquí es donde comienza el «trabajo» de la interpretación, en descomponer, en desatar, en destejer el texto [...] para, en último análisis, alcanzar el enunciado del Wunsh»! Y, puesto que el paciente de Manuela hace asociaciones, a propósito de su sueño de un próximo viaje que tiene que hacer a San Sebastián, y que Manuela también se ha embarcado en su propio viaje asociativo, no puedo resistirme al placer de seguir citándoles algunas líneas de este mismo texto de Pontalis:

Según la metáfora ferroviaria que me gusta citar, el relato del sueño sería lo que cuenta de su viaje el viajero una vez que ha vuelto a casa (los encuentros, los paisajes entrevistos por la ventanilla). El Wunsh sería lo que lo empujó, en la excitación, la inquietud y la espera, a coger el tren. Pero esto no lo sabe ni el viajero ni el narrador ni el que escucha, como si la estación de partida no figurara en la guía de trenes, sino sólo la estación de llegada (el relato) y las estaciones intermedias (las asociaciones). Dificultad suplementaria: el «tren de pensamientos» nunca toma la vía más directa, sino un trayecto extremadamente complicado, con desvíos, vías laterales, cambios de vía, retrocesos. Tiene que marchar, eso es todo.

Por otra parte, ustedes se habrán dado cuenta, al escuchar la intervención de Manuela Utrilla Robles, que el tren del pensamiento del analista va también, de Madrid a San Sebastián, dando rodeos. Entonces, querida Manuela, ¿cómo iba a seguirte tu dialogador si no es dando, también él, rodeos, parándose aquí y allí, cuando los paisajes recorridos se ponen, cosa admirable, a hablarle? Mi primera parada será para mostrarte mi profundo acuerdo respecto a esa idea de que el relato del sueño en sesión está poblado de afectos que alcanzan también al psicoanalista, alimentando así su pensamiento, de manera que se puede pasar del relato a la interpretación y de la interpretación a un nuevo relato que enriquece el trabajo de reelaboración. El destino óptimo del relato del sueño en sesión sería, entonces, me parece a mí, el de una co-construcción, resultante común del trabajo del sueño del paciente, del trabajo asociativo de ese mismo paciente, del trabajo asociativo del analista y del trabajo de la interpretación que, como si fuera un efecto de verdad,

surge entre el paciente y el analista: el relato de un área intermedia, en el sentido que le da D.W. Winnicott, donde el mundo psíquico del paciente y el del analista pueden encontrarse. Construcción que nunca viene dada, que nunca está allí de antemano, sino que, al contrario, siempre está ligada a un equilibrio dinámico que hay que encontrar, como sugiere la idea de que es, en el sentido casi físico del término, la resultante de diferentes fuerzas - el trabajo- que actúan en ambas psiques. Este punto de vista permite resolver una contradicción inherente al proyecto freudiano: cuando Freud, en las Conferencias de introducción al psicoanálisis enuncia, que «no se debe considerar como sueño más que lo que el soñante cuenta», hace del sueño una producción solipsista, lo que, por supuesto, es eminentemente verdad, pero que, entonces, no permite pensar en lo que permitirá la puesta en juego entre la psique del soñante y la del analista; sin esta puesta en juego -y quien dice «juego» admite también la gratuidad del juego-, el destino del sueño en análisis rayaría la economía mercantil y, más concretamente, la del trueque: el soñante trocaría su sueño por una interpretación. Y, como al final de la sesión, el soñante da dinero además de dar el relato de su sueño, habría, entonces, que admitir que en el trueque el valor mercantil de la interpretación sería superior al del relato del sueño... Ahora bien, querría recordar aquí lo que Freud escribía en 1923: «Creo que es perfecto pensar, en este caso, que los hombres ya habían empezado a soñar antes de que hubiera psicoanálisis.» El aforismo teñido de ironía de Freud recuerda a todos aquellos que se declaran furiosos con el trabajo analítico que queda por adquirir la gratuidad que implica el juego y que el sueño es, en determinados aspectos, gratuito. Así, en ese mismo texto, Freud menciona «Muchos sueños [...] intraducibles, aunque no manifiesten precisamente las resistencias [...]. Son comparables a obras literarias muy conseguidas y elaboradas con arte.» Esta dimensión de gratuidad y de juego en el trabajo del sueño incluso en la sesión no es extraña al pensamiento de Freud cuando escribe, en una nota de la Traumdeutung, que «demasiado a menudo se ha confundido el sueño con su contenido manifiesto. Ahora hay que abstenerse, continúa, de confundirlo con sus pensamientos latentes». Freud señala así una separación irreductible entre lo manifiesto y lo latente, y pone en guardia a los analistas ante la sobreinterpretación del sueño. Por último, cuando Freud propone que «los hilos asociativos entre los pensamientos del sueño y el contenido del sueño no simplemente convergen, sino que a menudo se cruzan y se entretajan en el camino» sugiere un elogio a la complejidad y una intuición de esta co-construcción. En mi opinión, esta separación entre pensamientos del sueño y contenido del sueño, por una parte, y esa referencia a un tejido de pensamientos, por otra, señalan la vía de la co-construcción y del área intermedia. De hecho, creo, querida Manuela, que has sido totalmente sensible a ese interés de Freud por el juego en acción en el sueño cuando dices: «No olvidemos lo que nos aconsejaba Freud: Presten atención más bien a las transformaciones, formaciones, deformaciones, a lo que se condensa y se desplaza, a la movilidad de los pensamientos y los humores.» ¡Otra vez, los rodeos! Y bien, encuentro que nos das un admirable ejemplo de esos caminos de rodeos, de esos juegos que se pueden desarrollar en ellos, con la secuencia clínica que está en el centro de tu intervención. Me ha asombrado, al leer tu texto, con el ejemplo de sueño y de secuencia clínica que has elegido para presentarnos: «He soñado, dice el

paciente, que estaba dormido, y al despertarme, se me llevaba.» Entonces tú acosas a tu paciente: «¿El destino?» Él: «Próximamente voy a hacer un viaje a San Sebastián» Continúa: «Tengo un vacío, no me acuerdo de nada más.» En un primer momento, el efecto que produce el relato del sueño y la secuencia tienen algo de inquietante, y los rodeos que gustosamente se imaginan bajo el sol de primavera, parecen aquí singularmente crepusculares: el paciente sueña que duerme; en el sueño, se despierta y se lo lleva el destino. Intuitivamente, el lector comprende que ahí estamos próximos a la clínica de la desobjetalización: un sueño reducido a su mínima expresión; un vacío y un olvido total. Como sucede a menudo, el rodeo por la metapsicología permite salir de esta impresión casi hipnótica: en la Traumdeutung y, más concretamente, en el capítulo VI, Freud explora la Presentación de la realidad en el sueño. Esto es lo que escribe: «El interesante problema [...] de saber lo que se expresa cuando, en el propio sueño, un determinado contenido se designa como «soñado» [...], lo ha resuelto W. Stekel [...] por medio del análisis de algunos ejemplos convincentes.» Y ésta es la parte importante de esta cita: «La inclusión de un contenido determinado en «un sueño en el sueño» hay, pues, que asimilarlo al deseo de que lo que ha sido así designado como sueño no vaya a producirse nunca.» El contenido latente del sueño del paciente queda entonces claro: «Es verdad, parece que nos dice, yo sé muy bien que un día - o una noche en pleno sueño-, el destino se me llevará; pero de todos modos, quiera el cielo que todo esto no sea más que un sueño.» Se habrá comprendido que, en el núcleo mismo del proceso onírico se configura la escisión no patológica que permite que cada uno se duerma con la seguridad de que se despertará la mañana siguiente, y que el destino humano más cierto, el más ineluctable, la Ananké, diferirá también esta noche sus funestos proyectos: soñamos porque por un momento olvidamos que vamos a morir.

Habrán observado ustedes que lo que se deduce así de la metapsicología, el paciente accede a ello por otras vías. Escuchémoslo de nuevo: «¿Por qué me angustio? Ah, ya me acuerdo, mi destino me esperaba con forma de muerte. En el sueño, la máscara de la muerte me llamaba, yo me debatía en las sombras, intentando separarlas como si fueran telas de araña. ¡Por eso me angustio! Al despertarme me dije: "afortunadamente se ha acabado el sueño, es su destino que el despertar lo mate. La muerte del sueño, ¿no es eso hermoso?"» Curioso comentario el del paciente, si pensamos un instante en los esfuerzos que hacemos, desde la infancia, para prolongar, aunque sólo sea un instante, el sueño con el que nos ha sorprendido el despertar. Excepto si entendemos, como nos invita a hacerlo Freud en su comentario del «sueño en el sueño», que esta muerte del sueño es aquí la muerte de la muerte, y entonces, en esta negación de sí misma, la muerte se nos presenta enmascarada hasta el punto de parecer bella. Desde este punto de vista, lo que plantea un problema en este sueño es la figuración de esa escisión no patológica, que habitualmente exige el silencio representativo; lo que viene aquí a plantear un problema, me parece a mí, es el hecho de que haya un empuje psíquico para producir una escisión no patológica, porque si la producción de una escisión patológica se sitúa próxima a la intrincación pulsional, ¿no se podría, entonces, sostener que la producción de una escisión no patológica se sitúa próxima a la desintrincación pulsional? Me parece que sí, y que,

de hecho, es lo que explica el paciente en la continuación de su relato: «¡Ah! Otra cosa: usted estaba en mi sueño, detrás de las sombras, usted me daba la mano para sacarme. O sea, usted es mi destino». El analista representa aquí ese destino que viene a buscarlo al reino de las sombras: Orfeo en el reino de Morfeo, hijo de Hipnos, de alguna manera... En otras palabras, el sueño puede entenderse como figuración del deseo de que el analista lleve al paciente de la mano, lo acompañe, en ese movimiento de desintrincación pulsional que es el suyo. El analista, que en el tiempo de la secuencia, no tiene, sin duda, la posibilidad del pensamiento secundarizado que es el mío en este recorrido metapsicológico e interpretativo, emplea una de las herramientas psíquicas que tiene a su disposición, la asociación libre: de destino - el destino-, hace: des atino - confuso, atontado - y comunica a su paciente su asociación; en otros términos, ella se propone; ella, que se suponía que iba a sacarlo del reino de las sombras, como figura de la desorganización y de la confusión. El paciente, entonces, no tiene otra solución, para escapar a su propia desorganización, que intentar comprometer a esta última por medio de la figura masoquista del mártir que satisfaría a la Ubris, de la cual su analista es proyectivamente portadora; después invocar el nombre de su padre, que se le impone, como punto de interrupción de la intensidad de su confusión. Eros, incluso sometido, puede ser vencedor: la cuestión del destino del relato del sueño se transmuta, entonces, aquí, en cuestión de los destinos del masoquismo, como nos podía hacer pensar la figura del mártir de San Sebastián, presentado al principio de las asociaciones del analista.

# El niño. Relatos de sueños y dinámica de la sesión

FRANCoIs KAMEL

Romain tiene siete años cuando lo veo por primera vez. Su madre ha pedido cita porque desde hace dos o tres meses está agitado en casa y tiene dificultades para dormirse. Todo parecía ir bien hasta que los padres se separaron y el padre se fue a vivir a otra ciudad. Veo a Romain y a su madre juntos. Romain está bastante tranquilo, más bien retraído. Su madre habla tanto ese día que me queda poco tiempo para conversar con Romain. Eso me contraría. Concertamos otra cita, que la madre anula por teléfono porque Romain está en casa de su padre.

Un año después, Romain y su madre vuelven a verme. La inestabilidad de Romain se ha agravado a lo largo de los meses y se queja de tener pesadillas. Sus síntomas no repercuten en el conjunto de su vida social: su escolarización es satisfactoria, tiene amigos, hace deporte... Durante el año, los padres no han dejado de tener conflictos respecto a su custodia. Romain ha vivido con uno, con otro, dependiendo de los fines de semana o de las vacaciones, según un calendario irregular y puesto en tela de juicio de un día para otro. Hace algunas semanas, ha expresado el deseo de irse a vivir con su padre.

Les propongo seguir el desarrollo de esta segunda visita. Es un relato que se limita a señalar las distintas modalidades de expresión de los contenidos oníricos de este niño. Aislar las modalidades de expresión del análisis de los contenidos es, obviamente, un artificio que pretende aclarar la declaración: fondo y forma son indisolubles.

Romain, su madre y yo estamos en mi despacho. Romain está revuelto, toca todo, dibujo, después se interrumpe, abre un libro, lo vuelve a cerrar, abre otro, va a buscar unos juguetes pero no organiza ningún juego, dice algunas palabras a su madre, saca rotuladores, se sienta y después se levanta. No se dirige a mí, pero me doy cuenta en varias ocasiones de que busca mi mirada con intensidad, entonces su actividad queda en suspenso unos segundos.

La madre me habla sin tomar aliento. Habla de los conflictos con el padre, de los procedimientos jurídicos, que no acaban de terminar, de su rechazo a ver a Romain viviendo con su padre, que ella descalifica, igual que descalifica la decisión de su hijo, que, según ella, se ha dejado influir, manipular.

-Me entero de que Romain se va a casa de su padre dentro de unos días para pasar las vacaciones de verano y que volverá al colegio allí. Sabe que no tendremos posibilidad de volver a vernos hasta dentro de varios meses.

Yo escucho a la madre, observo a Romain con atención. Me dirijo a la madre en varias ocasiones pero ella no hace caso a mis palabras y sigue el hilo de sus ideas. Me doy cuenta de que tampoco responde a las demandas de su hijo.

Ni él ni yo parece que estemos presentes para ella. Esta situación favorece mi identificación con Romain - identificación que se acompaña de una acrecentada potencialidad a la regredencia (tal como la definen César y Sara Botella).

Obviamente, la presencia de la madre participa de forma determinante en el movimiento de identificación con Romain. La práctica clínica del psicoanálisis de niños incluye, en efecto, la realidad de la presencia de los padres.

A mi disposición psíquica particular (identificación, regredencia) y a uno de los motivos de la consulta, que tengo en la memoria, las pesadillas, es a lo que yo atribuyo lo que vendrá a sorprenderme y a asombrarme. Me viene a la memoria una pesadilla de infancia. Hecho psíquico que, sin duda, no es excepcional en una práctica de psicoanalista de niños, pero que para mí es lo suficientemente poco frecuente como para llamar mi atención, provocar mi curiosidad, interés y desconfianza en cuanto a lo que se manifiesta en mi contratransferencia.

Escucho a la madre, sigo a Romain con la mirada, y rememoro mi pesadilla. Rememoración silenciosa, con forma de relato de uno mismo a uno mismo, distinto del relato que se dirige a otro. El equilibrio entre las distintas modalidades de representación difiere tanto como entre las investiduras narcisistas y objetales.

Veo a Romain solo. Su agitación persiste. Escojo seguir silencioso y atento, lo que parece que lo calma un poco. Me dice sin preámbulos que tiene pesadillas. Entonces me habla de una pesadilla. Sus palabras son confusas, caóticas y están acompañadas de inestabilidad motriz. No consigue organizar un relato inteligible. Me pide que escriba su pesadilla al dictado. El relato se organiza poco a poco, pero al conjunto le falta articulación. Son cuerpo a cuerpos entre numerosos pequeños personajes que luchan, se empalan, se devoran, mueren pero en realidad no mueren, abandonan el campo de batalla y vuelven a él, los ganadores se vuelven los perdedores y a la inversa.

Al no prestarse el contexto a una interpretación cualquiera, digo a modo de constatación-comentario que «eso es mucho». Manifiesto así lo que supongo que vive interiormente, el exceso de excitación que le habita, sin hacer referencia ni a la existencia ni a la naturaleza de los conflictos psíquicos subyacentes.

Entonces, le viene a la memoria otra pesadilla, decide dibujarla. Su agitación disminuye. El dibujo es muy colorido, los trazos son fuertes, amplios, poco controlados. Va comentando a medida que dibuja. El relato es rápido, como la acción que invade la hoja, el conjunto sigue siendo confuso. Se trata de dos casas, de un hospital, de una ambulancia que circula a gran velocidad para depositar a los heridos, a los que vuelve a acompañar a sus casas cuando están curados, pero que vuelve a

coger a otros. Hay accidentes, quemados... «¡Y ya está!», dice súbitamente, interrumpiendo su dibujo en plena acción, como cuando uno se despierta brutalmente de una pesadilla. Después me habla de su deseo de ir a vivir con su padre. Está de acuerdo conmigo en el interés de seguir con la psicoterapia.

Hago pasar a la madre al despacho. Romain se planta orgulloso delante de ella y relata ininterrumpidamente las dos pesadillas. El relato está mejor organizado que al principio. Concluye confirmándole que quiere irse a vivir con su padre. La madre retoma la palabra de la misma manera que lo hacía antes. Romain está detrás de ella al fondo del despacho. Le veo coger unos Playmobil y representar un juego que me parece condensar sus dos pesadillas. Después, sin que la madre pueda verlo, él entra a formar parte de la escena, representando lo que parece ser un personaje de la primera pesadilla que atacaría a la madre mordeándola.

### Algunas consideraciones teóricas

La problemática de lo económico está omnipresente en el desarrollo de esta secuencia. La excitación desborda las capacidades de mentalización, ataca los lazos psíquicos, no se integra en la red de representaciones y se descarga en la motricidad. Parece que dispensa al soma de todo esfuerzo.

La experiencia traumática que vive Romain le sobreviene seguramente como reacción a una suma de acontecimientos vitales. Después de un año marcado por la sucesión de inversiones y de desinversiones, la decisión de ir a vivir con su padre sólo puede acentuar la tensión generada por los diversos conflictos internos.

La efracción por lo cuantitativo no pone totalmente en entredicho la organización psíquica previamente adquirida. La onda de choque perturba los equilibrios internos sin alterar irreversiblemente, al menos por el momento, el conjunto del edificio psíquico.

Es probable que el dispositivo de la consulta acentúe, al menos en un primer momento, la dimensión traumática, especialmente por la vivencia de la escena primitiva que provoca. Pero Romain parece percibir efectos positivos en el encuentro con un analista, aunque sólo sea por su dimensión paraexcitante y sus efectos de unión afectos-representación y representaciones entre sí mismas.

Romain inicia un movimiento progrediente. Estoy pensando especialmente en el comienzo de lo que me parece ser una reapropiación de sus capacidades psíquicas. El desarrollo de la consulta revela algunas cualidades de base en su funcionamiento mental. Lo cuantitativo se vuelve, en efecto, menos invasor. Aparece una dinámica de transformación cualitativa. Un trabajo de mentalización-simbolización-figurabilidad conduce, entonces, a la expresión de distintas «declinaciones de relatos de pesadillas».

Cada declinación puede definirse en función de la cantidad de excitación no

vinculada que contiene y el modo de expresión simbólico que utiliza. En esta consulta, señalo cronológicamente seis declinaciones: relato / palabra (1) (incomprensible), relato / escritura, relato / dibujo, relato / palabra (2) (comprensible), relato / juego, relato / escenificación.

Áquí se trata de relatos de pesadillas. El sueño o el trabajo del sueño ha fallado, por tanto, en su función de guardián del reposo. Recuerdo este postulado teórico a sabiendas de que para Metzler, es el reposo el guardián de los sueños. En las pesadillas de Romain, el fracaso puede deberse a la insuficiencia de los procedimientos clásicamente descritos, que son el desplazamiento, la condensación y la figurabilidad. Es posible que se les asocien debilidades relativas a los procesos de conexión y a la formación de compromisos.

Pero en los niños, la pesadilla sólo puede considerarse como un fracaso. Sería trasponer el modelo adulto al niño. El niño es un ser en desarrollo y no podría negarse la perspectiva evolutiva. El desarrollo del sueño necesita que se le aproxime al del pensamiento sin por ello sistematizar la dimensión temporal sobre el modelo de una psicología desarrollista. Lo más a menudo, se admite que el trabajo del sueño sólo es verdaderamente funcional a partir de la adolescencia.

En los niños, la pesadilla no tiene necesariamente el mismo estatus metapsicológico que en los adultos. Es una manifestación de descarga de una excitación que se encadena y consigue representarse. Puede ser considerada como una elaboración sintomática de los representantes pulsionales, lo que le da el valor de una organización prefóbica y es testimonio de la interiorización de los conflictos. Intervienen otros parámetros que atañen a consideraciones propias de los niños de la edad de Romain. Las huellas mnésicas de las experiencias perceptivas acumuladas se condensan en representaciones que, por consiguiente, son menos numerosas que en el adulto. A esto se añade una fragilidad del límite entre lo intrapsíquico y el mundo exterior que puede inducir a una cierta confusión entre imagen del sueño y percepción. Así, algunos sueños de niños pueden adquirir a partir de la adolescencia un estatus de recuerdo-pantalla que persistirá como tal en la edad adulta.

1 Él relato del sueño es palabra, juego, dibujo, escenificación. Con frecuencia, se construye en el espacio-tiempo de la sesión gracias a un encuentro que implica el psiquismo del analista y el de su joven analizante, manteniendo su disimetría.

En la consulta con Romain, aparece una atención recíproca desde los primeros momentos bajo forma de una observación silenciosa de uno hacia el otro. Si tradicionalmente la atención se relaciona con la conciencia, Freud, a partir del «Esbozo», extiende su función y su alcance. Es el punto de apoyo de lo que califica como «el pensamiento observante», que está más dirigido hacia el mundo interno que hacia el mundo externo. Se convertirá en «la atención parejamente flotante» en tanto que actitud subjetiva hacia la que debe tender el analista en la sesión y que hace más permeable la barrera de la represión.

La escucha de la madre, la observación de Romain y el movimiento de identificación favorecen dejar en suspenso la atención focalizada, permitiendo así emerger progresivamente en mí una disposición psíquica en atención flotante.

Regrediencia y retorno de lo reprimido en forma de mi pesadilla de infancia organizan una vivencia contratransferencial susceptible tanto de favorecer como de entorpecer el proceso en curso. El objeto de esta conferencia no es desarrollar las incidencias de la contratransferencia, y diré sólo unas palabras. En su valencia negativa, señalo el riesgo de una conraindentificación. Los trabajos de Florence Guignard merecen ser aquí recordados. Me refiero especialmente a «lo infantil en la relación analítica», a las «tareas ciegas» del analista e incluso a muchos otros. Es preferible releer los textos que parafrasearlos. Los aspectos positivos de la contratransferencia son objeto de numerosos desarrollos que amplían su concepto y su empleo clínico. Su alcance no tiene sentido más que si la profundización de su análisis continúa siendo para el analista una necesidad absoluta, fundamento de su práctica clínica. Asociado al análisis de la dinámica transfero-contratransferencial, el de la contratransferencia permite acceder a un mejor nivel de comprensión del analizante y de los movimientos inconscientes presentes en el proceso analítico.

¿Se puede hablar ya de transferencia en el encuadre de la consulta de Romain? En cualquier caso, la conjunción de múltiples factores en un espacio-tiempo dado hace posible un encuentro psíquico entre Romain y yo. Interviene un elemento determinante; se trata de reconocer y compartir los efectos de la no relación con la madre en el aquí-y-ahora.

Este encuentro analítico y sus desarrollos procesuales se organizan según modalidades diferentes y complementarias, que dejan una parte importante a la problemática del doble. Los trabajos de C. y S. Botella me han aportado un enfoque muy valioso. Cito un extracto de su artículo «L'homosexualité inconsciente et la dynamique du double en séance»:

Estimamos que todo analista, a semejanza de la evolución imaginada por nosotros en Freud, puede servirse, con ocasión del encuentro analítico, bien del juego transferencia-contratransferencia homosexual, revelador de la historia de la neurosis infantil del analizado, bien del juego del doble en Identidad de Percepción: un modo de relación en contacto directo no con los mecanismos y fantasmas inconscientes del analizado - como es habitual en el trabajo analítico - sino con sus puntos de ruptura que abren oquedades en la continuidad psíquica. Es particularmente revelador de lo que no se ha podido recuperar en la historia infantil, de ahí su importancia y su necesidad en los análisis de los casos límite. Ocultado la mayoría del tiempo por la dinámica homosexual inconsciente y el trabajo del Yo preconscious que quiere evitarlo, llamamos a ese modo de relación funcionamiento o trabajo en doble.

Más adelante, los autores concretan:

Si, como hemos visto, al analizado se lo conduce por diferentes caminos a hacer un doble homosexual de su analista, el analista, por su parte, al no tener la necesidad de investir al analizado como un doble homosexual, más habituado como está a la inquietante extrañeza, tendrá a su disposición tanto el trabajo en Identidad de Pensamiento como el de en Identidad de Percepción, pudiendo traducirse en él este último por un trabajo de figurabilidad próxima al trabajo del sueño. Impregnada de las características del analizado, esta figurabilidad, en el modelo de la relación del sueño con los restos diurnos y las «impresiones corporales», se inscribirá en continuidad con el psiquismo del analizado

La identificación, la regresión compartida, la regredencia del pensamiento del analista permiten acceder a una determinada comprensión de las disposiciones psíquicas en las que se encuentra Romain. Participan del efecto paraexcitante así como del trabajo de conexión y de organización que reunifican y refuerzan el Yo. Hacen posible la expresión de las diferentes modalidades de relato de las pesadillas siguiendo la vía progrediente de los niveles de representaciones.

Funciones y articulaciones de los relatos

¿Por qué esta repetición de los relatos?

Doy preferencia a algunas hipótesis:

La repetición da cuenta de los límites evidentes y previsibles del efecto traumatolítico de una única entrevista, ella misma traumática en algunos aspectos.

Se puede ver en ella la movilización de defensas diurnas dominadas por el control. La conminación de escribir sería una expresión de ello entre otras. Permite garantizar un control eficaz sobre el objeto-analista actuando al mismo tiempo sobre el equilibrio activo / pasivo. El relato de un sueño moviliza inevitablemente defensas que participan en la deformación del sueño. La repetición de los relatos refuerza la dimensión defensiva, acentúa la deformación y marca la distancia entre contenido manifiesto y contenido latente.

El recurso a la compulsión de repetición es necesario para garantizar la apropiación subjetiva de las experiencias traumáticas en la realidad.

La repetición pretende integrar en el Yo contenidos oníricos que siguen siendo traumáticos. Da cuenta, por tanto, del fracaso del sueño y de la tentativa de efectuar conexiones con el estado de vigilia. Los recursos a la palabra, a la escritura, al dibujo, al juego van en el sentido de prolongar el trabajo del sueño, que se ha comprobado que ha fallado.

La práctica clínica del psicoanálisis de niños se enfrenta a la diversidad de soportes empleados para representar la vida psíquica y elaborar los conflictos internos. En este aspecto, Romain quema todos los cartuchos y se sirve de la palabra, de la escritura, del dibujo y del juego. La existencia dentro de una misma sesión de tal diversidad de medios de expresión merecería un desarrollo que nos llevaría demasiado lejos. Me contentaré con hacer algunos comentarios centrados en sus especificidades.

El relato / palabra no es privativo del niño. Está clásicamente admitido que los niños de la edad de Romain raramente evocan sus sueños de modo espontáneo, lo que la mayoría de las veces se hace por medio de la expresión oral. El relato / palabra hacia el que, sin embargo, tiende el niño mantiene la coherencia de pensamientos entre sí, pero también con pensamientos similares. Se inscribe en una red de historias intersubjetivas. El niño que cuenta sus sueños ya ha construido un conato de temporalidad personal y de continuidad psíquica. La situación de la entrevista con Romain no se presta mucho a un análisis profundo y significativo de sus aptitudes al relato / palabra. Si, en un primer momento, el relato es ininteligible, lo es principalmente bajo los efectos del trauma. Al final de la consulta, la conformación del relato se organiza. Parece, pues, que se ha beneficiado del efecto organizador de la investidura objetual. Pero el segundo relato se dirige a la madre, personaje familiar que, por ello, es un interlocutor privilegiado a esta edad. ¿Quiere Romain compartir su relato en un momento organizador de su familia?

La escritura de la pesadilla de Romain, que yo realizo a su demanda y a su dictado, mejora la organización del relato. Ya hemos visto que, probablemente, da cuenta de un deseo de control. ¿Control de la excitación, del lenguaje, del objeto, investidura en dominio (P.Denis)? Ponerlo por escrito puede también entenderse como una demanda de apoyo gráfico. El soporte concreto materializa un continente. Lo escrito al dictado deja una prueba tangible de la implicación psíquica del analista. ¡Las palabras se las lleva el viento, lo escrito queda! La trayectoria de la representación invita a los dos aparatos psíquicos. El del niño en la traducción de la imagen onírica a palabras; el del analista en la transformación de la palabra en símbolo escrito. De la representación psíquica a la representación gráfica, el trabajo de transformación pasa por la apropiación psíquica por parte del analista del contenido manifiesto de la pesadilla, tiempo de impregnación que invoca la palabra, la imagen y lo escrito.

La página de escritura se convierte en una huella testimonial de una experiencia transicional compartida. La pesadilla, objeto psíquico de Romain, se convierte también para mí en un objeto psíquico que deja huella. Objeto compartido difiere significativamente, sin embargo, de una parte, por la doble disimetría analista / analizante, adulto / niño; y de otra, por el hecho del alejamiento entre sueño (huella para Romain) y relato del sueño (huella para el analista).

Me pregunto sobre los efectos de mi intervención: «Eso es mucho» ¿Participa en un movimiento de apertura psíquica? ¿Favorece una especie de ir más allá por el

retorno de lo reprimido bajo forma de una segunda pesadilla?

La rememoración de la segunda pesadilla que Romain dibuja está acompañada de una disminución de excitación. Las capacidades de mentalización y de representación progresan hasta el punto que el relato / dibujo se enriquece con un comentario - relato / palabra bastante inteligible-. La realización de un dibujo es posible porque Romain ha reencontrado un cierto control psicomotor y un dominio de la representación gráfica. La imagen onírica, intrapsíquica, estrictamente personal, se organiza, encuentra un apoyo concreto, continente, que sostiene y adquiere una exterioridad por el dibujo. Esta «imagen concreta» del dibujo no es la imagen mental del sueño, sufre las transformaciones del relato.

En tanto que modo de expresión del inconsciente, el dibujo se dirige al analista. Es un punto de encuentro psíquico que pasa por una percepción compartida.

El relato / dibujo y su comentario se interrumpen brutalmente por el «¡Y ya está!» de Romain. He dicho antes, que eso me evocaba lo repentinamente que uno se despierta de una pesadilla.

Esta asociación me incita a formular unas hipótesis:

El trabajo psíquico efectuado ha tenido al menos dos efectos manifiestos: la disminución de la excitación y la progresión de la mentalización, como demuestra el recurso cada vez más manifiesto a las representaciones de palabras mejor organizadas. Este movimiento progrediente permitiría que Romain desinvistiera, o se desprendiera, de una corriente regresiva impregnada por la regresión formal que acompaña a una actividad onírica desbordada por los afectos.

La repetición de los relatos tendría, entonces, la función de continuar el trabajo del sueño, para paliar, en la vida diurna, los fallos nocturnos. Sabemos que la pesadilla atestigua el fracaso del trabajo del sueño, el relato del sueño también, pero en menor medida. Un sueño que ha tenido éxito absoluto, no deja recuerdos. ¿Funcionaría este equivalente diurno del trabajo del sueño según el modelo de los procesos terciarios (A.Creen) en cuanto son procesos de conexión, modalidades de regulación entre procesos primarios y procesos secundarios y / o entre representaciones de cosa y representaciones de palabra? Al restablecer la predominancia de un funcionamiento en procesos secundarios y en representaciones de palabra, este trabajo diurno restaura la barrera entre el estado de sueño y el estado de vigilia, barrera que sabemos porosa en el niño. La investidura objetal sobre el analista reduce la dimensión narcisista del reposo y del sueño. La consulta permite modificar el equilibrio entre investidura narcisista y investidura objetal en provecho de estas últimas. Reactiva, en efecto, una circulación libidinal que pasa por el objeto.

Romain abandona ese hueco en el que evolucionaba, entre vigilia y sueño. Entonces es cuando está en condiciones de aludir a la realidad de su situación y de explicarme lo que le lleva a desear vivir con su padre. Romain, en la continuidad de

su subjetividad, es, entonces, capaz de distinguir dos estados psíquicos que se articulan sin confundirse: «el niño del día» y «el niño de la noche» (R.Puyuelo).

Retomo el curso de la consulta.

Vuelve la madre. Romain descarga sobre ella los relatos / palabra de los dos sueños y confirma su deseo de vivir con su padre. La carga afectiva es manifiesta pero no desorganiza los relatos, que siguen siendo comprensibles.

Se manifiesta un movimiento aparentemente regresivo por el paso del relato / palabra al relato / juego. El relato / juego se prolonga en un relato / escenificación, lo que atestigua un resurgimiento progresivo si consideramos esta escenificación como un juego de latencia.

He calificado el primer movimiento de «aparentemente» regresivo.

Desde luego, respecto a una cierta jerarquización de la mentalización, hay regresión de la palabra al juego. Por ello, la barrera que permite distinguir el universo del sueño del de la vigilia permanece intacta. Freud, en «El creador literario y el fantaseo», precisa que «el niño diferencia muy bien su mundo lúdico, a pesar de toda su investidura afectiva, de la realidad». Esta distinción permite también diferenciar el estatus del sueño del juego. La conexión analógica del juego (hacer como si...) es fundamentalmente diferente de la satisfacción alucinatoria del sueño (el que sueña no percibe la imagen onírica como la cosa, es la cosa en acción). La regresión sólo se entiende aquí como tal en referencia a la mentalización, pero no es regresión total respecto al funcionamiento psíquico de Romain al principio de la consulta.

El relato / escenificación tiene también un estatus particular, pues a menudo se acompaña de un relato / palabra que comenta la acción. La palabra puede expresarse claramente o se organiza en un relato / palabra interior. Podemos suponer que en Romain existe un relato / palabra en off, sólo son audibles pequeños ruiditos.

Acabo con algunas de las preguntas que me planteo tras esta consulta.

Romain me muestra las potencialidades y la movilidad de su funcionamiento psíquico.

¿Sería preferible precisar: Romain me muestra, en tanto que analista hombre, las potencialidades y la movilidad de su funcionamiento psíquico?

¿Esta predisposición la provocan las circunstancias? ¿Se inscribe duraderamente en la psique?

¿La calidad de su funcionamiento aparece a pesar de o gracias al hecho de que él y yo sabemos que probablemente no habrá más consultas a medio plazo?

„Se puede, entonces, hablar de consultas terapéuticas?

# Sobre el destino en sesión de los relatos de pesadillas

SARA BOTELLA

## Introducción

[La notable exposición de François Kamell](#) de la sesión analítica con un niño, porque es realmente así como hay que llamar a su segunda conversación con Romain, da muestra de la extrema complejidad de la situación analítica con niños, en el transcurso de la cual los procesos y los movimientos psíquicos desembocan en cambios inesperados que implican simultáneamente a los dos psiquismos en sus alcances dinámico, tópico y económico máximos. Mi contribución se limitará a desarrollar brevemente algunos aspectos teóricos en torno a la pesadilla, la del niño, explícita, y la del analista, que se acuerda de una pesadilla de su infancia.

1 Expondré mi tema en tres puntos: el análisis de la constitución del relato del niño, la sesión y el principio holográfico, y el déjiz vu del recuerdo de la pesadilla del analista.

## Análisis de la constitución de un relato de una pesadilla

### La cuestión del método del análisis del relato

Mi observación preliminar es avanzar la idea de que, en la sesión de Romain, existirían diferentes destinos posibles de la pesadilla del niño. Éstos estaban presentes, al menos potencialmente, y podían desplegarse en diferentes niveles de representancia pulsional, en una especie de aceleración y de expansión tópica que implica, igualmente, al psiquismo del analista. Romain «quema todos sus cartuchos» para multiplicar los modos de expresión: palabra, escritura, dibujo, juego; al mismo tiempo, el pensamiento del analista se sumerge en el recuerdo de una pesadilla de su infancia. En esta «inflamación» de la diversidad de lugares, de formas, los destinos de los relatos de la pesadilla de Romain se representan, actúan - insisto sobre este punto, pues me parece capital-, antes incluso de que se forme el relato de acuerdo a las leyes del preconsciente.

Obviamente, con Romain, no se trata, hablando con propiedad, del análisis del relato de su pesadilla, pues, de hecho, el relato iba constituyéndose a lo largo de toda la sesión. No podía haber análisis más que en una aproximación posterior a este trayecto de la constitución del relato en el que la pesadilla se iba manifestando sucesivamente bajo diferentes formas, con una fuerte convergencia de la realidad de los dos psiquismos. En la sesión con Romain, la organización progresiva del relato en el niño y la simultaneidad del surgimiento del recuerdo de la pesadilla en el analista

tenían una función muy concreta en el procedimiento de investigación.

1 A pesar de su particularidad, se puede afirmar que un desarrollo así de la sesión con el niño no plantea problemas según la definición del psicoanálisis avanzada por Freud en 1923: «El psicoanálisis es el nombre de un procedimiento para la investigación de procesos mentales que apenas son accesibles de otro modo»<sup>2</sup>.

1 En cambio, existe un verdadero problema que no deja de dividir a los psicoanalistas respecto al análisis del niño. Se deriva de la definición del método freudiano cuyo fundamento es la utilización de un preconsciente asociativo. El problema es el siguiente: ¿se puede hablar de práctica psicoanalítica si realmente no se emplea el método de la asociación libre? Incluso aunque se acepte que el juego y el dibujo del niño son, hasta cierto punto, equivalentes a los relatos y a las asociaciones en el paciente adulto, las particularidades, como las de la sesión con Romain, nos obligan a confrontarlas con las ideas fundamentales de la definición del método estándar. Más aún cuando ponen de relieve un fenómeno general a todo análisis con niños.

Yo diría que, en cualquier análisis con niños, el analista se encuentra en una situación que recuerda la de la época del descubrimiento del método psicoanalítico. Freud encontró los fundamentos del psicoanálisis gracias a un método en el que el soñante y el analista del relato del sueño eran la misma persona; donde la actitud mental «flotante» remite de igual modo al analista que había soñado y al soñante convertido en analista. Situación excepcional que todo autoanálisis intenta reinstalar. Pero la definición del método de investigación del Ics que adoptará Freud podrá integrar sólo parcialmente el método inicial. Se tratará entonces de un paciente soñante-creador y de un analista oyente, para quien el acceso al trabajo de creación del sueño y de su relato es forzosamente problemático, incluso imposible. Esta ruptura con la simetría entre soñante y analista de La interpretación de los sueños será vencida por la asimetría heurística de la relación entre analista-objeto de transferencia y paciente-objeto de análisis - en suma, por la situación psicoanalítica.

Durante mucho tiempo, se ha pensado que el analista que sueña con un paciente debería volver al diván. El seminario que dirigí hace algunos años sobre este tema me ha hecho comprender que el problema es muy complejo y que, a poco que el analista sea capaz de analizar su sueño, y con la condición de que su sueño esté bien dilucidado a la luz de determinados elementos de las sesiones, éste puede representar no sólo un enfoque precioso en un momento en el que la situación psicoanalítica se encuentra con dificultades, sino también un paso determinante, una fuente de profundización en determinadas zonas psíquicas del paciente que de otro modo quizá habrían permanecido desconocidas.

1 Actualmente, se empieza a comprender el interés que tiene el estudio de esta sorprendente dinámica de dos psiquismos trabajando, ni totalmente separables ni realmente unificables, y a describir un trabajo analítico complementario cuyo modelo sería comparable, hasta cierto punto, al de la situación del descubrimiento. Salvo que

el juego intrapsíquico de continuidad-discontinuidad entre el psiquismo de la noche y el psiquismo del día propio de todo autoanálisis se transfiere a la relación entre dos psiquismos. Gracias a la comprensión de esta dinámica, aumenta la eficacia del análisis del sueño del paciente.

Esto es evidente con Romain: el relato final de la pesadilla que, por fin, ha podido dar el niño al cabo de un largo recorrido reflejaba sólo de forma aproximada y burda la complejidad de los destinos posibles de la pesadilla que se va presentando a lo largo de todo el trayecto recorrido. Respecto a esto, se ha podido constatar, en la sesión con Romain, que el trabajo analítico y la interpretación no podían sostenerse y explicarse por la habitual causalidad psíquica en términos de sucesión de hechos y conexiones. Los constituyentes psíquicos de la sesión, incluida la relación, habían sido «devorados» y «digeridos» por las pesadillas.

### La sobredeterminación del relato

Nos equivocáramos si consideráramos que la simple resultante de la concentración en una sola representación de una serie de desplazamientos es una condensación. Si se piensa bien, es una simplificación y con ello se gana en comprensión si se tiene en cuenta: 1. que lo propio del proceso primario del desplazamiento de la investidura es su tendencia a desplazarse más y más, por decirlo de algún modo, su resistencia a la condensación; 2. que la condensación es la característica de los pensamientos latentes y, más ampliamente, de todo pensamiento inconsciente; su acción se extiende, pues, al conjunto de los recorridos ramificados de los desplazamientos. Por tanto, podremos distinguir dos metodologías complementarias dentro del método analítico: el análisis de la complejidad de los desplazamientos y el de la complejidad de la condensación.

Freud, en su autoanálisis, toma muy en consideración los límites del análisis por desplazamientos asociativos: «Cualquiera que sea el sueño que someta a semejante disección, constantemente encuentro confirmados los mismos principios, a saber, que los elementos del sueño se forman a partir de toda la masa de pensamientos del sueño y que cada uno de ellos, en relación a los pensamientos del sueño, aparece determinado por múltiples formas.» Lo que le hace decir que entre el contenido manifiesto del sue [no que se ha formado a partir de toda la masa y la propia masa de pensamientos del sueño, existe «un encabalgamiento particularmente ingenioso de relaciones mutuas»](#)<sup>3</sup>. Subrayo el término «mutuas», porque eso supone la existencia de una interacción permanente entre «elementos» y «masa», lo que implica incesantes modificaciones.

[De nuestras lecturas de «La interpretación de los sueños», de los análisis que hace Freud de sus propios sueños, recordamos sobre todo su investigación metódica basada en los desplazamientos que siguen sus asociaciones de ideas, las cuales le conducen al descubrimiento de las representaciones inconscientes contenidas en cada uno de sus sueños. Pero Freud también buscaba algo más, sin habernos transmitido, desgraciadamente, el método. Tan pronto nombrado como «factor primario», tan](#)

pronto, como «esferas inextricables» o, también, como «fuente profunda», era algo cuya descripción más explícita que nos da de ello es: «... se tiene la sorpresa de encontrar en el sueño al niño que sigue viviendo con sus impulsiones»4.

Por ejemplo, en el análisis del sueño de la Monografía botánica, Freud comunica sus asociaciones pasando de representación en representación: ciclamen flor favorita planta de coca plato preferido - alcachofa deshojar hoja a hoja herbario - gusano de libro rata de biblioteca. De alguna manera, demuestra así lo apto que era su método para restituir punto por punto las representaciones inconscientes del soñante. Sin embargo, añade: «Además, puedo asegurar que el sentido último del sueño, que no he desarrollado aquí, está en la más íntima relación con el contenido de la escena de infancia» 5. Se trata de Freud, niño de cinco años, que arranca páginas de un libro con láminas de colores que le había regalado su padre. ¿Deberíamos considerar este recuerdo de infancia como el resultado del análisis del sueño? ¿O se trataría de un nuevo punto de partida para el análisis, un nuevo contenido manifiesto? Freud no se pronuncia. Lo que yo entiendo es que esta figura última, la escena en la que arranca las páginas, al superponerse al análisis del relato del sueño, que había seguido el método de las asociaciones por desplazamiento, habría permitido a Freud encontrar ahora, gracias al recuerdo, una inteligibilidad en concordancia con la complejidad de los pensamientos latentes del sueño fusionados de manera inextricable con la masa opaca de las impulsiones infantiles. Pensemos en lo que Freud llama el del sueño, «un ovillo de pensamientos que no se deja desenredar». omblijo. El resultado de este trabajo de análisis, la inteligibilidad resultante de un proceso asociativo que ya no «disecciona», que ya no desplaza, podemos entenderlo como lo específico de la sobreinterpretación (Uberdeutung)7 y lo que la diferencia de otros procedimientos interpretativos.

La sobreinterpretación globalizante

Debido al efecto de una fuerte condensación inherente al trabajo del sueño, todos los sueños estarían sobredeterminados y, por ello, su interpretación siempre sería susceptible de una sobreinterpretación. Respecto a la definición del término, tenemos la posibilidad de: a) volver al sentido con una nueva interpretación que procure seguir desenredando una y otra vez los puntos nodales, las marañas de las redes de las cadenas significativas, lo que podríamos llamar, con Freud, «la interpretación fraccionada del sueño»; b) o volver a la idea, especialmente en la línea del análisis del sueño de la Monografía botánica, de una interpretación característica que apunte al conjunto de los constituyentes de la realidad psíquica, al conjunto de las «raíces pulsionales» del sueño'. Esta interpretación globalizante no pretende ya desenredar el «ovillo de pensamientos del sueño», sino que busca hacerlo inteligible. El valor metapsicológico de la vuelta de la escena de la infancia sería que esta escena, gracias a su relación de superposición con la «masa opaca», «fusionada», «inextricable» de las impulsiones del «niño que sigue viviendo» en cada sueño, puede hacer que la mencionada «masa opaca» sea figurable, interpretable. Más adelante, abordaré la idea de una inteligibilidad por superposición.

En el caso de la pesadilla de Romain, en ausencia de redes de cadenas significativas y, en consecuencia, en ausencia de asociaciones por desplazamiento y de rememoración, se imponía la sobreinterpretación. Su pesadilla, en estado de desorganización, no era decible ni, incluso, realmente figurable: «esto es mucho», comenta el analista; y para el niño «es todo». François Kamel tiene razón al considerar la forma indecible de la pesadilla del niño como formación «sintomática de los representantes» y al atribuirle un estatus metapsicológico original y no simplemente el de un fracaso del trabajo del sueño. Ese estatus particular del recuerdo de la pesadilla de su propia infancia es lo que ha hecho posible la realización del relato de la pesadilla del niño.

El proceso que conduce a la sobreinterpretación, tal como yo lo he entendido, sería el siguiente: en el hic et nunc de los «efectos de la no relación con la madre», según los rastros de sus respectivas experiencias, el psiquismo del analista y el psiquismo del niño convergían hacia el mismo nivel basal de representancia del acontecimiento en curso: la pesadilla. Al restituir, por medio del recuerdo de su pesadilla, el «factor primario» de su vivencia contratransferencial de la sesión, el analista podía conocer algo tanto de la recuperación de sus propias impulsiones infantiles como de la lógica más inconsciente, la más profunda de la pesadilla de su paciente con dificultades para conformarse como relato. Gracias a esta preciosa e indispensable contribución al procedimiento de investigación, el analista ha podido acceder a la inteligibilidad de un «trozo de la vida del alma infantil» no «superada» de su joven paciente.

## Relato y destinos del relato

[La concepción del sueño de Freud sigue la evolución de su pensamiento: en 1900, el sueño es un cumplimiento de un deseo; en 1932, el sueño es una tentativa de cumplimiento de deseo. Tentativa en el sentido del contexto de las últimas líneas de la «Revisión de la doctrina del sueño», donde Freud se ocupa de la función del sueño, de la dificultad de la actividad del trabajo del sueño, que «querría transformar las huellas mnésicas del acontecimiento traumático en un cumplimiento de deseo», pues «también hay que conceder a las experiencias vividas en la infancia \(Kinderheitserlebnisse\) su carácter traumático»<sup>10</sup>.](#)

[En el contexto de esta última teoría del sueño, la pesadilla deja de ser un «testigo de cargo contra la teoría del cumplimiento de deseo»". Con la valorización de una función del sueño que consiste en intentar transformar la vivencia traumática inconsciente de las experiencias de la infancia, el estudio del sueño se aparta de la teoría general de las neurosis y se presenta como una aproximación insuperable a una función fundamental, organizadora de la vida psíquica. La nueva concepción del trabajo del sueño sobrepasa la definición de este último en cuanto formación de compromisos que gobiernan, bajo los efectos del juego de fuerzas entre instancias, una «salida de emergencia» al inconsciente, permitiéndole descargar disfrazadamente su excitación. La función primordial de «transformación de las huellas traumáticas», característica del trabajo psíquico en estado de sueño, se inscribe - es incluso el](#)

[paradigma - en la línea de pensamiento del axioma que define la pulsión como «la medida de la exigencia de trabajo que supone»` para el psiquismo.](#)

Lo que me parece destacable en la dinámica del trabajo psíquico de la sesión con Romain, es que, gracias al recuerdo de la pesadilla del analista, haya permitido manifestar al analista la pesadilla del niño, antes incluso de que se formara el relato. De este modo, aseguraría la continuidad de la actividad analítica en un momento en el que los discursos, los contenidos mismos, no pudieran todavía definir los procesos inconscientes en curso ni, incluso, informar sobre ellos.

Es muy probable que, sin la contribución del psiquismo del analista marcado por la regredencia de su pensamiento - causa y consecuencia del retorno a un elemento de su propia infancia-, un proceso asociativo de orden progrediente por su parte también habría desembocado en una escena de pesadilla, pero en otra totalmente diferente: por ejemplo, la de una madre que no deja de hablar, que ni ve ni oye a su hijo. En el trabajo psíquico del analista, lo esencial de la diferencia entre los dos procedimientos, el regrediente y el progrediente, reside en el efecto del producto final - el producto final es aquí la vuelta del recuerdo de la pesadilla de la infancia, y no una construcción-. Esta última habría clausurado las circunstancias en la representación de una escena, mientras que la vuelta del recuerdo de la pesadilla, en lugar de clausurarla, abre una vía a la inteligibilidad del despliegue de la vida pulsional todavía sin representancia estable del niño y a la investidura de su advenir.

La pesadilla de P. Segei

[La brillante y minuciosa reconstrucción de la escena primitiva, a partir del relato de una pesadilla de la infancia en la cura llevada a cabo por Freud con el Hombre de los lobos, contrasta drásticamente con la imposibilidad del paciente para reconocer los lazos entre esta escena reconstruida y el recuerdo de la experiencia de su pesadilla; P. Sergei verá en la construcción sólo un objeto de interés para Freud. Peor aún, como si Freud se hubiera apropiado de su pesadilla y ahora él, desposeído de este recuerdo con valor organizativo, se quedara, en adelante, sin escena, sin relato, solo con sus experiencias de espanto..., solo con el odio de la reconstrucción impuesta por Freud. Lo que hará que le diga, mucho más tarde, a la periodista Karin Obholzer: «Mire, todas esas construcciones, por lo menos hay que ponerlas en duda. ¿Usted cree en todas esas construcciones de los psicoanalistas?... ¿Esa escena con los lobos blancos, que se supone que eran mis padres y su coito?...» La inquebrantable convicción \(sichere Uberzeugung\) que tiene Freud de la realidad de la escena reconstruida, «convicción que no cede en absoluto a la fundada en el recuerdo»<sup>13</sup>, no se produjo en él.](#)

[¿De dónde viene entonces esa diferencia, ese abismo entre lo que uno y otro de estos hombres consideran como realidad de la infancia? El analista tuvo muy rápidamente la intuición de que «detrás del sueño se ocultaba la causa de su neurosis infantil»<sup>14</sup> y que «algo desconocido» ofrecía una posibilidad inesperada para reconstruir el pasado infantil de su paciente. Para Sergei, la realidad del recuerdo de](#)

[su pesadilla, los relatos repetidos de la pesadilla de su infancia respondían solamente al sentimiento de realidad \(Wirklichkeitsgefühl\)](#)<sup>15</sup> perceptivo de esa pesadilla de la infancia. Para él, la sutileza del sentimiento de realidad de un reencuentro que puede despertar una reconstrucción, su carácter subjetivo de verdad, su regredencia temperada, no tenían relación alguna con el impacto alucinatorio, perceptivo, de la realidad del contenido manifiesto de su pesadilla.

En efecto, marcado por figuras, mociones, sensaciones, el impacto psíquico del retorno de una pesadilla, del mismo modo que el del retorno de su recuerdo, no procede de la eficiencia de la intemporalidad del inconsciente, primera tópica, de la fuerza de los afectos inseparables de los representantes-representaciones de las pulsiones y objetos de la infancia, sino del hecho de la ausencia de formaciones intermediarias de elaboración, ausencia que da libre curso a la actualidad de los impulsos del ello que anticipan el tiempo de la percepción del pre-consciente-consciente. Esta autonomía de la vía de retorno de las experiencias de pesadillas de la infancia, vía que rechaza todo pensamiento, que es esencialmente negativa en relación al yo consciente, no rechaza, sin embargo, la figuración del acto ni el gesto. Entonces, ¿qué habría permitido, en la sesión entre Romain y su analista, a sus dos psiquismos una gran libertad mocional de las figuras sin atadura, nómadas, de las experiencias de sus dos pesadillas y, a la vez, su fijación inmediata, su sedentarización o sedimentación en un relato (que se mantiene interior en el analista) repetible y, por tanto, compartible?

Mi hipótesis es que la experiencia compartida de una regresión regrediente a un modo de representancia pulsional alucinatoria ha cortado la vía a las «impresiones» actuales ligadas con la madre y a sus posibles significaciones (escena primitiva, abandono, castración...) Habría permitido al niño superar, esta vez, la repetición de experiencias traumáticas de su vida actual, siendo la esencial de ellas el temor a la pérdida del padre. En cuanto al analista, la regredencia le lleva a reencontrar el recuerdo de la pesadilla de su infancia, que iba a desempeñar el papel, a la vez revelador y organizador, del relato de la pesadilla del niño. Así, la experiencia perceptiva-alucinatoria de una pesadilla, que, en el uno, todavía no está acondicionada en sistema de huellas mnésicas, puede superarse bajo el efecto organizador del retorno del recuerdo de una experiencia endo-alucinatoria - en este caso, el recuerdo, en el otro, de la pesadilla-. Más concretamente, por el hecho de que el psiquismo del analista se encuentra, en el presente, en un determinado estado regrediente del pensamiento, la reactualización inopinada de una experiencia infantil que en él ya se ha constituido en sistema de huellas, y que por tanto es memorable, [puede asumir la inteligibilidad de una experiencia actual del niño y, por ello, facilitar el acceso a la formación de los contenidos. En la sesión con Romain, en ausencia de un relato de contenido manifiesto, más aún cuando éste no estaba ni tan siquiera constituido, el trabajo del analista se enfrentaba directamente a la «masa opaca» de los pensamientos latentes, de las impulsiones infantiles, que sólo podía hacer explícita su transformación en calidad de «imagen mnésica»](#) (Erinnerungsbild). Sin llegar a un contenido manifiesto, se trataría más bien de un destino de la pesadilla del niño que de un destino del relato de la pesadilla.

## La sesión y el principio de coherencia holográfica

Cuando he practicado el psicoanálisis con niños, a menudo, he pensado que la sesión permitía investigar un campo psíquico más amplio que el de la sesión con adultos. Y no solamente debido a una mayor participación de la percepción de los órganos de los sentidos. Con el niño, el procedimiento de investigación en busca de una restitución del conjunto de fuentes de un acontecimiento psíquico revelaba, más fácilmente que con el adulto, una propiedad que podríamos relacionar con principio de coherencia holográfica.

Me ✓ refiero a la teoría de la óptica coherente formulada por D. Gabor en 1948 (premio Nobel en 1971). Por lo que he entendido, nuestro ojo sólo es sensible a la intensidad de las ondas que recibe, sólo ve punto por punto. Pero esto no justificaría una concepción de la fuente visual reducida al modelo clásico de la óptica, es decir a una concepción que no tuviera en consideración las zonas ciegas, la opacidad entre los puntos. En realidad, percibimos un objeto sólo porque el propio objeto modifica los parámetros de la onda luminosa: amplitud, fase..., y lo hace antes de que nuestro órgano sensorial, el ojo, la reciba. De esto resulta la invención del holografo, ese instrumento capaz de aplicar el principio de D. Gabor, de incluir cada una de las fuentes luminosas en cada parte del holograma. La práctica de la holografía relanzará una idea que la cultura china había sido la primera en enunciar. Un principio según el cual, mientras las partes estén en el todo, el todo está en cada una de las partes. Actualmente, su importancia la recono [cen la mayoría de los filósofos e historiadores de la evolución del pensamiento. Edgar Morin lo considera como una de las características principales del pensamiento contemporáneo. Por su parte, André Green lo señala en una de sus últimas obras 17.](#)

[Sabemos que Freud en el capítulo VII de La interpretación de los sueños consideraba la óptica clásica \(microscopio, telescopio\) como un modelo para pensar el funcionamiento del aparato psíquico. Sin embargo, es sorprendente comprobar hasta qué punto los dos capítulos precedentes de la misma obra, el V y el VI, y más generalmente en el análisis de sus propios sueños, evocan el modelo de la óptica coherente. Siquiera sea en el análisis del sueño de la Monografía botánica donde, partiendo al descubrimiento de las fuentes de los pensamientos de su sueño, las asociaciones de Freud, que van de representación en representación, de punto en punto, están consideradas al mismo tiempo como un todo en el que cada representación implica a la totalidad de las asociaciones, del mismo modo que la opacidad entre los puntos representables implica toda la masa de los pensamientos del sueño, por naturaleza inaccesible siguiendo el método asociativo. Lo que me lleva a la idea de que el procedimiento inicial emprendido por Freud en la búsqueda del sentido del sueño seguiría una doble vía: una está claramente explicitada por sí misma, la de la interpretación basada en la rememoración a partir del relato de la imagen del sueño, imagen cuya formación implica ya la de su relato y es inseparable de ella, del mismo modo que la representación de cosa es solidaria de la representación de palabra 18, así como de las asociaciones que suscita; la otra es un procedimiento que Freud se limita a sugerir, centrado en la imagen del recuerdo de la](#)

infancia (Erinnerungsbild) del soñante en tanto que «factor primario» directamente pulsional del sueño.

Esta doble perspectiva en el método inicial de Freud - en el que él era a la vez el soñante, el autor del relato del sueño y el analista del relato y del recuerdo sobredeterminado de la infancia - ¿sería defendible para el analista en sesión, él que no es el soñante del relato? ¿Cómo podría él superar la incapacidad de su conciencia que, al igual que el órgano del ojo, sólo sería sensible a una parte de las informaciones procedentes de su paciente? ¿Tendría, para ello, que aceptar contradecir el funcionamiento habitual de su inteligibilidad y de su pensamiento?

Y, para ir más lejos aún en la analogía con la óptica coherente, ¿debería saber el analista sobreinterpretar, en el sentido implícito que yo atribuyo a este término, el contenido de la escena de infancia del paciente «leyendo» el «holograma» psíquico de la sesión? Teniendo en cuenta los límites de «excitabilidad» de su conciencia, el analista aprendería a explorar la masa de informaciones contenidas en la escena de infancia de su paciente, a semejanza del que utiliza el hológrafo, que superpone una onda de lectura a las ondas difractadas por el objeto así como a las ondas de referencia que sirven para localizar las primeras; aprendería a «leer» los «hilos invisibles» de la «imagen-recuerdo» de su paciente gracias a que un hilo, uno solo, procedente del objeto-paciente sería idéntico al que él ha superpuesto y cuya fuente es el propio dispositivo, es decir su propio psiquismo, incluso su propia imagen-recuerdo en tanto que signo, pero no en tanto que contenido.

[1 Pero ante el temor de no llevar demasiado lejos la analogía y en el deseo de no abusar de este aspecto altamente técnico del holograma, me gustaría al menos recordar la idea de una función de inteligibilidad por superposición!](#)

Por ejemplo, en la sesión con Romain, la inteligibilidad analítica procede de una doble superposición: a) la superposición de un factor primario idéntico a los dos psiquismos: el de la regresión regresiva hasta el nivel basal de representancia «de los efectos de la no-relación con la madre», la pesadilla; b) y la superposición del recuerdo de la pesadilla del analista, que da forma al relato.

El déjá-vu del recuerdo de la pesadilla

Atribuir este valor de inteligibilidad al recuerdo de la pesadilla del analista nos sitúa en un contexto metapsicológico muy complejo respecto a la función clásica de rememoración en la cura analítica. En la sesión con Romain, lo que provoca en el analista la endopercepción del recuerdo es la urgencia de dar sentido al presente. Aquí, el retorno del recuerdo se hace directamente y en continuidad con la percepción de los órganos de los sentidos, por decirlo así, in live. El valor económico-dinámico de esta rememoración reside en el hecho de que el recuerdo de la pesadilla del analista, en tanto que déjá-vu, sustenta la inteligibilidad, la legibilidad de la experiencia psíquica actual del paciente que, de otro modo, no tendría acceso a la conciencia del analista.

El déjá-vu de la pesadilla sería un verdadero acto de juicio de existencia. Su diferencia con la «función intelectual del juicio»<sup>20</sup> - que se refiere a «la existencia real de una cosa representada» - es que el juicio del déjá-vu se refiere a una cosa endopercibida que no sería un representante-representación, sino un representantepercepción de las mociones pulsionales.

1 No se trata, por tanto, de saber «si algo presente como representación dentro del yo puede volver a encontrarse también en la percepción (realidad)...., de convencerse de que todavía está presente» u, sino de saber si algo endopercibido, todavía no representado y, por ello, no perceptible como realidad del presente, sin embargo, existe y también puede volver a encontrarse en la percepción (realidad) de los órganos de los sentidos.

En este papel del acto del juicio de existencia del déjá-vu, reencontramos el asombroso carácter contradictorio del trabajo psíquico de la prueba de realidad de la teoría freudiana, cuyo contenido ya hemos intentado reflejar por medio de la formulación: la realidad no está «solamente adentro sino también afuera»<sup>22</sup>.

En cuanto al examen del sentimiento del déjá-vu de la pesadilla que participa en el juicio de existencia, nos reconduce, retrocediendo en el tiempo en la obra freudiana, a ese otro artículo metapsicológico de importancia comparable: Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico (1911)<sup>23</sup>, en el que se trata de un sentimiento específico que acompaña a todo recuerdo y que está igualmente presente en el sueño y en el delirio: el sentimiento de realidad efectiva (Wirklichkeitsgefühl).

Al estar el día normalmente al servicio del principio de realidad, el sentimiento de realidad efectiva es inseparable de la representación del «estado de hechos reales» de todo acontecimiento externo o interno. «Cobra relieve... la significatividad de los órganos sensoriales dirigidos al mundo exterior y de la conciencia vinculada a ellos»<sup>24</sup>. Bajo su efecto, el yo consciente que ha experimentado la regresión del analista reaccionará a determinados hechos de la sesión, como el déjiz-vu: «Sí, lo que pasa es de verdad, real, me acuerdo.»

## Epílogo

Habría otros muchos aspectos teóricos para desarrollar en torno a los relatos de pesadillas de la sesión analítica relatada por François Kamel, pero, sobre todo, me queda agradecerle su excepcional exposición tanto por la profundidad metapsicológica como por la amplitud del campo de trabajo analítico que en él se perfila. Es un testimonio elocuente del valor psicoanalítico que representa la práctica del psicoanálisis de los niños para cualquier practicante del psicoanálisis.

# El sueño en el análisis, un pasajero seguro de sí mismo

AUGUSTIN JEANNEAU

A pesar de la importancia que, desde siempre, ha adquirido el sueño en la reflexión psicoanalítica, el tema de este libro no deja de ser nuevo. Y principalmente porque el relato del sueño, que es, más concretamente, el objeto de nuestro examen, se ha considerado hasta ahora como ese segundo reajuste que nos oculta aún más el sentido de las intenciones pulsionales de la noche.

Todo lo expresado aquí por los distintos autores de esta obra deja ver, sin embargo, cómo, a lo largo del análisis, al sentido del contenido del sueño no sólo se agrega el momento significativo de su aparición, sino, igualmente, esa manera de dar cuenta de él como de un asunto terminado, dando a entender, a través de este «producto final», que, dejando el enigma como excedente, se ha sabido encontrar una solución para calmar una situación cuya dificultad no tiene nada de diferente, para el durmiente, a las incertidumbres de lo que, en otras condiciones, vive el mismo sujeto en el diván. Como si, gracias a la organización narrativa, el lugar privilegiado de este relato viniera a informar del excepcional éxito onírico, de un «camino directo» en el otro sentido, para llegar a lo que pretende, por su parte, el levantamiento de la misma naturaleza que subtiende, y quizá define, el proceso analítico.

Una vez cerrada la página, una vez extraída eventualmente la indicación, el sueño deja el recuerdo de haber pasado, con un ligero aire de victoria, de haberse ido sin haberlo dicho todo. Y, sin duda, las muy particulares condiciones de la situación analítica hacen presentir lo que podría envidiársele.

«[Alguien...](#)». Alguien en el diván. No hay ningún sitio donde ir y tampoco mucho que ver, ni nada concreto que decir. Y todo podría suceder, cualquier cosa impensable de lo inesperado, todos los riesgos de lo imposible, y todo esto nunca aprehensible. Y en el infinito de esta indefinición, el sueño, él, parece venir en línea recta desde ese mundo inaccesible. Sin embargo, sabemos que el sueño no es ese retorno al mundo por fin reencontrado, cuya añoranza nunca más indicará lo incognoscible de lo que fue, porque la huella objetal ha estampado su firma definitiva a todo lo que cuenta a partir de ahora. No por ello no ofrece a cada uno el sentimiento de haberse acercado a un incontrable, en un universo ficticio recompuesto a partir de los elementos conocidos de la realidad, sin comprometer la omnipotencia original de los primeros tiempos del narcisismo, ciudadela del medio objetal que rodea al ser sin quitarle nada.

Y si se ofrece como la réplica que se ignora de este mundo desconocido, es por esa confianza extraída de su propia insuficiencia. Se debe a la fascinación de esta conciencia cautiva, sin libertad ni elección, pero sin nada más, en un universo sin

incuestionable, que deja al día siguiente la extrañeza y guarda enseguida la fuerza de las evidencias y del acontecimiento necesario, en la igualdad sin división entre yo y el otro.

Además, si el relato del sueño no se presenta como el eco de un país lejano, sino más bien como lo incondicional inspirado en los absolutos del narcisismo, el sujeto no percibe de él nada más que el resultado de un asunto que se le escapa y que, sin saber más de él, descubre curiosa y definitivamente concluido. Asombrado en la misma proporción, porque el que, un tiempo después, intenta a veces eludir las responsabilidades de esta historia, sabe muy bien que las aventuras de la noche y lo que pasa en el diván incumben a una misma problemática.

Sucede que, de una y otra parte, las imágenes no se ponen en marcha con el mismo vigor. La regredencia en el polo sensorial no es un espectáculo pasivo y tiene que mantenerse a la altura de las motricidades de la vigilia, lo que implica al soñante en el centro mismo de lo que sucede. En cuanto al analizante, habla o se calla, pero las palabras parece que quieren tomar una misma y peligrosa eficacia - «acontecimiento de la enunciación», diría Jean Luc Donnet, con el miedo y la decepción que proporcionalmente vienen a complicar la situación. El durmiente le parece que, en este asunto, se defiende mejor.

Pero esta relativa tranquilidad del sueño no sólo tiene que ver con su arte de evitar el conflicto desviando la atención. Porque las formas simbólicas que están a su disposición encuentran su poder primero y, a fin de cuentas, no le han hecho perder nada. No basta con decir que el sueño «vela» el reposo, también hay que salvar el mundo; el ahogamiento en el sueño y el «asesinato de lo real», para decirlo como Jean Guillaumin, sólo se evitará manteniendo la vida psíquica. Después de todo, ¿no es verdaderamente el deseo el agitador que nos empeñamos en desviar a falta de poder borrarlo?, ¿o debe ocupar todo el espacio si no existe, en efecto, ningún mundo objetual que pueda existir sin deseo? Y tan lejos del mundo como quiera retirarse, el reposo no quiere, sin embargo, perderlo, consiguiendo el sujeto la hazaña de dormir con los puños cerrados para que nada se le escape.

Esto depende de su poder de «realizar» el deseo. Pero esta noción elemental debe tomarse al pie de la letra. Lo que hay que evitar es la fiebre de la espera, toda ella reunida por la intención del acto, y la extinción del deseo, que ponen en entredicho el estiaje tensional necesario. Cumplido, no consumado, en esta megalómana temporalidad de lo inmediato, todo se hace en cuanto se ve, sin que nada se acabe jamás.

Se comprende lo que el relato del sueño, en el desarrollo analítico, dice y no dice del movimiento transferencial. Relatado como el acontecimiento pasado de una realización fuera de tiempo, parece venir en auxilio del compañero insatisfecho o en peligro en esta misma problemática que él ha tenido el poder de resolver en condiciones diferentes. Hemos hablado, precisamente, de un narcisismo a dos. Y el término puede declinarse en diversas direcciones. Aquí, es como el reflejo de lo que,

en otra parte, ha sabido vivir mejor, en la reciprocidad del intercambio con un doble. Es también el recuerdo de un solipsismo que no se ha replegado en la soledad de un yo-placer purificado, sino que permanece inalterado por los encuentros oníricos. Y es ofrecérselo al analista sin que le sea quitado nada de su creación solitaria.

Éste hombre, desde hace muchos meses, se aparta por diversos caminos de los sujetos que teme, pero, desde hace un tiempo, los peligros parecen apuntar por todas partes. Surge un sueño a propósito, que reúne en una impresionante condensación los imagos importantes y las amenazas de todo orden. Después de lo cual, misión cumplida, el discurso parece retomar un decurso tranquilo. Pero no del todo, aunque eso es otra historia. Falta todo por decir, en efecto, sobre lo que, gracias al sueño, parece haber marcado el paso en la subida del conflicto, sin que, sin embargo, la reanudación deje, a continuación, de mostrar algunas diferencias.

# A propósito de la aparición de un sueño

GERMAINE DE BISS

Conocí la hermosa serie de sueños presentada por Françoise Coblence en dos veces. En el coloquio interno, primero, después cuando recibí el texto escrito.

Dos modos de aproximación y de comunicación muy diferentes, dependiendo de si se quiere expresar oralmente lo que se vislumbra durante un vuelo panorámico o si uno se entretiene retrospectivamente en lo que se podía presentir de la estructura original de los sueños aquí presentados. De la perspectiva de estos dos puntos de vista se pretende dar cuenta aquí.

En un primer momento, en efecto, bajo el encanto agradablemente pasivo del descubrimiento y en una disposición de «escucha flotante», arrastrada por una asociación libre, deseé expresar mi sentimiento, subjetivo, desde luego, pero para mí curiosamente dotado de un carácter de evidencia. Esta percepción casi enfática se fundaba en lo que sentía respecto a la naturaleza de la identificación de la analista con su paciente, identificación que le había permitido, poco a poco, modificar su economía psíquica y, por ello, incluso acceder a los sueños.

Mi interés, en vías de cristalización, se había movilizado, en efecto, a partir del enunciado del primer sueño de esta paciente. No se trataba ni de su contenido ni de su elaboración, sino de ese momento en que apareció esa capacidad de soñar. Porque, en dos años de análisis, excepto el sueño de «dos mujeres que se pelean» que había contado durante la entrevista preliminar, no había vuelto a soñar.

Si se quiere calificar la naturaleza de su actividad nocturna en esa época, se podría describir como la de un reposo sin sueño, dominado por la fuerza de la pesadez psíquica. La paciente cae literalmente en el reposo, como por una especie de puesta en acto automática de la necesidad del olvido. Dormía para acordarse de que había que olvidar.

La influencia de este sistema económico era tal que la propia analista sucumbió a ella por un momento. En los inciertos límites de una homosexualidad primaria, sólo había conseguido compartir con su paciente un mismo síntoma: caer también ella en el reposo - un reposo sin sueño-. Pero el sentido oculto de esta maniobra, «acordarse de que hay que olvidar», la llevará muy naturalmente a abrirse a una colega. La recuperación verbal, que rompe con una repetición muda, le permite redescubrir lo que ella ya sabía de la difícil infancia de su paciente y acometer con ella un trabajo de construcción retrospectiva, en busca de rememoración.

Nos parece que entonces se instauró, en tanto que función materna, una «contratransferencia de base», para extender la expresión de Catherine Parat, y más

allá de las identificaciones maternas complicadas que constituían la trama de su historia infantil. A pesar de lo que ella podía sentir respecto a las maniobras transferenciales hostiles de su paciente, se deslizó a una posición materna de espera en la que supo aceptar la no figurabilidad. ¿Cómo representar, en efecto, una imagen materna cuando separación y reencuentro están asociados hasta ese punto? Dejar a su madre por su madrina a los 6 meses. Perder a su madrina y su país de la infancia para volver a encontrar a su madre a los 5 años. El dolor de la separación no podía ponerse en palabras sin enlutar los reencuentros.

La analista se convirtió, entonces, en «madre de acogida», continente provisional de elementos dispersos e inconciliables, que poco a poco van tomando sentido y van encontrando cómo representarse en el sueño. Además, nos damos cuenta de que, durante todo este período, lo que tenía un valor de recuperación libidinal no son las interpretaciones, sino la discreta influencia de la analista, como «obvias», «evidentes».

El primer sueño, por tanto, aparece en un momento en que los afectos y las representaciones empiezan a movilizarse, pero sin vínculo entre ellos: así es como mientras ella reflexiona sobre su pasado que secretamente lastra con una historia familiar, siente, un día de mal tiempo, un agobiante afecto seguido de unas irresistibles ganas de dormir; pero de todas formas va a la sesión.

He aquí una modificación económica considerable. El diván se convierte en el lugar transferencial de una puesta en acto diferida, lugar suficientemente investido para que ella ya no necesite refugiarse automáticamente en el reposo del olvido. Se convierte en lugar de acogida para un recuerdo de infancia: se acuerda de que, de pequeña, cogía un trozo de colcha y se dormía en los campos. Decían que ella sentía venir la lluvia; «una tontería», añade.

Por medio de la investidura del encuadre, afectos y representaciones, yuxtapuestos, se reúnen en línea de fuga en la aparición de este recuerdo sin rememoración de afecto. Pero la puesta en movimiento nueva de los procesos psíquicos permitirá poco después la investidura, cargada de angustia esta vez, de un elemento exterior que desencadenará su primer sueño: se fija en la tapa azul de un libro, Cómo llegar a ser psicoanalista.

Resumiéndolo en un esquema, totalmente reductor, podemos decir que este sueño cuenta la historia de un feliz hallazgo: una perla azul de la que se ampara en un contexto de fiesta y color. Pero la analista adivina su secreto; la paciente siente vergüenza y tiene que devolver la perla.

El lazo que establece la analista con la tapa azul del libro provoca una viva reacción: «Usted me ha quitado mi hermoso sueño», seguida de un sueño agresivo. Me ha parecido que la interpretación, por acertada que fuera, fue probablemente prematura, del orden de lo que Ferenczi llama la «confusión de lenguas». En efecto, más allá de la interrogación manifiesta respecto a una eventual filiación analítica, la

paciente se permite también representar su secreto de familia: «De qué madre puede decirse ella que es realmente la hija? Porque, a mi entender, la perla azul es ella. La perla que se ha tenido que intercambiar dos veces; ella es la joya que pertenece tanto a la madre como a la madrina. El sueño aquí es una repetición. Es tanto la representación del fantasma del robo de niño como los efectos dolorosos de un robo de amor. Pero ella no puede asumir el peso de la gran violencia que comparte con uno y otro de sus objetos de amor. Ella sólo es una joya que hay que devolver.

Y harán falta todavía unos años más para que pueda en sueños representarse en nombre propio e identificarse con el objeto total perdido y conservado.

Así entendemos la evolución de los siguientes sueños:

El del entierro de su madre, a la que ella llora amargamente en un momento en el que en la realidad va a las exequias de un profesor, y en el que su analista le propone una sesión de sustitución (podríamos decir: «Por fin poder llorar puesto que sabemos que no hemos perdido nada»), parafraseando su reflexión: «Así mi dolor es completo...»

Hasta el último sueño, en el que ella misma propone un cambio de lugar a su madrina (que en la realidad acaba de irse), madrina felizmente identificada como proveedora de placeres orales.

Sin querer trabajar abusivamente con asociaciones que no son las mías, y muy consciente de que hablar de un sueño siempre es convertirlo en otro, he querido subrayar, a través del enriquecimiento de los materiales de los sueños y de su nueva movilidad, la evolución psíquica de que dan muestra. Evolución que ha permitido, por otra parte, sacar a la luz diferentes aspectos de la neurosis infantil que, bajo la influencia de la excitación y de la descarga, se encontraba en las pesadillas.

Me he centrado en lo que, en el analista, permitió que aparecieran los sueños. En un contexto muy violento de duelo imposible y de identificaciones fracturadas, ella ha puesto a disposición su capacidad para soñar, a la espera de la representación. Ha dado un hermoso ejemplo en su texto: cuando su paciente menciona haber llorado tanto cuando tenía 18 años, después de haberse separado de su madre y dice que era su primera separación, la analista piensa que, de hecho, ya se había separado a los 6 meses y de su madrina a los 5 años, pero escribe para nosotros: esta separación estaba «fuera de campo». Nos recuerda así que pueden reunirse en la comunidad fluida de los procesos primarios la locución «fuera de campo», fuera del campo psíquico (fuera del campo visual), y los campos en los que la paciente se dormía con un reposo sin sueños.

# La supervivencia de lo femenino en el sueño y la narración

BIANCA LECHEVALIER

La conferencia de M.Utrilla nos sitúa en el centro de la problemática de la muerte. G.Roheim (1952) menciona, entre los «sueños básicos», las imágenes de caída que caracterizan el paso de la vigilia al reposo, que acompañan la regresión fuera del mundo objetal. Estas imágenes se encuentran también en los textos de F. Tustin (1981) relativos a las angustias de ahogamiento. El trabajo del sueño lucha contra la muerte, el ahogamiento del sujeto en la fusión. Trabajo de tejer, el sueño provoca un modo de pensamiento que se esfuerza, como Sherezade en los Cuentos de las Mil y una noches, por mantener vivo lo femenino, en una pasividad activa, que une y escenifica la bisexualidad en las representaciones. Querría abordar aquí la supervivencia de lo femenino y de la narración. El sueño y su relato están próximos al trabajo del cuento y al del narrador.

El sueño permite que, en la regresión a la paciencia de lo femenino, se sobreviva en el tejido del micelio del que habla Freud (1900). Como subraya J.Guillaumin (1976), la pulsión fálica del brote del sueño está articulada con este micelio femenino incrustado de imágenes. La paciencia de lo femenino en Sherezade ha desempeñado un papel esencial para hacer surgir lo femenino del sultán. Ese sultán cuyo hermano había sido engañado por su mujer, convertido en vengador, mataba a sus amantes al acabar la noche que había pasado con ellas. Sherezade comprobaba el interés de sus cuentos con su hermana Dinrazade, a quien se los contaba en primer lugar. La escucha, por parte del sultán, de la pareja homosexual la salvó de la muerte al diferir la continuación del relato a la noche siguiente. El nombre del hermano del sultán es «Zaman», que significa «el tiempo» en árabe; uno añadido a mil pasa a ser la Eternidad. El papel de Sherezade para conseguirlo fue un papel activo en la pasividad de la espera. De este modo, se pudieron tejer los lazos que constituyen las imágenes fantasmáticas de los relatos que se desarrollan en los cuentos, poniendo en escena la bisexualidad de los personajes, como en un tapiz de múltiples y tornasolados colores. El relato de los cuentos retoma y modifica con el tiempo los motivos, que se repiten. Este trabajo de ligadura en la paciente espera de lo femenino en alianza con lo masculino, entre actividad y pasividad, es una lucha por la narración. Es una lucha en alianza con el tiempo contra la muerte, la destructividad pulsional que pretende la satisfacción inmediata en el personaje representado por el sultán. Éste, en su escucha, podrá dejarse llevar por su pasividad e identificarse a la vez con las dos mujeres y con los héroes de los relatos en su bisexualidad, donde actividad y pasividad no son propiedad exclusiva de un sexo en particular.

Marguerite Yourcener, en Cuentos orientales, retoma el tema de Grisélidis de

Boccaccio a partir de un cuento albanés. Se trata de la historia de la torre erigida para protegerse de la invasión turca. En ella han emparedado a una mujer que, de este modo, permite que la torre no se derrumbe bajo los asaltos. Lo femenino emparedado permite a la fuerza fálica que resista contra la crueldad de la fuerza pulsional de los invasores. Únicamente los senos de esta mujer quedan en el exterior y permiten amamantar a sus crías. En estas historias podemos oír la paciencia de lo femenino, femenino oculto, activo en la pasividad, rehabilitado y reparado en la continuación del cuento por los hijos producto de su fecundidad. En la alegoría de M. Yourcenar, la torre fálica narcisista no adquiere sus cualidades masculinas de fuerza contra la destructividad más que gracias a la presencia viva de lo femenino en el interior. Si no, correría el riesgo de desmoronarse ante los asaltos de la pulsión destructora.

N. Belmont (2001) señala que, al contrario de lo que dice Freud en 1932 en «La feminidad» (en las Nuevas Conferencias), se podría añadir: «A veces es necesario desplegar una gran pasividad para alcanzar objetivos activos» (Freud hablaba de gran actividad para objetivos pasivos). El sueño permite el acceso a lo femenino integrando la pasividad en la bisexualidad. Entonces es posible el abandono para reencontrar en el cuerpo la incrustación de una sensualidad mejor integrada. El reajuste de las redes cargadas de historia desde el principio de la vida hasta el erotismo revelado por la sexualidad adulta constituyen su riqueza. El abandono en el sueño no teme a la locura, a la pasión con los travestismos en personajes bisexuados en los sueños al igual que en los cuentos.

1 En los relatos de cuentos, la paciencia en el silencio, así como en la larga gestación del niño que puede madurar como un fruto oculto, da muestra de la elaboración que domina el tiempo, hila y teje el tejido de la identidad que se transforma. Otra metáfora sería la de la latencia, como la de Cenicienta bajo la ceniza, en el hogar cuyo fuego sigue manteniendo (en el sentido literal de su nombre en alemán en la versión de los hermanos Grimm, Aschenputtelle: chica de cocina que limpia el hogar). En la tradición griega, Cenicienta lleva también el nombre de «Vagina de cenizas». En el cuento de Basile citado por Bettelheim, se llama «Gata de las cenizas». Sólo tras la lenta elaboración del duelo de la madre asesinada en la problemática edípica, Cenicienta se transforma en el esplendor de una feminidad reconocida en las cualidades de receptividad de su calzado.

El trabajo de lo femenino, en el repliegue regresivo, lucha contra las pulsiones mortíferas. En los cuentos, los héroes, al ponerse una camisa ofrecida y tejida por una mujer, se convierten en «valientes». El tejido pasa a ser un lazo, un vínculo, un envoltorio que se enfrenta a la discontinuidad. Se habla del encaje de la mucosa uterina. Gracias a las camisas cosidas por su hermana, al ponérsela los seis hermanos (en el cuento de los Cisnes salvajes, de Andersen), abandonan su animalidad. Asistimos a una especie de renacimiento en su apariencia de hombre, recuperada tras la crisis desencadenada por el nacimiento de esta hermana. En este cuento, como en los sueños, lo femenino, que podría ser culpado de ser una ogresa, dispone de un espacio-tiempo para extender los materiales procedentes de la naturaleza como el cañamo, las ortigas punzantes, pero también el suave plumón en el corazón del cardo. A estos materiales pulsionales se les confiere una forma humana en las vestimentas

coloridas cosidas con los hilos tornasolados de los afectos. Lo mismo sucede en los desarrollos de la trama del relato de los sueños. Respecto a los cuentos, *Los doce hermanos* y *Los seis cisnes*, Freud mostró que el mutismo de la heroína es una representación de la muerte en el sueño. Estamos en el trabajo de elaboración antitraumática tanto del cuento como del sueño (Freud, después de 1920). La joven del cuento lucha contra la muerte tejiendo el hilo de las ortigas que va a buscar al cementerio. Yo ya escribí (2001) que podríamos ver en esto la metáfora de un trabajo de duelo, que permite reemplazar las identificaciones con los muertos de las generaciones precedentes con nuevas creaciones identificatorias vivas, manteniendo al mismo tiempo el vínculo de memoria con los muertos. M.Piarotas (2001), en *Filer le lin et le temps* [Hilar el lino y el tiempo], al evocar a las Parcas, hilanderas y tejedoras, escribe: «La mujer que con su oficio teje la vida, con su aguja borda los días, con sus dientes o sus tijeras puede romper el hilo, cuya vinculación con la vida se ha destacado desde siempre» En los cuentos como en los sueños, el tiempo es cíclico. En esta continuidad se inscribe la transmisión femenina, igual que entre las generaciones, a través de la lencería, puntada a puntada, marcada por las gotas de sangre.

Ei relato tel sueño, como la narración de los cuentos, se hace por medio de la transmisión de la voz. El soñador, como el narrador, modula, con improvisación siempre renovada según el auditorio, el poder emocional de su música. Esta transmisión por la voz, al tomarse el tiempo de soñarlos, de acuerdo con un narrador citado por N.Belmont (1999), puede posteriormente fijarse en lo escrito.

El espacio de la oralidad, espacio de la boca, vacía de alimento fluido lácteo con el destete, se convierte para D.Meltzer (1988) en un volumen tridimensional en el que se origina el Teatro interior de la vida psíquica. Los primeros esbozos del pensamiento simbólico con las primeras representaciones de los personajes de este teatro inscritos en el juego de los labios, de los dientes, de la lengua integran cuerpo y emoción. El espacio de la narración del sueño, como el del cuento, de donde se inicia su relato, nos enriquece con imágenes cargadas de afectos. La mirada, los gestos del narrador contribuyen a transmitir la emoción al auditorio al representar el campo de acción del conflicto mientras la motricidad está suspendida en el auditorio.

Los mecanismos de elaboración del cuento son los mismos que los descritos por Freud para el sueño: condensación, desplazamiento, representación, inversión de su contrario, alusión, etc. Sin embargo, el cuento, igual que el relato del sueño, está mucho más elaborado en el trabajo de la narración.

P.Lafforgue (1995) señala que, en 1882, Freud, al escribir a su novia, aludía a un cuento. Hablaba de «un hombre que por todas partes por donde iba llevaba a su bien amada encerrada en una caja» (19 de junio de 1882). En 1913, Freud señala que «los materiales de los cuentos en los sueños» entran en juego en el trabajo del sueño. Cita y analiza *Rumpelstilchen* (el duende cojo), *El traje nuevo del Emperador*, *El sastrecillo valiente*, el cuento de los Tres deseos y *El lobo y los siete cabritos*. Este cuento de Grimm inspiró el tema de «El hombre de los lobos». En 1919, con «La

inquietante extrañeza», ilustra el automatismo de la repetición con «El hombre del sable». Al espacio de la boca, entendemos que con este relato se agrega el de los ojos y de la mirada, con su enigma extraño referente a la interioridad. Concluyó sobre el mundo del cuento que, debido a los presupuestos de su universo, propone casos que «en el reino de la ficción, muchas cosas no son extrañamente inquietantes, cuando deberían tener ese efecto».

El trabajo de narración del narrador se dirige tanto para el sueño como para el cuento a un público, con transformaciones que dependen de las narraciones sucesivas y de las épocas. Un sueño narrado en la cura analítica informa sobre la evolución del proceso y del vínculo transfero-contratransferencial. Según sus caracteres de expulsión o de elaboración, informa sobre el estado del tejido en el inconsciente. Escenifica las transformaciones y los conflictos presentes, bien en el momento de la indicación y de la puesta en marcha del proceso, bien en la conflictividad que está en juego en determinados momentos cruciales, bien en la decisión del final. Una cantante se preguntaba sobre la peligrosidad de un cocodrilo que se había escapado de la jaula en su coche. Su sueño habitual se había convertido en pesadilla. El cocodrilo «había roto un cristal» y estaba en todas partes. Ella ya no lo podía controlar, tenía miedo del espacio porque podía encontrárselo por todas partes. Después de haberlo contado en la sesión, comprendió su sentimiento de persecución anterior por su profesora de canto (que me representaba en la transferencia): el cocodrilo estaba alojado allí. «Usted me ha explicado, añade, que el cocodrilo puede representar ciertos aspectos de mí. Es como si hubiese salido de mí igual que lo hizo de mi coche y yo lo encontrara por ahí.» Después piensa en el aspecto sexual fálico del cocodrilo y dice comprender sus dificultades sexuales (¡la cola del cocodrilo!). Al elaborar su sueño, me mostraba que comprendía sus mecanismos de identificación proyectiva y la transformación de sus angustias según una modalidad fóbica. Por último, añadía, ligándolo con su cuerpo: «Además, con el cocodrilo, surgieron nuevos sonidos en mi voz.» Una escenificación en la transferencia se cuenta con personajes que intentan resolver un enigma presente reactualizando y utilizando recuerdos pasados. Se da una información sobre el vínculo con el analista y, a veces, la transferencia negativa en acción. Así me reconocí en el relato de un sueño como ¡«Andropov en silla de ruedas» empujada por mi analizante! Al final del análisis, el soñante veía al terrorífico tigre de sus pesadillas de niño transformado en un peluche con ruedecillas que iba a llevar tirando de la cuerda.

El cuento transmite para su auditorio relatos inmemoriales transformados por las sucesivas narraciones. La transformación se hace entre generaciones, y para una misma generación con las variaciones de los sucesivos narradores, y para un mismo narrador en relatos diferentes según el público. Empleando el lenguaje de la poesía, el cuento comunica y ayuda a comprender al niño en el narrador y en el auditorio. El narrador, si es un inventor, al jugar con su público, es también aquel que quiere transmitir una verdad en el paisaje de la actualidad. El campo metafórico abierto, campo poético, toma el color de un canto cuando resuena la voz del narrador. En función del narrador y de su público, de los parajes, de los intereses conflictivos de la época histórica, los cuentos cambian como los sueños. Su trabajo de elaboración es

un trabajo de memoria. Durante la Edad Media, imperaba el hambre y los niños eran abandonados, era la época en que empezó la elaboración de Pulgarcito. Los cuentos transmiten una moral, una discusión que depende de los conflictos de la época, una búsqueda de solución para el futuro, teniendo en cuenta el conocimiento sobre el pasado. Lo mismo sucede con los sueños después del trabajo de la narración y del de la interpretación. El sueño, como el cuento, intenta mantener viva la proximidad con un conocimiento de las profundidades de lo femenino, en lucha contra un saber intelectualizado de la sociedad. El trabajo del cuento, al igual que el del sueño en busca de sentido, intenta luchar contra lo inhumano por medio del relato. Lo femenino nos mece en la intimidad de la melodía del cuento y del sueño en una receptividad que en su proximidad sensorial acoge «la herencia del cuerpo materno» (Freud, 1916) con la esperanza del difuso movimiento de la vida.

# El dibujo de los niños... ¿como un relato del sueño?

JACQUES ANGELERGUES

A René Diatkine le debo la idea de relacionar los dibujos de los niños con el sueño; en plena moda de una interpretación estructural del dibujo de niños, popularizada por E Dolto y sus exegetas, me percaté del relativamente poco interés que aquel le prestaba al dibujo terminado y, por el contrario, la gran atención que le prestaba al conjunto del proceso de su producción.

El contexto de la producción de un dibujo es, ante todo, el de un encuentro. «Todo encuentro es amor»!, escribe R.Diatkine, preso, pues, a la vez en el erotismo y en la corriente tierna; esto pone el énfasis en la dimensión de seducción en el encuentro con un adulto en una configuración narcisista tanto más favorable cuanto que este adulto parece que no se interesa por nada más que por el niño, por su funcionamiento mental y sus producciones. El corolario de la seducción, para un psicoanalista, es, por supuesto, el traumatismo - por tanto, la dualidad pulsional-, pero también la seducción materna precoz.

«Comparación no es razón», porque el niño no duerme y, por ello, su dibujo no nos entregará más que una especie de relato de «sueño despierto» en proceso de realización. Estamos bastante alejados del encuadre habitual de un relato de sueño en el a posteriori (¡y de las condiciones de la regresión del sueño!), pero esta referencia - aparentemente analógica - aporta elementos que enriquecen el marco conceptual y contribuyen al «pilotaje» de estos encuentros desde la primera consulta.

Frente a la seducción temperada del adulto, el niño tendrá que establecer una estrategia de acondicionamiento de su excitación que pueda echar mano de la libertad de dibujar que se le ofrece (y que le es familiar). A pesar de la sobredeterminación de los intereses del encuentro, el psicoanalista debe hacer posible conjuntamente este acondicionamiento en términos de relación de objeto y de desarrollo de un ambiente transicional: es necesario que quede algo de la libertad característica de la consulta terapéutica inventada por Winnicott para que este espacio pueda abrirse y permitir una experiencia nueva, fundada en la asociatividad<sup>2</sup>.

Como en el sueño, el desplazamiento y el carácter lúdico de la situación permitirán que la imaginación se desarrolle y que se intenten nuevas figuraciones. Es obvio que la actitud del consultante - su atención flexible y asociativa así como su interés real por la producción del niño - desempeñan un papel decisivo para que suceda algo nuevo, pero esto no significa que el niño tenga vía libre. A pesar de las modificaciones económicas propias del carácter poco apremiante de un encuentro con

un adulto que no tiene exigencias manifiestas, y los beneficios de la renegación y del desplazamiento, el niño sigue luchando con sus exigencias internas en las condiciones de actualización particulares ligadas al encuentro con el psicoanalista.

El dibujo, como sabemos, constituye un terreno privilegiado para estos intercambios; por diversas razones, como la familiaridad del niño con este modo de expresión poco coactivo, la originalidad creativa, y estimulante para el psicoanalista, de esta producción. El niño que dibuja puede callarse o hablar según su voluntad sin que el silencio sea un problema; callar sus pensamientos conscientes es una postura familiar en el niño, comodidad añadida para que los dos protagonistas establezcan una relación tranquila en la consulta. El psicoanalista ante quien un niño dibuja se interesa simultáneamente por las condiciones que presiden el inicio en el dibujo, por el comportamiento del niño durante esta operación y por sus eventuales comentarios, espontáneos o no, por el tema abordado y por su escenificación, por la representación y por la simbolización, por los caracteres formales del dibujo y por los aspectos grafomotores. Esto explica que, como sucede a menudo en los analistas que reciben a un niño, la escucha se nutra de no poca observación... viejo debate metodológico entre analistas donde yo me inscribo entre los que piensan que se puede seguir siendo analista en un determinado encuadre aún sabiendo que no es el de una cura-tipo.

Un ejemplo tomado de lo común de la práctica de un psicoanalista, en psiquiatría infantil: Clovis.

### Primer encuentro

Clovis tiene poco más de 4 años en nuestro primer encuentro; la maestra le encuentra un poco triste y mal integrado en la clase. Esta actitud se relaciona con la reciente separación de sus padres. Ante su hijo, que se calla, la madre presenta a Clovis como un chico inteligente y creativo, dotado de un buen lenguaje, pero que necesitaría ser estimulado (palabras provocadas probablemente por los comentarios de la maestra). Destaca, también, que fue el nacimiento de su hijo lo que le hizo darse cuenta de la falta de disponibilidad de su marido y del fracaso de su matrimonio; ha sido ella quien a tomado la iniciativa de la separación, muy conflictiva, con motivo de un nuevo enfrentamiento. Clovis tiene pequeñas dificultades para separarse de su madre cuando le deja en el colegio, pero la cosa va mejor desde que, por petición de la maestra, ha abreviado la despedida. Cuando la madre deja por fin un poco de espacio, Clovis se muestra más bien elocuente e interesado por mi presencia. La consulta está demasiado ocupada por la presencia de la madre, imposible de cuestionar demasiado deprisa; las palabras de Clovis siguen estando muy ligadas a las de la madre y manifiestan una alternancia de movimientos hacia mí y de vuelta a la protección materna. Él mismo me pregunta si puede dibujar, pero tan cómodo como se sentía con las palabras para circular entre su madre y yo, tanto se muestra en dificultades delante del gran tablero para encontrar acondicionamientos comparables con el dibujo, que, sin embargo, él mismo ha reclamado, seducido por mi gran tablero y la caja de rotuladores, que tiene a mano. En todos los niveles, la maestra se ha equivocado: el niño cambia de opinión sin parar, no consigue organizar una escena,

se muestra torpe, impulsivo. Acaba por alinear trazos verticales cada vez más próximos, que me hacen pensar en barrotes (de una cuna o de una prisión), pero me guardo mis comentarios para mí. Hago pocos comentarios respecto a lo que acaba de suceder, pero no hay duda de que con el dibujo, la madre ha visto que su hijo se ha metido, él mismo, bruscamente en dificultades delante de mí: el contexto está listo y la propuesta de un nuevo encuentro parece evidente para todos.

### Segundo encuentro

La madre, que ha tardado un poco en volver a pedir cita, se instala en la silla que, por su proximidad a los juguetes y a mí, se supone que sería la del niño. Clovis, muy sonriente y pasablemente excitado, deja que su madre comunique su satisfacción por varias mejoras que ella detalla, en particular, el «balance» hecho algunos días antes con la maestra. No sólo Clovis está más integrado en la clase, sino que además ha sido invitado a una fiesta de cumpleaños. Sin embargo, la situación sigue siendo tensa entre los padres: en las próximas vacaciones, el padre se lo llevará muy lejos hacia el este, después, la semana siguiente, la madre, para no ser menos, se lo llevará igual de lejos hacia el oeste - en total, el equivalente de una vuelta al mundo-. Los desafíos narcisistas de estos conflictos y actings están en primer plano. «Somos viajeros!»: puntualiza Clovis, que añade: «... pero no de mercancías!»

Cuando propongo quedarme a solas con el chico, la madre, visiblemente sorprendida por mi petición, se levanta de golpe y se precipita fuera del despacho, pretextando que tiene una necesidad acuciante: «Quédate con este señor, cariño, mamá tiene que ir a hacer pipí» Aunque un poco desconcertado por el ejemplo que acaba de dar su madre de su gestión de las separaciones, Clovis se conforma y se dirige a los juguetes que había ignorado la primera vez. Utiliza tantas barreras que no es posible ningún juego.

Entonces acepta mi propuesta de dibujar, reflexiona y se decide bastante rápidamente por líneas complejas y amplias que se entrecruzan. Tengo la sensación de que grosso modo, las cosas se repiten (los «barrotes» del dibujo del primer encuentro, las barreras que sofocan cualquier posibilidad de juego), pero Clovis encuentra una solución (bastante clásica): se trata de caminos que se entrecruzan y hay que elegir uno para llegar a la casa y escapar de los terribles peligros que enumera rápidamente pero que no dibuja. Parece que la enumeración constituye una especie de renegación, la vía más regresiva de la figuración es muy poco accesible. A expensas de esta defensa relativamente precisa, Clovis está bastante contento de la «inversión» de la situación y le toca a él proponerme una prueba. Yo le digo que es muy difícil saber qué camino escoger. «Pero si es muy fácil - dice levantando los hombros - basta con hacer el camino al revés.»

### Tercer encuentro

La tercera cita otra vez se hizo esperar un poco. Clovis parece que manifestó una pequeña reacción fóbica cuando llegué a la sala de espera y renunció a la tentación de

verlo a solas en primer lugar. La madre empieza por confirmarme que los grandes viajes familiares previstos tuvieron lugar y se dice bastante satisfecha del año escolar que termina. En resumen, todo va bien, le dejó su silla de la primera fila a Clovis y progresivamente le fue cediendo el lugar, él puede «expresarse»; es mucho más fácil entonces proponerle a la madre que nos deje solos a los dos, ella sale tranquilamente.

Sin dudarle, Clovis se dirige al tablero, empuña un rotulador, pero se inmoviliza y cae en un momento de inhibición bastante prolongado; después, con notable torpeza, dibuja un pequeño círculo verde del que salen unos trazos irregulares que recuerdan rayos. Le pregunto si es el sol, pero Clovis levanta los hombros: «¡No, pero si él es verde!» Tras mi intervención, Clovis añade un gran «cuadrado» rojo (de hecho, un rectángulo alargado hacia arriba) bajo el pequeño círculo, el cual se convierte en algo así como la cabeza de una silueta maciza. Esta criatura, que me recuerda a probables proyecciones sobre mí de imagos, se dota de trazos verticales en su base: Clovis duda entre «ramas» o «patas», entre lo inanimado y lo animado, lo que dice bastante sobre sus dificultades de contrainvestidura y sobre la intensidad de su angustia. Pero, a pesar de su torpeza y de sus dudas, ha conseguido superar su fracaso radical de la sesión anterior para representar. Clovis acaba por añadir una línea que hace un gran zigzag a un lado, como una cresta de una vaga criatura prehistórica no muy tranquilizadora; macho, hembra, o los dos al mismo tiempo, la criatura no parece ser muestra de una marcha tranquila hacia la neurosis. Intervengo con un «Menudo bicho!», que le hace sonreír. Animado por este comentario que evoca en un modo lúcido la actualización transferencial, rodea a la criatura con esos trazos medio-ramas, mediopatas. «Ahora parece...», digo, pero él me interrumpe: «... una araña». Añade un sol, muy amarillo, resplandeciente de salud, esta vez..., beneficio paraexcitante posible del aspecto interpretativo de mi intervención.

Después de un rato parado, me propone continuar el juego y adivinar lo que va a dibujar. Traza un triangulo verde que colorea bastante burdamente: le propongo: «¿un abeto?». No dice nada, pero añade pequeños trazos negros verticales en el borde del triangulo, un trazo vertical marrón, y después bolas marrones, grises, verdes y negras: «Sí, pero no es un abeto de Navidad...» Efectivamente, ni el trazo, ni los colores, ni tampoco coger de nuevo el rotulador verde del primer sol evocan lo festivo... Traza rápidamente una estrecha silueta marrón (una cabecita sobre un largo cuello y dos brazos, la parte de abajo del cuerpo es sólo un hilo, como suspendido), entre dos trazos verticales también marrones, al lado del abeto (pienso, desde luego, en el «traje de pino», el ataúd), y encima un trazo rojo horizontal (aun tejado?). Se detiene un momento y después lo completa, hacia abajo desde el trazo horizontal, verticalmente, un trazo rojo y un trazo verde: esto evoca más una angosta caja que una casa llena de vida, pero añade encima un nuevo sol, amarillo otra vez. Manifiesto mi interés y me intereso por los eventuales habitantes de la casa, en particular, la fina silueta que flota entre sus dos trazos verticales: «Soy yo», dice sin el más mínimo titubeo. Insisto en saber lo que pasa en esa casa, pero en vano, y después de vacilar, vuelve la hoja y me propone seguir adivinando lo que va a dibujar.

Casi ha terminado con la representación y la escenificación. En la segunda hoja,

trazados rabiosos, bucles y ángulos con los colores del dibujo; un poco cansado, se para y me pregunta. Me quedo en silencio, probablemente un poco deprimido por esta evolución. «Pero si son caminos!», dice un poco irritado, y otra vez da la vuelta a la hoja y dibuja una sola línea, amarilla arriba, después una verde que desciende en bucles hasta debajo de la gran hoja. Se echa hacia atrás y, mirando su último «dibujo», suelta: «Es un tobogán», después guarda los rotuladores en el estuche. ¿El temido tobogán de la regresión y de su comitiva de peligros?

Quiere ir a buscar a 'su madre a la sala lde espera, yo le dejo hacer; ella muestra un rostro bastante diferente, después de que la hayamos dejado sola durante una veintena de minutos, tiene menos energía y está menos sonriente. «He hecho tres dibujos», proclama de golpe Clovis.

Evocando con ellos de nuevo los aspecto positivos que también aluden implícitamente a lo que ha sucedido entre nosotros dos, vuelvo sobre el contraste entre la necesidad de control de Clovis y la dificultad que éste tiene a veces para conseguirlo. Es posible, con el asentimiento de Clovis, hacer un estado de sus «preocupaciones» - sin traicionar el detalle de las palabras ni mostrar los dibujos - y de ligar las dificultades de controlar estas «preocupaciones». La fachada defensiva del «todo va muy bien» materno acaba por ceder: ella se atreve a quejarse de la «falta de docilidad» de Clovis en la vida cotidiana, de sus cóleras y de sus miedos, y de la irritación y de la impotencia de ella para contener todas estas manifestaciones. Repite, precisando que lo que es más o menos tolerable en la intimidad, plantea problemas que la hieren en las reuniones familiares.

A pesar de algunas mejoras en la clase o con uno o dos «compañeros», le intranquiliza la evolución de Clovis y de su adaptación futura a las exigencias de la vida en grupo; por último, puede contar que la maestra le había pedido «que pasara unos tests porque era una pena que un chico tan inteligente tuviera a menudo dificultades...» Le señalo que ella puede expresar su inquietud más fácilmente desde que algunas cosas van un poco mejor. En busca del reconocimiento de la existencia de un proceso, añado que nuestros intercambios, en particular los que hemos tenido Clovis y yo, quizá hayan jugado algún papel; Clovis mira fijamente a su madre con una mirada insistente, medio-afirmativa, medio-interrogativa... ¿Soporta que su hijo le haga estas infidelidades? Por supuesto, esta tolerancia estará también en función del cuidado que se tenga en atender a esta madre, protegiendo al mismo tiempo un espacio para Clovis - problema técnico habitual en psiquiatría infantil.

Por supuesto, en mi cabeza se dibujan construcciones, pero los desafíos de desarrollo están bien presentes; como es habitual en el marco de un equipo pluridisciplinar (tal como los conocemos en el distrito 13 de París, en el Centre Alfred-Binet), no excluyo en absoluto solicitar la opinión de un colega psicólogo o profesional de la psicomotricidad ante las dificultades de organización de las representaciones y la torpeza gráfica de Clovis.

No se trata aquí de'adentrarnos más en la presentación del «caso Clovis», pero a lo

largo de nuestros encuentros, se van esbozando las construcciones y van evolucionando. Un padre distan [ciado «gracias a» su hijo y ahora ausente, una madre omnipresente y agobiada, resonancias de conflictos intensos, una angustia de separación: estos elementos adquieren sentido ante los dibujos de Clovis, tanto en los modos de representación como en las dificultades de establecimiento de esta representación, en las rupturas, lo «negativo». Tampoco se trata aquí más que en otros casos del trabajo del psicoanalista de hacer un empleo interpretativo precipitado de esto, pero la psicopatología fenomenológica objetivante puede dejar paso al establecimiento de un marco transfero-contratransferencial y permite construcciones en el mundo interno del niño, incluso en el caso de encuentros espaciados. Este proceso se apoya en elementos aportados a lo largo de las consultas, pero, obviamente, el dispositivo que enfrenta simultáneamente a Clovis con la hoja de papel y con el analista conlleva una dinámica asociativa particular. Me parece que es bastante comparable a la que desencadena la escucha de un relato de sueño... La \[calidad asociativa\]\(#\)<sup>3</sup> de la escucha de los diversos elementos del encuentro es lo propio de una «consulta terapéutica», pero obviamente, en la práctica de los psicoanalistas con los niños, el tiempo del dibujo es un momento fecundo. Se puede, evidentemente, objetar que la regresión del reposo y del sueño es particular y que el a posteriori interviene de forma diferente en el relato del soñador y en el dibujo del niño; dibujar no es soñar, pero contar un sueño tampoco es soñar... Como tampoco el sueño, el dibujo del niño no es el camino directo, sino más bien una inyección de refuerzo contra las tentaciones objetivantes y cosificantes de toda índole.](#)

'B.Chervet, «Les affects typiques et leur transvaluation. Honte, douleur, culpabilité», *Revue française de Psychanalyse*, t. LXVII, núm. 5, 2003.

2 S.Freud, *Le Moi et le Ça*, OCRP, vol. XVI, 1922, pág. 257: «Si el psicoanálisis no tomó en cuenta hasta el presente ciertas cosas, no se debió a que desconociera sus efectos o pretendiera desmentir su importancia, sino porque seguía un camino determinado que todavía no había llegado tan lejos.»

3 S.Freud, *Nouvelle suite des leçons d'introduction à la psychanalyse*, XXIX Leçon, *Revisión de la doctrine du rêve*, OCRP, vol. XIX, 1932, pág. 88: «Los analistas se comportan como si ya no hubiera nada que decir sobre el sueño, como si la doctrina del sueño estuviera cerrada.»

4 Cfr. los Informes de Marc Schlumberger, Maurice Bénassy, Serge Lebovici y las intervenciones de Michel Fain, René Diatkine, René Held, Sacha Nacht, Maurice Bouvet y Pierre Luquet, *Revue française de Psychanalyse*, t. XXIII, núm. 1, 1959.

10 E Nayrou, G.Pragier (dir.), *Interpréter le transfert*, París, PUF, «Débats de psychanalyse», 2004.

1z S.Freud, *Remarques sur la théorie et la pratique de l'interprétation du rêve*, OCRP, vol. XVI, 1922, pág. 173: «Sobre el propio mecanismo de la función del sueño, sobre el trabajo del sueño propiamente dicho, jamás se adquiere influencia;

esto puede mantenerse firmemente.»

5 Michel Fain y Christian David (1963), «Aspects fonctionnels de la vie onirique», XXIII<sup>o</sup> Congreso de psicoanalistas de lenguas románicas, Barcelona, 1962m Revue française de Psychanalyse, t. XXVII, número especial.

6 Serge Viderman, La construction de l'espace analytique, París, PUF, 1977.

7 Maurice Bouvet, La clinique psychanalytique. La relation d'objet, vol. 24, núm. 6, t. XLV, 1960, págs. 721-788.

§Cfr. Revue française de Psychanalyse, t. XXXVIII, núms. 5-6, 1974, t. XL, núm. 1, 1976 y t. XLV, núm. 1, 1981.

9 Massud Kahn, «La psychologie du rêve et l'évolution de la situation analytique», Revue française de Psychanalyse, t. XXVIII, núm. 1, págs. 113-132.

M.Neyraut, Le transfert, París, PUF, 1973.

13 S.Freud, L'interprétation du rêve, OCRP, vol. IV, cap. VI, 1900, pág. 142: «La méthode de l'interprétation du rêve».

14 B.Chevret, «Le point de vue topique et les relations d'objets régressives», Revue française de Psychanalyse, t. LXX, núm. 5, Especial Congreso, 2006.

15 S.Freud, Études sur l'hystérie, sesión del 12 de mayo, 1985, págs. 47-48: «Con bastante reticencia, me contesta que no lo sabe. Le doy de plazo hasta el día siguiente para acordarse. Entonces me dice con un tono muy arisco que no debo estar preguntándole siempre de dónde viene esto o aquello, sino que la deje contarme lo que tiene que decir. Yo convengo en ello y prosigue sin preámbulos.»

16 *Ibid.*, pág. 122: «Ella debía ser totalmente objetiva y decir todo lo que se le pasara por la cabeza, tanto si esto le convenía como si no.»

18 *Ibid.*, págs. 264-265: «Sólo puede devenir consciente lo que ya una vez fue percepción Cc, y, con excepción de los sentimientos, lo que desde el interior quiere devenir consciente tiene que intentar transponerse en percepciones externas.»

17 S.Freud, Le Moi et le Ca, OCRP, vol. XVI, 1923, pág. 269: «La percepción cumple para el yo el papel que para el ello corresponde a la pulsión.»

20 Estos aspectos recorren y dominan todas las relaciones sociales y afectivas y tienen un impacto de gran alcance sobre los fenómenos de odio y de destrucción. Las violencias más extremas acompañan siempre a las reminiscencias referentes al hecho de no ser reconocido por los que somos y por lo que queríamos ser.

'9 S.Freud, Sur la prise de posesión du feu, OCFP, vol. XIX, 1931, págs. 29-37.

21 A.Beetchen, «L'accomplissement et l'atteinte», en Honte et culpabilité, Informe del CPLF, Revue française de Psychanalyse, t. LXVII, núm. 5, especial Congreso, 2003.

22 S.Braunschweig, M.Fain, La nuit, lejour, París, PUF, 1975.

23 S.Freud (1923), Le Moi et le Ca, OCRP, vol. XVI, pág. 267: «Con ocasión de una sobreinvestidura del pensar, los pensamientos se perciben efectivamente - como del exterior - y por ello se consideran como "verdaderos".»

24 S.Freud, «Some elementary lessons in psycho-analysis» en Résultats, idées, problèmes, II, París, PUF, 1938.

25 S.Freud, «Constructions en analyse» en Résultats, idées, problèmes, t. II, París, PUF, 1937, pág. 270: «El trabajo analítico consta de dos piezas completamente distintas, que se llevan a cabo en dos escenas diferentes y afecta a dos personas, a cada una de las cuales se le asigna un papel distinto.»

26 Una búsqueda bibliográfica nos da muy pocos artículos, cuatro, que tengan como objeto del título la expresión asociación libre.

27 F.Pasche, «Du bon usag~du divan comme giron et comme genoux», Autrement, núm. 17, 1990, págs. 75-80.

29 S.Freud, L'interprétation du rêve, 1900. De hecho, la expresión coq á l'dne se debe a la traducción francesa (París, PUF, pág. 447). En las OCEP, IV, páginas 579-580, la traducción es: «caemos en discursos interminables» para dar cuenta de una expresión alemana que, literalmente, significa «vamos de los cientos y cientos a los miles y miles».

28 Animisme y áme [Animismo y alma] proceden de la misma raíz indoeuropea, «ane», que significa soplo vital.

31 S.Freud, Études sur l'hystérie, 1895, pág. 53.

31 Capítulo 56 del Cuarto libro. Rabelais, «Vie instimable du grand Gargantua, père de Pantagruel».

ss «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que imagina vuestra filosofía» (Shakespeare, Hamlet); «Mi buen amigo, toda teoría es gris, pero de un verde floreciente es el árbol de la vida» (Goethe, Fausto I). Estos versos de Fausto también se han traducido por: «Mi buen amigo, toda teoría está seca, y el árbol precioso de la vida florece.»

sa La teoría del asociacionismo adquirió su carta de nobleza en 1877 con John Stuart Mill, después con Hyppolite Taine; pero ya tenía sus bases en Aristóteles, que distinguió varias modalidades de asociaciones psíquicas. El asociacionismo es «una

doctrina que reduce todas las operaciones de la vida mental a una asociación automática de las ideas y de las representaciones» (Le Petit Robert), una «teoría que remite todos los tipos de asociaciones a aquella por contigüidad concebida como puramente mecánica y no exige ninguna actividad intelectual» (Dictionnaire de la langue philosophique, D.Foulquier y R.Saint-Jean). El Lalande indica además que el hecho de asociarse es una «propiedad que tienen los fenómenos psíquicos de atraerse los unos a los otros en el campo de la conciencia, sin la intervención de la voluntad o, incluso, a pesar de su resistencia.»

'Mi primera hipótesis me la inspiraron mis reflexiones de 1972 a 1973, y mi comunicación de 2003, así como mi contribución al estudio de la escena originaria en una obra colectiva de 1996. La segunda retoma el espíritu de un artículo de la Revue française de Psychanalyse que reproduje y modifiqué en 1983 en mi libro Psyché (PUF).

'Véase, S.Freud, «Révision de la doctrine du rêve», Nouvelle suite des leçons d'introduction á la psychanalyse, OCRP, vol. XIX, 1973, págs. 110-111.

3 J.Schaeffer, «Le rubis a horreur du rouge: relation et contre-investissement hystériques», Revue française de Psychanalyse, t. L, núm. 3, 1986.

2 C.Janin. «Le psychanalyste: un voleur de rêves?», Revue française de Psychanalyse, t. LVII, núm. 1, 1993.

a S.Freud, L'interprétation du rêve, OCEP, vol. IV, pág. 510.

5 M. de M'Uzan, «La bouche de l'inconscient», La bouche de l'inconscient, París, Gallimard, 1994, pág. 39.

6 S.Freud, «Révision"de la doctrine du rêve», Nouvelle suite des leçons d'introduction á la psychanalyse, ob. cit., 1933, pág. 110.

'D.Anzieu, «Étude littéraire d'un rêve de Freud», NRP, núm. 5, Gallimard, 1972.

2 M.Fain y C.David, «Aspects fonctionnels de la vie onirique», Rapport en el XXIII Congreso de psicoanalistas de lenguas románicas, número especial RFP, t. XXVII, núm. 4, 1963.

s Mejor que «escisión», que quizá haya que reservar al sentido estricto de partición entre el funcionamiento que admite la percepción de la castración y el fundado por su renegación, que en la cura de una paciente como la de E Coblenca no se muestra en el primer plano, incluso aunque a continuación pueda plantearse la cuestión de la articulación de sus teorías sexuales infantiles con la partición que aparece de golpe de manera manifiesta.

2 A.Creen (1972), «De l'Équissse á l'Interprétation des rêves: coupure et clóture», Nouvelle Revue de Psychanalyse, núm. 5, París, Gallimard, pág. 179.

'B.D.Lewin (1972), «Le sommeil, la bouche et l'écran du rêve», Nouvelle revue de Psychanalyse, núm. 5, Gallimard, págs. 221-224.

4 A.Green, ob. cit., pág. 178.

s D.Anzieu (1959), L'auto-analyse de Freud et la découverte de la psychanalyse, París, PUF.

'Empleamos mucho el concepto objeto, sin precisarlo siempre, pues hay muchos tipos de objetos: reales, internos, de la pulsión, de investimento, de deseo; la lista sería exhaustiva si añadiéramos todas las patologías existentes.

2 Se han hecho un montón de reflexiones sobre el ver, especialmente en «Le Petit Prince»: «Sólo se puede ver con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos», o también en Confucio: «Cierra los ojos para ver tu espíritu, etc.»

[Palabra](#) de origen sumerio que significa abismo.

S.Freud, La afasia.

s J.-B. Pontalis, citando a Freud en La force d'attraction, París, Le Seuil, 1990.

[6 Citado](#) por D.Braunsweig y M.Fain en La nuit, le jour, pág. 34.

9 S.Freud, Trois essais sur la théorie de la sexualité, trad. francesa 1953, París, Gallimard, 1905.

[7 J.-L. Baldacci](#), «Dés le debut. La sublimation», en Rapport du 65° Congrès de langue française, Revue française de Psychanalyse, t. LXIX, núm. 5, 2005.

§V.Fedorovski, Le ronzan de Saint-Petersbourg, París, R-ocher, 2003.

1° Estas dos acepciones tienen diferentes matices en francés y en español, donde habitualmente designamos con la palabra destino a la «llegada»; mientras que en francés se trata más bien de «destinación».

13 S.Freud (1921), Essais de psychanalyse, París, Petite Bibliothèque Payot, 1981, pág. 208.

14 B."Rosenberg, Masochisme mortifere et masochisme gardien de la vie, París, PUF, «Monographies de la RFP», 1991, pág. 28.

O más bien las escisiones, como lo ha descrito G.Bayle.

12 Klabund, Moreau. Piotr, París, Max Milo, 2001, pág. 30.

16 La cursiva es nuestra.

15 D.Braunsweig y M.Fain, ob. cit.

8 M.Cid Sanz, El arte del contrapunto, Simposium de la APM, 2004.

17 D.Widlicher, «Pour une métapsychologie de l'écoute psychanalytique», Revue française de Psychanalyse, t. LIX, número especial Congreso, 1995.

'9 M.Utrilla Robles, «El Paso», RevistaAPM, 2004.

20 A. de Mijolla, Les visiteurs du Moi, París, Les Belles Lettres, 1981.

21 Contar un sueño (o una sesión) es, como dice J.-B. Pontalis, una trampa: hacer un relato lleno de sombras y de delirios, pues estamos convencidos de que lo que contamos sucedió así. Por tanto, creo ser consciente de haber compuesto las secuencias, pero en la ilusión de una serie asociativa que, incluso aunque no lleve a ninguna parte porque todo tiene que recomenzar, se hace camino al andar (ha hecho su camino al andar).

22 Héléne Trivouss-Widlicher tiene un excelente trabajo sobre el humor. «I;Humour qui sourit sous les larmes», Confrontation. Cahier 16, otoño 1986.

23 M.Gribinsky, Les séparations imparfaites, París, Gallimard, 2002, pág. 39.

X24 M.Utrilla Robles, «Los modelos psicoanalíticos», Revue française de Psychanalyse, t. LX, número especial Congreso, 1996.

zs De lo que habla J.-B. Pontalis.

26 Encarnación no sólo quiere decir «el verbo se hizo carne», sino también curar una herida, impresionar, personificar, mezclarse y unirse.

D.Widlicher, Les processus d'identification dans la communication psychanalytique, Conferencia en la APM de Madrid, 1998.

28 'C.Janin, «Les sublimations et leurs destins», Revue française de Psychanalyse, t. LXX, núm. 4, 1998.

29 Expresión de R.Diatkine.

30 D.Widlicher, ob. cit.

31 R.Diatkine, ob. cit., pág.15.

32 J.Schaeffer, «Le rubis a horreur du rouge en RPA», t. L, núm. 3, 1986, págs. 923-944.

34 A.Baricco, ob. cit.

- ss A.Baricco, City, Gallimard, 1999, pág. 64.
- 1 J.-B. Pontalis, La force d'attraction, París, Le Seuil, 1990, págs. 16-17.
- 1 Véase su texto en este mismo volumen, págs. 157-168.
- 2 S.Freud, Psychanalyse et théorie de la libido, OCF, vol. XVI, París, PUF, 1923.
- 4 Ibid., pág. 229.
- 7 Ibid., pág. 287, 576; S.Freud (1916-1917), Lecons d'introduction á lapsychanalyse, pág. 178, 235. Freud sólo empleará el término *Überdeutung* nueve veces, todas en referencia al sueño (*Konkordanz zu den G. W von S.Freud*).
- s S.Freud (1900), L'interprétation du rêve, cap. VI, OCF, vol. IV, París, PUF, 2003, pág. 326-327.
- Ibid., pág. 228.
- 6 S.Freud (1900), L'interprétation du rêve, cap. VI, OCF, vol. IV, París, PUF, 2003, pág. 578.
- "S.Freud, ob. cit., 1900, pág. 576.
- Ibid., pág. 577.
- iÓ S.Freud, Nouvelle suite des lecons d'introduction á la psychanalyse, OCF, vol. XIX, París, PUF, 1932, pág. 111.
- S.Freud, ob. cit., 1900, pág. 635
- 12 S.Freud, Pulsions et destins des pulsions, OCF, vol. XIII, París, PUF, 1915, pág. 169.
- 13 S.Freud (1914-1918), A partir de l'histoire d'une névrose infantile, OCF, vol. XIII, París, PUF, pág. 49.
- 14 Ibid., pág. 3
- 15 Ídem.'
- 17 A.Green, Idées directrices pour une psychanalyse contemporaine, París, PUF, 2002.
- 16 S.Freud, ob. cit., 1900, pág. 620.
- 18 La interpretación directa de la imagen del sueño atañe al análisis «salvaje», en el sentido que Freud da a toda interpretación en ausencia de asociaciones y de

rememoración del soñante.

19 Esta problemática de la superposición ya está desarrollada a través de la del trabajo del doble. Véase: «Le travail en double», en C. y S.Botella (2001), *La figurabilité psychique*, París-Ginebra, Dalachaux & Niestlé, «Champs psychanalytiques».

20 S.Freud, *La négation*, OCF, vol. XVII, París, PUF, 1925, pág. 170.

23 S.Freud, *Formulations sur les deux principes de l'advenir psychique*, OCF, vol. XI, París, PUF, 1911.

21 *Ibid.*, págs. 169-170.

*Ídem.*

24 S.Freud, *Formulations sur les deux principes de l'advenir psychique*, OCF, vol. XI, París, PUF, 1911.

'H.Michaux, *Quelquepart, quelqu'un*, en OC, t. 1, Gallimard, «La Pléiade», 1998, pág. 550.

1 R.Diatkine (1984), *Rencontres, avant-propos*, textos del Centre Alfred Binet, París, 1984.

2 M.Ody, «Quelques réflexions de base au sujet du travail psychanalytique avec l'enfant», *Revue française de Psychanalyse*, t. LXXV, número especial, 2001.

<sup>32</sup> «¡Venid ilusiones!... ¡en la mañana de mi vida,  
cuánto me gustaba fijar vuestro inconstante vuelo!  
La tarde llega y, sin embargo, un dulce deseo  
Una vanidad es lo que aún me seduce.

¡Acercaos!... bien, todo se anima y se reúne Por encima de las  
nieblas, en un mundo más grande Mi corazón, que  
rejuvenece, aspira con embriaguez El soplo mágico que ronda  
a vuestro alrededor.».

s Remito a la definición de M.Ody de la asociatividad, a diferencia y en referencia con la asociación libre (ob. cit.).

## Índice

PRESENTACIÓN.-LOS DESTINOS DE LOS RELATOS DE SUEÑOS EN LA SESIÓN, Christine Jean-Strochlic	7
PRÓLOGO.-LA LUZ DEL SUEÑO Y LA PALABRA DE INCIDENCIA, Bernard Chervet	12
EL SUEÑO EN EL DISCURSO PSICOANALÍTICO, jean Guillaumin	48
ENTRE EL REPOSO Y EL SUEÑO: EL LUGAR DEL AFECTO, Fran~oise Coblenca	63
ENTRE NOCHE Y DÍA, EL CAZADOR DE SUEÑOS, Albert Louppe	73
A PROPÓSITO DE LA CLÍNICA DE FRANCOISE COBLENCE: RELATOS DE DOS SUEÑOS CONECTADOS, Emmanuelle Cherve	78
SOÑAR EL BLANCO, BORRAR, SOÑAR EL SUEÑO, Marina Papageorgiou	84
EL RELATO DEL SUEÑO EN SESIÓN COMO PROCESO DE SUBJETIVACIÓN DEL AFECTO, Laurent Danon-Boileau	95
EL DESTINO DE LAS SOMBRAS, Manuela Utrilla Robles	100
A PROPÓSITO DE LA INTERVENCIÓN DE MANUELA UTRILLA ROBLES, Claude Janin	112
EL NIÑO. RELATOS DE SUEÑOS Y DINÁMICA DE LA SESIÓN, Fran~ois Kamel	116
SOBRE EL DESTINO EN SESIÓN DE LOS RELATOS DE PESADILLAS, Sara Botella	126
EL SUEÑO EN EL ANÁLISIS, UN PASAJERO SEGURO DE SÍ MISMO, Augustin Jeanneau	136
A PRÓPOSITO DE LA APARICIÓN DE UN SUEÑO, Germaine de Bissy	139
LA SUPERVIVENCIA DE LO FEMENINO EN EL SUEÑO Y LA NARRACIÓN, Bianca Lechevalier	142
EL DIBUJO DE LOS NIÑOS... ¿COMO UN RELATO DEL SUEÑO?, Jacques Angelergues	147

tes organiza de este modo la inversión de los funcionamientos

diurnos y nocturnos'.	
En 1922, Freud hace una observación en este sentido <sup>2</sup> .	153
un sustituto. El comentario-amonestación de Freud de 1932 va en este sentido <sup>3</sup> .	153
Por supuesto, este desplazamiento del interés, del sueño a la transferencia, se ocasionó por la espe	153
trabajo psíquico',	154
los que se centran en la situación analítica,	154
la transferencia, el objeto analista y la relación analítica'.	154
Así pues, se dibujan dos líneas, una, a semejanza de los trabajos de 1959, basada en la aportación d	154
la otra centrada en la relación analítica, como por ejemplo el artículo de Masud Khan titulado La	154
Más recientemente, esta dinámica bipolar se ha revisitado de nuevo durante otro coloquio de la SPP c	153
sesión, incluso entre la tópica específica del sistema reposo-sueño y la de un eventual sistema de s	154
Una tercera línea, que se apoya en la importancia, recordada por Lacan, del lenguaje en la sesión, s	153
El relato del sueño lo utilizó en un primer momento Freud bajo su forma escrita. Incluso sistematizó	154
sesión. Esta es una de las consecuencias de que se realice en sesión un reparto distributivo de las	154
De nuevo es a partir de este acto narrativo y del de la palabra asociativa que lo prorroga como se h	154
consentirá en dejar hablar a sus pacientes, podrá concebir la existencia de una «resistencia a la	154
Las dos concepciones sitúan la noción de fuente bien del lado de la pulsión y del soma - el concepto	154
juntas la complejidad de las relaciones interior-exterior presentes en cada uno de los dos aspectos	154
Las sesiones serán, por tanto, el lugar privilegiado del despliegue, de la actualización de las nece	154
La repercusión de esta transferencia de despliegue y de reactualización se hará sobre el conjunto	154

reactualización se hará sobre el conjunto	
Después, Freud no cesa de vincular la transferencia a los fenómenos de influencia y a las soluciones	155
la operación de homicidio y segregando cada uno respectivamente un modo específico de culpabilidad i	155
papel. Lo perceptivo encuentra aquí su extensión. Se define como realizado gracias a lo alucinatorio	155
Esta organización transitoria de la sesión es en el fondo asimétrica. La disimetría entre atención p	155
Señalemos que este espacio común, esta doble superficie de contacto no puede satisfacerse con la ide	155
La libre asociación es, pues, a la vez una referencia constante, ligada a la fenomenología de la ses	155
¿Por qué la realidad designada por el vocablo libre asociación parece obvio? ¿De dónde nos viene est	155
La expresión libre asociación está, por tanto, sobre todo llena de esperanzas respecto a estos encue	155
que imagina la libre asociación, el coq á l'áne [saltar de un tema a otro]29;	155
nifiesto. Al insistir en la compulsión a la asociación30,	155
Este anhelo fundamental, esta ilusión de una simbolización pulsional liberada, la encontramos perfec	155
Esta misma aspiración es la que tan bien expresa Goethe en los primeros versos de Fausto, los prim	160
Así pues, la presencia repetida de la situación repetitiva en la que se pone el analista debido a la	155
Se imponen aquí unas palabras sobre la trayectoria de Freud respecto al asociacionismo y a la libre	155